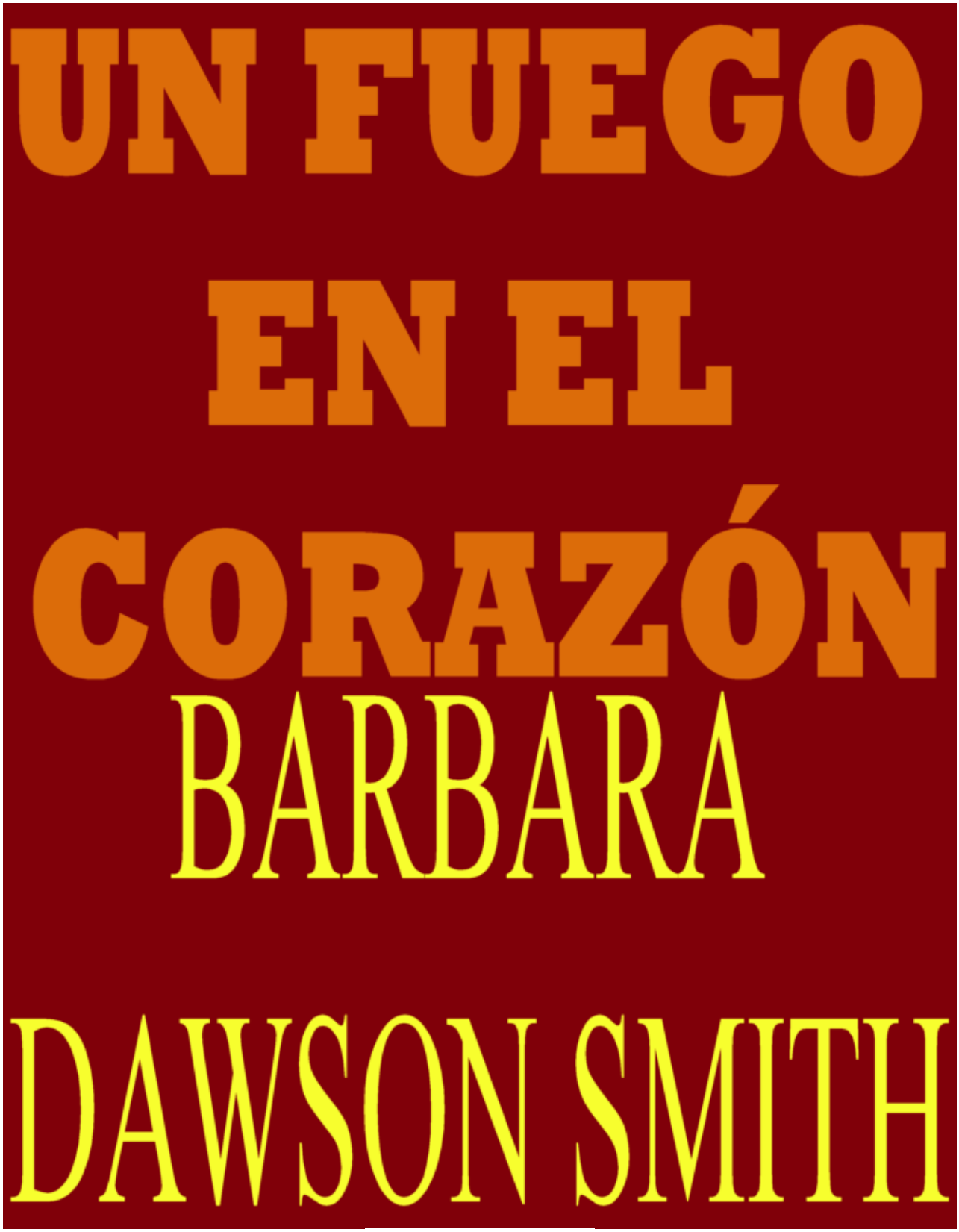


LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

ELLA PODÍA RECLAMAR SU FORTUNA
PERO NUNCA SU CORAZÓN…

Deseo, se dijo mientras la conducía a través de la puerta deteniéndose para pedirle otro beso. Lo que sentía por la gitana era puro deseo. Su sangre bullía fuera de control porque ella lo había rechazado, se había burlado de él durante la semana. Hasta ahora.

Estaban junto a la arcada de la entrada cuando el sonido de unas voces se infiltró en el estado de febril excitación que lo dominaba. Rápidamente, la obligó a volver a la galería y la sostuvo pegada a su cuerpo para que no pudieran verlos desde el pasillo. Colocó uno de sus dedos sobre sus labios y luego la besó una vez más.

Las risas y el parloteo se habían desvanecido cuando por fin pudo apartar su boca de la de ella. Solo entonces la condujo a través de la entrada, que ahora estaba vacía.

¿Adónde vamos? preguntó ella algo aletargada.

-A mi habitación.

Su cara adormilada se espabiló revelando que había caído en la cuenta de lo que estaba sucediendo.

¿A… su cama?

Así es -respondió Michael atormentado por el convencimiento de que solo ella podía transportarlo al paraíso. Te daré aún más placer. Simplemente déjame amarte, Vivien.

Ella abrió los ojos de par en par con una expresión de asombro.

¿Podría amarme de verdad, Michael?

Vivien había interpretado literalmente lo que le había dicho y eso lo desconcertó. No había llegado a imaginar que ella pudiera confundir sus intenciones.

Ven conmigo, por favor -insistió él sin importarle el hecho de que ella le hubiera obligado a suplicarle. Te amaré tal y como lo he hecho unos momentos. Lo haré una y otra vez hasta que ambos estemos satisfechos.

Vivien se apartó de él abruptamente.

No -respondió con la voz entrecortada. Maldito sea, Michael. No soy como sus queridas. Jamás seré su prostituta.

Elogios apasionados para Barbara Dawson Smith, «una de las escritoras americanas más apreciadas de la novela romántica»

Capítulo 1

Los Tres Pimpollos de Rosa

Devon, Inglaterra
Agosto de 1810

Tengo excelentes noticias dijo Vivien a sus padres mientras ellos, como todos los gitanos del campamento, se calentaban junto a la fogata después del desayuno: he decidido casarme.

Luchando por parecer dichosa apretó fuertemente la tela de su blusa amarilla con sus manos. Pronunciar esas palabras le había resultado aún más difícil de lo que había imaginado, pero todavía fue más difícil esforzarse por tener una expresión feliz, la sonrisa de una mujer enamorada.

Sus padres intercambiaron una mirada que indicaba más incredulidad que alegría. Reyna Thorne se quedó inmóvil sosteniendo una pila de platos de latón, con sus nudillos retorcidos por el reumatismo que padecía desde hacía algún tiempo. Pulika Thorne, un hombre de escasa estatura pero con la complexión de un oso, estaba sentado en un cajón colocado boca bajo con su pierna tullida estirada.

El carro azul y amarillo que se encontraba en el borde del campamento les ofrecía una cierta privacidad dentro de aquel grupo de gitanos. A poca distancia los niños se reían y correteaban entre los *vardos* pintados con sus enormes ruedas de madera, entre los hombres tumbados junto al arroyo moteado por el sol, entre las mujeres que chismorreaban mientras recogían los platos y los peroles. La brisa del verano traía el aroma de las especias y de la comida. En un huerto cercano los manzanos estaban cargados de frutas y sus ramas caían sobre el muro de piedra que había junto al estrecho camino de tierra.

Su padre intentó ponerse en pie con la ayuda de una gruesa vara de roble. Mientras lo observaba, Vivien experimentó una opresión en el pecho que le resultaba familiar y que fue incapaz de controlar. La terrible herida que había sufrido en su pierna el año anterior había socavado su fuerza, aunque su ánimo no se había debilitado. Todavía era capaz de narrar fascinantes historias con una amplia sonrisa que dejaba ver sus dientes brillantes. Podía lograr que Vivien se estremeciera de goce con sus cuentos y ser riera con sus bromas hasta que le doliera el cuerpo.

Pero en ese momento sus ojos no brillaban. La perplejidad y la preocupación se mostraban en sus facciones erosionadas por el tiempo mientras miraba a su hija.

-¿Qué has dicho? ¿Qué vas a casarte? ¡Pero si el único que te ha cortejado últimamente ha sido Janus...!

Vivien sonrió todavía más…

-Sí, se trata de Janus -respondió, obligándose a saborear su nombre cuando lo único que deseaba era escupirlo como si fuera un trozo de manzana verde-. Quiere que sea su esposa. ¿No es maravilloso?

Su madre dejó escapar un débil sonido de aflicción.

-Oh. Vivi. ¿Ese hombre?

-Es un idiota fanfarrón -exclamó cansinamente Pulika-. Tú misma lo dijiste cuando se unió a nuestro campamento.

-Eso fue antes de que lo conociera -dijo Vivien suspirando románticamente-. Míralo. Es tan guapo…

Y a continuación dirigió una arrobada mirada al hombre bajo y fornido que estaba en la pradera almohazando una yegua tordilla en medio de los caballos encerrados tras las vallas. Y, una vez más, ignoró esa sensación que avanzaba lentamente por su piel. Tolo lo que tenía que ver con Janus le repelía, desde sus modales chulescos hasta los botones dorados que resplandecían sobre el rojo chillón de su chaleco.

Hacía un par de semanas su grupo nómada se había encontrado con el grupo de Janus y este los había persuadido de que viajaran en su misma dirección, al sur hacia Devon. Cada noche, en un círculo de alrededor de cuarenta carros y tiendas, el gitano de ojos oscuros había solicitado su atención. Le gustaba hablar de sí mismo, acaparar todas las miradas, desafiar a los otros jóvenes para probar su fuerza. Vivien había rechazado todos sus intentos por impresionarla con sus habilidades. No tenía el menor interés en sus juegos, solo le atraían las aventuras y leyendas que se contaban alrededor del fuego.

Hasta que descubrió que Janus poseía algo que ninguno de sus demás pretendiente tenía: un saco lleno de guineas de oro.

Haciendo girar sus faldas de color púrpura, Reyna dejó los platos sobre el escalón de madera del carro.

-Ese hombre te traerá problemas, recuerda mis palabras. Solo presume de su propia importancia.

-Escucha a tu madre -dijo Pulika-, es muy buena para juzgar a un hombre.

-Mira con quién se ha casado -bromeó Vivien.

Pero por una vez su padre no sonrió. Y tampoco lo hizo Reyna, que se acercó a su marido al tiempo que miraba a Vivien con preocupación.

Reyna Thorne era una mujer de huesos pequeños y piel oscura no más gruesa que un puñado de plumas de un edredón. Eso es lo que Pulika solía decir con frecuencia. Cuando Vivien se hizo mayor llegó a sacarle una cabeza a su madre -era incluso más alta que su padre-. Por aquel entonces la muchacha caminaba con los hombros encorvados porque se sentía poco femenina y elegante comparada con las delicadas jovencitas de los otros gitanos. Pero Reyna le había dicho que podía sentirse orgullosa porque ella era como un hermoso sauce entre los juncos más vulgares.

Reyna siempre había sido su defensora incondicional. Hasta aquel momento.

Ahora parecía tan afligida que Vivien tuvo que luchar para no empezar a restregar sus pies descalzos sobre la hierba recalentada por el sol. Siempre habían estado más unidos que las otras familias porque ella era su única hija, la hija nacida en plena madurez. Como ellos eran mucho más viejos que los demás padres, Vivien sentía el imperioso deseo de ofrecerles todo lo que no se habían podido permitir desde que su padre se había herido la pierna: carne para el estofado para que le diera fuerza a su padre, un brasero que calentara el carromato en invierno para que su madre no tuviera que sufrir el dolor de sus articulaciones, ropa nueva y más mantas y almohadas suaves.

-¿Por qué no ha venido Janus a decírmelo en persona? -Preguntó su padre-. No debería esconderse como un cobarde detrás de tus faldas.

-Yo quería hablar primero con vosotros -respondió Vivien-. Temía que quizás no estuvierais de acuerdo.

-¿Quizás? -Pulika avanzó unos pasos cojeando, evidentemente dolorido, y se apoyó en su improvisado bastón-. Por supuesto que no estoy de acuerdo. ¿Acaso debo entregar a mi adorada hija a un hombre que no puede hacerla feliz?

-Pero Janus me hará feliz. -En realidad era ella la que se sentiría feliz al saber que sus padres disfrutaban de algunas comodidades, pensó Vivien con firmeza.- Quiero casarme. Conocer la felicidad de tener un marido e hijos.

-Solo tienes dieciocho primaveras -dijo Reyna-. Todavía tienes tiempo para elegir.

Vivien sacudió su cabeza.

-Soy mucho mayor que el resto de las chicas. ¿Acaso no tenías catorce años cuando tú y *dado*[1] os casasteis?

-Así es -dijo suavemente Reyna. Ella y Pulika intercambiaron una mirada cariñosa que, de algún modo, hizo que Vivien se sintiera excluida, como si careciera de algo_vital. Ay, si ella pudiera encontrar un amor como aquel.

Un sueño se deslizó en medio de sus defensas, el anhelo de conocer a un héroe como el del libro *gorgio*[2] que había encontrado en una ocasión en un montón de basura, con las páginas manchadas y hechas jirones. Su padre le había enseñado a leer las señales de la carretera y los folletos y ella

había logrado descifrar aquella historia de caballeros y rubias doncellas. Pero eso era solo un cuento y Vivien lo sabía. La realidad era que debía comprometerse con Janus, cocinar para él, remendar su ropa, dejar que la tocara en la oscuridad de la noche...

Reyna colocó suavemente su mano sobre el hombro de su hija. -El amor es un fuego en el corazón. Por lo que veo, tú no has encontrado esto con Janus.

Aquellos sabios ojos almendrados veían más de lo que Vivien hubiera deseado.

-He encontrado todo lo que anhelo -insistió-. No debéis olvidar que me habéis dado el derecho de elegir a mi propio marido. -Creíamos que tenías suficiente sentido común como para elegir sabiamente -censuró Pulika.

Ella acarició sus dedos curvados sobre vara, sintiendo los tendones calientes y la piel áspera. Era la mano que la había calmado cuando se había raspado una rodilla y que le había fabricado juguetes cuando era una niña.

-Oh, miro dado, no confiarías en ningún hombre que me arrebatara de tu lado y de *miro dye*.

Pulika frunció el ceño.

-Tienes razón, no me fío de Janus. Dime, ¿de dónde ha sacado ese saco de oro que exhibe delante de todo el mundo?

-En la feria, sus caballos consiguieron mejor precio que los demás.

-Bah. Probablemente les robó el oro a los *gorgios*. Por eso insistió tanto en que nos dirigiéramos rápidamente hacia el Sur.

Vivien había estado reflexionando con cierta inquietud sobre este tema, pero se negaba a ocuparse seriamente de él.

-Aunque deambulemos por miles de caminos jamás encontraré un marido mejor -afirmó-. Janus ha aceptado casarse conmigo sin una dote y compartir su oro con vosotros. No pasaréis ninguna privación cuando seáis mayores.

El rostro de Pulika se puso rígido. Se incorporó aferrándose a la vara de roble a pesar de que cargar el peso sobre su pierna le supondría, con toda seguridad, un gran dolor.

-De modo que de eso se trata toda esta conversación sobre el matrimonio. Me consideras un lisiado inútil.

Decidida a no ofender su orgullo, Vivien se apresuró a decir:

-No quería decir eso. Sin embargo, ya no puedes trepar a los manzanos durante la cosecha ni encontrar trabajos ocasionales en los pueblos por los que pasamos. Te resulta cada vez más difícil levantarte por la mañana para ir a ocuparte de los caballos. Si tú y *miro dye* tuvierais suficiente dinero, podríais tener una vida más fácil...

-No. No sacrificarás tu vida por nosotros.

-No es ningún sacrificio: Me hace feliz casarme con Janus. Quiero tener hijos, que tengáis nietos.

Pero el rostro poco agraciado y agobiado por las preocupaciones de Reyna reveló su inquietud. -Tu padre tiene razón. No podemos bendecir esa boda.

Con firme determinación, Vivien se negó a aceptar el fracaso. Resolvió que durante los próximos días representaría el papel de una novia ilusionada. Se esmeraría por fingir que estaba perdidamente enamorada de Janus aunque en su interior se le helara la sangre de solo pensarlo. Estaba dispuesta a satisfacer sus caprichos, acatar sus palabras y mirar con adoración sus lujuriosos ojos, haría todo aquello por el bien de sus padres, porque sabía que no tenía otro medio para mantenerlos.

[1] Las palabras que aparecen en cursiva en el texto original pertenecen a la lengua gitana, que comparte características con el sánscrito y que probablemente provenga de la región índica. (N. de la T.).

[2] En la lengua gitana, es el nombre adjudicado a quienes no pertenecen a la raza gitana. (N. de la T.).

Una súbita algarabía desvió su atención. Los perros casi salvajes de los gitanos salieron corriendo, ladrando y gruñendo como lo hacían cada vez que pasaba junto al campamento un

comerciante *gorgio* a caballo o un granjero con su carro cargado de heno. Sin embargo, aquel día se trataba de un elegante coche negro conducido por cuatro caballos blancos que avanzaba por el camino de tierra. Sentado en el pescante viajaba un cochero vestido con una librea de color carmesí y en la parte trasera del coche se sentaban dos lacayos.

Vivien se puso tensa, no era frecuente ver carruajes en aquellos serpenteantes caminos secundarios: los poderosos *gorgios* circulaban por las carreteras principales, en las que el viaje resultaba más sencillo y las posadas eran más frecuentes. Si por casualidad se encontraban con las carretas de los gitanos, apresuraban el paso desdeñándolos, como si no existieran.

Pero esta vez el cochero tiró de las riendas y el carruaje se detuvo junto al campamento. Vivien se preguntó llena de furia si sus carros estarían violando la propiedad privada de algún terrateniente local. Despreciaba a los *gorgios* por reclamar todas las tierras como propias. Reivindicaban su derecho al aire y al agua y a los frutos de la tierra como si Dios hubiera creado el mundo solo para ellos.

También tenía una poderosa e implacable razón para odiar a los *gorgios*. Uno de ellos había colocado la trampa mortal que había dejado tullido a su padre.

Uno de los lacayos saltó al suelo y desplegó un escalón que había debajo del cubículo. Con un gesto elegante abrió la puerta del carruaje: una vieja dama con un halo de cabellos grises emergió del coche, era pequeña y sus modales eran afectados. Estaba vestida con un traje de color azul cielo, su cara estaba llena de arrugas y sonreía dulcemente. Detrás de ella apareció otra mujer, esta tenía una figura rolliza vestida de seda amarilla y encaje, su cara era regordeta y rosada y sus ojos brillaban de alegría bajo el turbante amarillo que coronaba su cabeza. Finalmente, una circunspecta dama posó también sus pies sobre el camino de tierra. Alta y elegante, tenía la boca pequeña y fruncida como si acabara de morder una manzana silvestre. Sus dedos se cerraban como una garra sobre la empuñadura de marfil de su bastón.

Estas tres paliduchas *gorgio* parecían muy ancianas. Permanecían de pie sobre el camino como si de una hilera de estatuas se tratara mientras la brisa agitaba las cintas de sus elegantes sombreros y transportaba el aroma de sus perfumes, que ostentaban la riqueza de las flores cultivadas. Los hombres abandonaron sus discusiones, las mujeres dejaron de chismorrear y los niños de reír. Por un momento solo el agudo ladrido de los perros rompió el silencio. Mostrando sus dientes amarillentos, los animales formaron una línea irregular que separaba a las mujeres de los gitanos.

Tres pares de ojos *gorgio* escudriñaron a la gente allí reunida. Vivien se dio cuenta de que ella misma estaba también de pie, rígida y mirando fijamente a los forasteros. Ellos a su vez miraban con desdén el gran círculo de carromatos, los peroles de hierro que burbujeaban encima de la, fogatas, los niños medio desnudos avanzando cautelosamente para ver de cerca ese magnífico carruaje. Vivien pensó que ella jamás se estremecería por algo semejante...

Aunque más tarde llegaría a estremecerse.

Con un movimiento brusco la más alta de las mujeres blandió su bastón en dirección a los perros que no paraban de ladrar.

-¡Fuera de aquí!

Aunque el bastón no llegó a tocar a los animales, la jauría se dispersó en un instante. Reconociendo su autoridad, los perros callaron, para acto seguido empezar a gruñir y mientras se alejaban sigilosamente hacia los alrededores del campamento.

Vivien se enfureció. ¿Quién era esta extraña para asustar a sus perros?

Se mordió los labios con furia cuando de repente sintió que una mano enorme se cerrada alrededor de su brazo y, al levantar la cabeza, descubrió una palidez inusual en la cara de su padre.

-Quédate aquí -le dijo en voz baja-. Espera aquí junto a tu madre.

Vivien sacudió la cabeza enérgicamente.

-Estos *gorgios* no pertenecen a este lugar. Eso es precisamente lo que les diré...

-Este es un asunto de hombres. Por una vez, te morderás la lengua.

Su inesperada brusquedad fomentó la rebeldía de Vivien, sin embargo las demacradas facciones de su padre la alarmaron. Ese no parecía el momento indicado para provocarlo, precisamente cuando tenía que convencerlo de que aprobara su boda con Janus. Con un nudo en la garganta, asintió con la cabeza observando a su padre, que se alejaba cojeando.

Demasiado pequeña como para poder ver algo por encima de la muchedumbre, Reyna se subió al escalón de su carro. Avanzando a grandes zancadas, un hombre fornido con grandes músculos se acercó a su hija. Su cara morena, con un cuidado bigote que le caía sobre la boca, revelaba un exceso de confianza. Era Janus.

Mirándola de una forma provocativa y con una cierta ansiedad, levantó sus cejas pobladas como para preguntarle si había hablado con sus padres acerca de la boda. Ella le respondió encogiéndose de hombros de forma evasiva.

Un fuego en el corazón. Apartándose de él Vivien dominó su anhelo de disfrutar de un amor de cuento. Tenía que ser práctica respecto del matrimonio en vez de perseguir sus sueños.

Mientras, frente a la muchedumbre, la alta dama miraba por encima de la nariz a los gitanos.

-Soy la condesa de Faversham -dijo con una voz que repicaba como una campana de iglesia-. ¿Hay aquí algún hombre llamado Pulika Thorne?

Entre la muchedumbre surgieron murmullos de sorpresa y curiosidad. Asombrada, Vivien miró a su madre, pero Reyna en ningún momento dejó de observar atentamente a aquellas damas. ¿Qué podía querer aquella *gorgio* blancuzca y seca de su padre?

La multitud se dividió y Pulika avanzó cojeando hasta que se detuvo frente a la condesa. Se inclinó ante ella y el pañuelo rojo que tenía anudado a su garganta morena se agitó con la brisa.

-Yo soy Pulika. Hablaremos a solas -Lady Faversham asintió resueltamente-. Vengan conmigo, señoras.

Mientras encabezaba la procesión hacia un formidable roble que había en medio del camino, aquella dama prácticamente no utilizó su bastón. En agudo contraste, Pulika que se apoyaba pesadamente sobre la tosca vara de roble. Su vacilante y lenta manera de andar desgarró una vez más el corazón de Vivien. Aquella mujer gorgio probablemente ni siquiera necesitaba un bastón, utilizaba aquel elegante cayado como un complemento frívolo para su figura alta y delgada.

Los lacayos se apresuraron a coger tres banquetas que guardaban en el coche de caballos y las colocaron a la sombra del árbol para que las damas se sentaran. Pulika permaneció de pie en una actitud orgullosa y Vivien se enfureció al ver que no ofrecían un asiento a un hombre inválido. Lady Faversham plantó el extremo de su bastón en la tierra y comenzó a hablar con el lisiado. Pulika le respondió sacudiendo bruscamente su cabeza. Vivien no podía escuchar lo que decían, pero no parecía que aquella fuera una discusión amistosa.

-¿De qué crees que están hablando? -Susurró a su madre-. *Dado* no ha hecho nada malo, acaso Zurka haya robado otro pollo para su estofado.

-Mmmm -respondió su madre distraídamente.

Reyna había empalidecido y tenía el ceño fruncido en una expresión extrañamente similar al miedo. Sus brazaletes de oro tintineaban musicalmente. Vivien apretó el brazo moreno de su madre.

-*Miro dye,* ¿qué es lo que pasa?

-Vete dentro -murmuró Reyna indicándole el *vardo*-. Date prisa.

-¿Pero y si esa mujer está acusando a *dado* de algún crimen? ¡No estoy dispuesta a permitirlo!

Janus la asió fuertemente por el codo.

-Una potra tan briosa necesita un marido que la dome.

Vivien retrocedió puesto que estaba prohibido que un hombre tocara a una muchacha soltera, aunque ella fuera su prometida. Luego una sospecha hizo desaparecer cualquier otro pensamiento.

-Es a ti quien buscan. Eres capaz de permitir que mi padre asuma la culpa del oro que tú has robado.

Arreglando su poblado bigote, Janus se rió.

-Estos *gorgios* no tienen ningún problema conmigo. Quizás deberías ir a comprobarlo por ti misma.

¿Estaba Janus diciendo la verdad? Esos ojos negros que la miraban con malicioso deleite expresaban diversión, un placer desdeñoso y socarrón que ella no llegaba a comprender...

Una voz estridente los interrumpió. Debajo del roble, Lady Faversham se puso de pie hasta alcanzar su majestuosa estatura y sacudió su bastón frente a Pulika.

-¡Usted, señor, no es más que un gitano mentiroso!

Comentarios de disgusto comenzaron a circular entre la muchedumbre. Los hombres pululaban con inquietud, las mujeres susurraban. Reyna gimió y se llevó la mano a la boca. Su preocupación hizo estallar las volubles emociones que Vivien estaba experimentando.

-¡No le hable de ese modo! -gritó.

Comenzó a avanzar ignorando las miradas dirigidas a una muchacha que se atrevía a desafiar las leyes de los gitanos. En su apresuramiento tropezó con un guijarro, pero el dolor fue apenas una mera incomodidad. Recorriendo velozmente el sendero lleno de surcos, pasó por delante de su padre para enfrentarse con Lady Faversham.

De cerca, las tres ancianas condesas tenían unos ojos fríos y grises como el hielo. Por una vez Vivien tuvo la rara impresión de no ser la más alta de las mujeres.

-Mi padre no es un mentiroso -afirmó-. No ha robado nada. Aquellos helados ojos se abrieron ligeramente. Lady Faversham miró a Pulika y luego con una voz bastante sosegada repitió:

-¿Tu padre?

-Sí. -Vivien hizo un movimiento brusco con la cabeza echando sus trenzas morenas hacia la espalda.- Conozco su carácter mucho mejor que usted. Él jamás diría una mentira.

Lady Faversham no respondió. Se limitó a mirar fijamente a Vivien. Su mirada era penetrante, como si estuviera buscando alguna verdad en las facciones oscuras de la muchacha.

-Niña -dijo Pulika con una extraña urgencia en su voz ahora más ronca-, vuelve con tu madre. De inmediato.

Le dio un pequeño empujón, pero Vivien permaneció inmóvil, con sus pies descalzos bien plantados en la tierra. Estaba decidida a protegerlo de aquella acusación. Las tres mujeres la sometieron a un intenso escrutinio haciéndole tomar conciencia del contraste que existía entre su propia persona y aquellas forasteras y de su gastada falda verde y su descolorida blusa amarilla, los brazaletes de oro que tintineaban en sus muñecas, las oscuras trenzas que le llegaban hasta la cintura.

La más pequeña de las damas, de cabello blanco y rizado, se levantó de su taburete para coger sus manos de una forma cálida y sorprendentemente firme.

-Mi querida niña -dijo suavemente con una voz dulce y vibrante-. ¿Es posible...? ¿Tu nombre es Vivien, Vivien Thorne?

Cautelosa, Vivien se liberó.

-Así es. ¿Por qué desea usted saberlo?

-¡Por todos los cielos, es ella! -exclamó la mujer regordeta. Y entonces comenzó a aplaudir y sus rosadas mejillas resplandecieron-. ¡Qué alboroto se va a armar cuando el vecindario escuche las nuevas noticias!

Lady Faversham se giró bruscamente hacia ella.

-Los vecinos no se enterarán de nada. ¿Me has comprendido, Enid? Esto no es pasto para las murmuraciones.

Lady Enid frunció el entrecejo.

-Por supuesto Olivia. No pronunciaré ni una palabra. Pero la gente hará preguntas y tendré que decirles algo...

-Ocúpate de enviarme a los entrometidos. Yo me encargaré de aclararles cuál es la situación.

-No tiene sentido que discutáis -afirmó la dama de pelo blanco-. Aquí está por fin nuestra dulce niña hecha una mujer. Es sorprendente, ¿no es verdad?

¿Acaso aquellas mujeres estaban locas? Desconcertada, se giró hacia su padre.

-¿De qué están hablando? ¿Por qué te han llamado mentiroso?

Un temor inexplicable se reflejó en la angustiada mirada de Pulika. -No es nada. Se trata de un error.

-No hay ningún error -dijo Lady Faversham con desdén-. Esta es la muchacha que le entregaron hace dieciocho años.

La muchacha que le entregaron.

Una sombra oscureció aquel día tan resplandeciente. Se trataba simplemente de una nube que ocultaba momentáneamente el sol, pero Vivien sintió que un escalofrío subía por cada una de las vértebras de su espina dorsal. Miró con ojos desorbitados primero a su padre y luego a aquellas damas que la observaban detenidamente.

-No comprendo. ¿De qué estáis hablando?

La diminuta mujer vestida de azul le dio unas palmadas en el dorso de la mano.

-No hemos sido muy claras, ¿verdad? Soy Lucy, Lady Stokeford, y somos los Pimpollos de Rosa. Hemos venido a buscarte para llevarte de regreso al sitio al que perteneces.

-¿Llevarme de regreso?

-En efecto. Eres hija de una aristócrata y desapareciste como por arte de magia cuando eras apenas un bebé recién nacido. De manera que no eres una gitana. Eres una de nosotras.

El aire tórrido del verano envolvió a Vivien como una mortaja sofocante. Escuchó el susurro de las hojas del roble, el relincho de un caballo, el zumbido de una abeja. Incapaz de moverse, miró la delicada mano que descansaba sobre su piel tostada por el sol. Estas damas la reclamaban como si fuera una de ellas. Una *gorgio*

Imposible.

Su corazón latía con la fuerza del martillo de un herrero y Vivien luchó para que el aire llegara hasta sus hambrientos pulmones.

-No -susurró mientras retrocedía-. Mi madre es Reyna y no una aristócrata.

-La señorita Harriet Althorpe era una educadora -le explicó la anciana con su suave voz patricia-. Hace dieciocho años era la institutriz de mis tres nietos. Como no tenía ningún pariente, era como una hija para mí.

-¡No le creo! ¿Qué clase de mujer es capaz de regalar a su propio hijo?

-Fue su amante el que se ocupó de hacerlo -afirmó.

-Mientras ella estaba enferma -agregó Lady Enid-, te arrancó de sus brazos.

Los ojos de color azul pálido de Lady Stokeford expresaban compasión y amabilidad.

-Es la pura verdad, mi querida -dijo amablemente-. Pregúntale al hombre que te adoptó.

Desesperada por que la tranquilizara, Vivien se giró bruscamente para mirar de frente a su padre. Él se ocuparía de aclarar esa absurda situación, le explicaría que estas mujeres estaban inventando una historia monstruosa con el único fin de divertirse a sus expensas.

Pero los ojos oscuros de Pulika solo expresaban tormento. Como un oso acorralado observaba a su hija mientras su fornida figura se encorvaba sobre el bastón.

-¿Dado? Dime que están mintiendo.

-Tu madre y yo siempre hemos temido que alguien pudiera venir a buscarte -dijo apesadumbrado-. En nuestra mente siempre anidaba el miedo.

-No*. No...*

Extendió una de sus manos hacía ella con la amplia palma vuelta hacia arriba.

-No te robamos, Vivien, te lo juro. Que caigan sobre mí miles de maldiciones si estoy mintiendo. Fue un criado *gorgio* el que te trajo hasta nosotros.

El sudor humedeció las palmas de las manos de Vivien. Se las frotó contra su falda.

-¿Qué criado? ¿De quién era el criado?

-Ignoramos su nombre. Se nos ordenó que te lleváramos muy lejos... y que jamás le contáramos a ningún alma viviente de qué forma habías llegado hasta nosotros. Y así todos estos años te hemos amado como si fueras nuestra propia hija. -Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas correosas.

Reyna se acercó hasta su lado y lo abrazó con sus brazos pequeños. Con la mirada acongojada pendiente de Vivien, murmuró:

-No fuimos bendecidos con un hijo de mi propio vientre... y estábamos tan dichosos de tenerte, Vivi, que no hicimos ninguna pregunta. Jamás tuvimos intención de hacerte sufrir.

Pero Vivien estaba sufriendo. Se había abierto un agujero en el tejido de su vida y no sabía cómo iba a ser posible remendarlo. Sangre *gorgio* corría por sus venas. Ligeramente aturdida comprendió por qué ella era más alta que el resto de las muchachas, por qué un toque de cobre teñía su cabello negro, por qué tenía un secreto, un vergonzoso interés por los libros y por aprender.

Ella odiaba a los *gorgios*... Los tenderos que intentaban venderles la carne en mal estado, las madres que hacían entrar a sus hijos a la casa cuando pasaban las caravanas de gitanos, los ricos terratenientes que ponían trampas como la que había mutilado a su *dado.*

Y sin embargo, era una de ellos.

Sollozando silenciosamente, su madre y su padre la observaban. Ellos eran viejos y estaban encorvados, iban pobremente vestidos y las hebras de plata habían arrebatado el brillo de sus negros cabellos. Ella no era el milagro de su madurez. Era adoptada. ¿Cómo habían podido ocultarle un secreto tan estremecedor?

La niña que había en ella deseaba llorar y gemir, reprenderlos por su engaño Sin embargo, también deseaba sentir su reconfortante abrazo. Se aferró a ese pensamiento como si fuera una cuerda de salvamento. Ellos eran sus padres. Aunque no fueran sus padres biológicos, eran las personas que la habían colmado de amor. Lo único que sentía por los *gorgios* era odio.

-Comprendo que esto ha sido una terrible conmoción para ti -dijo Lady Stokeford-, pero si recoges tus cosas, te sentirás mucho mejor cuando regreses a casa con nosotras.

¿A casa?

Horrorizada, Vivien miró a las tres aristócratas. Lady Enid abanicaba su cara rojiza y regordeta. Lady Faversham permanecía de pie, en una actitud orgullosa. Lady Stokeford sonreía como si quisiera garantizarle que se trataba de un regalo. Era evidente que esperaban que Vivien aceptara su oferta y abandonara la única vida que conocía. Que se montara en su carruaje y se marchara con ellas para no volver jamás su mirada atrás.

Pero el resentimiento clamaba porque lo liberaran. Vivien se mordió los labios con furia, luego, con el rabillo del ojo distinguió a Janus de pie junto a la muchedumbre, con los pies separados, los puños sobre sus caderas y su mirada maliciosa, como si quisiera recordarle vilmente que ella le pertenecía. Que ella necesitaba su dinero...

Quizás no.

Una idea muy osada se abrió paso en su mente. Un plan que la liberaría de la necesidad de casarse y que, además, ofrecería a sus padres todos los lujos a los que pudieran aspirar. Animada por la desesperación, Vivien se dirigió a las damas.

-Muy bien, me marcharé con vosotras. Pero habrá un precio.

Londres
Septiembre de 1810

Quince días más tarde, Michael Kenyon, el marqués de Stokeford, miraba con una actitud distante la faz de la muerte.

La momia era un espécimen bastante apergaminado. La luz que arrojaban varios candelabros titilaba sobre la piel seca y tirante que cubría los rasgos aquilinos de la mujer. Los cabellos untados con aceite se adherían al cráneo disecado. Los brazos fibrosos estaban cruzados por encima del pecho y, en nombre del pudor, una tela amarilleada por el tiempo cubría la parte inferior de su anatomía. Algunos trozos del tejido se encontraban en una cesta que había sobre el suelo del salón.

Lord Alfred Yarborough sostenía en su mano un amuleto de lapislázuli que había sido encontrado entre los pliegues del lino. El objeto no era mayor que su pulgar.

-He aquí otro talismán de Su Majestad, la reina Shepset.

Se inclinó para agradecer algunos aplausos que le brindaba un privilegiado grupo de aristócratas. Desde que Napoleón había conquistado Egipto e Inglaterra, a su vez, había dominado a los corsos, la parte más moderna de la sociedad se sentía fascinada por las antiguas tierras de los faraones. Los muebles y la ropa revelaban una influencia egipcia. Los ricos coleccionaban amuletos, escarabajos y otras baratijas. Algunos incluso adquirían las momias de reyes, reinas y otros dignatarios con el único propósito de exponer los restos ante un grupo de personas que los miraban embobados.

Con una actitud distante, Michael observaba cómo se desarrollaba la reunión. Aunque normalmente disfrutaba con entretenimientos decadentes, por una vez no se sentía capaz de compartir el júbilo de la concurrencia. Se imaginaba a la momia como una mujer de carne y hueso que respiraba. Se descubrió pensando si alguien la habría amado... U odiado, como a Grace. Luchando contra los oscuros recuerdos, Michael apretó los dientes. No tenía ningún sentido resucitar el pasado. Prefería vivir en el presente, perseguir el placer con una obcecada temeridad.

Una mano acarició su muslo.

-Es encantadora, ¿no te parece? -le susurró al oído Lady Katherine Westbrook. Se habían escuchado gritos y exclamaciones de las damas que estaban presentes, pero ninguno de Katherine. Su querida contemplaba el desarrollo de los acontecimientos del mismo modo que observaba la vida: con un sentido mundano del entretenimiento.

La mirada del marqués se detuvo en sus delicados y blancos pechos.

-Sinceramente, prefiero que mis mujeres tengan la sangre un poco más caliente.

Los dedos de ella se acercaron a su entrepierna.

-Y a mí me gustan los hombres guapos y viriles.

El delicioso aroma de su perfume almizclado llegó hasta Michael. Katherine tenía todo lo que le gustaba en una mujer, era lista, culta y moderna. Michael sabía que podía ser una esposa adecuada para él y recientemente había decidido legalizar su unión. No tenía la menor duda de que ella estaría de acuerdo: más de una vez había revelado su deseo de tener una relación más permanente. Él solo tenía que pedírselo.

-Tengo que hacerte una pregunta -murmuró-, pero este no es el lugar indicado.

Los ojos azules de ella lo miraron como si intentaran averiguar de qué se trataba.

-Estoy a sus órdenes, mi señor.

Estaban sentados en la última fila del semicírculo de sillas y, mientras los demás concurrentes estaban pendientes de la momia, pudieron marcharse fácilmente sin que nadie lo advirtiera, pues la alfombra de felpa amortiguó sus pasos. Como siempre, él disfrutó del balanceo de su trasero y del roce de sus caderas. Sintió en sus entrañas la tensión que se anticipaba a la placentera noche que tenía por delante. Sí, le apetecía la idea de tener una mujer en su cama sin tener que preocuparse por concertar citas con la mayor discreción posible.

Entonces su mirada se detuvo en el hombre alto, de largas extremidades, que se recostaba sobre el marco dorado de la puerta. Tenía el corbatín desanudado y una copa en la mano. La luz que provenía de un aplique que había en la pared arrojaba sombras sobre sus rasgos severos y su cabello castaño oscuro. Una cicatriz con forma de media luna elevaba una de las comisuras de su boca en un gesto perpetuo de siniestra diversión.

Michael maldijo en voz baja. En alguna ocasión habían sido amigos: se habían criado en fincas vecinas de Devon. Pero aquella cicatriz ofrecía un testimonio de la distancia que había entre ellos. Michael odiaba a aquel hombre como a ningún otro.

-Faversham -dijo mientras lo saludaba con un seco movimiento de su cabeza.

El conde de Faversham se inclinó ante Katherine.

-Toda una visión -afirmó mientras señalaba a la momia-. Pero no parece adecuada para una dama.

Sus labios se curvaron en una sonrisa evasiva.

-Ni para una reina desventurada.

Faversham se rió entre dientes, y sus ojos grises brillaron.

-Eso es lo que tú dices.

En vez de pedirle que le presentara a la dama, como si quisiera iniciar una conversación el conde comentó:

-Se dice que los gitanos descienden de estos antiguos egipcios.

Michael abrazó con más fuerza la cintura de Katherine.

-No lo sabía.

Intentó dirigirse hacia la puerta, pero Faversham se interpuso en su camino.

-Los gitanos son ladrones, mentirosos y adivinos -continuó el conde-. Son expertos en desplumar a los incautos y, en particular, en aprovecharse de las personas mayores.

Era obvio que Faversham tenía un propósito, siempre lo tenía.

-Dime qué es lo que te propones.

-Todo a su debido momento. Últimamente no has estado en Devon, ¿verdad? No has estado allí desde la muerte de Grace -El conde chasqueó la lengua y parodió un gesto de compasión-. Te ruego me disculpes por mencionar un suceso tan desafortunado. Acaso debería haberte preguntado por la salud de tu hija, Lady Amy.

Michael se sintió invadido por una profunda ira. Ardía de deseos de matar al conde, debía haberlo hecho hace mucho tiempo. Durante los últimos años se había exiliado de su finca ancestral por razones que nadie conocía. Ni siquiera este hombre. Debido a la presencia de su querida, que observaba la escena con vivo interés, controló su enfado.

-Estábamos a punto de marcharnos. Acaso tú y yo podamos hablar en otra ocasión.

-Estoy seguro de que te interesaría conocer la carta que acaba de enviarme mi abuela.

-¿Una carta'?

-En efecto, la recibí precisamente ayer. Me ha contado algo realmente fascinante de tu abuela.

En medio de un rígido silencio, Michael esperó a que Brand bebiera un trago de vino. A pesar de su rechazo por el deporte preferido del conde tenía que enterarse en qué travesuras se había visto envuelta su abuela esta vez.

-Dímelo, pues.

-Parece ser que Lady Stokeford está amenazando con volver a redactar su testamento. Una vez más.

Relajándose ligeramente, Michael se encogió de hombros.

-¿Y cuál de mis hermanos obtiene sus favores esta vez? ¿Gabe o Josh?

-Ninguno de ellos. Ella quiere dejar todo su dinero a su nueva dama de compañía. -La cicatriz que había junto a la boca del conde se curvó en un gesto de ladina diversión.- Una indecente gitana adivina.

Capítulo 2

Un Trato Difícil

Utiliza tus cubiertos de plata, mi querida -sugirió Lady Faversham-. A menos que pretendas que Enid sufra otro - desvanecimiento.

Vivien empezó a chupar los restos de salsa que tenía en los dedos y las tres damas la observaron escandalizadas, reprobando su actitud. Entonces recordó que debía utilizar el pequeño trozo de tela que tenía sobre el regazo y que ellas llamaban servilleta. Le parecía vergonzoso manchar aquel delicado damasco blanco y, peor aún, desperdiciar una salsa tan deliciosa. Pero los *gorgios* tenían unas costumbres muy peculiares, y esta no era la menor de ellas.

Cogiendo el pesado tenedor, pinchó una ración de carne asada que fuera apropiada para una dama. La tierna carne se derritió en su boca, era una obra maestra del chef francés de Lady Stokeford. Nunca se había imaginado que los ricos tomaran carne en todas las comidas junto con una sorprendente abundancia de platos secundarios. Se sintió desleal por comparar esta comida tan elegante con los platos sencillos y saludables que preparaba su madre.

Una punzada de melancolía amenazó con robarle el apetito. Cuánto echaba de menos a sus padres. Pero, por su bien, tenía que seguir jugando este juego hasta el final.

- ¿Señorita? -Sosteniendo una bandeja de plata, un criado con guantes blancos apareció a su lado. - ¿Desearía servirse un poco más de *pommes de terre soufflées?*

Estoicamente, Vivien se concentró en los modales dignos de una dama que había aprendido durante los últimos quince días.

-Gracias, señor Rumbold -respondió mientras se servía un poco de aquellas patatas abombadas y doradas-. ¿Y cómo está el forúnculo de su pierna, Sr. Rumbold?

El rubor encendió la cara llena de pecas del criado, desde el blanco almidonado del cuello de su camisa hasta la punta de sus grandes orejas. -Mucho mejor, señorita -farfulló antes de apresurarse a volver a su posición junto al aparador.

Del otro lado de la mesa, Lady Enid Quinton estuvo a punto de ahogarse con un trago de vino y las cejas marrones de aquella distinguida dama titilaron en medio de sus rechonchas facciones.

- ¡Vivien! -apretando los labios, la condesa de Faversham la miró con el ceño fruncido desde su silla situada al final del mantel de lino blanco que cubría la mesa-. No es adecuado conversar con un criado durante la cena. Como tampoco lo es hacer preguntas de naturaleza tan personal y de tan mal gusto.

No hacer ruido al beber. Sentarse derecha. No usar el cuchillo como una sierra para cortar la carne. Todas aquellas tontas reglas le daban vueltas en la cabeza. Aunque sabía que estaba incumpliendo una de ellas al responder, Vivien afirmó con un tono desafiante:

-Ayer cuando vi al señor Rumbold cojeando, le preparé una infusión de raíz de bardana y solo deseaba saber si...

-Ya es suficiente. -Lady Faversham se encrespó como un erizo.-No nos dirigimos a los criados llamándolos señor. Tampoco necesitamos una descripción de tus remedios gitanos, si alguien de la casa necesita un médico, mandaremos llamar al doctor Green que vive en el pueblo.

Vivien se abstuvo de decir con aspereza que si la condesa seguía insistiendo en despotricar y echarle sermones pronto iba a necesitar una dosis de aceite de hierbas para combatir el estreñimiento. Fingiendo una mirada ingenua con sus ojos muy abiertos, murmuró:

-Pero esta misma mañana me dijo usted que era el deber de toda dama ocuparse de que todo funcionara bien en su casa. Estoy segura de que esto incluye atender a las personas que están a su servicio.

Lady Faversham carraspeó.

-Sabes perfectamente lo que quería decir y no finjas lo contrario.

-¿Que no finja, señora? Lo único que deseo es comprender sus estrictas normas de conducta.

Decidida a imponer su voluntad, Vivien levantó su barbilla manteniéndola en alto. Habiendo dejado atrás todo lo que amaba de verdad, aunque solo fuera por un breve período de tiempo, se sintió compelida a ceder ante algunas de aquellas rígidas reglas que existían en este extraño mundo *gorgio* No permitiría que una malhumorada mujer con aires superioridad la desanimara.

Lady Stokeford sonrió, su delicado rostro lleno de arrugas parecía alegre bajo la luz de las velas.

-Oh, debo admitir que Vivien tiene razón, Olivia. Toda dama tiene derecho a ocuparse del servicio. Ella solo creyó que se estaba comportando como se esperaba de ella.

-Admito que la muchacha ha hecho notorios progresos -condescendió la condesa mientras movía majestuosamente su cabeza-. Aunque todavía pasará algún tiempo antes de que sea realmente presentable.

-¿Qué quiere decir con eso de presentable? -preguntó Vivien.

-Vaya, que debes estar preparada para que te presentemos en sociedad -le explicó Lady Stokeford-. Has estado trabajando mucho para aprender los modales adecuados. Eres una muchacha muy inteligente.

-Y también muy guapa. -Lady Enid asintió vigorosamente con la cabeza. Sus múltiples papadas se sacudieron y algunos rizos de un desvaído color rojo anaranjado asomaron por debajo de su turbante.- Será muy divertido observar a los jóvenes hacendados, a los señoritos y a los caballeros de los alrededores cuando la conozcan. Seguramente se mostrarán muy entusiasmados.

Las viejas damas estuvieron de acuerdo y comenzaron a murmurar entre ellas. Incluso Lady Faversham dejó de fruncir el ceño y sus fríos los grises se relajaron ligeramente. Ella y Lady Enid venían de visita cada día para ayudar a Lady Stokeford a enseñarle a Vivien todos los complicados detalles que necesitaba aprender para llegar a ser una dama.

El susurro de su elegante vestido de seda verde revelaba que Vivien estaba inquieta, pues no cesaba de cambiar de posición en su silla, ¿Acaso el plan de aquellas mujeres era casarla con algún arrogante *gorgio*? No podían imaginar que ella no estaría allí por mucho tiempo. -No deseo conocer a nadie -afirmó-. Estoy contenta de vivir en la Casa Dower con usted, Lady Stokeford.

-Mi querida niña, eso es y muy amable de tu parte -respondió la marquesa-, pero yo no estaré aquí siempre. Solo Dios lo sabe, pero podría morirme la próxima semana.

Vivien dejó caer su tenedor descuidadamente y salpicó su corpiño de seda.

-¿Está usted enferma, señora?

-Me encuentro perfectamente -contestó Lady Stokeford-. Sin embargo, cuando uno es viejo, nunca se sabe. De cualquier modo tú eres joven y alegre y deberías casarte. Con toda certeza desearás algo más que ser la dama de compañía de una vieja bastante sedentaria.

- ¡Oh no!, disfruto enormemente de su compañía. Y especialmente de sus historias.

Vivien no estaba mintiendo. A pesar de su desconfianza en relación con todo lo que se refería a los *gorgios*, se había encariñado con los Pimpollos de Rosa, tal como ellas mismas se llamaban. Estirando el brazo por encima del mantel blanco que cubría la mesa para coger la mano llena de venas azules de aquella aristocrática viuda, exclamó: -Se lo suplico, señora, no haga planes para que me case con un extraño. Nunca lo haría.

Lady Stokeford se rió y su risa pareció una delicada campanilla cuyo sonido se repitió como un eco a través de aquel enorme y sombrío comedor.

-No hay ninguna necesidad de hacer dramas. Cuando llegue el momento oportuno elegirás un marido de entre la alta burguesía local. -Será un matrimonio por amor y vivirás feliz por el resto de tu vida -declaró Lady Enid-. Vaya, eso es exactamente lo que Harriet hubiera deseado para ti.

Al escuchar la mención de su madre biológica, Vivien tragó saliva. Aunque ya habían pasado muchos días, la verdad relativa a su pasado todavía le dolía como una herida sin curar. Pero no había hecho más que preguntas superficiales sobre la mujer que la había atraído al mundo y sobre el desconocido que la había engendrado.

De algún modo, le parecía que desear saber más sobre ellos era una traición a su *dado* y a su *dye.*

Como lo era el placer que experimentaba con esta vida *gorgio*.

De acuerdo con su plan, había permitido que los Pimpollos de Rosa alborotaran a su alrededor como gallinas, la ataviaran con elegantes trajes, frotaran su piel con zumo de limón para diluir los efectos del sol y le enseñaran a conducirse en lo que ellas denominaban una «sociedad educada». Para su sorpresa, se sentía culpable porque adoraba los baños calientes, la abundancia de comida, la suavidad de la seda sobre su piel. Le encantaba escuchar a Lady Stokeford hablar de los tiempos pasados y de las diabluras de sus nietos. Pero lo más vergonzoso era que había descubierto que era incapaz de odiar a estas damas *gorgio* puesto que eran amables y tenían buenas intenciones. Y además tenían una sorprendente similitud con las mujeres gitanas.

Lady Enid le recordaba a la vieja Shuri, a quien le encantaba reírse tontamente y cotillear. Lady Faversham era parecida a la malhumorada Pesha, crítica y sin embargo compasiva. Lady Stokeford era como Reyna, de carácter dulce y corazón bondadoso.

Esta última comparación irritó a Vivien. ¿Cómo podía comparar favorablemente a ninguna de estas ridículas *gorgio* con la cariñosa mujer que la había criado?

Agobiada por un clamor de emociones encontradas, se recostó en su asiento. Justo a tiempo recordó sus modales.

-Os ruego que me disculpéis, señoras.

-Pero si aún no has terminado tu cena -comentó Lady Stokeford con una expresión de consternación en sus ojos de color azul cielo-. Tenemos *plum cake* de postre -le comunicó-. Es tu postre favorito, y también el mío.

-Le he dicho al criado que prepare tu té más fuerte, tal como a ti te gusta -agregó Lady Faversham.

-Gracias... Gracias a todas..., pero en realidad ya no tengo hambre. Y, dándoles la espalda, Vivien abandonó apresuradamente el comedor para atravesar el pasillo. Repentinamente, las lágrimas inundaron sus ojos*. No* quería la amabilidad de los Pimpollos de Rosa, como tampoco quería que le gustara vivir en esta casa tan lujosa. Se mareaba con sus infinitas habitaciones y se sentía confinada entre estas paredes llenas de cuadros. Era extraño que los *gorgios* decidieran colgar cuadros de paisajes en vez de vivir al aire libre y experimentar la naturaleza en toda su gloria.

El eco de sus rápidos pasos retumbó en el magnífico vestíbulo. El cristal facetado de los candelabros atrapó los últimos rayos de sol que entraban a través de las enormes ventanas y reflejó varios arco iris que bailaban sobre las paredes. En otro momento se hubiera sentido deleitada por aquella visión, pero ahora solo pensaba en escapar.

Se dirigió precipitadamente hacia la puerta de entrada y, tras bajar saltando los anchos escalones de la galería, cruzó el césped perfectamente cortado en pleno atardecer. Por la tarde los hombres armados con largas y curvas guadañas habían segado la hierba y su fresco aroma, que aún persistía en el ambiente, la entristeció. Los *gorgios* no parecían comprender que la naturaleza tenía que ser salvaje y no merecía ser podada ni domesticada. Tampoco comprendían que ella tenía un espíritu libre que se irritaba con sus rígidas normas.

Cómo añoraba los bosques y los caminos abiertos, los olores, las imágenes y los sonidos del campamento. Echaba de menos a sus padres, su risa fácil y su conversación familiar. Y también el movimiento arrullador del *vardo* cuando viajaban hacia un destino desconocido. Atraída por el sonido musical del río, Vivien se dirigió hacia un grupo de serbales Al otro lado de un puente de piedra se veía a la distancia una mansión incluso más palaciega que la Casa Dower, pero ella se detuvo junto a los márgenes del río para disfrutar de los aromas del agua y de la vegetación.

Deshaciéndose de sus zapatillas con una actitud desafiante, frotó los dedos de sus pies contra la hierba. Luego se arrancó las horquillas de concha de su apretado moño liberando sus cabellos, que

cayeron sobre la espalda. Se dio la vuelta elevando su rostro hacia el cielo del crepúsculo, su alma buscaba solaz en los intensos matices azul cobalto, rosado y púrpura de la puesta de sol.

Se preguntó si en ese mismo momento su *dado y* su *dye* estarían mirando las primeras estrellas y pensando en su hija, la hija que no era de su propia sangre.

Desbordada por las emociones contenidas hasta aquel momento, las lágrimas escaldaron sus mejillas. Vivien aspiró grandes bocanadas de aire fresco para deshacerse de la opresión que sentía en su pecho. ¿Por qué estaba llorando? A pesar de que había descubierto que sentía una debilidad por los lujos de los *gorgios,* tenía la intención de regresar con su familia tan pronto como hubiera ganado suficiente dinero.

Había tenido que negociar duramente con los Pimpollos de Rosa. Por cada mes que permaneciera junto a Lady Stokeford recibiría la espléndida suma de cien guineas de oro. Debido a su insistencia, las viejas damas habían anticipado diez guineas a su padre. Él había intentado rechazarlas, pero Vivien le había recordado que la alternativa era que ella se casara con Janus y, finalmente, su padre había cedido.

«Es correcto que aprendas cómo viven los de tu propia sangre», le había dicho él. «Quizás desees quedarte allí.»

Ella había protestado con vehemencia prometiendo regresar. Dos meses, le había dicho. Doscientas guineas. Luego sería libre para volver junto a los gitanos.

Aunque los Pimpollos de Rosa lo ignoraran, ese era su plan. Ellas creían ingenuamente que en cuanto Vivien hubiera saboreado la riqueza y las comodidades renunciaría a su vida con los gitanos. Pensaban que se casaría con un hombre de su clase y que viviría definitivamente entre ellos.

Un fuego en el corazón.

Recordando las palabras de su madre, Vivien se secó la última de las lágrimas que rodaban por sus mejillas. Los Pimpollos de Rosa estaban soñando. Ella nunca encontraría la felicidad con un arrogante noble *gorgio*. Jamás se adaptaría a un mundo en el que todos la mirarían con desconfianza y en el que los malvados terratenientes colocaban trampas para los gitanos desprevenidos.

Un golpe de suerte había llevado a los Pimpollos de Rosa hasta ella. Ella fingiría cooperar durante el tiempo acordado. El dinero era una mera insignificancia para ellas, de modo que no debía lamentar ni arrepentirse de la necesidad de engañarlas

-Mi querida muchacha, te mueves demasiado rápido para esta vieja dama.

Al girarse se encontró a Lady Stokeford, que se acercaba lentamente al río. A la luz del crepúsculo su cabello blanco como la nieve brillaba con un resplandor casi fantasmal. Un etéreo manto blanco cubría sus delicados hombros.

-Señora -exclamó sorprendida y cautelosa-. No debería estar aquí. Puede coger un constipado.

-Tenía miedo de que te hubiéramos disgustado -mirándola fijamente, la noble viuda chasqueó la lengua con la amabilidad que la caracterizaba-. Mi pobre querida, has estado llorando, ¿verdad? Venga, puedes hablar conmigo. Imagínate que soy una vieja y querida tía.

De pronto. Vivien se encontró sentada en un banco de piedra que estaba frente al río, mientras Lady Stokeford le secaba las lágrimas con un pañuelo de encaje.

-Ya está, cariño. No deberíamos haberte agobiado tanto. Después de todo, esta vida es completamente nueva y complicada para ti. Por momentos nuestras costumbres te deben parecer muy extrañas.

A pesar de que había deseado estar sola, Vivien sentía ahora una desesperada necesidad de compañía puesto que echaba de menos las prolongadas charlas que compartía con su madre.

-Es extraño pasar tanto tiempo entre paredes -admitió, sorprendiéndose al escuchar sus propias palabras. Pensó que se había escapado de Janus por un escaso margen y esta reflexión la ayudó a reafirmar su determinación-. Pero estoy resuelta a aprender las costumbres de los *gorgios*. Y respetaré los términos de nuestro acuerdo.

Al menos durante dos meses.

Lady Stokeford sonrió.

-Estoy segura de que lo harás. En ese sentido eres muy parecida a tu madre. Ella era una mujer muy orgullosa.

Vivían apretó el pañuelo húmedo que tenía en su puño. ¿Acaso estaba traicionando a Reyna al pensar en su madre *gorgio*? Sin embargo, con toda seguridad Lady Stokeford estaría esperando que ella le hiciera alguna pregunta. Respirando profundamente le pidió:

-Cuénteme algo más acerca de mi... Sobre Harriet.

-Era una mujer muy seria y capaz. La contraté como institutriz para mis tres nietos. Incluso con esa panda de bravucones, ella reveló tener una gran dignidad -la viuda se rió brevemente-. Vaya, recuerdo una noche cuando Michael, el mayor de mis nietos, se envolvió en una sábana y comenzó a emitir espantosos bramidos con el único fin de asustarla. Desgraciadamente para él, era una noche cálida y mis ventanas estaban abiertas. Entonces corrí escaleras arriba hasta las habitaciones de los niños y llegué justo en el momento en que, con toda serenidad, Harriet le ordenaba que volviera a la cama.

Vivien sonrió intentando imaginar a la majestuosa Harriet en sus dominios.

-Las habitaciones de los niños. Allí es donde duermen, ¿verdad? No he visto ninguna habitación para niños en la Casa Dower.

-No, me mudé a esta casa después de que muriera mi hijo y de que mis nietos se marcharan definitivamente. -Con los ojos humedecidos Lady Stokeford señaló el palacio que estaba al otro lado del río y que apenas era visible con la luz del crepúsculo.- Volviendo atrás, todos vivimos allí en Stokeford Abbey. Aquellos fueron unos días maravillosos a pesar de que mi hijo a menudo estaba un poco confuso a causa del alcohol y su esposa, mi hija política, se pasaba la mayor parte del tiempo rezando -la viuda puso una cara avinagrada y continuó-. Ella hubiera estado satisfecha dejando a aquellos niños correr como salvajes como si, por sí solas, las letanías hubieran sido capaces de civilizarlos. Pero yo me aseguré que aprendieran a comportarse.

De manera que había sido Lady Stokeford quien había educado a sus nietos. Vivien renunció a una injustificada curiosidad relacionada con ellos en favor de una cuestión más acuciante.

-¿Y qué pasó entonces? -preguntó-. Quiero decir con Harriet.

-Una mañana, ¡puf!, desapareció. Dejó una nota diciendo que prefería el aire fresco del mar y que había encontrado otro trabajo en la Isla de Wight. Pensé que aquellos traviesos niños finalmente se las habían arreglado para aterrorizarla, de manera que los castigué. Se llevaron una buena regañina.

-Usted sabía que estaba embarazada.

La viuda sacudió la cabeza con pesadumbre.

-No, en absoluto, en caso contrario hubiera ido tras ella para traerla de vuelta a su hogar. ¿Comprendes, querida? Ella era como una hija para mí. Me sentí desconsolada por su abrupta partida.

-¿Cómo descubrió usted... que yo existía?

-Después de su muerte, que tuvo lugar el año pasado, su abogado encontró una carta entre sus efectos personales. Esa carta iba dirigida a mí y en ella confesaba que había tenido un amante y que luego se había marchado para dar a luz a una hija. A ti, mí querida.

Los dedos de Vivien se hundieron entre los pliegues de su blusa de seda.

-Sin embargo, renunció a mí con excesiva facilidad.

Lady Stokeford alargó su mano para tocarla.

-¡No! No debes culparla. Mientras estaba enferma, aquejada de fiebres tras el parto, el que había sido su amante dio a su propia hija a los gitanos Harriet estaba desesperada por encontrarte, pero estaba sola y enferma y no tenía a nadie que la ayudara.

Vivien hervía de rabia por el hombre que había abusado tan cruelmente de Harriet. El hombre cuya semilla le había dado la vida.

-¿Quién era él? -preguntó-. ¿Quién era el hombre que me arrancó de los brazos de mi madre?

Lady Stokeford arrugó el entrecejo en medio de las sombras que crecían a los pies de los serbales.

-Desearía saberlo. Me encantaría retorcerle el... -Entonces la expresión furiosa de su rostro se desvaneció y recuperó su normal apariencia de matriarca de buen corazón.- Pero no hablemos de él, mi querida. Lo único que importa es que tú estás aquí después de que durante dieciocho años ni siquiera supiéramos que existías.

Vivien se reservó todas las preguntas que deseaba hacer sobre aquel desconocido *gorgio* que era su padre. Era un hombre malvado y no significaba nada para ella. Nada importaba, salvo las doscientas guineas de oro.

-¿Y cómo logró encontrarme?

-Bueno, contraté a un agente de Bow Street, por supuesto.

-¿Un... qué?

-Un oficial de la ley que recorrió todo el camino hasta Londres. Hizo algunas discretas averiguaciones para mí. Aunque la pista era muy antigua fue de enorme ayuda conocer los nombres de las personas que te habían adoptado. Estaban en la carta de Harriet -Lady Stokeford sonrió de un modo tranquilizador-. Y ahora nosotras, los Pimpollos de Rosa, somos tu familia.

Vivien la miró con curiosidad.

-¿Qué significa este nombre de flores con el que os nombráis?

La vieja mujer se echó a reír.

-No tiene nada que ver con las flores, mi querida. Pero se trata de una larga historia que será mejor dejar para otra noche. Por ahora hemos pensado que, para variar un poco, acaso te gustaría practicar una de tus costumbres.

-¿Qué es lo que quiere decir?

Mientras la luz se desvanecía una pícara sonrisa hizo que los ojos de la noble viuda brillaran como si fueran estrellas.

-Ven conmigo y lo descubrirás.

Capítulo 3

El Plan de Lucy

Michael se detuvo a la entrada del tocador de su abuela iluminado solo por la luz de las velas y contempló atónito la escena que tenía lugar en aquella habitación.

Le dolía el cuerpo de tanto cabalgar, tenía los ojos llenos de arena y estaba hambriento. Sin embargo, en vez de detenerse en la Abadía, había venido directamente hasta la Casa Dower. Mientras se quitaba los guantes de cuero, el mayordomo le había comunicado que su abuela y su nueva dama de compañía estaban reunidas celebrando una consulta. Por ese motivo había subido las escaleras corriendo, con la intención de echar de la casa a aquella gitana intrigante antes de sentarse a disfrutar de su cena.

En vez de hacerlo, se quedó absorto junto a la puerta. La alfombra seguramente había amortiguado sus pasos porque ninguno de los tres Pimpollos de Rosa había levantado la cabeza. Como arrobadas admiradoras, estaban sentadas alrededor de una muchacha morena de una belleza deslumbrante.

Durante Un momento fugaz se sintió desconcertado y recorrió con la mirada aquel recargado tocador rosado, con sus elaborados tapices y sus muebles franceses de color blanco que olían a polvos y perfumes. ¿Dónde se encontraba esa vieja bruja de ojos furtivos con una verruga en la nariz a la que se había imaginado una centena de veces durante el largo camino hacia allí? ¿Esa astuta timadora que se las había ingeniado para conseguir un lugar en aquella casa? Tenía que estar escondida en algún lugar, acaso estuviera desvalijando los cajones del cuarto de vestir mientras su abuela estaba entretenida en otra cosa.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que era *ella*. Esta espléndida criatura era la gitana.

Ataviada con un vestido de seda color verde mar, estaba sentada en una otomana en medio de un semicírculo de sillas. Su abundante melena caía en magníficas ondas hasta su cintura, sus curvas ondulantes hacían que un hombre solo deseara tumbarla sobre las sábanas. El fuego de la chimenea producía reflejos dorados en las delicadas facciones oscurecidas por la exposición al sol. Tenía unos pómulos muy definidos, unos labios rosados y una forma encantadora de inclinar la cabeza, como si estuviera totalmente absorta en su tarea.

Sosteniendo la mano de su abuela entre las suyas, la gitana observaba atentamente la palma de la mano siguiendo las líneas con la punta de su dedo.

-Vivirá usted hasta una avanzada edad -afirmó con un tono de voz lleno de lirismo-. En verdad, veo que tiene usted por delante muchas aventuras.

Los Pimpollos de Rosa parloteaban entre ellas. Su abuela parecía estar encantada.

-Dime más, mi querida. ¿Qué clase de aventuras son esas?

Lady Enid se inclinó hacia delante, su pecho parecía la proa de un barco.

-¿Incluyen algún caballero?

La gitana sonrió con un aire de misterio.

-Las aventuras a menudo incluyen caballeros. Sin embargo, la palma de la mano solo revela algunas cosas.

La cólera que había acompañado a Michael durante todo el camino resurgió. Esta gitana no se contentaba con el simple contenido de un bolsillo. Estaba detrás de algo más importante, contaba mentiras a su crédula abuela y se beneficiaba de una vieja y amable alma mientras tramaba apoderarse de su fortuna.

-La moza es una impostora -dijo desde la entrada-. Harías muy bien en cerrar bajo llave tus objetos preciosos, abuela.

Dejando escapar una exclamación, Lady Stokeford retiró su mano. Pero él la ignoró, como también ignoró los chillidos de sorpresa de sus amigas, sin apartar su mirada glacial de la gitana.

Ella lo miró a su vez con sus ojos marrones de gamo enmarcados por sus abundantes pestañas oscuras. Sus labios se separaron ligeramente y le devolvió la mirada con descarado interés y sin pestañear. Como si se tratara de un sueño, la gitana, levantó sus manos a la altura de sus pechos. Unos pechos femeninos y exuberantes.

A Michael le bulló la sangre debajo de la piel. Quizás podría darle la vuelta a aquel juego y llevar a la muchacha directamente hasta su cama.

-No te quedes ahí mirándonos como si fueras un idiota -dijo Lady Stokeford-. Ven a saludarme como es debido y entonces consideraré la idea de perdonarte por lo descortés que has sido con mi dama de compañía.

Michael dejó de prestar atención a la muchacha para ocuparse de su abuela. A pesar de que le irritaba que lo trataran como si fuera un muchacho inmaduro, atravesó la habitación y se inclinó para besar la arrugada mejilla de su abuela. Solo entonces advirtió el aire de fragilidad y las nuevas líneas grabadas en sus distinguidas facciones, y se preguntó con inquietud si habría hecho bien en ignorar sus cartas, si su informante no se habría equivocado al comunicarle que ella gozaba de una excelente salud.

-¿Cómo estás abuela?

Ella lo envolvió en un perfumado abrazo.

-Vaya, Michael, cariño. Eres la última persona que esperaba ver en mi casa. -Luego se echó hacia atrás sacudiendo delicadamente un pañuelo junto a su nariz.- ¡Ufff, apestas a caballo!

-Te ruego me disculpes -dijo lacónicamente mientras hacía una reverencia que incluía a sus viejas compinches-. Acabo de llegar. Salí de Londres un poco antes del amanecer, a mi coche se le rompió uno de los ejes y me vi obligado a cabalgar el resto del camino en un jamelgo que perdió una herradura. -Para no mencionar que había renunciado a una noche lujuriosa en los brazos de Katherine.

Las otras dos damas parloteaban nerviosamente, pero su abuela lo miraba de una manera insulsa.

-El mal humor no es ninguna excusa para un mal comportamiento. Ahora, déjame presentarte a mi nueva acompañante, la señorita Vivien Thorne. -La noble viuda sonrió tierna y confiadamente a la gitana.- Vivien querida, este es el Marqués de Stokeford y el mayor de mis nietos. Una persona insensible que casi nunca viene visitarme... Excepto cuando me quiere regañar por algo.

Ignorando la burla, Michael miró con dureza a la gitana que estaba sentada en la otomana. Para una mujer de su edad -y no podía tener más de dieciocho años- tenía una mirada atrevida que carecía de la ruborosa modestia de las muchachas de buena educación. A través de los años, muchas mujeres lo habían atraído por su mirada insinuante, pero ninguna de una manera tan ostensible. Era evidente que esta muchacha era una mujer de la calle.

Inclinó su cabeza haciendo una reverencia burlona.

-Señorita Thorne, lamentablemente lo sé todo sobre las mujeres de su clase.

Ella no pareció escucharlo. Sus labios se movieron y susurró.

-Un fuego en el corazón.

Pronunció esas palabras con una voz tan baja que él pensó que no había comprendido bien.

Michael arrugó el entrecejo. ¿Acaso estaba loca aquella moza? No, su halo de ofuscado encantamiento formaba parte de su simulación. Ella esperaba seducirlo con el propósito de aprovecharse aún más de la situación.

-¿Eh, qué es lo que dices? -dijo Lady Enid acercando su mano regordeta a su oreja. Tienes que saludarlo correctamente.

-Cuando te dirijas a él debes decir «milord» -susurró Lady Faversham mientras tocaba ligeramente a la gitana con la empuñadura de marfil de su bastón-. Y no te olvides de hacer una reverencia.

Como un soñador que vuelve en sí, Vivien Thorne pestañeó ante los Pimpollos de Rosa, luego se incorporó lentamente de la otomana. Era más alta de lo que Michael había pensado, tenía un pecho abundante y la cintura estrecha, sus largas piernas podían rodear las caderas de un hombre mientras la montaba. Ella solo necesitó alzar ligeramente su mirada para encontrarse con la suya y él volvió a percibir la chispa de su sensual atractivo. Ella se inclinó en una graciosa reverencia mientras sus cabellos la envolvían como un velo del color del ébano.

Una mujer nunca llevaba el cabello suelto excepto en su dormitorio y jamás frente a ningún hombre que no fuera su marido.

O su amante.

Mientras se ponía de pie pronunció con un acento ligeramente exótico:

-Es un placer para mí conocerlo, milord.

-Tendrá que disculparme que no comparta su sentimiento -respondió él fríamente-. Para mí sería un placer verla marcharse de inmediato de esta casa.

-¡Michael! -exclamó Lady Stokeford.

Pero él hizo caso omiso de su abuela. Lo mismo que la gitana. La fascinación abandonó sus ojos marrones y aterciopelados y se puso ligeramente tensa levantando su barbilla.

-Usted no sabe absolutamente nada de mí.

-Sé que no conseguirá engañar a mi abuela. No lo hará mientras yo esté aquí.

-¿Engañar? -preguntó ella inclinando lateralmente la cabeza-. ¿Qué es lo que quiere decir?

-Ustedes los gitanos lo llaman timar, de manera que no finja ser inocente.

-¿Cuál es el propósito de este espantoso comportamiento? -Lady Stokeford hizo un movimiento con la mano indicando que censuraba su actitud.- Debes disculparte de inmediato con Vivien.

-Tú has sido siempre demasiado amable y eso te ha perjudicado -dijo Michael sin rodeos a su abuela-. Has dado trabajo y metido en tu casa a vagabundos sin comprobar sus referencias...

-Si te refieres a Rumbold -le interrumpió su abuela -, no hice más que dar cobijo a un muchacho asustado que había huido de un padre cruel.

-El año pasado donaste cien guineas a un falso orfanato de Bristol. No te diste cuenta de que te habían estafado hasta que yo me encargué de hacer una pequeña investigación.

Sin inmutarse, ella lo fulminó con la mirada.

-Prefiero ser generosa y descubrir que me he equivocado, y no ser tan desconfiada y mezquina como eres tú.

-Bonito espectáculo -comentó Lady Enid aplaudiendo.

-Estoy de acuerdo -agregó Lady Faversham.

Mirando fijamente a las amigas de su abuela, que observaban ávidamente la escena, Michael dijo:

-Abuela, creo que quizás deberíamos hablar a solas.

Aquellos labios patricios se fruncieron en un gesto familiar de obstinación. Sacudió su cabeza, la luz de la chimenea hizo resplandecer sus blancos cabellos.

-Los Pimpollos de Rosa pueden escuchar cualquier tontería que tengas que decir. Haz el favor de sentarte, jovencito. Estás consiguiendo que me dé un terrible calambre en el cuello.

Pero en vez de coger una silla, él se agachó a su lado y cogió su fina y arrugada mano, la mano que una vez lo había calmado y lo había abrazado cuando era un niño aquejado por la fiebre, mientras su madre estaba preocupada por su propia salvación.

-La señorita Thorne es una impostora -afirmó con gran paciencia-. Se está aprovechando de tu buen corazón.

-Tonterías. Ella es una muchacha dulce y cariñosa. -Las comisuras de la boca de Lady Stokeford se curvaron hacia abajo.- Ciertamente comprenderás por qué necesito una dama de compañía, tú y tus hermanos me habéis abandonado. ¿Qué es lo que debe hacer una vieja y solitaria mujer?

Michael experimentó una punzada de remordimiento.

-Hay acompañantes mucho más apropiadas. La señorita Thorne intenta despojarte de tu riqueza.

-Caramba. Puedo dejar mis posesiones a cualquier persona que elija -dijo con desdén-. Y en la actualidad, esa persona afortunada no eres tú, Michael.

-Sea como sea, ella no es una compañía adecuada para la noble viuda del Marqués de Stokeford. Es una gitana.

-Me doy perfecta cuenta de ello. La encontré yo misma en su campamento y gracias a Dios que lo hice. -Sus cejas plateadas se unieron en un gesto inquisitivo.- Pero, ¿cómo has sabido de su existencia? Si alguno de los criados ha osado ser tan indiscreto...

-Fue Brandon. Recibió una carta de Lady Faversham.

Las dos viejas amigas se giraron para mirar a la condesa de un modo amenazador. Ella, a su vez las miró con una expresión de culpabilidad, para luego bajar la mirada hacia sus manos que rodeaban la empuñadura de su bastón.

-¡Olivia, caramba! -exclamó Lady Enid con un tono de evidente sorpresa-. Todas estas semanas he tenido sumo cuidado de no comentar ni una palabra de todo este asunto y sin embargo eres tú la que has revelado el secreto. ¡Tú, que te ufanabas de ser el colmo de la discreción!

-Pensé que lo correcto era que el marqués conociera la situación -afirmó rígidamente Lady Faversham-. Después de todo, es el cabeza de familia.

-Se lo hubiera contado en el momento oportuno -expresó su abuela con un tinte de censura en su tono de voz-. Pero lo que está hecho, hecho está. -Volvió a mirar a Michael.- ¿Acaso la carta también explicaba que es una mujer de noble cuna? Fue entregada a los gitanos cuando era un bebé.

De manera que ese era su juego. Poniéndose de pie de un salto se acercó a Vivien, obligándola a levantar la cabeza para mirarlo. El descarado interés que había expresado poco antes había sido reemplazado por una mirada velada que él no alcanzaba a comprender. Ella tenía secretos, muy bien. Secretos que él pretendía que todo el mundo conociera. -¿Con que la entregaron a los gitanos? -se burló-. Esto me suena a un plan concebido para aprovecharse de los ricos.

-Es la verdad, cariño -su abuela se inclinó hacia delante, bajando la voz con un tono conspirador-. Es la adorada hija de la señorita Harriet Althorpe.

¿Althorpe? Buscó en su cerebro antes de recordar a la mujer alta, seria y estricta que había sido su institutriz hasta que a la edad de doce años se había marchado a estudiar en un colegio. Ella era una mujer aristocrática hasta la médula, una de esas damas desafortunadas que no tienen ni un penique y se ven obligadas por las circunstancias a trabajar para vivir. Nada parecido con aquella sensual y exuberante Vivien Thorne.

-La señorita Althorpe tenía los ojos azules y el cabello castaño - afirmó-. Y también tenía principios. No puedo imaginarla manteniendo una relación ilícita.

Su abuela resopló.

-Por supuesto que no eres capaz de hacerlo. Siempre es difícil para un niño imaginar que los mayores pueden ser consumidos por la pasión. -No se trata de eso -respondió Michael sintiendo cierta vergüenza ante la inverosímil imagen de aquella vieja y remilgada gata, atrapada por el deseo-. Me refiero a su carácter.

-¡Bah, el carácter! Cuando una mujer se enamora, deja a un lado todas sus inhibiciones.

-Ella era demasiado mayor como para poder tener un hijo. Su abuela sonrió con una pícara ternura.

-La verdad es que dio a luz a nuestra querida Vivien cuando solo tenía treinta y un años.

Michael se quedó atónito mientras trataba de recuperar el recuerdo de la señorita Althorpe. ¿Esa ciruela pasa tenía... su misma edad? -Se trata de una larga y triste historia -intervino repentinamente Lady Enid.

-Pero una historia que tú deberías conocer -agregó Lady Faversham.

-Es verdad -dijo Lady Stokeford. Los Pimpollos de Rosa movieron afirmativamente la cabeza y murmuraron entre ellas. Después su abuela procedió a contarle una historia fantástica acerca de

cómo Harriet había engendrado una hija de un amante secreto que había entregado el bebé a los gitanos.

Michael no creyó ni una sola palabra de lo que le contaba. Era más que evidente que Vivien Thorne había descubierto la relación que Harriet Althorpe tenía con su familia y se había inventado esa historia como un medio de establecerse en aquella casa. Tenía que reconocer que era inteligente.

-Tonterías melodramáticas -afirmó Michael una vez que Lady Stokeford hubo concluido-. Es evidente que la carta es falsa.

-Ya te la enseñaré -le dijo su abuela-. Olivia la ha conservado y la traerá mañana.

Lady Faversham asintió con la cabeza. -Comprobarás por ti mismo que es genuina.

-Estoy seguro de que debe de parecer auténtica -manifestó Michael con irritación-. Los gitanos son expertos en la falsificación y en otros delitos.

-Ella está diciendo la verdad -dijo repentinamente Vivien. Deje de agobiarla.

Él se giró hacia ella.

-Usted no tiene ningún derecho de hablar. Será mejor que se calle.

-No. Usted puede creer lo que quiera de mí, milord, pero no permaneceré callada mientras usted se muestra irrespetuoso con una persona mayor que pertenece a su propia familia.

Se sentó muy erguida, su mirada era insolente y sus modales revelaban cierta superioridad, como si tuviera el derecho de ser la dama de aquella casa. Él afirmó con brusquedad:

-Entonces me ocuparé de agobiarla a usted, señorita Thorne. Con toda seguridad que estará ganando una considerable fortuna estafando a mi abuela.

Las oscuras cejas de Vivien se juntaron y antes de que ella pudiera decir alguna otra falsedad, decidió presionarla.

-Dígame la verdad, ¿cuánto dinero le ha sacado usted ya a mi abuela?

Ella permaneció sentada y obstinada en guardar silencio. Pero él alcanzó a ver que un destello de culpa atravesaba sus delicadas facciones. -¿Cuánto? -repitió Michael con un tono de voz peligroso.

-Diez guineas -replicó al instante-. Y cien guineas por cada mes que permanezca en esta casa. No son para mí sino para mis padres, las personas que me criaron.

Furioso, Michael la cogió de un brazo y la levantó de la otomana. Ella trastabilló ligeramente durante un ardiente instante en el que sus suaves senos rozaron el pecho de él y Michael sintió que lo invadía el ardiente calor del deseo. Estaba deseando sacarla de una oreja de la casa pero al mismo tiempo ansiaba arrastrarla hasta el dormitorio más cercano y hacer que ella lo reconociera como su amo.

Las viejas damas lo miraban con indignación y respiraron entrecortadamente al presenciar como empujaba a Vivien hacia la puerta del tocador mientras ella protestaba y se retorcía. Si él no hubiera estado tan furioso quizás se hubiera dado cuenta que su abuela no hacía el menor intento por detenerlo.

-Haz el favor de comportarte como un caballero, Michael -le gritó-. Y recuerda, que estás en la Casa Dower. No tienes ninguna autoridad para despedir a mi dama de compañía.

-¿No deberíamos ir tras ellos? Stokeford está realmente furioso - susurró Enid mientras los acalorados pasos se desvanecían por el corredor-. Todo esto es culpa de Olivia -añadió mirando fijamente a la condesa-. No deberías haber escrito a Brandon. Sabías perfectamente que para él sería un gran placer contarle a Michael lo sucedido.

-Oh, puedes ahorrarte tu regañina. -Con los labios apretados Olivia miró con preocupación en dirección a la puerta-. En este momento lo único que importa es que el marqués no se quede a solas ron Vivien. Deberían estar acompañados por una carabina.

Se apoyó sobre su bastón como si deseara incorporarse, pero Lucy la detuvo con la mano.

-No. Déjalos.

-Pero será la ruina de Vivien si alguien los encuentra juntos y solos. Perderá todas las posibilidades de tener un matrimonio decente y todo nuestro trabajo se echará a perder.

Experimentando una secreta excitación. Lucy sonrió a sus amigas. -Yo no estaría tan segura.

Al principio se había sentido horrorizada al ver entrar a su nieto en el tocador. Como la mayoría de los hombres, Michael podía ser muy testarudo y ella pretendía asegurar el futuro de Vivien sin que él interfiriera en sus planes. Pero más tarde había advertido que algo sucedía entre ellos, algo interesante...

-¿Acaso ninguna de vosotras se percató de la forma en que se miraban? -preguntó.

Enid asintió con la cabeza

-Su señoría la fulminaba salvajemente con la mirada, como si quisiera... Darle una paliza. -En vez de parecer aterrada, dejó escapar un romántico suspiro-. Es un verdadero bribón. Con esos intensos ojos azules y su cabello negro como el carbón, es demasiado guapo. Caray, me hace añorar ser joven otra vez.

-No seas boba -dijo Olivia severamente-. Es Vivien la que me preocupa. Mientras estamos aquí sentadas conversando, su futuro podría estar en peligro

-Esperad -pidió Lucy-. Escuchadme un momento. Desde la muerte de Grace, Michael se ha transformado en un sinvergüenza. Se ha dejado cautivar por los vicios de Londres, tiene amantes, gasta su dinero y su tiempo en frivolidades, juega a las carreras de caballos, bebe y sale con mozas. -Frunció sus labios en una mueca de dolor.- El pobre chico ha sufrido mucho -continuó mientras sacudía su cabeza tocada por un turbante-. Se sintió desolado por la pérdida de su esposa.

-Grace era tan joven y tan hermosa -agregó Olivia mientras sus facciones se relajaban y abandonaba un gesto de amargura-. Su pobre hija se quedó huérfana de madre.

Durante un momento el único sonido que se escuchó fue el crepitar del fuego en el hogar. Consciente de que crecía en ella una sensación familiar de tristeza, Lucy reflexionó sobre el horror de aquella terrible noche. Luego se obligó severamente a abandonar sus reflexiones. Hacía ya mucho tiempo que había aprendido que era inútil regodearse con el pasado.

Estirándose, Lucy tocó las manos de sus amigas, manos que ahora eran viejas, manchadas por la edad, tan arrugadas y débiles como las suyas. Los otros Pimpollos de Rosa llevaban las marcas de la experiencia y seguramente aceptarían la genial idea que acababa de concebir.

-Más que nada en el mundo, desearía que mi nieto fuera feliz otra vez -afirmó-. Quisiera que él retornara al lugar que le corresponde en Stokeford Abbey. Acaso Vivien pueda proporcionarle un motivo para hacerlo.

Las damas miraron a Lucy sin comprender lo que pretendía decir.

-¿Quieres decir que deseas que la seduzca? -preguntó Lady Enid mirándola con los ojos abiertos como platos-. Pero ella no puede ser su amante. Ese no era nuestro plan.

-Ella tendrá que casarse con un terrateniente de noble cuna o con un caballero -intervino Olivia, y como si quisiera resaltar su afirmación dio un golpe con su bastón en el suelo-. Todas estamos de acuerdo en que una unión semejante sería lo adecuado para una mujer de sus... inusuales credenciales.

Lucy sacudió la cabeza. Ellas eran sus amigas más queridas, pero por todos los cielos, podían tener cabeza de chorlito en algunas ocasiones.

-No entendéis lo que quiero decir, Pimpollos de Rosa. No quiero que Vivien sea la querida de Michael. Lo que quiero es que él se case con ella.

Capítulo 4

Un Soborno Rechazado

Vivien nunca se había sentido tan alarmada en toda su vida. Ni siquiera en aquella ocasión en la que el resplandor de un relámpago había sobresaltado a los caballos y el *vardo* se había precipitado por una pronunciada colina mientras *dado* tiraba inútilmente de las riendas. Tampoco cuando se había topado con un nido de avispas mientras jugaba en el bosque y al escuchar sus chillidos su madre había salido corriendo a rescatarla.

Ahora solo podía contar consigo misma. Evidentemente, Lady Stokeford ignoraba lo peligroso que podía ser su nieto.

Pero Vivien lo sabía. La ira y la frialdad que expresaban los ojos azules del marqués le producían escalofríos. Sus dedos se hundían en su brazo. Con aquellas faldas tan estrechas tenía problemas para seguir el ritmo de sus largas zancadas a lo largo del oscuro corredor.

¿Qué pretendía hacer este lord *gorgio* con ella? Después de que su padre se topara con aquella trampa, Vivien sabía muy bien las crueldades de las que podía ser capaz la nobleza inglesa.

-Suélteme -exigió una vez más mientras intentaba liberarse de aquellas manos que la sujetaban firmemente-. No tiene ningún derecho a tocarme.

Él arrancó una vela de un aplique con forma de concha que había en la pared. Bajo su trémulo resplandor, Vivien vio que tenía el ceño fruncido como un diabólico hechicero.

-Tengo todo el derecho del mundo, dado que usted está engañando a mi abuela.

-Solo he aceptado lo que ella me ha ofrecido por propia voluntad...

-Guárdese sus excusas para alguien que sea más crédulo. Abriendo una puerta con el hombro, la arrastró hacia una cámara oscura y cerró la puerta de un puntapié. La vela arrojaba un pequeño círculo de luz que no conseguía penetrar la turbia oscuridad de aquella habitación. Un olor a viejo y a encerrado había invadido el aire. Observando la gran cama con cuatro columnas, Vivien sintió una nueva punzada de miedo. Cuando él giró sobre sus talones para colocar la candela sobre una mesa redonda de roble, ella buscó rápidamente el pomo de bronce de la puerta.

En un instante, el cuerpo musculoso del marqués la arrinconó contra el panel pintado de blanco. Ella luchó ferozmente, jadeando por el esfuerzo. Si no hubiera estado de espaldas a él probablemente le hubiera arañado la cara, pero su tamaño y su fuerza la disuadieron. Con cada inspiración ella inhalaba su olor a caballo, a cuero y a algo salvaje, algo que desencadenaba un latido un poco más abajo de sus entrañas.

-Quédese quieta -le ordenó-. No tengo intención de hacerle daño.

Con una diabólica ternura, le quitó un mechón de pelo que le caía sobre la cara. Respiró junto a su cuello, dejándola sentir su cálido aliento y Vivien comenzó a sentir un cosquilleo en la piel. También sintió que las fuerzas la abandonaban y necesitó todos sus recursos para controlar un profundo estremecimiento. Su corazón comenzó a latir aún más rápido de lo que había latido cuando lo había visto por primera vez, de pie junto a la puerta como un héroe de leyenda. Ancho de hombros y misteriosamente atractivo, estaba vestido con una elegante chaqueta, una camisa blanca y unos pantalones de montar de piel de gamo. Sus ojos azules ardían de cólera mientras la miraba Ella había experimentado un ferviente deseo, un profundo calor interior, como si su cuerpo hubiera reconocido a su pareja.

Un fuego en el corazón

Imposible. Ella no podía estar destinada a amar a este lord tan brutal. Con las puntas de sus dedos recorrió la espiral de su oreja.

-Eso está mejor -dijo suavemente-. Me gustan las mujeres que son cariñosas y serviciales.

-Pues yo disto mucho de ser servicial -dijo ella con brusquedad-. Maldito sea. Espero que antes de morir sufra una atroz agonía y que los cuervos se coman su apestoso cadáver.

Él susurró suavemente cerca de su oído.

-Tanto veneno en unos labios que fueron hechos para besar.

De solo pensar que su boca podía posarse sobre la suya, se estremeció. Sintió sus efectos en sus pechos, en sus entrañas y desde allí la sensación descendió hasta los dedos de sus pies.

-Si alguna vez mis labios se unen a los suyos, será para sacarles sangre.

Él se rió una vez más y luego habló con un tono de voz conmovedor.

-Su plan nunca tendrá éxito, señorita Thorne. Le sugiero que se reserve sus artimañas para mí. Le pagaré generosamente por sus servicios. -Luego se apoyó cómodamente contra su trasero para que ella pudiera sentir la inequívoca presión del órgano masculino.

Duramente un momento abrasador, Vivien no fue capaz de pensar en nada que no fuera la vergonzosa sensación que latía con fuerza en su bajo vientre. Sabía de qué se trataba pues había escuchado murmurar a las mujeres de los gitanos. Era la necesidad que sentía una mujer por su marido.

Entonces comprendió súbitamente el significado de sus palabras y fue como si hubiera recibido una bofetada. Lord Stokeford pretendía llevarla a su cama sin el beneficio del matrimonio. Quería que ella fuera su prostituta.

Con todas sus fuerzas hundió su codo en el abdomen del marqués y le dio un fuerte pisotón en la entrepierna.

-Sucio *gorgio*. ¡Apártese de inmediato de mí!

Maldiciendo, él retrocedió llevándola consigo. La empujó aún más hacia el interior de aquella habitación con olor a humedad, haciéndola tropezar con la alfombra de felpa.

Ella recorrió la oscura estancia con la mirada buscando otra ruta de escape, pero no había ninguna otra puerta, ninguna forma de salir de allí excepto las ventanas que había en el extremo opuesto de la habitación. Nunca tendría tiempo suficiente para abrir la ventana y escapar con aquel vestido tan ceñido. Y mucho menos para bajar por el muro de piedra con aquellas finas zapatillas de seda.

Estaba atrapada.

Giró sobre sus talones para quedar frente a su adversario. Cruzando los brazos, él se recostó contra la puerta mientras la observaba con esa actitud que la desconcertaba y la inquietaba. Tenía la apariencia de un hombre de dudosa reputación, sus cabellos oscuros desordenados y sus ojos brillantes, llenos de secretos. Secretos relacionados con los hombres y las mujeres.

Ella apretó sus dedos dentro de las húmedas palmas de sus manos.

-No vuelva a tocarme nunca más.

Él se sonrió con sorna.

-Tiene usted una gran habilidad para actuar como una virgen ultrajada.

-¿Por qué considera usted que todo lo que digo o hago es falso?

-Porque conozco a la mujeres. Y porque sé de qué clase de personas proviene usted.

Su superioridad la irritó. ¡Los malos eran los *gorgios*! Pero como tantos granjeros, aldeanos y terratenientes, Lord Stokeford despreciaba a los gitanos. Cuando su grupo circulaba por un camino, los hombres se persignaban para conjurar el mal. Las mujeres se apresuraban a retirar la ropa que se secaba tendida en las cuerdas o a guardar sus gansos en su corral. Las tontas supersticiones de los *gorgios* siempre habían sido una fuente de entretenimiento para los gitanos.

-Usted no sabe absolutamente nada de mi gente -exclamó Vivien con desdén-. Ningún hombre osaría tocar a una mujer que no le perteneciera de la forma en que usted acaba de hacerlo.

Él se rió socarronamente.

-Si son una raza tan noble, entonces haga el favor de explicarme por qué los gitanos han robado pollos a mis arrendatarios y manzanas de mis huertos.

-Nosotros los gitanos no reconocemos los límites de la propiedad. Los frutos de la tierra pertenecen a todas las criaturas de Dios.

-Eso es solamente una excusa para cometer pequeños hurtos. Incluso cuando son niños, los gitanos simulan ser ciegos o lisiados para pedir limosna en el pueblo.

-Ustedes los ricos *gorgios* preferirían hacer como si los niños pobres no existieran. -Con los sentidos alerta, ella se deslizaba lentamente a través de aquel dormitorio umbrío. Tenía que encontrar una forma de obligarlo a que la dejara marcharse.

-Desprecio el engaño en todas sus formas -afirmó él-. Y además está la cuestión de inventar la buena fortuna para las viejas damas ingenuas. Una gran aventura, en verdad.

Vivien lo miró con frialdad. ¿Qué había de malo en que las personas creyeran que ella poseía poderes especiales? Cuando era apenas una niña había aprendido el arte de hacer un juicio de un cliente de un solo vistazo, recogiendo datos sobre sus modales y su apariencia para conocer lo que esperaba escuchar. A ella le gustaba pensar que por una o dos monedas podía hacer que la gente fuera feliz con sus inofensivas y alegres predicciones.

Pero admitirlo frente a Lord Stokeford solo lograría aumentar su presunción.

Con la esperanza de poder apartarlo de la puerta, se adentró aún más en la lúgubre habitación.

-No leí las palmas de las manos de los Pimpollos de Rosa por dinero. Era mi regalo para ellas.

-Con la esperanza de que mi abuela la nombrara su heredera.

Su insultante acusación le permitió dominar el clamor de la culpa con mayor facilidad.

-Piense usted lo que quiera. Pero milady y yo sabemos cuál es la verdad.

Tal como ella había previsto, él fue tras ella.

-Permítame que yo mismo haga una predicción- dijo de él-: Su plan fracasará.

-Como ese plan solo existe en *su* imaginación, milord, puede estar seguro de que su predicción es correcta.

Con excitación Vivien descubrió algo sobre un elegante escritorio que había en un rincón en penumbra. Se giró para quedar frente a él, escondiendo sus manos tras la espalda mientras cogía fácilmente aquel pequeño tesoro.

En cuatro largas zancadas él atravesó la estancia.

-¿Qué es lo que ha cogido de allí?

-Caramba, nada. Tiene usted una naturaleza muy suspicaz.

-La he visto a robar algo.

Deteniéndose a unos pocos centímetros, la cogió por el antebrazo y tiró de ella. Vivien se resistió ligeramente, su mirada pendiente de los contornos acerados de su rostro, de su mandíbula sombreada por la barba. ¿Qué tenía este horrible que hacía que su corazón brincara y su cuerpo flaqueara? Entonces él le cogió la mano que tenía detrás de la espalda y esbozó una mirada de triunfo.

En su palma había una pluma de ganso de color gris.

-La verdad, milord, es que es usted demasiado miserable -afirmó ella-. ¿Acaso le molesta que tome prestada esta pluma?

-Solo la usará para falsificar otra carta -exclamó mientras le arrancaba el objeto de la mano y lo arrojaba nuevamente sobre el escritorio. Entonces ella aprovechó la oportunidad para apartarse de él y comenzó a deslizarse suavemente a través de la habitación, cada vez más cerca de la puerta.

-Encontraré otra pluma -afirmó con toda tranquilidad-. Después de todo, en el caso de que usted se las ingenie para desbaratar mi plan, quizás pueda simplemente escribirle al Príncipe Regente y convencerlo de que es mi padre.

Lord Stokeford resopló.

-Si esa es su idea del sarcasmo, no se crea tan lista. Usted no conseguirá ponerme en ridículo.

-Estoy segura de que en ese sentido usted puede arreglarse solo, mi estimado marqués.

Él frunció la boca y bajo aquella escasa luz Vivien no fue capaz de distinguir si estaba sonriendo o si su mueca era de disgusto. Luego él comenzó a acecharla otra vez, sus pasos tan pausados como los de un lobo seguro de su presa.

-Ya he escuchado suficientes tonterías, señorita Thorne. Quiero que se marche de inmediato de esta casa. Y sin sacar siquiera dos peniques del monedero de mi abuela.

-Debería usted mostrar más confianza en la capacidad de su abuela para elegir una acompañante -replicó Vivien caminando alrededor de un mullido sillón-. Ella es mucho más hábil que usted para juzgar el carácter de las personas.

-Entonces le pagaré una buena suma de dinero para que se marche de aquí. Trescientas guineas en su bolsillo en este mismo momento si desaparece para siempre. Ni siquiera enviaré un juez en su búsqueda.

Por un momento, Vivien se sintió tentada por su oferta. Eso era más de lo que ella había pensado dar a sus padres. Podría abandonar esta casa *gorgio* inmediatamente y volver con su gente. Sin embargo, al observar la gélida mirada del marqués, algo la hizo desestimar la idea. Él pensaba que ella era una ladrona. Sin embargo, ella solo cogería el dinero *gorgio* que había ganado como pago por ser la dama de compañía de Lady Stokeford.

-Guárdese sus sobornos -exclamó bruscamente-. Yo he hecho un trato honesto con su abuela.

Él frunció el ceño.

-Si no acepta mis condiciones la haré arrestar por fraude. Si es afortunada, no la colgarán. La llevarán a una colonia penal en Australia, al otro lado del mundo, y no volverá jamás a Inglaterra.

Su amenaza le ofreció un descanso. ¿Tendría él realmente el poder para hacerla encarcelar por estafadora? ¿Acaso pasaría el resto de sus días fingiéndose enferma en una celda húmeda u obligada a hacer trabajos forzados en alguna tierra salvaje y desconocida allende los mares?

Tragando saliva, apretó sus dedos alrededor del objeto que había escondido entre los pliegues de su falda. No debía permitir que este presumido aristócrata la asustara con el fin de que abandonara la casa.

-No he hecho nada malo -afirmó acercándose un paso más hacia la puerta. Estaba casi a su alcance-. Lady Stokeford no le permitirá que me haga encerrar.

-Encontraré las pruebas necesarias para hacerlo. Los criminales Siempre dejan huellas.

-Puede buscarlas, si así lo desea. Estará perdiendo el tiempo. Insultada por última vez, Vivien se precipitó hacia la puerta. Esta vez se las arregló para abrirla antes de que el marqués la alcanzara.

Él empujó su cuerpo contra el de ella -en esta ocasión, pecho contra pecho-. No había forma de ignorar el poder de sus músculos ni el calor de su cólera debajo de su elegante chaqueta. Le recorrió el cuerpo con la mirada y, a pesar de sí misma, sintió los efectos de su encanto animal. Maldito sea, aquel hombre podía hacer que se estremeciera con una simple mirada.

Con un tono de voz brusco, él preguntó:

-¿Está intentando escaparse de mí, señorita Thorne? Usted no abandonará esta habitación hasta que resolvamos este asunto. Y de un modo que me resulte satisfactorio.

-De ninguna manera, lo solucionaremos de un modo que me satisfaga a mí.

Con un nuevo rápido movimiento, Vivien sacó de entre sus faldas su mano, que empuñaba un pequeño puñal y, colocándolo entre ambos, apoyó la punta de la hoja contra la entrepierna del Lord.

Él retrocedió sin quitar sus manos de sus hombros. -¡Qué demonios...!

Ella experimentó un intenso placer ante la sorpresa que había borrado la arrogancia de sus facciones demasiado bellas.

-Es un cuchillo que ustedes los *gorgios* utilizan para sacar punta a los lápices. Ya ve usted que debería haber revisado mis dos manos. -Vivien intentó no regodearse ante su mirada de consternación.- Ahora, retroceda lentamente. Esta cuchilla puede ser pequeña pero un solo resbalón y podría castrarlo.

Lord Stokeford obedeció con gran precaución, la soltó y comenzó a retroceder con las manos en alto y las palmas abiertas. Aquellos ojos azules que le arrebataban el aliento la estudiaban con precavido interés mientras su mirada se paseaba desde el cuchillo que tenía en la mano hasta el desafío que expresaba su rostro.

Luego, para su sorpresa, él sonrió y bajó las manos hasta apoyarlas sobre sus caderas.

-*Touché*, señorita. Usted ha ganado esta partida pero no es el fin de nuestra batalla.

Era inútil tratar de convencerlo de su inocencia.

-No tengo ningún interés en sus juegos -respondió ella-. Le aconsejo que regrese a Londres a menos que desee despertarse una noche y encontrar este cuchillo en su garganta.

-Si alguna vez entra usted en mi dormitorio no será con el propósito de asesinarme. -La curva de su boca se alargó, una sonrisa que insinuaba una promesa devastadora.- Si decidiera usted hacerme esa visita, me encontrará en el ala oeste de la Abadía en la segunda planta y al final del corredor principal. Mi cama es suficientemente de ancha para dos personas.

-Es usted *despreciable.* Preferiría acostarme con una... con una serpiente.

Él se rió entre dientes y reveló una cierta actitud animal en sus modales que a Vivien le resultó inquietante.

-Usted y yo estaremos más cerca de lo que usted cree, mi hermosa gitana. Está advertida. De aquí en adelante estaré observando todos sus movimientos.

A la mañana siguiente, agotada tras una noche de sueños inquietos Vivien se deslizó hacia los aposentos de Lady Stokeford para descubrir que el tocador estaba vacío y las cortinas aún estaban echadas ocultando un día muy soleado. No había ninguna criada trajinando por el lugar, ni sacando varios vestidos del armario para que milady los revisara, ni buscando zapatos y chales en el cuarto de vestir, que era más grande que cualquiera de los carromatos de los gitanos.

Vivien se preocupó. A Su Señoría le gustaba que ella la visitara todos los días a las nueve en punto y aunque aún no podía comprender completamente esa necesidad que tenían los *gorgios* por gobernar el tiempo, había aprendido a descifrar los misteriosos movimientos de un reloj.

Quizás hoy se había equivocado al interpretar lo que indicaba aquel artefacto. O acaso la amable y vieja dama estaba disgustada por los acontecimientos que habían tenido lugar la noche anterior. ¿Habría oído a su nieto discutir con ella?

Maldiciendo al marqués en silencio, se acercó hasta la entrada del dormitorio en penumbras.

-¿Milady? -susurró.

-Sí, querida, estoy despierta. -El hilo de voz provenía de la enorme cama con elaboradas cortinas de seda rosa con palomas talladas de color dorado.- Acércate. Te estaba esperando.

Vivien se apresuró a acercarse a la cama y descubrió a Lady Stokeford envuelta en un camisón de encaje y con un gorro de dormir blanco con volantes. Estaba recostada sobre una pila de almohadas de pluma y arropada con la colcha de satén bordada que le llegaba hasta su pequeño pecho. A media luz, sus delicadas facciones parecían pálidas y demacradas.

Sentándose en el borde de la cama, Vivien se estiró para coger la mano de la respetable señora, que se posó en su palma como un pequeño abadejo.

-Oh, milady. ¿Está usted enferma?

-Son los estragos de la edad, mi querida. -Lady Stokeford dejó escapar un leve suspiro. -Pero no te preocupes. Estoy un poco cansada, eso es todo.

-¿Ha dormido mal? Espero que no esté preocupada.

-¿Preocupada? Oh, quieres decir por Michael. -La cara de la viuda se iluminó de interés y se inclinó hacia delante.- Dime, ¿qué es exactamente lo que ese granuja te ha dicho? Había pasado bastante tiempo cuando lo escuchamos bajar las escaleras precipitadamente y abandonar la casa.

Vivien se mordió el labio. Contra su voluntad, recordó el calor de su cuerpo musculoso apretándose contra el suyo y la caricia de sus dedos sobre su piel. Otros hombres la habían deseado y, como Janus, la habían mirado con ojos lujuriosos. Pero ningún hombre la había tocado jamás

como lo había hecho *aquel.* Ella había quedado tan impresionada por el encuentro que no había podido regresar junto a los Pimpollos de Rosa, se había deslizado silenciosamente hacia el exterior para dar un paseo en la oscuridad.

Ahora, tenía la esperanza de que el rubor no se apoderara de sus mejillas.

-Él... repitió sus sospechas en relación conmigo. Intentó convencerme de que me marchara pero, por supuesto, me negué.

Lady Stokeford frunció los labios.

-Bueno no dejes que te moleste. A los hombres les gusta intimidar y comportarse como bravucones. A veces me recuerdan a los niños pequeños.

Vivien sonrió a pesar de que un pensamiento la perturbaba.

-¿Acaso duda usted de mí, milady? Porque yo no falsifiqué esa carta, se lo juro. Si le estoy mintiendo, que mi alma sea maldita y se vea obligada a deambular para siempre en la oscuridad.

La viuda le dio unas palmadas en la mano.

-¡Vamos, mi querida niña, no debes preocuparte con tales pensamientos ni siquiera por un momento! Eres encantadora e inocente y, en su debido momento, Michael se verá obligado a reconocer su error.

Vivien permaneció sentada con el ceño fruncido junto a la lámpara que había junto a la cama y que tenía rosas pintadas en su pantalla de cristal. La viuda ignoraba que ella tenía pensado abandonar la casa en un plazo de dos meses.

-No me importa lo que el marqués piense de mí -afirmó-. Pero sí me importa si él consigue disgustarla.

Y no mentía. De algún modo, había llegado a querer a esta dama *gorgio*. Ella al menos era amable.

-Sé cómo manejar a los hombres -dijo su señoría-. A pesar del obstinado comportamiento que demostró anoche, Michael, es un admirable y magnífico caballero. Un poco sinvergüenza de vez en cuando pero quizá eso se deba a la tragedia...

Sorprendida Vivien miró a la viuda.

-¿Tragedia?

-La muerte de su adorada esposa hace ahora tres años. Verás, una noche su coche volcó en una carretera cercana a Londres durante una fuerte tormenta, dejando a su hija huérfana de madre. -Lady Stokeford movió tristemente su cabeza.- Michael estuvo terriblemente afectado por la pérdida. Se trasladó a Londres definitivamente llevándose con él a mi dulce y pequeña bisnieta.

¿El marqués tenía una hija? Vivien no podía imaginarlo como padre. Los padres eran criaturas afectuosas y alegres que ofrecían consuelo. -¿Cuántos años tiene?

-Amy tiene ahora cuatro años aunque casi nunca la veo. Me temo que Michael pasa la mayor parte de su tiempo bebiendo y jugando y haciendo todo lo que hacen los hombres para olvidar sus penas.

Vivien permaneció inmóvil, sentada sobre el borde del colchón. Despreciaba profundamente al marqués y sin embargo se descubría pensando en él. ¿Acaso estaba aún llorando la pérdida de su mujer? ¿Quizás la mala fortuna lo había convertido en un tirano insensible y cruel?

No había ninguna excusa para su mezquina arrogancia. Ella se encargaría de demostrarle que estaba equivocado. Ganaría cada penique de sus doscientas guineas desempeñándose como una excelente acompañante para su abuela.

Vivien se levantó bruscamente de la cama.

-Esta conversación solo conseguirá fatigarla, cuando lo que usted necesita es alegrarse. El aire de esta habitación está muy cargado, ¿no le parece? El aire fresco y la luz del sol siempre me hacen sentir mejor.

-Una espléndida idea, cariño. -Lady Stokeford sacudió lánguidamente su mano-. Si no te importa...

Vivien se apresuró a cruzar la suntuosa cámara para abrir las cortinas. Tras una breve lucha con una ventana que se resistía a sus esfuerzos por abrirla, sintió que una brisa fresca se arremolinaba hacia el interior llevándose consigo el olor a humedad y relajando de alguna manera la tensión que experimentaba.

La marquesa inhaló profundamente.

-Tienes razón, esto es vigorizante. Y sin embargo...

-¿Qué pasa, milady? ¿Acaso le duele la cabeza? Podría prepararle una infusión de sauce.

-No, no -respondió Lady Stokeford hundiéndose aún más en sus almohadas-. Simplemente estoy cansada. Creo que pasaré el día en la cama. Sería muy agradable si tuvieras la buena voluntad de leerme algo.

Ansiosa por satisfacer su pedido, Vivien se dirigió hacia la puerta.

-Le gustarán las historias de Los *Viajes de Gulliver* que me ha prestado Lady Enid. Es un libro lleno de excitantes aventuras relacionadas con gigantes y pequeñas criaturas.

La viuda aristócrata suspiró al tiempo que sujetaba con ansiedad la colcha de su cama entre las manos.

-Perdona, pero no estoy de humor para cuentos de hadas. Tiene que haber algo más interesante en esta casa.

-He visto un libro de sonetos en la sala de música de la planta baja. Y también hay una Biblia en la sala. He leído muchas historias interesantes...

-Pamplinas, los poemas con frecuencia son pura sensiblería y escucho demasiados sermones los domingos. Estaba pensando en algo un poco más... entretenido. -Como si estuviera abstraída en sus pensamientos, Lady Stokeford miraba fijamente sus manos entrelazadas. ¡Ah, ya lo tengo! Había un libro que solía leer cuando era jovencita y que me gustaría volver a leer. *Moll Flanders.*

-¿Dónde esta? Estaré encantada de ir a buscarlo.

-No, no tiene importancia. -Sacudiendo su cabeza la respetable matrona cerró sus párpados delgados como el papel.- No desearía que te molestaras por mi culpa.

-Por favor, no es ninguna molestia. La noble dama entornó los ojos.

-¿Estás segura? Me temo que tendrás que caminar un poco. Vivien se rió. Se le alegró el ánimo de solo pensar en escapar de aquellas paredes que la hacían sentir encerrada.

-Adoro caminar. En realidad, es usted la que me hará un favor.

-Muy bien, ya que insistes. Debes cruzar el río y dirigirte hacia la biblioteca de Stokeford Abbey -con una ligera sonrisa que curvó las comisuras de sus labios, la noble viuda continuó-. Me temo que tendrás que encontrarte con mi impertinente nieto una vez más.

Capítulo 5

La Trampa

Cabalgando a medio galope por la pendiente, desde la que se accedía a una vista panorámica de su ancestral mansión, Michael vigilaba a la gitana.

Había dormido profundamente y se había despertado temprano, contrariamente a lo que acostumbraba hacer en la ciudad, donde a menudo estaba fuera de casa hasta el amanecer y luego dormía profundamente hasta bien pasado el mediodía. Acosado por la inquietud, al principio había montado a su caballo zaino a todo galope hasta haberse liberado de todos sus pensamientos, excepto de los que se ocupaban de los bosques, de las praderas y de las granjas que le pertenecían por derecho de nacimiento. Tras meses de cabalgar por los simétricos senderos de Hyde Park, casi se había olvidado del placer de cabalgar por las colinas onduladas de su propia tierra.

Revitalizado por el aire fresco de la mañana, había visitado a algunos de los campesinos a quienes arrendaba sus tierras. Ellos se habían comportado con mucha reserva, quitándose sus sombreros ante él y bajando la mirada, y él se había sentido complacido al comprobar que la cosecha había sido excelente. Finalmente, la mañana había resultado ser mucho más satisfactoria de lo que se había imaginado.

Hasta ahora.

Con las riendas de su montura en una mano, se protegió los ojos de la brillante luz del sol. La tensión se apoderó de sus músculos. Era imposible confundir aquella figura esbelta y aquel paso decidido. La brisa agitaba el vestido azul turquesa de mal gusto de Vivien y empujaba sus negros cabellos hacia su espalda. No llevaba sombrero, por supuesto otra señal de su naturaleza poco refinada. Ninguna dama osaría salir de su casa sin sombrero.

Ella se detuvo en el camino circular, su cabeza erguida mientras observaba detenidamente las piedras cubiertas de hiedra, las enormes ventanas con sus parteluces, los arcos de la entrada que una vez habían formado parte de un antiguo monasterio. Con una celeridad carente de toda educación, comenzó a subir los escalones en dirección a la galería con sus enormes columnas, mirando furtivamente en ambas direcciones. Sin llamar a la puerta la abrió y desapareció en el interior de la casa.

Él sintió que le invadía una oleada de cólera. ¿Por qué demonios entraría Vivien Thorne subrepticiamente en su casa como si fuera una ladrona?

Porque era una ladrona. Una virago que podía castrar a un hombre. Golpeando los flancos de su caballo con los talones, cabalgó rápidamente por la colina hacia el camino de entrada. Allí se apeó de su caballo zaino y ató las riendas alrededor de un poste. Mientras entraba en el enorme vestíbulo, un criado avanzó precipitadamente hacia él desde un corredor que había junto a la escalera de caracol.

-¡Milord! Gracias a Dios que está usted aquí. Acaba de entrar una persona bastante curiosa en la casa.

-¿Dónde está ella?

Huntley parpadeó.

-Es, es... es la dama de compañía de Lady Stokeford. Expresó su deseo de ir a la biblioteca de modo que la conduje hacia allí. Espero que no tenga usted inconveniente.

-¿Está sola?

-Así es, señor. -La cara del joven cobró un color rojo apagado.- Me lo pidió tan amablemente, milord, que no me pareció que pudiera haber ningún problema.

Michael maldijo por lo bajo. No podía llamarle la atención a Huntley por haber sido burlado por la simulada cortesía de la gitana. Ella tenía una habilidad especial para abrirse camino en los hogares de las personas confiadas.

-Ordena a un mozo de cuadra que se ocupe de mi caballo. -Se despojó de sus guantes de cuero arrojándolos contra el pecho del criado que vestía una librea de color carmesí.

Los tacones de las botas del marqués resonaron sobre el mármol de color arena, mientras se dirigía directamente a un pasadizo que conducía a la parte posterior de la casa, donde se encontraba la biblioteca que daba a los jardines de diseño geométrico. Si no hubiera estado tan furioso, podría haber disfrutado de la visión de estos muros familiares, de las altas columnas jónicas y de las clásicas estatuas en sus hornacinas, de los corredores en los que retumbaba el eco en donde él y sus hermanos habían jugado a perseguirse cuando eran niños para consternación de su abuela. Podría haber recordado a Grace deslizándose a su encuentro el día de su boda vestida con un traje azul pálido, con sus brazos extendidos hacia él como una amante esposa...

Apretando los dientes volvió a pensar en la gitana. En ese mismo momento podía estar saqueando su colección de libros raros o robando el dinero de la caja de caudales que había en el último cajón de su escritorio. Pensó con gravedad si ella habría entrado en la casa alguna otra vez. Tenía que ordenar a la señora Barnsworth que revisara la plata para ver si faltaba algo.

Pero cuando atravesó la enorme entrada en forma de arco de la biblioteca, la gitana no estaba metiendo monedas en su bolsillo ni escondiendo dinero debajo de su corpiño. Estaba de pie en el centro de aquella larga sala con sus innumerables estanterías llenas de libros, girándose lentamente al tiempo que admiraba la galería superior, que contenía un segundo nivel de volúmenes. Estaba descalza y sostenía sus zapatillas en una de sus manos junto a su pecho. Tenía los labios entreabiertos como si estuviera embelesada. Parecía alguien que acababa de ser transportado al cielo.

No le recordaba en absoluto al gato salvaje que lo había amenazado colocando un cuchillo en su entrepierna. Ese desagradable recuerdo aún hería su orgullo.

Dirigiéndose hacia ella, exclamó:

-¡Señorita Thorne!

Vivien se dio la vuelta. Una sonrisa iluminaba sus facciones de tal modo que parecía resplandecer de goce.

Avanzó unos pocos pasos en dirección a él, los brazaletes de oro de sus muñecas tintinearon musicalmente Luego se detuvo para mirar alrededor de la biblioteca una vez más como si no pudiera soportar el hecho de mirar a otro lado durante más de un instante.

-¡Señor marqués! Jamás pensé que hubiera tantos libros en el mundo. ¿Son suyos?

-Yo soy el propietario de cada roca y cada ladrillo en varias millas a la redonda -dijo con frialdad-. Usted no es bienvenida a esta casa.

Ella cerró ligeramente los párpados ocultando la luz que había en sus ojos con sus tupidas pestañas. Inclinándose en una extravagante reverencia, dijo burlonamente:

-Perdóneme usted por invadir su reino, señor. Su abuela me ha pedido que venga.

-¿Por qué motivo? Si pretende leerme la buena fortuna, no estoy interesado.

-Sé exactamente lo que le depara el futuro, milord -después de dejar caer sus zapatillas al suelo, lo señaló con uno de sus dedos de un modo histriónico y exclamó-: se le caerán los dientes y el cabello, sus músculos se debilitarán y la sífilis se apoderará de sus órganos viriles. Las mujeres y los niños saldrán corriendo y gritando en cuanto lo vean.

Echando atrás la cabeza, Michael se rió.

-Si eso es una maldición descubrirá que no me asusto fácilmente. Y bien, ¿qué mensaje me envía Lady Stokeford?

-Ha dormido mal y hoy no se encuentra muy bien. La verdad sea dicha, se sintió muy disgustada por la discusión que tuvieron anoche.

¿Sería verdad? Él no había tenido la intención de molestar a su abuela, solo de protegerla para que nadie la engañara.

-Usted instigó esa pelea -afirmó él-. Si realmente ella le importara, volvería con los gitanos, a donde pertenece.

Un cambio sutil alteró el aspecto feroz de Vivien Thorne. Sus ojos marrones y aterciopelados se quedaron sin expresión y sus labios se apretaron en un gesto de amargura.

-*Y* usted debería volver al Infierno, adonde pertenece.

-Para ser tan ingeniosa, parece incapaz de comprender algo: no toleraré su presencia en esta casa.

-Ni yo toleraré que moleste a Su Excelencia. Ella merece su respeto y no su acoso.

-Entonces me aseguraré de acosarla a usted -dijo suavemente-. Márchese ahora mismo y comuníquele a Lady Stokeford que iré a visitarla después del almuerzo.

Mientras él se acercaba para cogerla del brazo con la intención de conducirla hasta la puerta, Vivien Thorne lo eludió ágilmente. Retrocediendo por detrás de una silla de cuero, chocó contra un pedestal. Se giró y descubrió con enorme interés un pequeño globo que había encima de un pie de madera labrada.

-*Develesa* -susurró como si experimentara un respeto reverencial-. ¿Qué es esto tan maravilloso?

-Con toda certeza habrá visto usted un modelo de la tierra con anterioridad -sin embargo en esta ocasión él creía en su ingenuidad. Se descubrió diciendo con aspereza-, tóquelo si así lo desea. Gira.

Sus pulseras tintinearon mientras ella empujó vacilantemente la esfera. Al verla girar, se rió con deleite y una chispa iluminó sus ojos oscuros. Él experimentó algo en su interior, una sensación cálida mucho más profunda que el deseo sexual.

Extendiendo su mano detuvo el globo.

-Es una tontería por su parte intentar distraerme.

-Qué agotador debe resultarle desconfiar constantemente de todo lo que hago -comentó ella sacudiendo la cabeza-. Ahora, si no le importa, ¿dónde está Inglaterra?

Aquellos ojos llenos de vida le desafiaban. De mala gana señaló las Islas Británicas.

-Aquí.

Ella tocó la zona indicada acariciándola solemnemente con la punta de sus dedos y trazó un recorrido hasta la mitad de la esfera. Arrugó sus cejas y exclamó

-Este es... el mar de Bering... y China. No...

Comprendiendo lo que pretendía decir, Michael se rió misteriosamente entre dientes. Avanzó hasta situarse detrás de Vivien, colocó su mano sobre la de ella y guió su dedo en sentido descendente hacia el Hemisferio Sur. -Aquí está su futuro hogar. La colonia penal de Australia.

En aquel momento él debería haberse apartado de ella pero no lo hizo. Ella permaneció inmóvil dándole la espalda, completamente pendiente del globo terráqueo. Él deseaba tocar los delicados y sedosos cabellos que caían sobre su nuca, inhalar su exótico aroma. Cómo deseaba eliminar su rebeldía con sus besos, saborear hasta el hartazgo su bruñida piel y su lozana boca. Su mano parecía delgada y fuerte bajo la suya y se imaginó aquellos dedos acariciándolo y deslizándose hacia su entrepierna...

Ella se escurrió de debajo de su brazo girándose para quedar frente a él. -Usted no me enviará allí -afirmó tan imperiosamente como una reina-. No iré.

Él se demoró un instante en comprender el sentido de la conversación. -Entonces márchese de aquí mientras aún pueda hacerlo. Porque en el momento en que se apodere de dos peniques más de lo que mi abuela ya le haya dado, conseguiré ponerla entre rejas y enviarla en el próximo barco que zarpe en esa dirección.

La gitana levantó su barbilla.

-Si alguien roba alguna moneda, ese será usted, milord. Y no me quedaré de brazos cruzados si usted me acusa falsamente de un delito que no he cometido.

Él ardía de indignación

-¿Usted se atreve a sugerir que yo la incriminaría deliberadamente?

-Claro que lo haría. Se lo advierto. Lady Stokeford sufriría enormemente al descubrir su verdadera naturaleza.

-Mi verdadera naturaleza.

-Así es. -Frunciendo los labios Vivien lo miró como si fuera más insignificante que un gusano.- Ella habla demasiado bien de usted. Y yo no estoy dispuesta a tolerar que usted destruya sus ilusiones.

Hubo algo en la forma en que Vivien arrugó la frente, en el modo en que juntó sus oscuras cejas que, sorprendentemente a Michael le recordó a la severa señorita Althorpe.

No, pensó apretando la mandíbula. Era Una ilusión. Vivien Thorne no era de buena cuna, no era mejor que cualquier mujerzuela vendiéndose en la esquina de cualquier calle.

-Ya está bien de tonterías -protestó irritado-. Fuera de aquí, ahora mismo.

La cogió por un brazo pero, una ver más hábilmente ella se apartó de él.

-Tengo que buscar un libro. Lady Stokeford me ha pedido que le lea uno llamado *Moll Flanders* -Sus ojos oscuros y brillantes recorrieron la biblioteca.- Haga el favor de indicarme dónde puedo encontrarlo.

-¿Acaso pretende decirme que sabe leer?

-Por supuesto, nosotros los gitanos somos más inteligentes de lo que usted cree, milord.

Michael hizo rechinar sus muelas Debería echar a la gitana de su casa y entregar el libro en persona, pero acaso en esta ocasión fuera verdad que su abuela estaba enferma. Le había parecido frágil la noche anterior, nunca la había visto tan débil. Sería una grosería de su parte no aceptar un pedido tan simple.

-Los libros de ficción se encuentran en la estantería que está junto a la ventana -chasqueando sus dedos frente a ella, le indicó-. Sígame.

Ella a su ver chasqueó sus dedos detrás de él.

-No soy un perro obligado a obedecer, milord.

-Lo siento mucho -y, haciendo una elaborada reverencia, continuó-: olvidé que estaba fingiendo ser una dama.

Ella lo miró de arriba a abajo con frialdad.

-Me habían dicho que un verdadero caballero siempre se muestra respetuoso con las mujeres. -Y sacudiendo sus faldas de color turquesa pasó por delante de él en dirección al extremo más distante de la biblioteca, donde las altas ventanas se abrían a los verdes senderos concéntricos del jardín.

Forzado a caminar detrás de ella, Michael hizo una mueca de disgusto. Maldita vagabunda atrevida. Le hubiera gustado arrojarla fuera de allí y que cayera al suelo sobre su hermoso trasero.

No. Hubiera deseado tumbarla sobre una de las largas mesas de roble, subirle hasta la cintura aquellas faldas dignas de una dama y acariciarla hasta que ella se volviera loca por él, jadeando y rogando. Solo entonces el podía dar rienda suelta a su lujuria, y sumergirse en el terciopelo de su cuerpo y conocer el intenso placer de...

-¿Y bien? ¿Buscamos de este lado de la ventana o del otro lado? -De pie junto a la más distante de las estanterías con las manos sobre las caderas. Vivien lo miraba fijamente con ese descaro tan característico de ella.- Por supuesto, si está usted demasiado ocupado como para ayudar a su abuela, puedo encargarme yo misma de buscar el libro.

-¿Y dejarla sola en mi casa? Claro que no. -Dominando sus impulsos básicos, señaló unos estantes que había cerca de ella.- Mire usted por allí y yo revisaré la sección que está de este lado.

Ella apretó los labios como si tuviera la intención de hacer otro comentario agrio en relación con él, luego inclinó la cabeza hacia un lado para que leer los títulos de los volúmenes Un mechón de sus cabellos negros y rizados cayó sobre su cuello, pero no pareció advertirlo, Tras unos momentos, su rostro recuperó aquella mirada de absoluto ensimismamiento. Tocaba cada uno de los libros con las puntas de sus dedos como si quisiera asegurarse de que eran reales. Sus labios se

movieron ligeramente y él pudo escuchar el leve tono de su voz mientras susurraba el nombre de cada libro.

Michael la observaba fascinado a pesar de sí mismo No podía imaginar a ninguna de las damas elegantes de su círculo de amistades cautivada por su biblioteca. ¡Por el amor Dios! Katherine se limitaría a mirar lánguidamente a su alrededor, haciendo uno o dos comentarios exentos de todo entusiasmo mientras sus pálidas facciones reflejaban un mundano desdén.

Katherine nunca había visitado sus propiedades. Prefería ocuparse de sus romances en otra parte. Después de abandonarla abruptamente la noche de la momia le había prometido reunirse con ella en su casa de Kent tan pronto como le fuera posible. Tenía la intención de pedirle que se casara con él.

Con una expresión agria recorrió a la gitana con la mirada, desde sus negros y rebeldes cabellos hasta las puntas de sus pies descalzos, preguntándose cómo podía ser que aquella llamativa belleza morena pudiera excitarlo, cuando siempre había preferido a las frías y elegantes rubias como Katherine, damas sofisticadas que sabían cómo complacer a un hombre. Vivien Thorne era una mentirosa y una farsante, una mujer tan mercenaria que era capaz de hacerse amiga de una vieja con el fin de manipularla para robarle su fortuna. Cien guineas por mes. Una dama de compañía adecuada no ganaba esa suma en todo un año.

Sin embargo, no era capaz de conciliar la imagen de una codiciosa estafadora con esa seria muchacha que estaba a solo unos metros de él, fascinada por sus libros.

Dirigió su mirada hacia el estante que estaba ante él. Le molestó darse cuenta de que no sabía valorar su biblioteca. Había sido su refugio durante sus años de desarrollo y podía recordar épocas en las que se acurrucaba en una silla durante una tarde lluviosa o se escondía en la galería para evadirse de las oraciones piadosas de su madre o de la melancólica embriaguez de su padre. Aquí había aprendido las invasiones bárbaras a la antigua Roma y había estudiado los volcanes y otras formaciones geológicas.

Cuando era un adolescente había descubierto un volumen de dibujos con escenas carnales que estaba oculto en la parte más alta de una estantería, detrás de otros tomos. Había ocultado el libro prohibido debajo de su camisa y luego lo había llevado al ático y lo había escondido en un agujero lleno de telarañas que en otro tiempo había abierto algún viejo monje y que sus hermanos menores aún no habían descubierto. Había pasado muchas horas gloriosas examinando a la luz de las velas una serie de dibujos de hombres y mujeres desnudos en las más sorprendentes posiciones. Aquel libro había sido el paraíso erótico para el muchacho hasta que su abuela lo descubrió.

Sus labios se fruncieron. La vieja dama siempre parecía saber cuando él escondía algo. Esa era una de las razones por las que se había quedado en Londres después del funeral de Grace y no había regresado hasta ahora. No serviría para nada que su abuela descubriera la verdad de lo que había sucedido aquella noche tormentosa en la que su esposa había fallecido. Era mejor enterrar el pasado.

Desvió su atención nuevamente hacia Vivien Thorne. Estaba agachada examinando los libros que había en la estantería inferior. Mientras revisaba los anaqueles, cogió uno de los libros y lo hojeó con una atención casi devocional. Si ella se girara ligeramente hacia él, tendría ocasión de ver lo que ocultaba su corpiño. Se trataba de un mero impulso juvenil pero, de cualquier modo, se acercó un poco más a ella.

Ella se puso de pie antes de que el que fuera capaz de conseguir algo más que una visión fugaz de aquellos tentadores senos. Para su desilusión, ella acercó el libro abierto a su pecho.

-Supongo -manifestó levantando la mirada hacia él- que sería demasiado pedir que me prestara un libro.

-Si eso ocupa su tiempo y la mantiene apartada de mi abuela, puede llevárselo.

Ella lo miró fijamente y con entusiasmo.

-Cinco libros me mantendrían incluso más ocupada. -Dos -contestó él irritado.

-Cuatro.

-Tres, y ese es mi límite.

-Caray, muchas gracias, marqués. Acaso sea usted un caballero, después de todo. -Y sonriendo con descaro se volvió hacia la biblioteca y se dedicó a elegir los libros.

Maldita sea. Esa bruja seductora lo había manipulado. Lo más probable era que jamás volviera a ver esos libros. Muy bien, el conocimiento otorgaba poder. Ya era hora de descubrir todo lo que pudiera acerca de ella; era lo mejor que podía suceder para demostrar que era una impostora.

Michael cogió rápidamente un libro encuadernado en cuero de uno de los estantes.

-Esta es la novela que quiere mi abuela -dijo, entregándole el libro a Vivien y observándola mientras lo colocaba sobre los otros volúmenes que sujetaba cuidadosamente junto a su pecho-. ¿Cómo es que usted sabe leer? Los gitanos son personas sin educación.

-Si se refiere a una escolarización formal, así es -respondió mientras le dedicaba una mirada maliciosa-. Sin embargo, hay quien tiene la necesidad de estudiar para desarrollar la habilidad de falsificar cartas y otros documentos.

Él maldijo su inteligencia.

-¿Entonces asistió usted al colegio durante algún tiempo?

-No. La escuela es para los zopencos que no pueden entender las cosas por sí mismos.

-Pero alguien debe haberle enseñado.

-Mi padre, mi padre gitano, sabe leer un poco, lo suficiente como para poder tratar con los *gorgios*. -Ella desvió la mirada pero no antes de que él pudiera advertir un tinte de nostalgia en sus ojos.- Cuando era niña me mostraba las letras de las señales de la carretera para entretenerme. El juego consistía en saber si yo podía comprender las palabras. También me enseñaba periódicos y folletos. Más tarde, en cierta ocasión encontré un libro entre una montaña de basura y de ahí en adelante me las arreglé sola.

Su infancia había sido radicalmente diferente. Había disfrutado de la educación privilegiada que le había impartido la estricta señorita Althorpe. Ella les había enseñado a él y a sus hermanos todo lo que sabían, desde el latín y el griego hasta el Álgebra y la Geometría.

-Está usted exagerando -dijo Michael rotundamente-, Nadie puede abrir simplemente un libro y comenzar a leer habiendo estudiado tan poco.

-Quizás usted no hubiera podido hacerlo. Pero sí aquellos que poseen una mente superior.

A pesar de su resentimiento, Michael se descubrió riéndose entre dientes por su ultrajante insulto.

-¿Y qué hay de los números? Usted debe tener mucho talento para contar dinero.

-Jamás he poseído más que unas pocas monedas.

-Sin embargo se las ingenió para sacarle cien guineas a mi abuela. Ella se giró para mirarlo a la cara.

-Ese dinero es para mi padre -exclamó encendida-. El año pasado su pierna quedó atrapada en una trampa que alguien puso en la finca de un duque. Ahora es un lisiado incapaz de trabajar. Sin embargo puede considerarse afortunado por no haber muerto a manos de ustedes, los *gorgios*.

Impresionado por su arrebato de ira. Michael hizo una mueca de disgusto para sus adentros. Esas trampas eran horribles dispositivos con unos agudos dientes de hierro que se escondían fácilmente entre un montón de hojas y los insensibles terratenientes locales las usaban para protegerse de los cazadores furtivos, que a menudo eran gitanos.

-Lo siento. Aborrezco esas crueldades. Pero lo que le sucedió a su padre no le da a usted ningún derecho de robar a mi abuela.

-No estoy robando. Lady Stokeford me ofreció dinero para vivir con ella. Acepté su propuesta con la única intención de evitar que mi familia pasara hambre.

-A cien guineas por mes, ellos tomarán fresas en invierno y helados en verano. Y vivirán en una casa elegante.

-Mi padre prefiere vivir en un carromato. Pero incluso si fuera propietario de un gran mausoleo, como este, jamás colocaría vallas ni verjas ni trampas. La tierra debería pertenecer a todo el mundo.

-No pretenda ser tan virtuosa. Usted desea joyas. Ropa fina. Más brazaletes de oro.

-¡Bah! Las posesiones no dan la felicidad. -Lo miro de arriba a abajo.- A usted no lo han hecho feliz.

Sus palabras lo abofetearon con una fuerza excesiva. ¿Cómo se atrevía ella a juzgarlo? Estaba condenadamente satisfecho con su vida. O lo estaría, si pudiera librarse de ella.

Furioso, avanzó hacia ella.

-¿Y qué es lo que la hace a usted feliz?, ¿un montón de piedras preciosas para alardear frente a sus compinches gitanos?

Ella se mantuvo firme.

-Usted no lo comprendería.

-Dígamelo de todos modos -dijo él, sabiendo que ella jamás admitiría la verdad.

-Muy bien. -Con los ojos brillantes, ella miró hacia otro lado.- Lo que yo aprecio es el gorjeo de una alondra al amanecer. El sonido de la risa de un niño. El calor de una fogata en una noche fría. -Sosteniendo los volúmenes encuadernados en cuero como si fueran un escudo, levantó su mentón y lo miró desafiante.- Ah, y también los libros. Pero no necesito poseerlos para apreciarlos.

-Vamos, señorita Thorne. Todo el mundo codicia algo. A falta de otra cosa, ustedes los gitanos necesitan dinero para apostar entre ustedes.

-No me juzgue con sus detestables valores *gorgios*. No soy como ustedes.

Él se sintió provocado y acortó la distancia que había entre ellos, deteniéndose tan cerca de ella que podía ver cada una de las onduladas pestañas negras que enmarcaban sus expresivos ojos.

-Entonces quizás tenga un amante ambicioso. Un hombre que la haya preparado para robar a una vieja y amable dama.

-¡No!

Ella simuló hábilmente estar indignada y su pulso se aceleró vertiginosamente ante la posibilidad de que sus mentiras se desvelaran. Si había alguna mujer que necesitaba que la domaran, esa era Vivien Thorne.

Extendiendo su brazo, él deslizó la punta de sus dedos sobre la suave y tibia piel de su garganta. Con un tono de voz ronco, él preguntó:

-Y ahora dígame la verdad, Vivien, ¿con cuántos hombres se ha acostado usted? ¿Acaso alguno de ellos la obliga a robar para él?

Si él no hubiera estado tan cerca de ella, si no hubiera estado a punto de posar su boca sobre esos labios encantadores, podría haber visto venir el golpe. Su puño se movió rápidamente e impactó sólidamente en la parte inferior de su mandíbula.

El impacto lo hizo retroceder y chocar contra una fila de estanterías. Se sujetó a la escalera por la que se subía a la galería para recuperar el equilibrio. Desconcertado, la fulminó con la mirada. Lo había golpeado. Vivien Thorne le había dado un puñetazo que le había hecho vibrar los dientes, igual que lo hubiera hecho cualquier púgil experimentado en un combate.

Él se frotó su dolorida mandíbula.

-¿Por qué demonios ha hecho eso?

Flexionando sus dedos, ella lo miró iracunda.

-Esa ha sido su respuesta, gusano asqueroso. Usted puede ser el amo aquí, pero no es mi amo.

Y diciendo esto, se dio la vuelta y abandonó la biblioteca con un montón de libros entre sus brazos.

Capítulo 6

La Carta Falsificada

Ah, estás aquí, Vivien. -Como un halcón cayendo sobre su presa, Lady Faversham se abrió paso a través de la enorme y oscura cocina. Su vestido de color gris susurraba alrededor de su enjuta figura y su bastón golpeaba el suelo con cada paso.- ¿Qué significa esa tontería de que no tienes tiempo para tus lecciones?

Vivien estaba sentada sobre el largo caballete de madera, su pluma reposaba sobre una hoja de papel que pertenecía a los hermosos artículos de papelería de color crema de Lady Stokeford. El corpulento *chef* francés se detuvo en mitad de una historia que estaba contando, su cuchara de madera se congeló en el aire y su negro y pequeño bigote tembló de indignación.

La criada que se encargaba de fregar se apoyaba sobre su escoba con ojos soñadores, pero al ver llegar a la noble dama volvió a barrer diligentemente el suelo de pizarra. El segundo de cocina, que escuchaba la lo que decía el cocinero con los codos apoyados sobre la mesa, regresó rápidamente a la masa para pasteles que estaba preparando.

Vivien ocultó la irritación que le había producido aquella interrupción.

-Lady Stokeford no se encuentra bien. Por ese motivo, hoy hemos cancelado mis lecciones.

La verdad era que no podía soportar otra tarde tediosa aprendiendo los modales correctos de la etiqueta. Y mucho menos después del inquietante encuentro que había tenido aquella mañana con Lord Stokeford. Él la había acusado de conspirar para engañar a su abuela.

Incluso había osado sugerir que ella había tenido muchos amantes. Su ciega arrogancia no le permitía descubrir por qué ella había arremetido contra él como una bruja malhumorada. Todavía estaba sorprendida por el dolor que tenía en la mano debido a aquel golpe impulsivo.

Usted debería volver con los gitanos, adonde pertenece.

La había enfurecido tanto que hubiera sido capaz de escupirle. Pero también había logrado que le flaquearan las rodillas, que su corazón palpitara intensamente, y lo aborrecía por eso.

Golpeando sus manos Lady Faversham manifestó:

-Ven, puede que Lucy no se encuentre muy bien de salud, pero dos Pimpollos de Rosa son más que suficiente.

-Más tarde -objetó Vivien-. Monsieur Gastón precisamente me estaba contando un cuento maravilloso sobre una fregona que mágicamente se transforma en una princesa y asiste a un baile en un carruaje de calabaza...

-Ahora no es momento para cuentos infantiles -la interrumpió la condesa frunciendo su labio superior-. Una dama no se codea con el servicio. Ni lo distrae de sus obligaciones.

-Bah -rezongó Monsieur Gastón revolviendo una cazuela que había sobre la enorme cocina económica de color negro-. Nunca permitiría que se quemara esta sopa. Es un placer para mí contarle a la señorita Thorne los cuentos que me contaba *ma mère.*

Lady Faversham levantó una ceja.

-Monsieur tomaremos el té en la sala. Vivien, no es de buena educación hacer esperar a Enid. Me harás pensar que no aprecias la amabilidad que ha demostrado Lady Stokeford al traerte a esta casa.

Aunque Vivien se irritó, sabía que tenía que seguirle la corriente a los Pimpollos de Rosa o, de lo contrario, se arriesgaría a perder su paga mensual. Levantándose de la silla, hizo una reverencia ante el chef con su inmaculado delantal blanco.

-Pronto volveré para escuchar el final.

-Veremos qué es lo que le pasa a la *petite* cenicienta cuando dan las campanadas de la medianoche. -Monsieur Gastón le guiñó un ojo en un gesto de complicidad.- Ella se parece mucho a usted, ¿no cree?

Vivien sonrió diplomáticamente mientras se giraba para recoger sus papeles, su pluma y el tintero que luego guardaría en un armario- Poco sabía el cocinero. Ella no tenía ningún deseo de conocer a un altivo príncipe que no hubiera dudado en despreciar a su pareja de baile de haber sabido de qué vida servil provenía. Ninguna mujer debería esconder su verdadero ser con el fin de conquistar el amor de un hombre.

Mientras entraban en el corredor, Lady Faversham miró a Vivien de arriba a abajo con una actitud crítica.

-Los hombros hacia atrás, querida niña la barbilla en alto. Una dama debe caminar con dignidad. Ah, eso está mejor. Tus dedos están manchados de tinta pero no creo que eso pueda remediarse.

Vivien se frotó el pulgar contra su dedo índice, pero solo logró mancharse un poco más con la tinta negra. De todos los Pimpollos de Rosa, esta condesa era la que más la irritaba. Intentando no revelar lo mucho que le dolían los nudillos, curvó los dedos dentro de la palma de su mano, cerrándola suavemente.

-No creo que a Lady Enid le hubiera importado. Ella me hubiera animado a que siguiera escribiendo el cuento de monsieur.

-Enid es una cabeza hueca Ella no siempre sabe lo que es más conveniente para ti.

-Ni usted tampoco -afirmó Vivien. Las dos mujeres eran de la misma altura y Vivien miró fijamente los ojos fríos y grises de la condesa-. Soy una mujer adulta y no una marioneta.

Lady Faversham arrugó el ceño y un rayo de sol que entraba desde el vestíbulo iluminó las delicadas líneas que los años habían marcado en su orgulloso rostro. Sorpresivamente, sus facciones angulosas se relajaron ligeramente. Aminorando el paso contempló a Vivien.

-Soy consciente de tu naturaleza independiente, mi querida -le comunicó en un tono de voz moderado-. Te ruego que comprendas que solo deseo guiarte, a través de las traicioneras aguas de la sociedad. Solo quiero ayudarte a encontrar tu lugar en este mundo.

De vez en cuando, la condesa se relajaba lo suficiente como para revelar su generosidad y esto hacía que Vivien añorara el abrazo de una madre. ¡Qué absurdo! Lady Faversham no tenía nada que ver con la amable Reyna Thorne, con sus brazos cálidos y sus gestos tranquilizadores. Incluso en sus mejores momentos esta dama *gorgio* tenía un aire distante y arisco.

La vieja dama la condujo hacia la entrada de la sala. Dirigiéndose al criado que estaba junto a la puerta, le dijo:

-Cuando baje el marqués haga el favor de decirle que se reúna con nosotras para la cena.

-Muy bien, milady. -Haciendo una formal reverencia, Rumbold se instaló junto a las magníficas escaleras.

Vivien se detuvo junto a la puerta. Su corazón dio un brinco en su pecho.

-¿Lord Stokeford? ¿Está aquí?

Lady Faversham sonrió moviendo ligeramente sus finos labios. -Qué negligencia la mía no haberlo mencionado. Está arriba visitando a Lucy.

Vivien no había tenido mucha fe en su promesa de venir a visitar a su abuela. Un *gorgio* desvergonzado como él no se preocuparía por una pobre vieja enferma. Seria mejor que regresara junto a sus gandules amigos de Londres, que se marchara muy lejos de aquí.

-Entonces debo ir junto a Lady Stokeford. No debemos permitir que la perturbe.

-No seas absurda -exclamó Lady Faversham mientras sus fríos y huesudos dedos la empujaban hacia la sala de color verde-. Lucy sabe perfectamente cómo manejar a ese muchacho.

¿Muchacho? Él era un hombre, pensó Vivien, todo arrogancia y agresividad. Ella no podía olvidar cómo la había arrinconado contra la biblioteca, su pulso se había acelerado tanto que se había mareado...

Sentada en un sofá, Lady Enid levantó la vista del periódico de Londres que estaba leyendo, sus grandes ojos marrones ocultos detrás de unos impertinentes enmarcados en oro. Sobre su cabello rojizo se cubría con un turbante de color púrpura que hacía juego con su voluminoso vestido.

-¡Olivia, escucha esto! Lord H. ha contraído matrimonio con la señorita T. B. en Gretna Green. Caray, debe ser la hija de ese comerciante de carbón, Theodora Blatt -chasqueando la lengua en señal de desaprobación y sacudiendo la cabeza continuó-. Le compadezco, tener que casarse con esa tonta con cara de caballo. En realidad, es a ella a quien compadezco, puesto que ese jugador empedernido perderá todo el oro de su padre.

-Olvida tus cotilleos -le dijo Lady Faversham con impaciencia-. Aquí está Vivien, por fin. Le estaba asegurando que Lucy sabe cómo ocuparse de Michael.

Mientras se dirigían hacia el círculo de sillas que había junto al hogar, Vivien miraba de reojo hacia la entrada con preocupación. No podía evitar sentir cierta inquietud por la aristócrata.

-Y yo le estaba diciendo que debería ir a ver qué es lo que está pasando.

-Ah, Michael. -Mientras se quitaba los impertinentes una alegre sonrisa llenó su cara redonda.- Qué guapo es, con esos pícaros ojos azules y esa sonrisa disoluta. Si yo fuera más joven también saldría corriendo para verlo otra vez.

-No es por eso por lo que quería subir -replicó Vivien disgustada y también sorprendida por el error de aquella vieja mujer-. Tengo que proteger a Su Señoría de su acoso.

Los Pimpollos de Rosa intercambiaron una mirada que revelaba diversión pero también algo más, algo secreto.

-Lo más probable es que sea Lucy quien lo acose a él -opinó Lady Enid-. De modo que, como ves, no hay ninguna necesidad de que juegues a ser Juana de Arco.

-Te quedarás aquí mismo, sentada con nosotras -ordenó Lady Faversham señalando un sillón con franjas doradas mientras tomaba asiento graciosamente junto a ella-. Bien, no debes juzgar mal a Michael. Ustedes dos han empezado mal, eso es todo.

-Es mucho más que eso -contestó Vivien, la esperanza de que él pudiera presentarse allí en cualquier momento tensaba sus músculos. Ella podía tolerar su presencia si de ese modo lograba evitar que no incordiara a Lady Stokeford-. Él me considera muy inferior a su exaltado ser. Me ha llamado...

-¿Qué es lo que te ha llamado? -preguntó Lady Faversham con un tono de voz que revelaba cierta indignación y que animó a Vivien a seguir adelante.

-Ladrona, mentirosa y... y lasciva.

-¿Lasciva? -Lady Enid se inclinó hacia delante en su sillón y su generoso pecho quedó apoyado sobre sus rodillas-. ¿Le has dado motivos para pensarlo? ¿Le has permitido que te besara?

-¡Enid! -la reprendió Lady Faversham-. Vivien sabe perfectamente cómo comportarse para no permitir semejante falta de decoro. -Sin embargo sus cejas grises se juntaron en su entrecejo y su rostro reflejó preocupación.

-Todas las muchachas gitanas protegen su castidad -afirmó Vivien furiosa-. Si Lord Stokeford se atreviera a tocarme, ese semental pronto se descubriría castrado.

Lady Enid carraspeó, aunque sus ojos brillaron.

Lady Faversham asintió con un cortante movimiento de su cabeza.

-Es admirable que valores tu inocencia. Sin embargo, no creo que sea necesario hacer una descripción tan singular. Después de todo, es un caballero.

-Es una bestia -replicó Vivien sin mostrar la menor preocupación por ofenderlas-. Incluso un caballo de la mejor casta puede tener una naturaleza diabólica.

-Así es -afirmó la condesa-. Sin embargo, encontrarás muchos como él en la sociedad. Personas que te juzgarán por tu pasado y... será mejor que aprendas cómo debes tratarlas.

-Quizás pudieras tratar de conquistarlo con amabilidad -sugirió Lady Enid-. Utilizar tu atractivo, mi querida. Eso es lo que les gusta a los hombres.

Sujetando con firmeza el brazo del sillón. Vivien sacudió su cabeza enérgicamente.

-Nunca podría resultarle atractiva. Y por otra parte jamás se me ocurriría intentarlo.

-No vayas tan rápido -le dijo Lady Faversham mientras una brillante ocurrencia derretía el hielo de sus ojos-. Enid nos ha dado una excelente idea. Para conseguir la aceptación de la sociedad debes pasar a la siguiente etapa de tu educación, Vivien. Debes aprender las artimañas de una mujer. ¿Y quién mejor para hacerte practicar tus encantos que Michael?

La sugerencia la alarmó. *¿Las artimañas de una mujer?* Era evidente que ellas estaban bromeando. No podían esperar que sedujera a ese arrogante lord *gorgio.*

Horrorizada, reparó en la leve sonrisa de Lady Faversham y luego en la expresión seria de Lady Enid.

-Pero yo jamás podría... no sabría...

-Puedes hacerle caídas de ojos -sugirió Enid mientras agitaba sus pestañas de color rojo desvaído-. Los hombres se sienten muy halagados cuando una mujer trata de seducirlos.

-Sería un esfuerzo inútil -protestó Vivien, aunque mientras pronunciaba esas palabras una emoción prohibida la hizo estremecer-. Su Señoría me desprecia tanto como yo a él.

-Todo lo contrario -dijo sabiamente Lady Faversham-. Anoche resultó obvio que le resultas atractiva,

-Era evidente que estaba impresionado -continuó Lady Enid moviendo el periódico como si fuera un abanico-. ¡Oh, te echaba unas miradas que ardían de pasión! Caray, al verlo estuve a punto de desvanecerme.

-Pero si eran miradas de disgusto -protestó Vivien entrelazando las manos sobre su regazo-. Cuando estuvimos a solas, me explicó muy directamente todo lo que pensaba de mí.

Las dos viejas damas intercambiaron una mirada de vivo interés.

-Mi querida, no estamos sugiriendo que realmente intentes conquistarlo. Se trata simplemente de una oportunidad para que ensayes tus habilidades sociales.

-Nosotras, los Pimpollos de Rosa, hemos aprendido hace ya mucho tiempo que es posible manipular a los hombres -afirmó Lady Enid mientras le guiñaba un ojo-. Debes sonreír misteriosamente, lograr que él se pregunte cuáles serán tus pensamientos. Enamorar a ese bribón será una práctica excelente para ti.

Vivien se sintió acorralada. ¿Era esto lo que tenía que hacer para seguirle la corriente a los Pimpollos de Rosa? ¿Buscar la compañía de ese arrogante *gorgio*?

-No funcionará -insistió-. Él conseguirá ver a través de mí.

-Tienes que confiar en ti misma -dijo la condesa con una sonrisa alentadora-. Eres lista y vehemente. Con toda seguridad, eres capaz de conseguir lo mejor de un hombre.

Mientras Rumbold empujaba la mesa del té hacia el interior de la sala y Lady Faversham se incorporaba para servirlo. Vivien sujetaba fuertemente los suaves pliegues de su falda. Algo dentro de ella reaccionaba favorablemente ante aquel desafío. ¿Por qué dudaba de sí misma? Había logrado conquistar a Janus con sus cumplidos y sus sonrisas. Aunque el marqués era un hombre más hostil y peligroso, con toda certeza también conseguiría engañarlo. Se permitió imaginar que lo cautivaba con su belleza y su ingenio. Qué satisfacción sentiría al tener al guapo y elegante lord a sus pies, rogándole su atención. Qué deleite observarlo comportarse como un bobalicón balbuceante.

Sí.

Absorta en sus fantasías, Vivien estaba muy erguida en su sillón. Como la cenicienta, podría transformarse en una mujer seductora. En vez de pelearse con aquel pobre desdichado, podía burlarse de él y ponerlo en ridículo. Aprovecharía todo el encanto *gorgio* que acababa de aprender para atraer al bribón. Podía lograr que Michael Kenyon, el marqués de Stokeford, se enamorara perdidamente de ella.

Y luego, cuando ella por fin se marchara de esta casa, se reiría en su cara.

-Abre un poco más la ventana, ¿Quieres cariño? -solicitó Lady Stokeford-. Eso está mejor.

Michael se apartó del ventanal para ver cómo su abuela se sentaba más cómodamente, recostándose sobre las almohadas de aquella cama con sus cuatro columnas. Su cabello blanco estaba recogido en un pulcro moño. La luz de la tarde bañaba los finos surcos que los años habían trazado sobre su rostro. Un rubor natural iluminaba sus pómulos y sus ojos azules estaban brillantes y atentos. Él siempre la había considerado como una parte permanente, inmortal y omnipotente de su vida. Ahora le afligía considerar el hecho de que era mortal. No estaría allí para siempre.

¿Estaba realmente enferma esta vez...? ¿O se trataba simplemente de otra forma de llamar su atención?

Mientras se acercaba a ella dijo:

-Mandaré llamar a un médico de Londres. Es preciso que te examinen en profundidad.

-Pamplinas -dijo la vieja dama-. No hay nada que pueda hacer un médico para mitigar el paso de los años.

-Acaso pueda recetarte un tónico o un remedio para calmar los síntomas. -Apoyando su mano sobre una de las columnas labradas de la cama la miró fijamente.- A propósito, ¿cuáles son esos síntomas? ¿Acaso vuelves nuevamente a respirar con dificultad?

-Estoy cansada y me duelen los huesos, eso es todo. Y no espero ninguna compasión de tu parte. -Lo miró atentamente.- Si te preocuparas un poco por mi bienestar, no hubieras permanecido tan lejos de mi lado durante tres largos años. Y tampoco me hubieras separado de mi bisnieta.

Michael se puso tenso. Había huido de Stokeford Abbey por razones que ella ni siquiera conocía, razones que pretendía mantener ocultas para siempre.

-No te he separado de Amy. Puedes venir a visitarnos a Londres siempre que quieras.

-¡Vamos, Michael! Sabes muy bien que el aire de la ciudad no le sienta bien a mis pulmones. La última vez que fui a visitarte pasé casi quince días en cama y prácticamente ni siquiera vi a mi adorada niña.

Él apretó sus dedos sobre la columna de madera.

-Prefiero la ciudad al campo. Te lo he explicado innumerables veces en mis cartas.

-Hubo un tiempo en que te sentías orgulloso de tus propiedades. Un tiempo en que no hubieras eludido tus responsabilidades.

-Mi administrador me informa de todo lo que sucede cada quince días en Londres -respondió de un modo cortante-. Eso es más que suficiente.

-Pero no es motivo suficiente para mantener a mi bisnieta alejada de aquí. Este también es su hogar. Es su herencia.

Michael apretó los dientes con tal fuerza que el dolor de su mandíbula se hizo aún más intenso. Había logrado mantener a Amy a salvo del escándalo y eso era más importante que ninguna otra consideración. -Amy tiene que estar conmigo. Y yo vivo en Londres.

La respetable viuda sacudió su cabeza y el dolor asomó a sus ojos.

-Michael, piensa. Piensa en lo que me estás negando... y también a ella. Ella necesita una mujer en su vida, una madre. No es correcto que una niña de cuatro años viva en la casa de un hombre soltero.

-Amy tiene una estrecha relación con su niñera, la señorita Mortimer. Y conmigo. -Se detuvo, preguntándose si debía mencionar a Katherine, pero decidió no hacerlo. Su abuela se enteraría de sus planes de matrimonio a su debido tiempo.

-Entonces, ¿por qué no la has traído contigo? -le preguntó.

-Está empezando a estudiar y no quería sacarla de su ambiente en este preciso momento.

-Puede aprender las primeras letras aquí tan bien como lo haría allí. Y yo estaría encantada de ser su tutora. -Las lágrimas asomaron a sus ojos azules mientras Lady Stokeford extendía sus manos.- Por favor, Michael, no me niegues a mi adorada niña. La echo mucho de menos.

Sus lágrimas lo impresionaron tanto como el golpe que había recibido en la mandíbula. Él había sido capaz de responder a sus cartas, alternativamente suplicantes e imperiosas, con una fría

indiferencia. Pero enfrentarse cara a cara con la desdicha de su abuela, era algo completamente diferente.

Quizás se estaba comportando con excesiva cautela. A lo mejor podía traer a Amy a visitar a su bisabuela. Si era prudente, nadie lograría descubrir el secreto que había ensombrecido su vida durante tres largos años.

Acercándose a la cama, besó el dorso de la mano de su abuela. Su mano era pequeña y delicada, como si su carne y sus huesos se hubieran marchitado y encogido.

-Entonces haré lo que me pides. Vendremos a verte para las vacaciones de Navidad.

-Ordena que vayan a buscarla ahora mismo, Michael. No hay necesidad de esperar.

Él sacudió firmemente en la cabeza.

-No dejaré que mi hija se acerque a esa gitana. Aunque, si estás dispuesta a echar a Vivien Thorne de esta casa, podría reconsiderarlo.

Había logrado distraer su atención, pero no del modo que pretendía. Retirando su mano, su abuela resopló con impaciencia.

-¿Sigues insistiendo en tu rechazo? Ni siquiera conoces a la muchacha.

Él colocó los puños cerrados sobre sus caderas.

-Conozco a las de su clase. Tiene el vicio de la mentira. Está abusando de tu confianza.

-Tonterías. Se ha portado corno una hija para mí Y es mucho más atenta que tú.

-Claro que es atenta -exclamó Michael con un tono de voz que revelaba que estaba enfadado- Ella pretende que cambies tu testamento a su favor.

Pero Lady Stokeford no lo estaba escuchando. Frunciendo el ceño, se inclinó hacia delante y lo sometió a un escrupuloso examen.

-Por Dios Michael, ¿tienes un moretón en la mandíbula? Apretando los dientes se frotó el rostro aún dolorido. A pesar de que aquello podía demostrar que él tenía razón respecto de la mala educación de la gitana no era capaz de admitir que había sido golpeado por aquella mujer.

-¿Esto? No es nada.

-Has estado peleando. Pensé que ya eras algo mayor para esas chiquilladas.

-Suelo practicar en un *ring* de boxeadores en Londres -respondió prontamente con gran desenvoltura-. Todos los caballeros lo hacen.

-Hombres pegándose entre sí -volvió a resoplar en señal de desaprobación-. Solo espero que la gente se dé cuenta de que yo no te eduqué para que te convirtieras en un pagano sanguinario.

-Se trata simplemente de un simple entretenimiento, abuela. No es nada importante -irritado, Michael cambio el curso de la conversación-. Lo que sí es importante es tu bienestar. No solamente tu salud sino también la elección de tus acompañantes. No debería tener que decirte que una gitana no es una compañía adecuada para una marquesa.

Una sonrisa inesperada floreció en el rostro de la vieja dama.

-Vaya, eres un aburrido, Michael. Tan aburrido como tu abuelo, que Dios tenga en su gloria a su bien intencionada alma.

¡Aburrido! Para ocultar su disgusto se dio la vuelta y comenzó a pasearse sobre la elegante alfombra Aubusson[1].

-No hay nada aburrido en mi deseo de protegerte. Vivien Thorne te ha engatusado con sus fantásticas historias sobre su origen aristocrático para ganar tus favores.

-Todo lo contrario, fui yo la que la busqué. Ella no sabía absolutamente nada de sus orígenes.

-Ella sabe perfectamente cuáles *no* son sus orígenes -murmuró entre dientes, merodeando por el extremo más distante del dormitorio. Sobre la mesa que había junto a un sillón estaba el libro *Moll Flanders.* Michael lo cogió y, movido por un impulso lo acercó a su nariz. Junto al olor a viejo del papel y del cuero con que estaba encuadernado, fue capaz de sentir su perfume almizclado. Sus entrañas ardieron de deseo al recordar a Vivien sujetando aquel libro junto a su pecho.

-Echa un vistazo a la carta de Harriet si no crees lo que te digo -continuó Lady Stokeford-. Olivia la trajo esta mañana y la dejó sobre mi escritorio.

-¿Por qué demonios no me lo *has* dicho antes? -Dejando caer el libro, se dio la vuelta y se dirigió hacia el elegante escritorio. Cogió precipitadamente la carta, la desplegó y se encontró mirando la …

letra de Harriet Althorpe.

Conocía muy bien aquella caligrafía rígida y precisa. Había leído muchas de sus notas en sus cuadernos de estudio, meticulosas correcciones en sus ensayos, en las asignaturas de latín y griego, en los ejercicios de matemáticas. Aunque en aquella época el aborrecía los altos niveles de rendimiento que ella le exigía, ahora creía que había logrado hacer de él un mejor estudiante.

Rápidamente *leyó* la misiva.

Hace muchos años, mientras estaba enferma, aquejada de fiebres, mi cruel amante se llevó a mi adorado bebé para entregarlo a los gitanos… Le imploro, milady, que encuentre al gitano llamado Pulika Thorne y lleve a Vivien a su verdadero hogar para ofrecerle una vida digna de una mujer noble…

-Tonterías melodramáticas -pronunció Michael entre dientes. Llevó la carta junto a la ventana y la examinó más detenidamente a la luz del sol. Para su satisfacción, encontró algunas inconsistencias-. Esta no es su letra. Se trata de una falsificación.

-Pamplinas -rezongó su abuela-, tú no tienes forma de saberlo.

-La señorita Althorpe a menudo escribía notas en mi cuaderno. Tenía una caligrafía perfecta salvo dos excepciones. Sus eses y sus erres tenían una ligera curvatura que no existe en esta carta.

Lady Stokeford carraspeó.

-Quizás su caligrafía cambió con el paso de los años. O quizás tu memoria no sea demasiado fiel.

-O quizás ella es una falsificadora muy lista -manifestó Michael de un modo cortante mientras volvía a poner la carta sobre el escritorio-. Dejo tu prueba aquí.

Su abuela volvió a recostarse contra las almohadas.

-Puedes amenazarme a voluntad, cariño. Pero no abandonaré a la hija de mi querida Harriet.

La carta solo había confirmado su convicción de que la gitana era culpable.

-No te estoy amenazando. Vivien Thorne te está estafando cien guineas por mes. Y no lo permitiré.

-Sin embargo, no tienes ninguna opción en este asunto. -Estirando la colcha de su cama, lo miró brevemente de una forma calculadora.- A propósito, deberías ser el primero en enterarte de que he decidido ofrecer una fiesta que durará toda una semana en un plazo de quince días.

Cogido por sorpresa, Michael arrugó el entrecejo. -Pero si estás enferma.

-¿Qué mejor motivo para invitar a mis amigos y vecinos a que me hagan una agradable y prolongada visita? De ese modo tendré la oportunidad de verlos antes de morir.

Michael sintió una fuerte presión en el pecho mientras la miraba con suspicacia. Ella solo estaba intentando manipularlo.

-Tú no estás a punto de morir.

[1] *Un tipo de alfombras o tapices franceses confeccionados en la ciudad francesa del mismo nombre principalmente del S.XVII (N. de la T.).*

-Cuando uno llega a mi avanzada edad, nunca se sabe cuándo llegará el final. -Mientras pronunciaba esas vagas palabras lo miró imperiosamente.- Tú te encargarás de contratar algunos ayudantes adicionales en el pueblo, de ventilar todas las habitaciones de Stokeford Abbey y de ordenar que limpien y saquen lustre al salón de baile.

Michael se dirigió resueltamente hacia la cama.

-No pienso hacerlo. No estás lo suficientemente fuerte como para organizar una fiesta, y mucho menos para entretener a una multitud durante toda una semana.

-Tonterías, de solo pensar en esa fiesta me siento mucho mejor. Estaré dando vueltas por la casa antes de lo que esperas. Los Pimpollos de Rosa me ayudarán con los preparativos.

Él hizo una mueca de disgusto.

-Esta idea fue de ellas, ¿no es verdad?

-Ellas están de acuerdo conmigo, por supuesto -y dirigiéndole otra mirada desafiante, dijo- Sabes, Michael, hemos decidido que será una oportunidad perfecta para presentar a Vivien a un selecto grupo de lo mejor de nuestra sociedad.

Durante un momento, la ira se apoderó de su garganta. Había subestimado a Vivien Thorne. Ella había tejido su red de engaños mucho mejor de lo que él había podido imaginar.

-¿Te has vuelto loca? -exclamó intempestivamente-. Vivien Thorne es una paria. Todos la despreciarán. Te despreciarán a ti.

-No se atreverán -replicó su abuela con un tono de voz severo que en su infancia lo aterrorizaba-. Vivien no puede evitar las circunstancias de su pasado. Me ocuparé de que nadie la maltrate.

Agachándose, Michael le cogió la mano y luchó por conservar la calma.

-Piensa, abuela. La alta sociedad nunca la aceptará. Incluso aunque tuvieran que aceptar su ridícula historia, la condenarían por bastarda.

-Vivien es lo suficientemente encantadora como para superar cualquier obstáculo. Debo decir que es poco caritativo de tu parte pensar lo peor de una muchacha inocente.

-Inocente. -Recordando sus atrevidos modales, Michael se rió con crueldad.- Ella no es mejor que una ramera pavoneándose de su mercadería a lo largo de la calle.

-Michael, ya he oído bastante. Si de verdad crees todas esas tonterías, eso quiere decir que has frecuentado perversas compañías durante demasiado tiempo -Lady Stokeford apretó los labios-. Ten cuidado, de lo contrario pensaré que no eres un padre adecuado para la pequeña Amy.

La voz aguda de su abuela aún tenía el poder de hacerlo callar. Aunque ella no tenía ningún derecho legal de sacarle a la niña, había logrado que se enfrentara a las dudas que albergaba respecto de sí mismo, al miedo de no poder educar correctamente a su hija Amy. Imaginó su cara menuda y delgada, sus mejillas pecosas y sus curiosos ojos de color avellana. Sintió un dolor en el pecho que no era propio de un hombre y echó de menos su sonrisa resplandeciente, sus cálidos abrazos e incluso su cháchara incesante.

Lady Stokeford continuó.

-No permitiré que maltrates a Vivien en mi fiesta. Por lo tanto, insisto en que pases algún tiempo con ella durante las próximas semanas, así podrás darte cuenta de que es una muchacha pura y de buen corazón.

Como el maldito Infierno, le hubiera gustado contestar. Pensó en la gitana, en el balanceo de sus caderas, en el descaro de su mirada, en la madurez de sus curvas. Solo había una forma de usar a una mujer como ella. Y no dudaría en acercarse a ella con un único objetivo...

Examinó a su abuela con la mirada. Sería inútil repetir todas sus objeciones. A pesar de su frágil apariencia, tenía un temple de acero. Pero si quería pruebas de la escasa moral de Vivien, entonces se las serviría en una bandeja de oro.

-De acuerdo, buscaré su compañía -contestó.

La noble viuda sonrió y la expresión de su cara se relajó.

-Dios te bendiga, mi muchacho. Londres no te ha estropeado tanto, después de todo.

Él le devolvió una fría sonrisa. Su abuela no comprendía bien cuál era la situación: el haría mucho más que hacerse amigo de Vivien. Michael tenía la intención de aprovecharse de su considerable encanto para ofrecerle una falsa sensación de seguridad.

Luego, cuando tuviera a la gitana completamente en su poder, la seduciría.

Capítulo 7

Un Juego Peligroso

Aquella noche, durante la cena Vivien puso en marcha su campaña para cautivar a Lord Stokeford. Se sintió muy sorprendida por la rapidez con que él respondía a sus esfuerzos.

Cuando ella le había sonreído al entrar en el comedor, él la había saludado sin mostrar ni una pizca de rencor, se había mostrado atento y le había hecho comentarios graciosos como si fuera una dama a quien admirará y respetara. Incluso había alabado su vestido de color amarillo narciso, aunque su mirada había acariciado su trasero de un modo que distaba mucho de ser digno de un caballero.

Ella ocultó su nerviosismo con una resuelta elegancia. Él se regodeaba con la autoridad que pronto tendría sobre ella. Ignoraba que también ella pretendía tenerlo en su poder.

Presidiendo la larga mesa, el marqués dominaba la estancia iluminada por las velas. Vivien no podía creer que fuera el mismo hombre que la había insultado aquella mañana en la biblioteca de Stokeford Abbey. Esta noche era todo encanto y sonrisas e intercambiaba bromas con los Pimpollos de Rosa y les contaba los escándalos de Londres. Incluso Lady Stokeford había abandonado su cama para reunirse con ellos y Vivien estaba contenta porque la salud de la aristócrata había dado un giro positivo.

Con sus ojos azules y penetrantes, Michael observaba a Vivien de vez en cuando como si deseara asegurarse de que ella le estaba escuchando. Y ella le escuchaba, con más avidez de la que hubiera esperado. Él las entretuvo con historias de la alta sociedad, sus descripciones eran agudas e inteligentes y Vivien pudo imaginar fácilmente a aquellas damas locas por la moda que se desesperaban por el tamaño correcto de un sombrero, las fiestas deslumbrantes donde la gente bailaba hasta el amanecer e incluso una decadente reunión donde se había dado a conocer una momia procedente del antiguo Egipto. Él logró que la sociedad de Londres pareciera absolutamente frívola, y muy extraña.

Cuando aún era temprano Lady Stokeford se incorporó lentamente de la silla que ocupaba en uno de los extremos de la mesa. El marqués se puso de pie y se dirigió hacia su abuela.

-Has abusado de tus fuerzas -comentó mientras la cogía del brazo-. Te advertí que no bajaras a cenar.

-Y yo te advertí que me siento rebosante de salud. Dormí una siesta muy revitalizante cuando te marchaste. -Eludiendo su ayuda, hizo un movimiento con la mano como si quisiera que se apartara de ella. No es necesario que me mimes.

Los otros dos Pimpollos de Rosa se apresuraron a acercarse a ellos. -Olivia y yo cuidaremos a Lucy -manifestó Lady Enid mientras le guiñaba descaradamente un ojo a Vivien desde detrás de Lord Stokeford-. Vosotros dos, jóvenes, podéis marcharos. Estas viejas damas seguramente os están aburriendo.

-En absoluto -protestó Vivien-. Disfruto de vuestra compañía.

-De cualquier modo, nosotras tres nos retiramos al tocador de Lucy dijo suavemente Lady Faversham cogiendo del brazo a Lady Stokeford-. Pero no debéis permitir que nuestra ausencia os arruine la velada. Continúa entreteniendo a Vivien con tus cuentos, Michael.

-Una idea estupenda -agregó Lady Stokeford-, estoy segura de que tienes muchas más cosas que contarle a nuestra querida Vivien.

Los Pimpollos de Rosa asintieron con un movimiento de sus cabezas y murmuraron algo sobre su acuerdo. Luego el trío abandonó el comedor, cogidas por el brazo y echando elocuentes miradas a la pareja.

A solas con el marqués, Vivien tomó conciencia de que las palmas de sus manos estaban húmedas. Las sombras que arrojaban las velas conferían a aquel hombre un aspecto siniestro, y sintió que su coraje flaqueaba. Lo maldijo, estaba guapo como un demonio con su elegante atuendo *gorgio*, una chaqueta de color azul oscuro, unos pantalones beige y un corbatín blanco junto a la garganta. Él la examinó con la mirada, su boca se curvó en una ligera media sonrisa calculadora que hizo que ella sintiera un escalofrío sobre su piel.

-Parece, señorita Thorne, que nos han abandonado deliberadamente -comentó Michael arrastrando las palabras.

Ella tragó saliva, tenía la boca seca. Janus era vanidoso y estúpido, sus pensamientos eran fáciles de leer. Sin embargo, Michael Kenyon, seguía siendo un misterio para ella. Su corazón era frío y cruel, e incluso ahora, mientras se comportaba cordialmente, ella sospechaba que escondía algún secreto. ¿Sería verdad que aún estaba desconsolado por la muerte de su esposa?

Aquello no tenía ninguna importancia. Si los Pimpollos de Rosa deseaban que ella practicara sus modales sociales con él, entonces lo haría. Con toda seguridad, era un hombre como cualquier otro.

Sonriendo sensualmente tal como había practicado delante del espejo, Vivien se dirigió a él.

-Su abuela estaría muy complacida si fuéramos amigos.

-La cuestión es si un hombre y una mujer pueden ser simplemente amigos.

-No, en tanto el hombre piense que es su superior.

Él rió.

-*Touché*. Venga, acompáñeme al jardín de invierno.

Con sus irritantes modales autoritarios, ni siquiera esperó que ella aceptara su invitación. La cogió del brazo y la guió hacia el corredor en penumbras. A pesar de su resentimiento, la firmeza de los dedos de aquel hombre sobre su piel despertó en Vivien un extraño deseo. Por una vez, parecía fácil de complacer y realmente interesado en ella. Pero Vivien no se fiaba completamente de él. ¿Por qué habría abandonado su hostilidad?

-Esta mañana usted me expresó muy directamente su opinión sobre mí -comentó ella-. ¿Qué es lo que lo ha hecho cambiar de idea?

Él se encogió de hombros.

-No tiene ningún sentido que seamos enemigos. Mi abuela está decidida a que usted permanezca a su lado y yo debo respetar sus deseos.

-Quizás aquel golpe le haya devuelto el sentido.

Él le dedicó una sonrisa burlona y ligeramente salvaje que dejó sus dientes al descubierto.

-Quizás.

Así que a él no le gustaba que le recordaran que una mujer le había pegado. Tenía que dominar su lengua afilada y ocuparse de complacer sus debilidades masculinas.

Acercándose un poco más a él comenzó a parpadear.

-Cualquiera sea la razón, me complace que usted y yo finalmente...

Él la obligó a detenerse.

-¿Tiene algo en el ojo?

-No, ¿por qué?

-Entonces, ¿por qué parpadea tanto?

Ignorando sus protestas, la condujo hasta un aplique que había en la pared. Para su tormento, le cogió las mejillas entre las amplias palmas de sus manos e inclinó su cabeza hacia atrás, mientras se acercaba a ella para examinar su cara bajo aquella luz vacilante.

Para Vivien era toda una novedad que un hombre fuera mucho más alto que ella. Su aroma masculino le hizo tomar plena conciencia de su ser. La suavidad con que tocaba sus mejillas le produjo un calor que se desplazó hacia las zonas de su cuerpo que jamás debían responder a sus requerimientos. Él estaba tan cerca que podía ver perfectamente la sombra de su barba en sus mejillas y en su mandíbula. También vio la débil marca de un cardenal en el sitio donde lo había golpeado.

Y experimentó una sensación de satisfacción verdaderamente salvaje. Con sus pulgares, él recorrió la línea de sus pestañas inferiores.

-No veo nada -afirmó-. ¿Cuál es el ojo que le molesta?

-Ninguno -respondió ella rápidamente, disgustada porque él no era capaz de distinguir entre un coqueteo y un dolor-. Ya no me duele.

Él permaneció junto ella sometiéndola a un intenso examen. Sus dedos acariciaron lentamente sus pómulos.

-Qué ojos tan bonitos, tiene usted -le dijo con una voz suave y lenta-. Revelan el fuego que hay en su interior.

Su corazón dejó de latir por un instante y su amplia y perturbadora sonrisa logró que los pensamientos de Vivien se tornaran confusos. Se descubrió mirando con fascinación su boca, esos labios firmes y sensuales.

-Hay algo que debería usted saber -murmuró él.

Ella lo miró a los ojos.

-¿Qué?

-Debe saber que mi abuela no tiene nada que ver con el hecho de que yo esté aquí con usted.

Vivien se puso tensa. Tenía plena conciencia de que estaban absolutamente solos en el corredor, a su alrededor todo estaba en silencio. Sin embargo, los Pimpollos de Rosa tenían mucho que ver con que ella estuviera aquí. Pero, por supuesto, él no tenía que saberlo.

-Si estoy aquí es porque usted me interesa -continuó en un tono de voz suave y sedoso-. Quiero saberlo todo sobre usted, Vivien. Confío en que no le importe que la trate con tanta familiaridad.

Precavida. Vivien sacudió la cabeza.

-No, milord.

-Llámame Michael -continuó él-. La formalidad no es necesaria entre… amigos -la grave inflexión de su voz insinuaba algo más, aunque Vivien no tuvo tiempo de darse cuenta.

Él se acercó un poco más y, consternada, Vivien descubrió que pretendía besarla. Una oleada de calor se apoderó de ella y fue incapaz de moverse ni de hablar. Nunca antes había tenido el menor interés de sentir !os labios de un hombres sobre los suyos. Pero ahora lo tenía. Sentía una enorme curiosidad de probar su boca de aprender a besar con un experto seductor...

Repentinamente, debido a la extrañeza que le produjo su anhelo, experimentó una sensación de frío. Retrocedió, recuperando su compostura con dificultad. No iba a ser fácil cautivarlo sin que él se hiciera una idea equivocada de lo que estaba sucediendo. Deseaba conseguir que este lord *gorgio* se enamorara de ella, pero no que le prodigara atenciones físicas. Estaba ansiosa por ver cómo se humillaba ante ella.

A pesar de que ella había frustrado sus planes, él tuvo la presencia de ánimo necesaria como para parecer satisfecho de sí mismo. Recostado contra el papel dorado de la pared, parecía un sultán aguardando el momento oportuno junto a una potencial conquista. Y precisamente aquello era lo que la había resuelto a llevar el control de la situación. Dominando su cólera, Vivien se sonrió como lo haría una dama.

-Qué amable de su parte interesarse por mí... Michael -se obligó a decir. Entre los gitanos todo el mundo se llamaba por su nombre de pila, de manera que ella no podía sentirse incómoda al hacer lo mismo con él. Sin embargo en esta sociedad tan formal de los *gorgios*, aquello creaba una inquietante sensación de intimidad. Ella continuó-. Me encantaría seguir escuchando sus aventuras en la ciudad. ¿Le parece bien?

-Será un placer.

De alguna forma sus Palabras sonaron vagamente indecentes; él la cogió del brazo una vez más y la escoltó hasta el Jardín de invierno. Venir aquí con él ha sido un error, pensó Vivien de inmediato. El jardín de invierno era una sala circular de enormes dimensiones y gran parte de las paredes y del techo eran paneles de cristal, lo que daba la ilusión de estar en el exterior aunque completamente apartado del resto del mundo. La fragancia de la tierra y de la vegetación era de una

intensidad lujuriosa y una oscuridad aterciopelada los envolvía. Solo la luz plateada de una luna en cuarto creciente entraba a través de las ventanas.

Vivien se sentó rápidamente en el centro de un banco de piedra demasiado pequeño para alojar a otra persona.

Para su disgusto, el marqués colocó uno de sus pies sobre el banco tan cerca de ella que su pie descansaba junto a los pliegues de su falda. No debo llamarlo marqués, se corrigió Vivien. Michael*. Si* en algún momento conseguía embelesarlo, manipularlo como si fuera una marioneta, debía comenzar ya mismo a pensar en él por su nombre de pila. -Cuénteme algo más sobre Londres -le solicitó-. Las personas que viven allí parecen ser terriblemente elegantes.

-Yo diría que son elegantemente terribles. Solo piensan en sí mismas, lo único que les preocupa es la moda, el juego y los entretenimientos.

-¿Entonces por qué vive usted allí? -le preguntó, sintiendo curiosidad por su cinismo-. ¿Por qué elige vivir entre personas desagradables?

Con el codo apoyado sobre sus rodillas, Michael se inclinó hacia ella de una forma despreocupada e informal, una sombra alta contra el perfil negro de una palmera. De pronto sintió su aroma, oscuro y masculino. Ella hubiera querido ver la expresión de su cara en la penumbra.

-Parece ser que le he dado una imagen errónea -comentó él con suavidad-. A pesar de algunas cabezas huecas, también hay personas listas e ingeniosas, inteligentes e instruidas. En el campo, uno no puede asistir a la ópera ni disfrutar de una tertulia literaria.

-Podría hacerlo si conociera a alguien que ha leído los mismos libros que usted.

Él se rió como si quisiera rechazar la posibilidad de que existiera esa persona.

-Mis amigos están en Londres -respondió Michael de forma tajante, como si quisiera cambiar de tema-. Pero ya está bien de hablar de mí. Dígame, ¿le gusta vivir en una casa elegante? Debe ser muy diferente a estar todo el tiempo viajando.

Hábilmente, había desviado la conversación hacia temas que no fueran personales. Una dama educada permitía que fuera el hombre el que dirigiera la conversación. Ocultando su disgusto, Vivien contestó con dulzura:

-Me gusta mucho esta mansión, aunque al principio estaba bastante perdida. Tiene demasiadas habitaciones.

-No puede tener más de veinte.

-Son veinticuatro. Las he contado. -La primera semana había deambulado por toda la casa mirando a hurtadillas a través de las puertas, sorprendida por la cantidad y las dimensiones de las habitaciones. Todos sus *Kumpania* podrían vivir aquí cómodamente.- Y todo para una sola persona -añadió mientras sacudía la cabeza con una mezcla de indignación y asombro.

-Ahora parece que es para dos -antes de que Vivien pudiera descubrir si hablaba con resentimiento, Michael continuó-. La Casa Dower es apenas una cabaña. Stokeford Abbey tiene más de ciento veinte habitaciones.

Al entrar y salir de la biblioteca aquella mañana, ella había podido ver una sorprendente cantidad de salas y salones. No obstante, no tenía la menor idea de que su casa era tan increíblemente grande. Por supuesto que él era un lord *gorgio*, derrochador y extravagante.

-¿Cómo es posible que las utilice todas?

-La mayoría de las habitaciones están cerradas y los muebles están cubiertos con fundas.

-¿Pero cuál es el propósito de tener tantas habitaciones?

-Parece ser que el que ordenó construir la casa, uno de mis antecesores, era un entusiasta de las fiestas -hizo una pausa y escuchó el susurro de una hoja cayendo en algún lugar del invernadero-. Muy pronto se usarán nuevamente las habitaciones. Verá usted, mi abuela está organizando una gran fiesta. No me sorprendería que los Pimpollos de Rosa estuvieran redactando las invitaciones mientras nosotros hablamos.

-¿Una fiesta? No me han mencionado nada sobre esto.

-Estoy seguro de que lo harán. La verdad es que pretenden presentarla en sociedad.

Su corazón se detuvo por un instante y luego comenzó a latir frenéticamente. Ella albergaba la esperanza de que Lady Stokeford hubiera renunciado a ese plan después de que le hubiera comunicado sus objeciones. No tenía ningún interés de conocer a un montón de extraños presumidos. Solo deseaba dejar pasar el tiempo hasta que se agotara el período de dos meses.

Pero si no se comportaba como pretendía, Su Señoría, podían despedirla. Jamás ganaría las doscientas guineas que permitirían que sus padres vivieran cómodamente por el resto de sus días.

-¿Cuándo será la fiesta? -susurró.

-En un par de semanas o algo así.

-¿Y cuántos invitados habrá?

-Todas las personas que conoce mi abuela y probablemente algunas que no conoce -él se rió, el sonido de su risa fue extrañamente cortante- En su día, ella fue una célebre anfitriona, aunque no se ha ocupado mucho de las diversiones en estos últimos años.

Peor que peor. Vivien disponía únicamente de dos semanas para prepararse. Dos semanas para aprender todas las costumbres y las normas necesarias para no avergonzar a Lady Stokeford y evitar que la despidieran. Dos semanas de libertad antes de versé obligada a conocer más *gorgios*, a los que tanto odiaba. Ella no podía contar con que ningún otro miembro de la aristocracia fuera tan amable y acogedor como Lady Stokeford.

Arrancando una hoja de un helecho cercano, Michael se inclinó para acariciar con ella su mejilla.

-No tiene motivo para alarmarse -le dijo él con cortesía aunque con un tono burlón-. Esta es su oportunidad para brillar. Para ser aceptada por toda la sociedad.

Las hojas le hacían cosquillas y Vivien se estremeció, apartándose.

-No quiero que me acepten -respondió sin pensar-. Ni tampoco quiero elegir un marido.

-¿Un marido?

-Los Pimpollos de Rosa... tienen la loca idea de que debería casarme.

Michael no pronunció ni una palabra durante un momento y, cuando volvió a hablar, lo hizo en un tono de voz bajo y tenso.

-¿Ellas le han dicho eso?

-Así es. -La frustración se apoderó de ella y la desbordó.- *¡Develesa!* ¿Por qué no son capaces de aceptar que una mujer puede estar perfectamente satisfecha sin un hombre?

Él se rió entre dientes mientras jugueteaba con la hoja del helecho, pasándola a través de sus dedos con largos y suaves movimientos.

-Hay muchas razones por las que las mujeres desean a los hombres. Por dinero, por los hijos, por tener compañía... -entonces bajó la voz para decir con aspereza-. Y para aquellas mujeres que han conocido a un amante experimentado, la razón principal es... El placer.

Todos sus sentidos se pusieron alerta. Su aroma masculino flotó a través de la fresca y terrosa oscuridad. La mitad superior de su cuerpo estaba oculta entre las sombras, la luz plateada de la luna iluminada solo la pierna que tenía apoyada sobre el banco, tan cerca de ella que solo tenía que levantar ligeramente su mano para tocarlo.

Para *abofetearlo*.

Ella entrelazó los dedos sobre su regazo.

-No es digno de un caballero hacer un comentario tan escandaloso frente a una dama.

-Le ruego me disculpe. -Quitando su pie del banco, hizo una formal reverencia moviendo la hoja como si fuera el sombrero de plumas de un caballero.- Debo haber bebido demasiado vino durante la cena.

Ella dudó que él realmente lo lamentara, y se obligó a pensar qué es lo que diría en ese momento una dama.

-Acepto sus disculpas. Con toda seguridad se marchará usted antes de la fiesta.

-Eso depende. ¿Le gustaría que me quedara, Vivien?

Ella prefería que se marchara y olvidarse de su plan de humillarlo como si fuera un perro.

-Por supuesto -respondió, intentando que su voz sonara cálida-. Lady Stokeford se sentiría muy feliz si usted prolongara su visita.

-¿Y usted, Vivien? ¿Se sentiría complacida con mi presencia?

Quizás fuera a causa de su indecente tono de voz masculino, pero el caso era que él lograba que la más simple de las preguntas pareciera una inquietante insinuación. Nerviosa, eligió cuidadosamente sus palabras.

-He disfrutado mucho de hablar con usted esta noche. Es una buena forma de practicar antes de presentarme en sociedad.

Con sentido del humor él manifestó:

-Una respuesta adecuada y digna de una dama. Quizás a su debido tiempo pueda usted contestarme más claramente.

-No puedo imaginar cuánto más directa podría ser.

-Bueno, yo sí -la tocó una vez más con la hoja del helecho, esta vez deslizándola ligeramente a lo largo de su brazo desnudo. Incluso cuando ella tensó los músculos para protegerse de un delicioso escalofrío, él añadió-: deseo fervientemente que no sea usted tan cauta conmigo.

Vivien no pudo reprimir una sonrisa irónica.

-Soy cauta por una sola razón. He oído que usted es un infame bribón.

Se rió.

-Los rumores tienden a desvirtuar la verdad. Usted debe juzgarme por sí misma.

Ella aprovechó la oportunidad para alimentar su presunción. A los hombres les gustaba hablar de sí mismos.

-Entonces debe usted contarme algo más de su vida.

-¿Qué es lo que desea saber? -preguntó él.

El misterio que le rodeaba la intrigaba y cientos de preguntas acudieron a su mente. Sin embargo, se centró en la más importante.

-Me gustaría saber por qué mantiene a su hija alejada de Lady Stokeford.

Él ni siquiera se movió, pero Vivien fue capaz de percibir que cada uno de los músculos de su cuerpo se había puesto rígido.

-No pienso hablar de Amy. Debe haber alguna otra cosa que desee preguntarme.

Sucedía algo extraño con la pequeña hija del marqués que Vivien no comprendía.

-¿Tiene alguna deformación? ¿Es por ese motivo que la oculta?

-¡No! Ella es perfecta en todos los sentidos -parecía que hablaba apretando los dientes.

-Entonces tráigala aquí -le rogó Vivien-. Eso tranquilizará a Su Señoría. Ella se preocupa mucho por usted, y también por su bisnieta.

-Mi abuela tendrá que aceptar las circunstancias tal cual son. No tengo que dar ninguna explicación a nadie.

-*¡Develesa!* Usted le debe respeto por ser una persona mayor. Y no solo por eso, también porque ella se ocupó de usted y de sus hermanos mientras su madre y su padre los desatendían.

Él respiró profundamente.

-De manera que los Pimpollos de Rosa le han estado contando historias, ¿verdad? He aquí una norma que debe usted agregar a todo lo que ya ha aprendido: a los hombres no les gusta ser el centro de los indiscretos cotilleos femeninos.

-Y los caballeros tampoco deberían hablar de las mujeres.

-Si conoce sus conversaciones, eso quiere decir que ha estado usted con muchos caballeros.

-Claro que no. Ya sabe usted que me he criado con los gitanos.

-Sí, los gitanos. -Michael se acercó un poco más a ella, rozando otra vez su mejilla con la punta de la hoja y haciéndola estremecer.- Siento curiosidad por la vida que ha llevado usted antes de venir aquí. ¿Había algún hombre en particular que le interesara?

Ella se apartó suavemente de él.

-¿Qué puede importarle a usted eso?

-Porque usted me interesa, Vivien. Quiero saberlo todo sobre usted -bajó el tono de su voz hasta que se convirtió en un murmullo halagador-. Quiero saberlo todo.

Su corazón comenzó a latir con fuerza y ella recordó que no debía responder a su seducción.

-Usted no respondió a mi pregunta. ¿Por qué habría yo de contestar la suya?

-Porque si usted espera que yo sea sincero, entonces debe dar el ejemplo.

-Bah. Un hombre como usted no sabe absolutamente nada de la sinceridad.

-Simplemente, respóndame.

-Muy bien -exclamó ella, decidida a decir la verdad con la esperanza de que Michael se pusiera celoso-. Iba a casarme con un nombre llamado Janus.

A través de la oscuridad, él la miró fijamente.

-¿Se ha acostado con él?

Ella apretó sus labios con fuerza. ¡El muy cerdo! Solo tardó un momento en descargar su ira.

-Entre los gitanos, se considera *moxado* -impuro- que un hombre roce siquiera el dobladillo del vestido de una mujer mientras pasa a su lado.

-Una respuesta con rodeos no es ninguna respuesta.

Él nunca creería la verdad, de modo que no tenía ningún sentido defender su inocencia.

-Usted tiene sus secretos, milord, y parece ser que yo tengo los míos.

Él permaneció en silencio durante un prolongado momento en el que el único sonido que se escuchó fue el del agua goteando en algún lugar del jardín de invierno. Entonces, abruptamente, le pregunto:

-¿Sabe usted montar?

-Entre los gitanos solo cabalgan los hombres.

-No es eso lo que le he preguntado.

-Yo... -levemente satisfecha porque el había cambiado de tema, Vivien confesó-, algunas veces me escapaba por las noches y montaba a pelo. Hasta que...

-¿Hasta qué?

-Hasta que me descubrieron.

Se avergonzó al recordar la expresión de enfado y de profunda tristeza de su padre. Pulika había aparecido en medio de la niebla que precedía al amanecer mientras ella se ocupaba de volver a encerrar al caballo en el extremo más lejano de la manada. Aunque se había esmerado por no hacer ruido y no se había olvidado de almohazar al animal, no se había dado cuenta de que cualquiera de los hombres podía descubrir a la mañana siguiente que su caballo había sido montado, ni de que su padre sospechaba de ella desde hacía algún tiempo. La había regañado de una forma que no había conseguido olvidar. Aún recordada la dolorosa punzada de remordimiento y la vergüenza que había sentido al decepcionar a su padre.

-Durante la semana de fiestas que prepara mi abuela, los entretenimientos incluyen montar a caballo. Va a necesitar ropa adecuada.

-No aceptaré ningún traje más de Lady Stokeford. Ya tengo más que suficientes.

-También necesitará que alguien le enseñe cuál es la forma correcta de montar -continuó el marqués como si ella no hubiera dicho nada-. Comenzaremos con las lecciones mañana por la mañana.

-¿Comenzaremos?

-Sí. Pretendo enseñarle todo lo que necesita saber -una vez más, su voz sugería un doble significado.

¿Por qué buscaba él su compañía de una forma tan agresiva? Solo podía haber una absurda razón: la quería en su cama. A pesar de que aquel pensamiento la irritó, sintió la imperiosa urgencia de atormentarlo, de hacerlo sufrir.

Él se acercó un poco más y quedó iluminado por la luz de la luna. Desde el banco, ella levantó la mirada impresionada por su esplendor. Un resplandor plateado creó un aura alrededor de sus oscuros cabellos y de sus amplios hombros. Los nítidos ángulos de su cara revelaban una confianza

cimentada en incalculables generaciones de aristócratas. Los sobrios botones de oro brillaron sobre su chaleco, y ella no pudo evitar admirar la magnífica amplitud de su pecho y bajar su mirada hacia las partes de su cuerpo en los que ninguna dama debería fijarse.

Censurándose a sí misma, Vivien se encontró con su mirada. Él tenía todo lo que la decepcionaba en un hombre, era arrogante, orgulloso y... *gorgio*. No tenía ningún deseo de hacer lo que le pedía. Sin embargo, ¡qué bueno seria meterlo en vereda!

-¿Dónde nos encontraremos? -preguntó.

-En los establos de Stokeford Abbey a las nueve en punto. -Se deshizo de la hoja y alargó su mano para ayudarla a incorporarse. Sus modales eran los de un caballero, sin embargo sus dedos apretaron cálidamente los suyos, mientras su pulgar le acariciaba la palma de la mano distraídamente.- A menos que se acobarde usted.

Su presencia exaltaba sus sentidos y Vivien supo que aquel era un juego peligroso. Un juego que la entusiasmaba. La idea de vencer a este lord *gorgio* era como un fuego que le hacía arder la sangre.

Vivien retiró su mano con indiferencia y aceptó su invitación.

-Allí estaré.

Capítulo 8

Objetos Robados

Una semana más tarde, Michael apoyaba uno de sus hombros contra la puerta abierta de una cabaña. Guardando un cínico silencio, observaba a Vivien, que estaba arrodillada junto a un hombre mayor tumbado sobre un catre que había en un rincón. A ella no le preocupaba en absoluto que el suelo fuera de áspero ladrillo, como tampoco la posibilidad de mancharse su elegante traje de montar azul. Cogió una dosis de polvo de consuelda de la cartera de cuero que llevaba en la cintura y se la ofreció a aquel campesino enfermo.

-Ya está-exclamó mientras acariciaba la mano manchada por los años de Owen Herrington -. Tome una pizca de este polvo por las mañanas y por las noches y pronto se sentirá tan bien que bailará la *giga*[1] en la fiesta para celebrar la cosecha.

-¿Me promete ser mi pareja? -preguntó el viejo, guiñando uno de sus ojos legañosos mientras una sonrisa sin dientes se abría paso en su curtido rostro.

-Será un placer -respondió Vivien, riendo-. Pero solo si me cuenta usted más historias de brujas y gigantes.

-Trato hecho, y sacaré el mejor provecho de él. Seré la pareja de baile de la chica más bonita del condado.

-Owen Herrington, cállate de una vez. -Su esposa, que tenía los hombros encorvados, abandonó la rueca para agitar un nudoso dedo frente a él.- Su señoría debe estar pensando que estas intentando coquetear con la dama.

Michael ocultó una mueca de disgusto. Estas simples gentes no podían ver más allá de la pretendida filantropía de Vivien. Pero él sí podía. Sus actos estaban destinados a que él la considerara una persona de mérito y la elogiara en presencia de los Pimpollos de Rosa. Sin embargo, antes de que eso sucediera, las ranas criarían pelos.

Para su inmensa satisfacción, esa misma mañana había por fin conseguido la evidencia de que la gitana le estaba robando. Lo único que tenía que hacer era procurarse una prueba tangible cuando retornara a la casa.

Ocultando su impaciencia, Michael simuló una expresión afable mientras se acercaba con aire despreocupado a Vivien y le alargaba su brazo.

-La señorita Thorne puede coquetear con quien le plazca -comentó-. Es libre para elegir la pareja que más le guste.

Por el destello de fuego que descubrió en esos ojos marrones y aterciopelados, él comprendió que ella había captado el significado de sus palabras. Él pretendía que ella acudiera gustosa a su cama. Mientras la ayudaba a ponerse de pie, ella le dedicó una provocadora sonrisa.

-Tiene usted razón, por supuesto -murmuró-. Ningún hombre se atreverá a molestarme.

El descaro de su mirada tuvo un impacto abrasador sobre su cuerpo. Era una sensación que había experimentado varias veces durante la última semana. Con la elegancia de una experimentada seductora, había estado jugando con él, provocándolo, y sin embargo había conseguido mantenerlo a la distancia de un brazo, evitando ingeniosamente todas las tretas mediante las que él pretendía acorralarla a solas. Incluso había conseguido eludir los evidentes intentos de los Pimpollos de Rosa para obligarlos a estar juntos.

[1] *Cierta danza y música antiguas, de ritmo rápido (N. de la T.).*

Los Pimpollos de Rosa querían que ella se casara con un caballero. Por esa razón habían organizado la fiesta que comenzaría la próxima semana. Pero Michael tenía la desagradable sospecha de que él era el hombre que habían elegido. Ellas no podían imaginar que tenía un plan muy diferente para la muchacha.

Mientras Vivien paseaba despreocupadamente por la cabaña de una sola habitación con sus paredes de piedra y su techo de paja, él comenzó a observar a Owen Herrington. Ya no era un hombre robusto y fornido. El viejo parecía haberse encogido y sus dedos huesudos sujetaban firmemente la colcha hecha de retales. Experimentó una sensación extraña en su interior, se lamentó de haber estado tanto tiempo alejado de sus arrendatarios.

-¿Cuándo se puso enfermo? -le preguntó.

-Hace aproximadamente un mes milord -respondió Herrington, con una respetuosa inclinación de su cabeza gris. A diferencia de la afabilidad con que había tratado a Vivien al dirigirse a él bajó su mirada con deferencia-. Con la poción de milady, pronto volveré al trabajo.

-No tiene que volver a trabajar en el campo. Ya se ha ganado su descanso con creces.

-Aún soy fuerte, milord -protestó casi temeroso-. Estas viejas manos aún pueden remendar los arneses y afilar las herramientas y demás.

Michael se abstuvo de ordenarle que desistiera de cualquier trabajo. Era evidente que Owen Herrington tenía demasiado orgullo para quedarse sentado en una mecedora junto al hogar. Inclinándose hacia él, cogió el hombro huesudo del viejo durante un momento.

-Este siempre será su hogar. Independientemente de lo que pase.

Herrington movió su contraída boca como si fuera incapaz de encontrar las palabras para expresar su agradecimiento. Miró de reojo a Michael. luego volvió a bajar la mirada hacia sus manos.

-Muchas gracias, milord -farfulló-. Es usted muy amable.

Michael se percató de que el viejo había vacilado y se preguntó si acaso querría mencionarle algún otro asunto. En ese momento distinguió un movimiento con el rabillo del ojo y descubrió que Vivien se dirigía hacia la única ventana de aquella habitación, donde se detuvo a admirar un tejido artesanal de color crema. Los dedos de la pequeña señora Herrington se crisparon sobre su delantal, echó una rápida mirada a los dos hombres y a continuación susurró algo a Vivien. Cogiendo aquella tela, Vivien se acercó un poco más a la vieja mujer, escuchando atentamente lo que le decía y haciendo un breve comentario de vez en cuando. La luz neblinosa de las últimas horas de la mañana destacaba sus delicadas facciones. A primera vista parecía una dama noble vestida con su elegante traje de montar, sin embargo, al observarla detenidamente se podía descubrir un desdén por las convenciones. No llevaba guantes y su cabello estaba algo despeinado.

Si los Pimpollos de Rosa insistían en que debía llevar sombrero. Vivien se deshacía de él en cuanto las perdía de vista. No parecía importarle que el sol oscureciera su piel hasta conferirle un brillo dorado. Él descubrió reflejos de color cobre en su cabello, algo completamente inusual en una gitana que de algún modo la favorecían. Sí, ella simplemente no se ajustaba a ningún molde.

A Michael le irritaba su habilidad para cautivar a los granjeros, a las gentes del pueblo, a los criados y a todo aquel que conociera. Aunque ellos debían haber escuchado los rumores, todos apreciaban su cordialidad y pronto confiaron en su sinceridad. Parecían olvidar que, aunque se vistiera como una dama, era una gitana. En determinadas ocasiones, Michael descubrió que también él disfrutaba relajadamente de su compañía mientras intercambiaban ocurrencias o discutían sobre el último libro que ella había leído.

Durante la última semana habían salido a cabalgar por sus propiedades todas las mañanas. Y cada día ella había insistido en detenerse en cada una de las cabañas y chozas por las que pasaban. En su alforja llevaba una bolsa de hierbas medicinales y siempre tenía el remedio apropiado para cualquier dolencia. Como si estuviera decidida a conquistar a las gentes que vivían en sus tierras, los animaba a confiarle sus penas y sus alegrías, y también a que le contaran historias de hadas y

viejas leyendas. Ella solía sentarse y escucharlos con una expresión arrobada hasta que él decidía que ya estaba harto de sus argucias y la obligaba a marcharse.

Como pretendía hacer en ese preciso momento.

Se dirigió resueltamente hacia las dos mujeres.

-Me temo que la señorita Thorne y yo debemos marcharnos.

Vivien lo fulminó con la mirada; seguramente había interrumpido un chisme muy sustancioso. Levantó una ceja como si quisiera desafiarla para que lo desobedeciera pero, para su desilusión, ella no lo hizo.

Después de colocar el trozo de tela sobre una silla que había junto a la rueca, abrazó a la señora Herrington. Aquel gesto tan espontáneo era típico de una gitana. Ninguna dama realmente noble osaría abrazar a un subordinado. Pero con toda seguridad, Vivien no había aprendido ese aspecto de un correcto comportamiento.

-Vuelva pronto, milady -Owen Herrington le gritó desde su catre-. Le contaré la historia de los *piskies* trilladores.

Una sonrisa iluminó la cara de Vivien.

-¿*Piskies ?*

-Los duendes. Les gusta gastar bromas, ya lo creo que les gusta.

-Entonces estaré ansiosa por volver -exclamó ella como si eso fuera realmente lo que sentía-. Si no le importa, traeré papel y lápiz para tomar algunas notas...

-Para volver primero tiene que marcharse -bromeó Michael.

Con una simpática sonrisa que ocultaba su malhumor, la tomó del brazo y la escoltó hacia la salida de aquella lúgubre cabaña y a través del pequeño jardín cubierto de rocío, donde las clavelinas florecían junto a algunas rosas tardías. Las nubes de color peltre se deslizaban a través del cielo. El aroma de una lluvia inminente llenaba el aire y los truenos rugían a lo lejos. Con un poco de suerte podrían llegar a la casa antes de que se desatara la tormenta. Luego encontraría la prueba de su robo, se la mostraría a su abuela y se libraría de una vez por todas de la gitana.

O quizás primero tendría que enfrentarse con ella. Sí, Podía ser muy gratificante si ella intentara utilizar su cuerpo para disuadirlo de que la entregara al juez...

Gracias al fuerte empujón de una de sus manos, el portón de madera destartalado chirrió y luego se inclinó sobre sus oxidadas bisagras. Deteniéndose para enderezar el portón, Michael murmuró:

-Recuérdeme qué debo enviar a un hombre para que arregle este condenado portón.

-Eso no es lo único que necesita arreglos -comentó Vivien con un tono cortante.

-¿Qué demonios quiere decir eso?

-Apártese de allí y se lo diré. -Balanceando sus caderas se dirigió con afectación hacia el enorme olmo donde estaban atados sus caballos.

Michael la siguió. No podía permitir que ella lo irritara. Sería mejor que se concentrara en su fantasía favorita... tumbarla sobre la hierba, meter las manos por debajo de sus faldas, convencerla de que transformara su furia en pasión, una pasión solo para él. Una vez que la poseyera, lograría deshacerse de esa ardiente frustración.

Con un gesto displicente, ella lo esperó junto a su yegua gris para que la ayudara a subir a su silla de montar femenina. Como un caballero, Michael permitió que colocara uno de sus delicados botines sobre sus dedos entrelazados. Pero a diferencia de un caballero, deslizó una de sus manos por debajo del dobladillo de su falda y a lo largo de la suave pantorrilla cubierta por la media de seda.

Vivien respiró bruscamente y su abundante pecho se elevó. Durante un instante, lo miró fijamente y sus ojos se abrieron de par en par, reflejando su deseo. Se sintió tierna. Cálida. Deseante. Agitó las riendas y la yegua echó a andar.

-No haga eso -dijo Vivien bruscamente.

Él se echó a reír, complacido de haber producido una genuina reacción en ella.

-Estas son mis tierras, soy el amo y puedo hacer lo que me apetezca.

-Eso no le da el derecho de abusar de las personas.

-Nunca abuso de mis mujeres -respondió Michael con un tono de voz almibarado-. En verdad, han sido ellas las que han rogado que les prodigara mis atenciones.

-Entonces las mujeres de Londres deben ser unas tontas ovejas que balan quejosamente.

-Son gatas muy satisfechas que ronronean de satisfacción.

-Usted se engaña. Usted, con sus elegantes trajes y sus modales de *gorgio*. -Sentada muy erguida en su silla de montar, le dirigió una severa mirada. Una mirada que tenía una inquietante semejanza con la inimitable señorita Harriet Althorpe.

Ignorando ese absurdo pensamiento, montó en su caballo zaino. El animal sacudió sus crines como si estuviera ansioso por marcharse.

-Si la mordacidad con que me habla es falsa, entonces soy un hombre feliz.

Sus dedos se tensaron alrededor de las riendas. Por una vez ella no había respondido con una observación descarada destinada a seducirlo.

-Usted es un cerdo -afirmó entornando los párpados y mirándolo con furia-. No, eso sería un insulto para los cerdos. Usted es una ser*piente* por el modo en que trata a las personas.

¿Por qué habría abandonado su actitud coqueta para echarle una bronca?

-Dígamelo de una vez -dijo él despreocupadamente-. ¿Qué es lo que usted piensa que he hecho mal?

Al principio, Vivien no respondió. Inclinándose hacia adelante, ordenó algo a la yegua muy suavemente y esta comenzó a trotar por el estrecho y sinuoso camino que serpenteaba entre aquellos páramos azotados por el viento. Cuando Michael le dio alcance con la intención de obligarla a que le respondiera, ella a su vez le formuló una lacónica pregunta.

-¿Cuántos años hace que Owen Herrington ha trabajado para su familia?

-Toda su vida -respondió Michael con cierta impaciencia-. Recuerdo haberlo visto trabajar en el campo, segando el heno y trillando, cuando yo era apenas un muchacho. Es uno de mis más leales arrendatarios.

-Entonces que los cuervos le arranquen los ojos por lo que le ha hecho. Ese hombre viejo y enfermo ha sudado y trabajado duramente a sus servicios, y sin embargo usted le niega una pensión.

Perplejo, él tiró de las riendas hasta que su caballo se detuvo. -¿De qué demonios está hablando? No he hecho semejante cosa.

-¿Oh? -Sus ojos oscuros brillaban de ira.- Ha estado viviendo como un rey en Londres mientras estas pobres gentes luchaban por sobrevivir en sus propiedades. Y después de haberlos esclavizado para financiar sus delicados gustos, cuando son viejos los deja pasar hambre.

Él se enfureció.

-Eso es mentira. ¿Quién le ha dicho tal cosa?

La señora Herrington. Su marido no se atreve a dejar de trabajar porque su administrador le ha dicho que no habrá pensiones.

-Es imposible. Herrington no debe haber entendido bien.

Con una expresión asesina en su mirada, ella acercó la yegua al caballo castrado del marqués. Los dos animales se dedicaron a mordisquear las hierbas que crecían a lo largo del camino.

-Muy bien, entonces dígame por qué no ha recibido absolutamente nada en estas últimas semanas -dijo entre dientes-. Sus únicos ingresos son la miseria que gana la señora Herrington con su rueca. Si no fuera por eso estarían pidiendo peniques en los caminos.

Frunciendo el ceño, miró hacia atrás en dirección a la pintoresca cabaña de piedras de cuya chimenea salía una voluta de humo. Recordó que había tenido la impresión de que el viejo había titubeado antes de decirle algo. ¿Acaso había estado esperando para preguntarle algo acerca de su pensión?

No. Si bien era cierto que los Herrington vivían en una casa muy modesta, él se ocupaba de satisfacer todas sus necesidades básicas. Volviendo a mirar a la gitana, dijo bruscamente:

-Usted ha inventado todo esto. Si realmente existiera algún problema, ellos me lo hubieran comunicado a mí. Y no a usted.

-Ellos estaban reacios a expresar su opinión por el temor a perder lo poco que tienen. -Vivien lo miró como si él fuera una boñiga de oveja.- Verá, milord, ellos no se fían de usted. Los ha abandonado por una vida de ocio. Ellos lo juzgan por lo que usted que es: un noble a la búsqueda de placeres y que se muestra indiferente frente a sus necesidades.

Por un momento él se sintió culpable. Se había olvidado de sus arrendatarios, pero no por la razón que ella le había arrojado a la cara. Mientras sus caballos avanzaban uno al lado del otro, Michael luchó por mantener la calma.

-Los informes trimestrales sobre mis propiedades siempre incluyen una generosa suma dedicada a las rentas vitalicias: quizás se han olvidado de Herrington. Me encargaré de investigar el asunto con Thadeus Tremain.

Los labios de Vivien se curvaron.

-Tremain. Conque él es quien se ocupa de sus sucios asuntos. Lo vi caminando por el campo ayer por la tarde. Es un hombre con cara de topo que se escarba los dientes cuando cree que nadie lo está mirando.

¿Cómo podía una mujer juzgar a un hombre por su apariencia`?

-Es un contable y un administrador con mucha experiencia. Si ha cometido algún error, será el primero desde que está a mi servicio.

-Esto no es ningún error sino una prueba de su codicia de *gorgio* -exclamó Vivien acaloradamente-. Los Dunstans y los Keasts tienen muy pocas provisiones en sus despensas. La viuda Bowditch no tiene leña para el invierno. Y los niños de los Jelbert están vestidos con harapos. Porque usted les roba las monedas que han conseguido ganar con el sudor de su frente y lo derrocha en extravagancias.

Aunque sus palabras lo indignaron, volvió a pensar en las cabañas que habían visitado. Se sintió realmente disgustado al percatarse de que había estado demasiado ocupado observando a la gitana como para comprender lo que sucedía a su alrededor. Había estado demasiado distraído pensando en la habilidad que tenía Vivien para cautivar a cualquiera que se le acercara.

Michael rechazó sus furiosas acusaciones, ya que la única explicación lógica podía ser que Thadeus Tremain estaba aprovechándose de las ganancias a expensas de los campesinos. Pero, por Dios, confiaba demasiado en aquel hombre como para sacar aquella conclusión únicamente debido a lo que decía una gitana. Tremain se había ocupado de administrar correctamente sus propiedades durante tanto tiempo como Michael era capaz recordar. Era un soltero empedernido, casado con su trabajo. Su habilidad para hacerse cargo de las responsabilidades cotidianas le había permitido a Michael vivir en Londres.

Siempre había revisado cuidadosamente las cuentas que su administrador le llevaba en persona cuatro veces al año y nunca había detectado nada sospechoso. Era un hombre formal, honesto y discreto. Además de ocuparse del resto de sus obligaciones, le suministraba informes mensuales en los que le notificaba detalladamente las actividades de la noble viuda. Esos informes tranquilizadores habían calmado la conciencia de Michael.

No, la gitana había inventado esta historia por algún motivo. Se trataba de una pantalla de humo, y eso era todo. Sí, ella tenía que haberse dado cuenta de que la había descubierto.

Forzó a su caballo a avanzar más de prisa y se detuvo frente a ella, obligándola a que se detuviera.

-Usted se anima a acusarme de robar cuando es usted la única ladrona -afirmó con violencia.

Juntando sus cejas negras Vivien exclamó:

-*¡Develesa!* ¿Cómo puede sacar a relucir esas tontas acusaciones cuando su gente se está muriendo de hambre?

El destello de los relámpagos se veía cada vez más cerca, pero él no les prestó ninguna atención. La observaba detenidamente buscando un indicio de culpa, un cambio en su mirada, un débil rubor.

-No me refiero a la carta que ha falsificado con el fin de engañar a mi abuela. Ni a las cien guineas por mes que le ha sacado. Estoy hablando de los objetos que ha robado de mi casa.

Aquellas palabras lograron que la gitana abandonara sus acusaciones, aunque solo por un momento. Como si quisiera demostrar su inocencia, sus labios se separaron y sus ojos se abrieron de par en par.

-No he cogido nada que le pertenezca -afirmó con indignación . Todos los libros que le he pedido prestados se los he devuelto a los pocos días.

Una risa grosera surgió de la garganta del marqués.

-La semana pasada, la señora Barnsworth ha estado haciendo un inventario de los contenidos de la Abadía. Parece ser que faltan algunos objetos de valor. Un icono medieval de Rusia. Varios pares de candelabros de oro. Un cierto número de utensilios de plata que han estado en poder de mi familia durante generaciones.

Sujetando firmemente las riendas, Vivien sacudió la cabeza agitando el mechón de cabellos negros que se había soltado de su moño.

-Busque a su ladrón dentro de sus propias paredes, señor marqués. No sabría qué hacer con sus objetos de *gorgio*.

-Se pueden vender a cambio de una pequeña fortuna en oro -con crispación, añadió-. Regresaremos a la Casa Dower y usted me enseñará dónde ha escondido los objetos que ha robado.

La gitana se acomodó arrogantemente sobre su silla de montar mirándolo con desprecio y sin apartar la mirada ni una sola vez. No dijo ni una palabra en su defensa, solo lo miró fijamente hasta que él sintió la imperiosa necesidad de bajar su mirada.

Bruscamente, ella agitó las riendas y la yegua comenzó a trotar. Por encima de su hombro, le gritó:

-Entonces, con mucho gusto correremos una carrera hasta su casa. Sus ojos brillantes lo desafiaron. Se inclinó sobre la sedosa yegua gris, que comenzó a galopar desviándose del sendero en dirección hacia el escabroso páramo.

-¡Por el amor de Dios, Vivien!

Ella no dio ninguna señal de haberlo escuchado. Como si fuera una amazona nata, se alejó entre las colinas mientras el viento agitaba su cabello.

Michael actuó por instinto. Hincó los tacones de sus botas en los flancos de su caballo y se lanzó a la carrera detrás de ella.

-Imbécil -murmuró, ignorando si se refería a la muchacha o a sí mismo. Sus músculos se tensaron debido al ritmo trepidante del caballo que le hacía vibrar los dientes. ¿Acaso aquella moza no se daba cuenta de que era un suicidio galopar en un terreno tan accidentado? De cualquier modo, a él no le importaba su seguridad. Si la yegua metía uno de sus cascos en la madriguera de un conejo y Vivien se rompía el cuello, sería problema de ella. Y no suyo.

Fue entonces cuando experimentó un intenso placer salvaje, una sensación de estar vivo que no había sentido desde hacía muchos años... O quizás no la había sentido nunca. Disfrutó del viento azotando sus cabellos y su abrigo, de las frías gotas que golpeaban su cara, del destello de los relámpagos a la distancia. Anheló tener la oportunidad de atrapar a Vivien y domesticar su espíritu atrevido.

Era la emoción que le despertaba aquella persecución, lo sabía. Ella lo había provocado y se había burlado de él durante días. El fuego había traspasado los límites de su control.

El páramo pasaba velozmente a sus pies y él lo veía borroso. Luego llegaron a los campos segados de trigo y centeno. Delante de él Vivien se inclinaba sobre su montura: parecían un solo cuerpo. Él se acercaba cada vez más a ella, aunque debía admitir que aquello se debía más a su potente caballo que a su superioridad como jinete. A pesar de que su silla de montar femenina suponía un obstáculo para Vivien, cabalgaba con la misma facilidad que una fuerza de la naturaleza. No necesitaba lecciones para montar a caballo, excepto en lo que se refería a las normas de un correcto comportamiento ecuestre.

Normas que ella ignoraba por puro capricho.

Un destello dividió el cielo en dos y a continuación retumbaron truenos. La energía creció en el aire y él sintió un picor en la piel. El peligro añadió emoción a su desenfrenado arrojo y de pronto recordó otra tormenta, otra persecución enloquecida a través del campo, aquella vez en la oscuridad de la noche. Él recordó la furia y la angustia que había experimentado por la traición de Grace...

Avanzando a todo galope consiguió que su caballo alcanzara a la yegua de Vivien y que galoparan uno junto al otro. La lluvia caía cada vez con más fuerza y las gotas ardían sobre su piel caliente. Podía ver las chimeneas de la Casa Dower a la distancia. Aunque Michael no tenía la menor intención de dirigirse hacia allí, al menos por ahora. La quería toda para él.

-Tenemos que cobijarnos -gritó para que ella lo escuchara a pesar del ruido de cascos de los caballos.

Los ojos de Vivien brillaban, desafiándolo obstinadamente. A pesar de aquella furiosa cabalgata, él sintió que lo invadía un calor salvaje, la provocación que necesitaba para concretar su plan de seducirla...

En medio del paisaje de lagos y árboles que se veía desde la casa, Michael divisó una mancha blanca y borrosa junto a las orillas del río. Cortando el paso de Vivien, obligó a su yegua a dirigirse hacia aquella pequeña edificación. Ella hizo un gesto de disgusto, entonces el destello cercano de un relámpago hizo que la yegua se parara sobre sus patas traseras. Él sintió que se le encogía el pecho por el temor de que Vivien pudiera caerse, entonces no podría hacer nada para salvarla.

Pero ella se aferró al animal, movió los labios como si estuviera calmándolo, aunque el viento no le permitió a Michael escucharla. La yegua se serenó y esta vez Vivien consintió que él la guiara hacia aquel refugio.

El templo griego se levantaba en un claro que había entre los árboles, en medio de un solitario esplendor. Las columnas blancas estaban cubiertas por la hiedra y un inclinado techo se elevaba por encima de los enormes escalones de piedra. A pesar de que la estructura estaba abierta por todos lados, podría protegerlos de los elementos.

Llegaron al pie del templo en el momento oportuno. Las ráfagas de un aire húmedo y frío los zarandearon. Los relámpagos eran como cuchillos y los truenos se lamentaban. Los cielos se abrieron y la lluvia cayó como una cortina plateada desde los aleros.

Se apeó del caballo debajo del amplio voladizo y vio a Vivien deslizarse de su montura sin su ayuda. Su moño estaba prácticamente deshecho y algunos largos mechones de su cabello colgaban sobre su esbelta espalda. Su traje de montar mojado se adhería a sus curvas. Ella sacó una toalla de debajo de su silla de montar y comenzó a frotar a la yegua, canturreando tan suavemente que él no consiguió escuchar sus palabras.

De un tirón, ató las riendas alrededor de una columna. Ninguna mujer le había causado jamás semejante turbación, ni siquiera Grace. Mirándolo brevemente, la gitana le dedicó una provocadora sonrisa, una mezcla de superioridad y sensualidad.

-No debe usted enfadarse tanto, milord. Un poco de humedad jamás ha hecho daño a nadie. ¿O acaso se derrite usted bajo la lluvia?

Él perdió los nervios. Se olvidó completamente de que se había prometido a sí mismo que lograría convencerla de que confiara en él. Se olvidó de todo, excepto de su necesidad de dominar a esta tempestuosa mujer.

-No -dijo mientras se dirigía hacia ella-. Pero por Dios le aseguro que será usted la que se derrita por mí.

Capítulo 9

Un Fuego en el Corazón

Ella lo había provocado demasiado.

La toalla se escurrió de los dedos laxos de Vivien. Apoyando una de sus manos sobre las crines plateadas de la yegua sintió que su corazón palpitaba a un ritmo alarmante y también sintió algo más oscuro, algo salvaje y bochornoso.

Durante el momento que Michael Kenyon tardó en atravesar el templo, el brillo de un relámpago iluminó sus facciones que parecieron estar grabadas en relieve. Parecía uno de los dioses de la antigua Grecia que aparecía en el libro que se había llevado de su biblioteca. Un dios enfadado y vengativo que la atemorizaba.

Un dios guapo y poderoso que la embelesaba.

Cogiéndola por el brazo, la invitó a subir los escalones de mármol en dirección al templo en penumbras. El tamborileo de la lluvia y sus pasos invadieron la paz de aquel santuario. De un vistazo, ella localizo un banco de piedra y la estatua de una diosa envuelta en una túnica en la oscuridad de una hornacina. Las hojas secas alfombraban el suelo y crujían bajo sus zapatos.

Al escuchar que él respiraba pesadamente, ella volvió a recorrer su rostro. detectando la tensión de sus pómulos y la forma en que apretaba sus labios. Las ventanas de su nariz se ensanchaban cono si fuera un semental oliendo a su pareja. En sus ojos azules ardía el deseo con una ferviente intensidad, una emoción que ella ni siquiera era capaz de comprender. Al observarlo, su deseo se encendió como una llama en medio de su pecho.

Un fuego en el corazón.

Un fuego que ella nunca debería sentir por este dominante *gorgio* que la había llamado ladrona. La había estado persiguiendo sin descanso durante una semana y ella estaba horrorizada porque era incapaz de gobernar la respuesta de su cuerpo cuando estaba frente él.

Simuló una suave y ronca sonrisa.

-Michael, no pretendía insultarlo...

Antes de que pudiera terminar, la arrastró hacia él apretándola contra su cuerpo y bajando sus labios hacia los suyos. Ella intentó evitar que la besara pero él sostuvo la parte posterior de su cabeza con firmeza en la palma de su mano para que no pudiera apartar la cara. Entonces, ella ya no tuvo el menor deseo de volver la cabeza. Su beso hizo que le temblaran las rodillas y se aferró a él, consciente de los esculturales músculos que había bajo sus dedos, del estimulante olor a lluvia y a hombre, del cautivante sabor de su boca.

Dios mío, su boca.

Brusca y ansiosamente, se movía sobre la suya como si quisiera consumirla. Ella deseaba ser consumida por él, rendirse ante el sobrecogedor placer de los labios de un hombre sobre los suyos. Y no se trataba de cualquier hombre. *Michael.*

Sola en su cama. había soñado con ese abrazo en mansas fantasías en las que él que la estrechaba firmemente junto a su cuerpo mientras le susurraba de un modo tierno y devocional que la adoraba. Ella, evidentemente, lo rechazaba y él se veía obligado a implorarle a sus pies. Ella se reía de él al verlo reducido a lo más bajo por la mujer que él consideraba muy inferior a su exaltado ser.

Pero nunca se había podido imaginar que la realidad podría sumergirla en un abismo de pasión.

Se quedó sin aliento a medio camino entre un grito ahogado y un quejido y él aprovechó la ocasión para introducir su lengua en su boca. Aquel sorprendente movimiento consiguió que un intenso calor se alojara profundamente en la parte más íntima de ser. Su beso la requería, la

seducía, la excitaba. pero en cierto sentido no la satisfacía. Ella ansiaba algo más de él, algo que no alcanzaba a comprender.

A continuación él hizo algo aún más escandaloso. Colocó una de sus manos sobre su pecho, acariciándola por encima de su traje de amazona, deslizando su pulgar sobre la cima de sus senos. Entonces, experimentó un placer delirante y estuvo a punto de desvanecerse. Su parte racional sabía que no debía permitirle esas libertades. Sin embargo, él había despertado una locura en ella que desafiaba todo sentido común.

Mareada, tuvo conciencia de que la estaba tumbando sobre el frío banco de piedra sin interrumpir el voraz contacto de sus bocas. Antes de que pudiera enterarse, le había levantado las faldas y había separado sus piernas consiguiendo que sus pies se deslizaran hacia ambos lados del banco. Rápidamente, se colocó encima de ella, sujetándola bajo el peso de su cuerpo. A través de sus pantalones de montar, ella sintió una presión muy característica sobre la zona más vulnerable de su cuerpo. Y durante un momento fascinante, ella experimentó el deseo carnal más poderoso que jamás había conocido. Él movió su cuerpo contra el suyo y Vivien se arqueó hacia él, deseándolo, ansiándolo con un fervor irracional.

La mano de Michael se posó sobre sus caderas, se escurrió por debajo de su falda y acarició su muslo desnudo. A pesar de que ella estaba a punto de desvanecerse de deseo, al percatarse de sus intenciones, su borrachera de placer desapareció.

Ese *gorgio* había intentado robarle su inocencia. Deshonrarla. Utilizarla para su propio placer.

Dominada por una sensación de repugnancia, volvió la cara para evitar sus besos y estiró sus brazos para sujetar sus hombros.

-¡No!

-Sí. Usted lo desea. Usted me desea.

Él cogió su cara y la besó una vez más, un beso dominante que solo logró aumentar su pánico. Ella se sacudía y se retorcía pero no conseguía apartar su pesado cuerpo. Sintió que se sofocaba. Él la poseería en contra de su voluntad. La violaría.

Aterrada. Vivien reaccionó con violencia. Hincó sus dientes en el labio inferior del marqués.

Él retrocedió, gritando de indignación y llevándose la mano a la boca.

-¡Qué demonios...!

Ella se escurrió por debajo de sus brazos y se incorporó con paso vacilante, retrocediendo y apoyando la palma de su mano contra una columna de piedra para recuperar el equilibrio. Sus temblorosas piernas amenazaban con doblarse. La lluvia caía musicalmente desde el tejado y una ráfaga de aire húmedo y frío refrescó su acalorada piel.

Con la respiración entrecortada, ella exclamó:

-Apestoso *gorgio*. ¡Cómo se atreve a tratarme de esta manera!

-Me ha mordido, condenada sea. -Michael se puso de pie de inmediato retirando la mano de su boca y haciendo una mueca de disgusto al ver la sangre. Sacó de su bolsillo un pañuelo y se lo pasó suavemente por los labios.- ¿Qué demonios le pasa?

-Le advertí que se detuviera. Yo no soy su prostituta.

-Pero si disfrutaba de lo que estábamos haciendo. Incluso llegó a abrirse de piernas.

Vivien se ruborizó ante ese insulto tan vulgar.

-Maldito sea su engaño. No me di cuenta de sus intenciones, al menos al principio.

-Claro que se dio cuenta. Ninguna muchacha inocente besa del modo que acaba de hacerlo usted -aquel hombre pecador y malhumorado con el cabello revuelto y húmedo parpadeó ligeramente. Su pecho se movía al ritmo de su jadeante respiración. Con un tono amenazador, le dijo-. Usted está loca por mí, Vivien. Estaba gimiendo de placer.

¿Era verdad? ¿Acaso su comportamiento lascivo lo había animado? Mortificada y confusa sintió que una profunda pasión ardía en su interior. El recuerdo de su beso la quemaba, como un vergonzoso recordatorio de su ardiente respuesta. Ella había ansiado sentir la presión de su cuerpo

contra el suyo. Había deseado que sus manos se posaran sobre su pecho y entre sus piernas. Aún deseaba sus expertas caricias.

¡No! Su único error había sido pensar que sería fácil manejar a Michael Kenyon, conseguir que se enamorara de ella para disfrutar del placer de despreciarlo. Ese idiota excesivamente seguro de sí mismo no tenía derecho a tomar lo que ella se negaba a dar, a robarle lo que solo pertenecería algún día a su marido si ella en algún momento era capaz de respetar a un hombre lo suficiente como para casarse con él.

-Usted nunca descubrirá cuán equivocado está -exclamó apresuradamente-. Porque jamás volverá a tocarme.

La miró de una forma atrevida. Como si estuviera pensando cómo podría seducirla otra vez.

-No es eso lo que siente.

Nuevamente, con una despreciable confianza en mí mismo, se acercó a ella. Vivien sintió que el pánico se apoderaba de su garganta. ¡Él era capaz de volver a forzarla!

Girándose sobre sí misma. Vivien salió corriendo en busca de la yegua. Se subió las faldas pero no consiguió llegar hasta aquella incómoda silla de montar. ¡Malditos sean estos arreos *gorgios*! Decidió que se montaría en su caballo.

Comenzó a girar. Pero fue demasiado tarde.

Escuchó sus pasos retumbando sobre los escalones de mármol a sus espaldas.

-¿Adónde va usted? -dijo él con brusquedad-. Todavía está lloviendo.

Se agachó para pasar por debajo de la yegua y alejarse corriendo en dirección al páramo, con el único pensamiento de alcanzar la seguridad de la casa. Las frías gotas de lluvia mojaron su rostro. Sus botines se llenaron de lodo. Las largas faldas le impedían avanzar, enredándose entre sus piernas.

Los pesados pasos de Michael retumbaron detrás de ella. La llamó por su nombre, su voz sonaba brusca, parecía enfadado. Presa de la desesperación, ella apretó el paso, deslizándose y resbalando sobre el terreno esponjoso. Se apartó un mechón de pelo que le caía sobre los ojos. La respiración le quemaba los pulmones *¡Develesa! Él* se estaba acercando peligrosamente a ella.

Avanzando con mayor rapidez, se acercó a un bosquecillo de robles. Pero fue entonces cuando sus fuertes dedos se cerraron sobre su brazo. Con frenesí, ella se liberó. Si no era capaz de dejarlo atrás, entonces lucharía con él.

Cogiendo un grueso palo del suelo, se giró blandiéndolo como un arma frente a él.

-¡No lo haga! -gritó-. No se me acerque.

El marqués se detuvo, su pecho agitado por su jadeante respiración. La miraba con cautela, como si su seriedad finalmente hubiera logrado quebrar su arrogancia masculina.

-Usted tiene miedo de mí.

-¡Maldito sea! Lucharé con usted hasta la muerte.

-¡En nombre de Dios! Jamás he hecho daño a ninguna mujer.

-Es capaz de obligarme a que me acueste con usted. -Sintió el sabor amargo del miedo en su garganta.- Pero yo sería capaz de matarlo primero. ¡Puedo jurarlo!

Inmóvil, Michael la miraba. Un mechón de sus cabellos caía sobre su frente dándole el aspecto de una pirata. La lluvia se había convertido en una fina llovizna y los relámpagos resplandecían cada vez más lejos. La fría lluvia salpicó la espalda de Vivien, que comenzó a tiritar de frío, aunque también temblaba porque había tomado conciencia de que estaban completamente aislados. Sus dientes comenzaron a castañetear, pero ella cerró la boca firmemente para ocultar su miedo. Nunca tenía que haberle dado la oportunidad de estar a solas con ella.

Luego, para su sorpresa, él se inclinó en una formal reverencia, estirando la pierna derecha y colocando una de sus manos detrás de la espalda. -Le ruego me disculpe por alarmarla. Su belleza me ha tentado más allá de todo juicio racional.

Michael pensaba que ella era hermosa.

Resistiendo el impulso de relajarse, Vivien lo miró fijamente con suspicacia. El todopoderoso marqués se estaba disculpando. Era evidente que no era sincero, pero su esfuerzo por parecer un caballero le dio a Vivien una pequeña satisfacción.

Todavía podía saborear su beso. Podía sentir su ancho y fuerte cuerpo cubriendo el suyo. Su boca se había movido ávidamente, sus manos la habían acariciado despertando un anhelo que permanecía insatisfecho. Incluso ahora que conocía sus intenciones, experimentó la traicionera debilidad del deseo.

No entendía qué era lo que le sucedía. ¿Cómo podía sentir algo más que desprecio por este despótico lord que utilizaba a las mujeres y luego se deshacía de ellas? ¿Por el hombre que la creía una ladrona?

Cuando él avanzó un paso hacia ella, Vivien lo apuntó con la rama como si fuera una lanza. Los brazos le temblaban y luchó por mantenerlos firmes.

-Quédese dónde está -le gritó-. ¿Acaso piensa que me fío de sus disculpas?

-Lo que creo es que es usted una mujer apasionada con una cierta inclinación a la violencia. Ahora, deje eso.

Ella sacudió la cabeza.

-Cuidado, milord. Conozco muchas formas de dominar a un hombre. Formas que solo conoce una gitana. -Sin apartar sus ojos de él, le echó una mirada amenazante que siempre había resultado efectiva con los peligrosos *gorgios* que intentaban burlarse de los gitanos.

Su boca se curvó en una sonrisa sarcástica, luego hizo un gesto de dolor, seguramente debido a su labio hinchado. Con suaves y lentos movimientos, como los que usaría con una potra asustadiza, se quitó su chaqueta gris marengo y le dijo:

-Póngasela. Está mojada y temblando.

Era una trampa. Una excusa para acercarse a ella.

Mientras acortaba la distancia que había entre ellos, Vivien alzó el palo en señal de advertencia.

-¡No! No quiero nada de usted.

-De todos modos tendrá que aceptarlo -dijo él mientras le echaba el abrigo sobre los hombros.

Mientras él retrocedía, ella automáticamente cogió la chaqueta por las solapas para que no se deslizara de sus hombros. La tela llevaba su calor y su aroma y le fue muy difícil no acercar su rostro a ella para respirar profundamente y frotar su mejilla contra aquel suave tejido. Tenía la extraña sensación de estar envuelta por un abrazo amoroso. Su abrazo. Él no podía haber concebido una forma más efectiva de lograr que ella bajara la guardia.

-Muy bien -exclamó él, mirándola con esos ojos azules que la cautivaban-. Quiero que recuerde que la deseo. Soñaré con sus suaves labios.

Perpleja, Vivien lo vio girar sobre sus talones y dirigirse hacia el templo. Su camisa blanca y húmeda se ajustaba a su magnífico cuerpo y sus pantalones de montar de gamuza y sus botas de caña alta destacaban sus poderosas piernas. Contra toda razón, sintió que su miedo y su cólera se desvanecían bajo un manto de calor.

Soñaré con sus suaves labios.

Caminaría hasta la Casa Dower. No deseaba estar cerca de Michael Kenyon. Sin embargo, si él hubiera deseado aprovecharse de ella, hubiera podido hacerlo. Además, si él regresaba a la casa a caballo no tenía sentido que ella siguiera a pie exponiéndose a cualquier peligro. De manera que, tras un momento de vacilación, arrojó el palo al suelo, se limpió las manos y comenzó a andar detrás de él.

Muy atenta a cualquier movimiento en falso, le permitió que la ayudara a montar su yegua. Él se comportó como un perfecto caballero, su forma de tocarla fue impersonal y educada. Rechazó su intento de devolverle la chaqueta. La brumosa lluvia le refrescó las acaloradas mejillas. Pero nada, ni siquiera aquella incómoda silla de montar, podía refrescar la furtiva excitación que ardía en su sangre.

Soñaré con sus suaves labios.

Mientras cabalgaban sobre la tierra mojada, Vivien ocultó su confusión y su nerviosismo tras una expresión distante. Michael Kenyon no tenía por qué saber cuánto la había seducido con aquel mero comentario. Tampoco necesitaba saber que ella sentía una sorprendente atracción por el hombre que había intentado forzarla contra su voluntad. El lord *gorgio* que ella jamás podría amar.

El barro se acumulaba en los cascos de la yegua y Vivien se concentró en guiar al animal para que vadeara los charcos más grandes. Mantuvo una prudente distancia de Michael, temiendo los peligrosos efectos de su encanto. Como si fuera una secuela de los relámpagos, el recuerdo de su beso resplandeció dentro de ella y, por primera vez, el cuerpo de un hombre no le fue indiferente. Su físico era muy diferente al suyo: él era fuerte y musculoso, capaz de complacer a una mujer. No pudo evitar preguntarse cómo sería sin ropa, si su pecho sería suave o estaría cubierto de vello negro, si su piel sería pálida o del mismo tono bronceado que su rostro y sus manos. Para su vergüenza, deseaba deshacerse en elogios, llena de admiración, como todas aquellas tontas muchachas gitanas que miraban con los ojos desmesuradamente abiertos a sus pretendientes.

Soñaré con sus suaves labios.

Vivien no debía olvidar jamás lo que él pensaba realmente de ella. Michael Kenyon la consideraba una ladrona. Casi la había violado y ella había estado a punto de sucumbir a sus encantos. No podía comprender cómo un hombre semejante podía despertar el deseo en ella.

Antes de que tuviera tiempo de analizar el atolladero de sus sentimientos, Vivien escuchó a Michael maldecir entre dientes. En la cima de una colina y con las riendas en la mano, frunció el entrecejo al pasar cerca de Stokeford Abbey, su inmensa fachada de piedra era visible a través de los árboles mojados por la lluvia y más allá de las curvas del río y de la Casa Dower.

Vivien se detuvo a poca distancia y lo miró con inquietud.

-¿Qué pasa?

Él no respondió. Siguiendo su mirada, vio un majestuoso carruaje negro avanzando a través del sinuoso camino que conducía a la casa. Con los hombros echados hacia delante, el cochero estaba sentado en el pescante y en la parte trasera del vehículo viajaban dos criados vestidos con libreas de color carmesí. Incluso a la distancia, parecían empapados

-Maldita sea -gruñó Michael en voz baja.

-¿Quién?

-Mi abuela. Por Dios, pagará por lo que ha hecho. -Miró a Vivien lleno de furia y de algo más, algo oscuro y tenebroso.- Quédese aquí. No quiero mezclarla en esto. -Entonces se alejó al galope, como un rayo, bajando por la colina en dirección al puente, levantando la tierra a su paso.

Capítulo 10

Una Niña sin Madre

Vivien no tenía la menor intención de obedecer sus órdenes. Aquel tirano podía darle un disgusto a su abuela. Y ella no podía tolerarlo. Estaba dispuesta a ganar cada uno de los peniques de las cien guineas que recibía por mes protegiendo a Lady Stokeford de su autoritario nieto.

Espoleó a la yegua para que lo siguiera. ¿Qué podía haber hecho Su Señoría para merecer esa amarga maldición? ¿Qué visitante traía aquel coche? A menos que ella hubiera entendido mal, los invitados a la fiesta no empezarían a llegar hasta la próxima semana.

Cabalgó a través del pequeño puente de piedra y del jardín y llegó a la Casa Dower justo detrás de Michael. El coche se había detenido frente al pórtico y uno de los criados saltó al suelo, resbalando sobre la gravilla mojada por la lluvia. Recuperando el equilibrio, desplegó el escalón que había debajo de la puerta y cogió el pomo ricamente adornado.

-¡Deténgase! -gritó Michael.

Desmontó su caballo y, entregando las riendas a un mozo de cuadra que lo esperaba, se dirigió hacia el criado que se había quedado paralizado. Vivien siguió su ejemplo, aunque permaneció un poco apartada para poder evaluar la situación.

-¿Milord? -dijo el criado mientras tragaba saliva.

Michael lo ignoró. Con las manos es las caderas, miró con el ceño fruncido al robusto cochero que estaba sentado con la espalda encorvada en lo alto del carruaje.

-En marcha, Pritchard -ordenó el marqués-. Regresará usted a Londres de inmediato.

-Pero milord -protestó el cochero, descubriéndose ante él-, necesitamos cambiar los caballos. Y, mientras tanto, Su Excelencia podría respirar un poco de aire fresco y tomar una comida caliente.

¿Su Excelencia?

El corazón de Vivien comienzo a latir con una furia que ella no se detuvo a analizar. ¿Acaso se trataba de alguna de sus mujeres? ¿Pero por qué motivo vendría esa mujerzuela a la Casa Dower? ¿Y qué tenía que ver su abuela con todo esto?

Desde el interior del vehículo se escuchaba el ruido sordo de los golpes que el pasajero daba a la puerta. Tras la ventanilla mojada por la lluvia apareció el óvalo pálido de una cara. Una cara algo pequeña y triste que se aplastaba contra el cristal.

-Muy bien, entonces dirígete a la Abadía -ordenó Michael, avanzando un paso para impedir que Vivien pudiera ver el carruaje-. Estaré allí en un minuto.

Pero en el momento en que el criado soltó el pomo, la puerta se abrió de par en par y del coche bajó una niña vestida con un pichi largo blanco sin mangas y una camisa de seda azul; un sombrero azul se inclinaba lateralmente sobre sus rizos del color del cobre. Chapoteando a través de los charcos, llegó junto a Michael, que se agachó para recibirla. Su labio inferior estaba temblando.

-¡Papá! ¿Por qué deseas que me marche? ¿Acaso ya no me quieres? -y a continuación, se echó a llorar.

El corazón de Vivien se derritió, apenas era consciente de que seguía lloviendo. Era su hija. Esta adorable niña era Lady Amy, la única hija que había tenido con su adorada esposa. La bisnieta que Lady Stokeford veía muy ocasionalmente.

-Amy -dijo él con un tono de voz muy dulce que nunca le había escuchado-. Por supuesto que quiero que estés a mi lado. Nos veremos en Stokeford Abbey. Ahora vuelve a subir al coche.

La niña dejó de llorar tan repentinamente como si hubiera cerrado un grifo.

-No. He estado encerrada allí adentro con la señorita Mortimer desde hace un siglo.

-Partimos de Londres ayer por la mañana, milord, y hemos pasado la noche en una agradable posada cerca de Shaftesbury -explicó la regordeta y anticuada mujer que acababa de bajar del coche. Tenía unos alegres ojos marrones y una expresión de satisfacción, aunque en ese momento parecía un poco preocupada-. Lady Stokeford me escribió para transmitirme su deseo de que trajera a Amy de inmediato. Si he cometido un error al traer a la niña...

-No tiene importancia. Lo que está hecho, hecho está. -Y cogiendo a su hija en brazos, se puso de pie. Tenía un aspecto extraño, y sin embargo muy masculino, llevando en brazos a esa niña con una falda llena de volantes.- Tenemos que irnos, duendecillo. Quizás prefieras montar conmigo en mi caballo.

-Déjame bajar. Quiero ver a mi abuelita.

-Más tarde. Invitaremos a la bisabuela a cenar con nosotros.

-Ahora -exclamó la niña, echando a perder su tono imperioso con un mohín-. Si no me dejas verla, me pondré a llorar otra vez. Chillaré y patearé y tendré una rabieta.

Sorprendentemente, su padre no se enfadó. Mirándola con una fingida severidad, le enderezó el sombrero.

-Niña tonta -bromeó cariñosamente-. Si no tienes cuidado, te haré cosquillas hasta que vuelvas a sonreír.

-Oh, déjala en el suelo -exclamó Lady Stokeford desde el porche. Seguida por los otros dos Pimpollos de Rosa, bajó los escalones lentamente-. Por favor, Michael, no debes llevártela.

Vivien se puso tensa. ¡Qué mezquino y egoísta era al mantener a su hija alejada de Lady Stokeford!

Michael fulminó a su abuela con la mirada. En el mismo momento, Amy retorció su pequeño cuerpo y se liberó de sus brazos, sus faldas dejaron ver sus rodillas. Descuidadamente, salió corriendo por el sendero lleno de guijarros y se arrojó en los brazos de Lady Stokeford.

-¡Abuelita, abuelita! ¡Estoy aquí!

La aristócrata se hubiera caído al suelo si Lady Faversham no se hubiera apoyado firmemente en su bastón y la hubiera sujetado, mientras Vivien se apresuraba a cogerla del otro brazo.

-Ya lo veo -respondió Lady Stokeford, inclinándose para abrazar a Amy-. Oh, mi querida niña. Es maravilloso abrazarte otra vez.

-Me acuerdo de ti -afirmó Amy-. Papá dijo que no me acordaría, pero me acuerdo. Tú guardas caramelos en tus bolsillos.

Lady Stokeford se rió, sus ojos azules brillaban con lágrimas de felicidad.

-Así es, toma uno. -Con las manos temblando por la emoción, buscó en su bolsillo y ofreció a la niña un caramelo de limón, luego se inclinó para acariciar su mejilla. -Cariño, cómo has crecido.

Chupando su caramelo, Amy dijo:

-Tengo cuatro años. El mes pasado fue mi cumpleaños.

-Ya eres casi una joven dama. Y tu cabello cobrizo brilla de un modo maravilloso.

-Tienes las delicadas facciones de tu madre -observó Lady Faversham mientras inclinaba su cabeza canosa.

-Mira esos encantadores ojos de color avellana -susurró Lady Enid-. Creo recordar que Grace tenía los ojos azules, pero los tuyos son igual de hermosos.

Amy disfrutaba de la admiración que despertaba en aquellas mujeres. Mientras murmuraban y alborotaban a su alrededor, Vivien no pudo evitar sonreír, olvidándose momentáneamente de sus propios problemas. Amy había heredado una buena parte del encanto de su padre. Entonces Vivien miró de reojo a Michael y sintió que su estado de ánimo sentimental se había desvanecido.

Él tenía las mandíbulas apretadas, las manos cerradas en forma de puño caían junto a su cuerpo mientras observaba con indignación a los Pimpollos de Rosa que susurraban entre ellas. Era evidente que no soportaba ver a su abuela ni siquiera unos pocos momentos con su bisnieta. ¿Por qué era tan cruel?

Vivien se dirigió hacia él. Hablando en voz muy baja con la intención de que solo él la escuchara, le dijo:

-Lady Stokeford hizo lo correcto al mandar a llamar a Amy. Es usted quien está equivocado al insistir en que Amy viva en Londres. ¿Qué razón tiene para ocultarla allí?

Él se giró hacia ella con una expresión furibunda.

-Haga el favor de mantenerse al margen de lo que no comprende. El dolor que expresaban los ojos de Michael y la emoción, que le hacía vibrar la voz, la obligaron a permanecer en silencio. Ella no podía saber cuán profunda era su cólera. ¿Cómo podía un hombre negar su hija a su familia? ¿Y por qué tenía ella la sensación de que él que estaba profundamente atormentado por algún motivo? ¿Es qué había un misterio que no concordaba con su naturaleza arrogante?

A pesar de su enfado, Vivien sintió que comenzaba a relajarse y tuvo el sorprendente impulso de inclinarse y besar su labio hinchado. Se despreció por su debilidad. Considerando que la había tratado de una forma humillante, era vergonzoso que sintiera siquiera la más mínima atracción por él. Michael avanzó hacia el grupo y cogió a Amy firmemente de la mano. -Me temo que nos marchamos -dijo con una voz que no admitía ninguna protesta-. Quiero tener la oportunidad de charlar un poco contigo, Amy.

-Pero papá, no puedo. Necesito ir al cuarto de baño. Ahora. - Cuando él intentó conducirla hacia su caballo, ella se cruzó de piernas, moviendo el trasero en una danza inconfundible.

Él se detuvo. Parecía desconcertado, algo que no era característico en él. Antes de que la señorita Mortimer o los Pimpollos de Rosa pudieran reaccionar, Vivien se apresuró a dirigirse hacia la niña y cogiéndola de la mano le dijo:

-Te mostraré dónde están los aseos. Quiero decir, si no te importa que te acompañe una persona que no conoces.

Amy la miró, haciendo un gesto de extrañeza con sus pequeñas facciones.

-¿Quién es usted? -le preguntó, colocando el caramelo de limón contra su mejilla para poder hablar-. ¿Por qué lleva la chaqueta de mi papá?

Vivien se había olvidado de la pesada prenda que llevaba sobre los hombros. Los Pimpollos de Rosa se rieron entre dientes y murmuraron entre ellas. El rubor se apoderó de sus mejillas, como si la hubieran sorprendido en medio de un abrazo ilícito.

Pero ella no debía avergonzarse. Ellas no podían saber nada acerca de ese beso. Ese intenso, apasionado y tremendo beso.

Vivien sonrió.

-Soy Vivien. A tu papá y a mí nos sorprendió la lluvia en medio de un paseo a caballo y él fue muy amable de prestarme su chaqueta. -Quitándosela de los hombros, se la devolvió a Michael.- Ahora, ¿qué te parece si entramos en la casa?

Mientras se dirigían hacia el porche, la pequeña seguía mirándola fijamente. En voz muy alta, preguntó:

-¿Es usted una de las mujerzuelas de papá?

-No -exclamó Vivien, a punto de atragantarse por la ocurrencia de la niña.

-Amy Kenyon -la reprendió Michael-. Eso es grosero e impropio. Debes disculparte con la señorita Thorne.

-Lo siento mucho -dijo Amy, algo desconcertada, mientras hacía una reverencia.

Los Pimpollos de Rosa disfrutaban sonrientes de la escena.

-Mi querida niña -exclamó Lady Stokeford-, ¿dónde has escuchado esa palabrota?

-Mi niñera dice que veo y escucho demasiado. Y que no debería hablar tanto. -Con la cara enmarcada por el sombrero de seda azul, Amy volvió a mirar a Vivien con los ojos muy abiertos.- ¿Cree usted que hablo demasiado?

-Claro que no, cariño. -Conmovida, Vivien se inclinó hasta quedar a la misma altura que la niña.- Te confieso que mis padres me decían lo mismo cuando tenía tu edad.

Amy sonrió y sus ojos color de avellana brillaron.

-Me gusta usted mucho, señorita Vivi. Creo que quizás podría ser mi nueva mamá.

El día ha ido de mal en peor, pensó Michael con pesadumbre. Se paseó a lo largo del tocador de su abuela, caminando desde una silla tapizada de rosa hasta una otomana con borlas doradas. Primero, el asunto del robo de Vivien, que aún tenía que demostrar. A continuación, el desconcertante estado en que se encontraban sus arrendatarios. Más tarde, aquel beso inoportuno que había estado a punto de echar por tierra su plan de deshacerse de la gitana. Y lo peor de todo, la llegada inesperada de Amy.

Como una bandada de urracas, Vivien y los Pimpollos de Rosa se habían reunido en el dormitorio y podía escucharlas murmurar y reírse alegremente a través de la puerta cerrada.

Estaban armando un verdadero alboroto por Amy, como si ella fuera una muñeca de porcelana. Como si necesitara cuatro guardianes que la ayudaran a responder a un llamado de la naturaleza.

Estaba indignado por la osadía que había demostrado su abuela al arreglar el viaje de la niña. Ella sabía que Amy tenía que quedarse en Londres. Se lo había dicho varias veces de una forma categórica. Sin embargo, en una actitud típicamente femenina, había estado tramado algo a sus espaldas. Había traído a Amy sin su permiso, y ahora los Pimpollos de Rosa podrían descubrir la verdad...

Fue como si un puño helado se cerrara sobre su pecho. Respiró entrecortadamente, intentando llenar de aire sus pulmones. Tenía que sacar a Amy de allí tan pronto como fuera posible. Era la única forma de protegerla.

No obstante, recordó las lágrimas en los ojos de su abuela al abrazar a Amy. Ella amaba realmente a su hija y él la había privado de ese placer. Pero no podía evitarlo. Si descubría el secreto se lo comentaría a los otros dos Pimpollos de Rosa y él no podría permitirlo. Tenía que anteponer el bienestar de Amy a cualquier otra consideración.

Maldita sea, ¿Por qué tardaban tanto?

Dio dos pasos hacia la puerta con intención de llamar, pero en ese preciso instante uno de los paneles pintados de blanco se abrió y aparecieron aquellas tres viejas mujeres que abandonaban silenciosamente la habitación. Pero no había ninguna señal de la deslumbrante gitana ni del pequeño duendecillo de cabello cobrizo.

Dando un paso al frente, preguntó:

-¿Dónde está mi hija?

Su abuela se llevó uno de sus índices a los labios y cerró la puerta con sumo cuidado.

-Ssshhh. La pequeña está dormida.

-¡Dormida! ¿Por qué demonios está durmiendo?

-Está durmiendo la siesta -susurró Lady Faversham, apoyándose en su bastón-. Todos los niños pequeños necesitan descansar a mitad del día.

-La he acostado en mi propia cama. -La boca de su abuela se curvó en una dulce sonrisa.- Es una niña deliciosa. Siempre deseé tener una hija.

-Simplemente se acurrucó y cerró los ojos -añadió Lady Enid con un movimiento de su cabeza que hizo que su turbante amarillo se inclinara-. Se levantó antes del amanecer y el largo viaje debe haberla agotado.

-¿Dónde está la gitana? No quiero que se acerque a mi hija.

Se estiró para coger el pomo de la puerta, pero los tres Pimpollos de Rosa se interpusieron en su camino, como perros guardianes frente a la puerta.

-No puedes entrar allí -susurró escandalizada Lady Faversham-. ¡Son los aposentos de una dama!.

-¡Seria un verdadero escándalo que entraras allí y estuvieras a solas con una mujer soltera! -afirmó enérgicamente Lady Enid.

Cogiéndolo firmemente del brazo, Lady Stokeford lo condujo hacia la puerta que se abría al exterior.

-No te pongas nervioso, mi querido muchacho. Amy está a buen recaudo. Vivien está tumbada junto a ella.

Michael se dijo que no debía preocuparse. Ellas lo hubieran acosado con preguntas y reproches si hubieran descubierto su secreto. Sin embargo, no se fiaba de aquellas mujeres. No confiaba su hija a nadie más que a sí mismo. Ni siquiera a Vivien, que sabía muy poco de su pasado.

Especialmente, ni siquiera a Vivien.

Quizás *podría usted ser mi nueva mamá.*

Al recordar aquella frase hizo una mueca de disgusto con los labios y al mismo tiempo sintió un dolor en el sitio donde Vivien lo había mordido. ¡Lo había mordido! Como si él fuera un violador y ella una doncella inocente. Al recordar su esbelto y fuerte cuerpo debajo del suyo, la dulzura de su boca, el fuego de su respuesta, sintió que el deseo se apoderaba de él de un modo casi doloroso. Nunca jamás un beso había conseguido hacerle perder el control. Se había sumido en un estado tan febril que había ignorado sus protestas porque había creído que ella lo estaba desafiando deliberadamente.

Luego ella se había escapado de él porque temía que la forzara contra su voluntad. Él se disgustó consigo mismo. Jamás había tratado a ninguna mujer de una forma tan grosera. Sería mejor que se olvidara de ella y se concentrara en Katherine, la querida que tenía desde hacía tantos años y con la que pretendía desposarse. Ella se adaptaba mucho mejor que Vivien Thorne a sus refinados gustos.

-Me sentaré cerca de Amy -anunció-. Ella no debe estar al cuidado de una extraña. Una gitana.

-Tonterías -protestó Lady Stokeford-. Amy se ha aficionado a Vivien de un modo admirable. Es importante que los niños estén con aquellos en quienes confían.

-Ella confía en mí. Yo soy su padre.

Lady Faversham dio un paso hacia adelante, apoyándose en su bastón de marfil.

-Pero, Lord Stokeford, creo que no debería perturbar a una niña que duerme profundamente.

Irritado, se giró hacia ella.

-¿Por qué no?

-Porque los niños son pequeños y dulces ángeles cuando duermen -explicó, acercando su mano hacia su mullido pecho-. Caray, cuando mis propios nietos, Charlotte y Dominic, eran bebés, yo entraba de puntillas en su dormitorio con el único fin de observarlos...

-No tenemos ninguna necesidad de hacer lo mismo con Amy porque Vivien está con ella -la interrumpió Lady Stokeford-. En cuanto la señorita Mortimer descanse y se refresque un poco, volverá a ocuparse de sus obligaciones.

-Y mientras los niños duermen los adultos tienen tiempo de ocuparse de sus asuntos -exclamó su abuela cogiendo su brazo otra vez. Ahora ven conmigo, Michael. Tenemos cosas que arreglar.

Él dirigió una última mirada de frustración a la puerta cerrada. Su abuela no le llegaba ni siquiera a los hombros y, sin embargo, se encontró obedeciendo su imperiosa orden y escoltándola hacia la planta baja. Los otros dos Pimpollos de Rosa los seguían susurrando entre ellas. Cuando llegaron a la sala, Michael les impidió que entraran.

-Esto es un asunto privado -dijo con firmeza-. Lady Stokeford y yo hablaremos a solas.

El rostro regordete de Lady Enid hizo un gesto de decepción.

-Oh, supongo que tenéis todo el derecho de hacerlo.

Lady Faversham asintió seguidamente con un movimiento de su canosa cabeza.

-No disgustes a Lucy -le indicó con un tono de voz austero-. Ella no se encuentra bien. Y recuerda que quiere a Amy tanto como tú. -Luego se dio la vuelta y se alejó tras cerrar la puerta.

Irritado por la reprimenda, Michael comenzó a merodear por la pequeña sala. Igual que el tocador, estaba llena de volantes y de recargados adornos de color amarillo y blanco. Las elegantes mesas y las sillas tapizadas con una tela floreada, le daban una apariencia vagamente incómoda, y

Michael deseó tener a su alcance un sólido sillón de cuero donde poder repantigarse, colocando sus botas en el guardafuego de la chimenea mientras disfrutaba de un trago fuerte.

Demonios, le apetecía beberse todo el contenido de una licorera.

Se dirigió hacia el tirador de la campanilla.

-Espero que tengas una botella de Oporto en esta casa dejada de la mano de Dios. -Advirtió que su abuela estaba distraída porque no le había recriminado que maldijera.

-Me temo que solo hay crema de jerez -respondió, mirándolo fijamente-. Si lo deseas, puedes ordenar que te traigan una botella de la bodega.

Él bajó la mano sin utilizar el tirador. El día seguía empeorando, parecía que lo llevaba directamente hacia el Hades.

-No tiene importancia -murmuró sacudiendo la cabeza-. Acabemos con esto de una buena vez.

Su abuela se deslizó por encima de la alfombra de flores y, al llegar a su lado, se puso de puntillas para mirar detenidamente la parte inferior de su cara.

-Michael, cariño, quería preguntarte algo. ¿Qué ha te pasado en el labio?

Él se llevó la mano a la boca con gran cuidado.

-Me golpeé con una puerta esta mañana.

-Pero, parecen marcas de *dientes.*

-Así es, me mordí al golpearme -respondió rápidamente y luego cambió de conversación para olvidar ese infortunado beso y ocuparse del tema que le interesaba-. Con respecto a Amy, quisiera saber por qué la has traído en contra de mi voluntad.

Lady Stokeford arqueó una ceja en un gesto indignación.

-¿Acaso quieres decir que no estás contento de verla?

¿Contento? Al sentir aquel pequeño cuerpo entre sus brazos otra vez, al oler su aroma de niña pequeña y ver su brillante sonrisa había sentido un placer tan profundo que se le había hecho un nudo en la garganta. «¡Papá! ¿Por qué deseas que me marche? ¿Acaso ya no me quieres?»

Ocultando su arrepentimiento, se paseó por la sala.

-Esa no es la cuestión, abuela. Has mentido a la señorita Mortimer, convenciéndola de que tenías mi aprobación para apartar a mi hija de sus lecciones en Londres.

-Apenas tiene cuatro años de edad. Unas vacaciones no le harán ningún daño y necesita conocer a los que tienen su misma sangre.

-Te prometí que la traería en Navidades.

-Pero tú estás aquí ahora. Una niña tan pequeña no debería quedarse sola en aquella terrible ciudad.

-Tengo allí a un montón de personas con gran experiencia que pueden hacerse cargo de ella. La señorita Mortimer puede ofrecerle todo lo que necesita. Es como una madre para Amy.

-Como una bisabuela sustituta. -Con un gesto dramático, la noble viuda se dejó caer sobre una silla y se llevó el dorso de la mano hacia la frente.- Oh, tu frialdad y tu desaprobación me producen dolor. Si solo supieras cuántas veces he llorado durante estos últimos tres años. ¿Por qué no quieres que esté cerca de ella? ¿Qué es lo que he hecho para ganarme tu falta de confianza?

El brillo de sus ojos húmedos lo desconcertó y le golpeó duramente en el pecho. Él no desconfiaba de ella, sino de sus amigas. Los Pimpollos de Rosa se ocuparían de que toda Inglaterra conociera la verdad. Pero no se atrevía a decírselo. Había permanecido en Londres todos esos años con el único propósito de evitar ese espinoso asunto. Agachándose junto a su silla, le palmeó su frágil mano llena de venas azules.

-Por favor no llores, abuela. Me preocupo mucho por ti.

-Preocuparte -dijo Lady Stokeford con ironía-. Lo que desearía escuchar es *que me quieres.* Pero no tiene importancia, eres como todos los hombres. No puedes pronunciar ese sentimiento sin estremecerte.

-Te quiero -murmuró él.

-Bah, no hablas con el corazón. Solo lo dices para aplacarme.

Mujeres, pensó con disgusto, poniéndose de pie y recorriendo la habitación. Debía haber previsto que era imposible mantener una conversación racional con una mujer.

-Solo quiero que aceptes el hecho de que Amy es mi bija. Que soy el único que tiene derecho sobre ella.

-De modo que no me consideras capaz de educarla. Yo, que te he criado, y también a Joshua y a Gabriel. Y que he hecho un buen trabajo... al menos con ellos.

Él se quedó de piedra.

-¡Espero que no estés sugiriendo que tú puedes educar a Amy.

-¿Por qué no? Soy una madre con experiencia. La niña estaría mucho mejor con la ayuda de una mujer que tiene su misma carne y su misma sangre. Por supuesto que la señorita Mortimer podría seguir siendo su niñera.

-Eso es imposible. No estoy dispuesto a separarme de Amy.

-Entonces ambos deberíais volver juntos a casa -lo miró sus ojos brillaban mientras expresaba con toda sinceridad sus sentimientos-. Oh, cariño. Sé cuánto has sufrido por Grace y también que has necesitado un tiempo para adaptarse a su pérdida, pero ya han pasado tres años. Ya es tiempo de que vuelvas a vivir, al menos por el bien de Amy.

-Vivo bastante bien en Londres -respondió de forma cortante. Giró sobre sus talones para dirigirse hacia la ventana y mirar el jardín mojado por la lluvia. Que Dios le ayudara, la situación era más peligrosa de lo que había creído. Su abuela no dejaría de investigar hasta descubrir la desagradable verdad acerca de su matrimonio. Él no podía permitirlo, no dejaría que el escándalo cayera sobre Amy. Pero, ¿cuánto tiempo más podría seguir fingiendo el papel de viudo desconsolado?

Se dio la vuelta, cruzando sus brazos y simulando una actitud despreocupada.

-Perdona que te haya hablado tan bruscamente -se disculpó-. Pero no quiero que cargues con la responsabilidad de criar a otro niño. Tú deberías disfrutar de un merecido retiro. Jugar a las cartas con los Pimpollos de Rosa y hablar de los viejos tiempos. Hacer bromas sobre el vicario y sus tediosos sermones. Recibir a los vecinos y enviar cestos de comida a los pobres. Eso sería una actividad más que suficiente para llenar tus días.

-¿Acaso estás sugiriendo que debería perder mi tiempo cotilleando y haraganeando? -Ella levantó su regla barbilla.- La familia es mucho más importante para mí. Aunque quizás tú todavía tengas que darte cuenta de la importancia que tiene.

-En cualquier caso -continuó él con fingida cortesía-, mientras siga viviendo en Londres, Amy se quedará conmigo. Y eso es todo lo que tengo que decir.

La boca de Lady Stokeford tembló ligeramente y, por un momento, Michael temió que volviera a llorar. Entonces ella frunció la boca y afirmó:

-Si no estás dispuesto a permitir que se quede definitivamente conmigo, al menos dejarás que se quede un tiempo de visita.

-No -respondió. Sin embargo, tuvo que admitir ante sí mismo que no soportaría enviarla de regreso a Londres inmediatamente-. Ella se alojará en la Abadía conmigo en cuanto se despierte de su siesta.

-¿Y en qué habitación la alojarás?, si quieres hacer el favor de decírmelo. Las dependencias de los niños estarán llenas de polvo y de telarañas.

Ella tenía razón, era algo que él ni siquiera había considerado.

-Ella y la señorita Mortimer podrían ocupar uno de los dormitorios.

-¿De verdad? Ese lugar ha estado clausurado durante años. ¿Acaso el ama de llaves ha comenzado a limpiarlo para la fiesta?

-Hay una veintena de sirvientas deambulando por toda la casa y fregándolo todo. Los criados están limpiando las arañas y todo lo demás. -La casa bullía con una frenética actividad y él se había escapado en cuanto había tenido la menor oportunidad.- Pero estoy seguro de que encontraré la habitación apropiada para ella.

-¿Encontrar una habitación? Ella no es un perro que hay que alojar en cualquier lugar.
-Estás exagerando, abuela -afirmó Michael con irritación.
-De ninguna manera. Dudo mucho que las habitaciones hayan sido limpiadas concienzudamente. Es preciso ventilar los colchones, airear las sábanas de lino, lustrar la madera, limpiar las chimeneas, sacudir las alfombras... Además de otra incalculable cantidad de detalles. No permitiré que mi bisnieta se aloje en un lugar que no reúna las mejores condiciones.
-Lady Stokeford lo miró con una determinación de hierro.- De modo que, mi querido muchacho, no tienes ninguna elección. Amy debe quedarse aquí conmigo.

Capítulo 11

Los Pimpollos de Rosa Revelan su Secreto

Tomándose un tiempo para que sus ojos se acostumbraran a la penumbra, Vivien entró lentamente en las dependencias de los niños situadas en la tercera planta de Stokeford Abbey. El aula era una larga habitación en cuyo centro había una mesa con tres tinteros y tres sillas de respaldo recto. Las librerías atiborradas de libros y adornos ocupaban toda una pared. Sobre la repisa de la chimenea había un reloj que hacía mucho tiempo había dejado de funcionar.

Harriet Althorpe había reinado en aquel recinto muchos años atrás. Cerrando los ojos, Vivien intentó sentir la presencia de la mujer que la había traído al mundo, percibir algún espíritu persistente en aquella olvidada habitación. Sin embargo, solo detectó el olor a polvo y a abandono, la fría humedad del aire de aquella aula que había permanecido tanto tiempo cerrada.

Y la presencia de Michael Kenyon, el marqués de Stokeford, detrás de ella.

-Como puede ver, es preciso ventilar la habitación -comentó él con convicción-. Las criadas podrán tenerla lista para mañana.

Se quedó de pie junto a ella. Tan cerca, que el calor de su respiración hizo que el fino vello del cuello de Vivien se erizara. Nerviosa, giró sobre sí misma para quedar frente a él.

-Su Excelencia me ha pedido que compruebe el estado de estas habitaciones, para confirmar que no son adecuadas para alojar a Amy. A su abuela le complacería mucho que su bisnieta se quedara en su casa.

-Si Amy se queda un tiempo de visita, ella vivirá conmigo en la Abadía.

Vivien arrugó el entrecejo al descubrir su implacable expresión de superioridad y confianza en sí mismo bajo aquella luz opaca. Entrelazando los dedos sobre su regazo, comentó:

-No comprendo por qué se empeña usted en mantener a Amy ¿alejada de su abuela. Ellas se quieren mucho y están hechas la una para la otra.

-Mi abuela puede visitar a Amy siempre que quiera. Y no pienso hablar más de este asunto.

Apretando los labios, Vivien tuvo nuevamente la intuición de que él estaba ocultando algo. Por algún motivo pretendía mantener a Amy alejada también de ella. Ese al menos, podía comprenderlo. Una persona, tan esnob como Michael Kenyon no podía considerar que una mujer gitana fuera lo suficientemente respetable como para relacionarse con su hija.

O quizás sus intenciones fueran aún más abominables. Acaso pensara que esa podría ser otra oportunidad para seducirla.

Vigilándolo atentamente, se acercó a la mesa pasando la punta de uno de sus dedos sobre la maraña de arañazos que había en la madera. No podía imaginar cómo un hombre tan frío como él podía haber engendrado una niña tan maravillosa. Al regresar al dormitorio de Lady Stokeford. Vivien le había contado a Amy un cuento sobre una tierra mágica donde los árboles hablaban y las flores cantaban. Y más tarde, la había abrazado mientras se quedaba dormida con uno de sus pulgares metido en la boca. Vivien se había maravillado como siempre le sucedía ante la belleza v la inocencia de los niños. Echaba de menos a los niños gitanos reunidos a su alrededor para escuchar sus historias. Abrazar a Amy le había producido un placer conmovedor, le había hecho desear tener un hijo.

Quizás podría ser mi nueva mamá.

Amy lo ignoraba, pero nada podía ser más improbable. El marqués de Stokeford nunca pediría en matrimonio a una mujer Criada por los gitanos Y ella nunca aceptaría como marido al *gorgio* más ofensivo, arrogante, depravado y pecaminosamente guapo que jamás había pisado la tierra,

Después de salir de puntillas del dormitorio dejando a Amy profundamente dormida en compañía de la señorita Mortimer, que hacía encaje junto a ella, había bajado a la planta baja y había encontrado a Michael discutiendo con Lady Stokeford Ahora la noble viuda le había pedido a Vivien que fuera a buscarlo a Stokeford Abbey y lo trajera a su casa, y ella no se había opuesto. La idea de tener la oportunidad de ver el lugar donde una vez había reinado Harriet Althorpe, le atraía. Y una parte tonta, detestable y secreta de su ser ansiaba estar a solas con Michael.

Dirigiéndose rápidamente hacia los ventanales, abrió las cortinas y estornudó debido al polvo que se levantó. Intentó abrir las contraventanas, pero le resultó imposible hacerlo.

-Permítame.

Pasó junto a ella, rozándola con su cuerpo y Vivien se apartó rápidamente, su corazón se agitó como las alas de un gorrión. *Develesa,* no podía permitir que la pusiera nerviosa. Ella no debía recordar aquel glorioso y carnal abrazo ni el vergonzoso deseo que empezaba a despertar en ella. Él era un aristócrata amoral que solo pretendía utilizarla. Y, para su vergüenza, Vivien no confiaba en su capacidad para impedírselo.

La ventana finalmente se abrió dejando escuchar el chirrido estridente de sus bisagras. El aire fresco y húmedo penetró en la estancia y ella respiró profundamente, disfrutando de aquel frescor. No comprendía cómo estos *gorgios* podían soportar vivir encerrados todo el tiempo.

-Pegamento -dijo Michael mientras inclinaba su cabeza para revisar el alféizar de la ventana.

-¿Qué ha dicho usted?

-Uno de mis hermanos puso pegamento en la ranura. Por eso no podía abrir la ventana.

Vivien se animó a acercarse a él, cogió un trozo de aquel material de color gris y haciéndolo rodar entre su dedo índice y su pulgar, preguntó:

-¿Está seguro que no fue usted quien lo hizo?

-Claro que sí. Lo más probable es que haya sido Gabe. Él era el menor y fue el último en abandonar el aula.

Eran muchas las preguntas que Vivien hubiera querido hacerle sobre su infancia.

-Él está explorando África, ¿no es verdad? -le preguntó-. Lady Stokeford lo ha mencionado algunas veces.

Michael asintió con la cabeza.

-Está trazando los mapas de selvas que el hombre blanco no había visto hasta ahora, y dibujando la flora y la fauna, los curiosos animales salvajes que habitan en ellas.

-Su señoría tiene un dibujo que él le ha enviado. Después de enmarcarlo, lo ha colgado en una de las paredes de su dormitorio. -Vivien recordó las enormes criaturas llenas de manchas, con sus cuellos largos y esbeltos, mordisqueando la parte superior de los árboles. Jirafas, era el título que tenía aquel dibujo.

-De vez en cuando, Gabe me envía una piel de león, la lanza de un guerrero o algo por estilo. Tengo un cuarto de mi casa de Londres decorado con todos sus souvenirs.

Vivien experimentó una sensación extraña al darse cuenta de que jamás conocería ese lugar que él llamaba hogar, que nunca tocaría las cosas que Michael atesoraba, que nunca observaría su rutina diaria. Por supuesto que se trataba simplemente de pura curiosidad por un hombre que desafiaba su comprensión.

Limpiándose el polvo de las manos, comentó:

-Su Señoría me ha mencionado que su otro hermano está en el ejército.

-En la caballería. Ha conseguido el rango de capitán y se ofende enormemente cuando alguien lo trata como si fuera un simple soldado de infantería.

-¿Ve en alguna ocasión a sus hermanos?

-Cuando Josh está de licencia, a veces se queda un tiempo en Londres antes de venir a visitar a la abuela. Gabe se ha marchado al extranjero hace ya dos años, pero nos escribe cada vez que llega a un puesto comercial o a un sitio desde donde puede enviar su correo.

-¿Los echa de menos?

-Por supuesto. -Una sonrisa compungida hizo que Michael pareciera inesperadamente humano.- Estábamos todos tan ansiosos por crecer. Nunca nos paramos a pensar que íbamos a dejar atrás a las personas que más queríamos.

-Es verdad -murmuró Vivien, sorprendida de que él pudiera experimentar alguna emoción profunda. También ella echaba de menos a sus padres y a la bulliciosa familiaridad del campamento gitano. Añoraba el olor a humo de las fogatas, las charlas con las mujeres, las historias que contaban los mayores. Era curioso pensar que Michael Kenyon tenía recuerdos que lo conmovían.

Como si se hubiera arrepentido de revelar demasiadas cosas, Michael atravesó el aula hasta llegar a un pequeño arcón donde un batallón de tropas de juguete estaba ordenado en filas. Dándole la espalda, cogió un soldado de plomo y lo hizo girar entre sus largos y habilidosos dedos.

Vivien lo observó durante un momento, tratando de imaginar a aquel niño de cabello oscuro, estudiando sus lecciones en su pupitre o gastando una broma a alguno de sus hermanos. Cuán diferente había sido su educación a la de ella. Ella había gozado de libertad, había estudiado poco y le habían impuesto pocas reglas, ya que los gitanos eran padres indulgentes que preferían que sus hijos se divirtieran. Sin embargo, envidiaba a Michael y a sus hermanos porque ella siempre había apreciado esa relación tan estrecha que tienen los hermanos.

Dirigiéndose hacia el arcón, cogió uno de los soldados de juguete que le pareció sorprendentemente pesado.

-¿Esto pertenecía a Joshua?

Michael frunció ligeramente el entrecejo, como si de repente recordara su presencia.

-A Gabe. Hemos hecho muchos simulacros de batallas en esta habitación. Y a menudo también tuvimos nuestras batallas reales.

Ella devolvió la figura a su lugar y luego indicó una caja de lata que estaba abierta, con sus pomos de pinturas secas.

-Y esto debe haber pertenecido a Gabriel.

-Incluso antes de ser capaz de coger un lápiz o un pincel, ya le encantaba dibujar y pintar.

Apartándose unos pasos, ella examinó los huevos de pájaro rotos que había en diversos nidos que encontró sobre una repisa.

-¿Y esto? ¿Quién los coleccionaba?

-Yo.

Su lacónica respuesta la disuadió de hacer más preguntas. Sin embargo, se animó a formular una más.

-¿También las piedras? -preguntó mientras señalaba varias filas de piedras cuidadosamente clasificadas que había en otra repisa.

Él asintió de un modo cortante.

-Habrá que tirarlas junto con todas las demás porquerías.

-¡No! A Amy le gustará ver las cosas que le interesaban a su padre cuando era un niño.

-Lo dudo. Ella prefiere las muñecas y otros juguetes típicos de niñas.

-A todos los niños les gusta escuchar historias de cuando sus padres eran jóvenes. Y estas cosas -dijo Vivien mientras tocaba una pluma amarilla de pinzón-, demuestran que usted ama la tierra y la naturaleza. O al menos, en aquella época.

Él levantó una ceja con desdén.

-Usted deduce demasiadas cosas de los viejos objetos de un niño.

-Puede ser. O puede que no -sintiéndose impaciente ante la sofisticada expresión de su rostro, pronunció la observación que estaba tomando forma en su mente-. Lo extraño, milord, es que sus hermanos parecen seguir siendo fieles a los intereses de su infancia, mientras que usted lleva una vida de ocio en Londres.

Durante un instante, la miró con los ojos entornados. Luego recuperó su expresión indulgente, le cogió la mano, su piel era cálida y tersa.

-Todo lo contrario. Estoy haciendo lo que más me interesa. Seducir a las mujeres.

Su sonrisa lobuna le produjo la sensación de que algo se derretía en su vientre. Retirando su mano, retrocedió rápidamente.

-No puedo comprender su necesidad de *gorgio* de poseer tantas propiedades. Pero lo que sí sé es que si usted adora esta tierra, debería volver aquí para siempre y traer a Amy con usted.

-Eso no es de su incumbencia. -Con una sonrisa peligrosa se acercó a ella, obligándola a retroceder o a arriesgarse a que él la abrazara.- Pero ya está bien de hablar del pasado. Preferiría hablar de nosotros.

Ella dio un paso atrás.

-No hay nada de qué hablar.

-Con toda certeza se preguntará usted por qué permito que una ladrona entre en mi casa. Una ladrona encantadora.

-¡Yo no he robado nada! -afirmó Vivien, aunque sabía con amargura que él no la creería.

-Eso habrá que demostrarlo. Mientras tanto, quizás usted y yo podríamos conocernos mejor.

Como un lobo al acecho, Michael avanzó hacia Vivien obligándola a retroceder. Ella se alarmó ante la súbita transformación de ese hombre amable en un atractivo seductor. Cuando tropezó con la pared y se encontró en medio de un macizo escritorio y un armario de roble, levantó sus puños frente a él.

-Se lo advierto, no se le ocurra tocarme.

-Como quiera. -Con ojos soñadores, apoyó las palmas de sus manos sobre la pared que estaba detrás de ella, su amplio pecho estaba apenas a unos centímetros de sus senos.- No pretendo asustarla, Vivien. Solo deseo intercambiar unas pocas palabras con usted.

Ella no se fiaba de aquel tono almibarado. Su corazón palpitaba aceleradamente con una mezcla de miedo y añoranza, mientras intentaba pensar un modo de distraerlo.

-Le diré por qué he venido aquí -le dijo-. Quería ver si podía descubrir algo más sobre Harriet.

Él arrugó el entrecejo.

-La señorita Althorpe.

-Mi... madre -continuó ella con la voz entrecortada-. Usted la conoció, ¿puede decirme lo que recuerda de ella?

Sus ojos se tornaron fríos y escépticos, pero de cualquier modo respondió.

-Era alta y delgada corno un poste. No estaba dispuesta a admitir ninguna tontería, como por ejemplo tareas hechas a la ligera o intercambios de mensajes groseros por debajo de la mesa. Cuando hacíamos demasiadas travesuras, nos obligaba a ir a ver a mi padre para que nos castigara.

-¿Y qué es lo que hacía él?

-Nos regañaba severamente, y luego nos ofrecía una copa de ginebra como compensación.

-¡Ginebra! ¿A unos niños?

Él la miró con una actitud distante y cínica.

-La señorita Althorpe no sabía ese detalle. Sin embargo, creo que le complacerá escuchar que yo era demasiado pequeño como para apreciar la ginebra y siempre la rechacé. Igual que mis hermanos.

Perpleja de cualquier modo, Vivien sacudió la cabeza.

-Un padre no debería corromper a sus hijos. Debería habérselo contado a su madre. Ella se hubiera encargado de que él dejara de hacerlo.

-Claro que se lo conté -respondió él, encogiéndose de hombros-. Pero ella pensaba que una esposa estaba subordinada a su marido, de manera que jamás lo cuestionaba. Se limitaba a instalarse en la capilla y rezar por nosotros.

Qué familia tan peculiar y tan triste: los pobres niños no podían confiar en que sus padres los protegieran. Aquello hizo que Vivien sintiera añoranza por sus padres adoptivos, que tenían tan buen corazón y siempre le habían hecho sentir que la amaban. Las épocas que habían pasado juntos habían sido bulliciosas, cálidas y risueñas.

-Entonces debería habérselo dicho a su abuela. Ella los hubiera protegido.

La impaciencia se reflejó fugazmente en sus duras facciones.

-Eso sucedió hace mucho tiempo y es mejor olvidarlo. Además, mis experiencias en la vida me han permitido conocer a las personas y me han ayudado a darme cuenta exactamente de lo que quiero.

Bajó la cabeza con una suavidad que Vivien nunca había descubierto en él que, mientras, la observaba con el interés ocioso de un gato macho que juega con un ratón. Ella tenía plena conciencia de que sus brazos la rodeaban como sí estuviera abrazándola, aunque ni siquiera la tocaba. Se sintió envuelta por su aroma masculino y por el calor que irradiaba su cuerpo.

-Y con respecto a Harriet Althorpe -comenzó a decir con la voz completamente entrecortada-. Me preguntaba...

-Ya está bien de hablar de ella. -Su mirada inquietante se detuvo en sus labios.- Estoy más interesado en usted, Vivien. En esta atracción que existe entre nosotros.

-Está todo en su imaginación.

Él se rió entre dientes.

-Con un solo beso podría demostrarle que eso no es cierto. Sin embargo, no tengo la menor intención de darle otra oportunidad de atacarme.

Para su vergüenza, Vivien sabía que disfrutaría de sus atrevidos besos.

-Apártese de mí. Ningún hombre me tenderá una trampa.

-Como tampoco parece estar dispuesta a ofrecerme la oportunidad de redimirme.

-Si lo que desea es la redención, entonces acuda a su iglesia de *gorgio*.

Él se rió una vez más, estirando su brazo para quitarle, con un movimiento perturbadoramente tierno, un mechón de pelo que le caía sobre una de sus cejas.

-Usted es demasiado guapa como para hablar con tanta malevolencia. Dígame, Vivien, ¿por qué le gustan tan poco los hombres?

Solo lo desprecio a usted. Ella se abstuvo de responder con acritud, recordando su plan de cautivarlo hasta conseguir que se enamorara de ella para luego despreciarlo y regresar con los gitanos. Con gran esfuerzo, sus labios se curvaron en una misteriosa sonrisa.

-Quizás todavía tengo que conocer a un hombre que sepa lo que realmente quiere una mujer.

Él la miró de arriba abajo, acariciándola con la mirada.

-¿Y qué es lo que...?

-Caramba, milord -respondió Vivien con un tono de voz ronco-. No esperará que sea yo quien le revele esos secretos a un hombre que todavía tiene que demostrar que es digno de mi confianza.

-¿Y cómo podría un nombre conquistar su confianza?

-Cortejándome, por supuesto.

Él bajó las cejas y su mirada fue igual que la de un halcón. -Quiere decir, colmándola de regalos, o más específicamente, de joyas caras.

Ella sacudió la cabeza.

-No, lo que quiero decir es que me trate con galantería y educación, en vez de aprovecharse de mí y manosearme.

Él arrugó aún más el entrecejo.

-Yo no la he manoseado.

-¿Y cómo llamaría usted al episodio que tuvo lugar en el templo?

-Un interludio de placer. Hasta que usted cambió de opinión.

-No tuve ninguna opción. Pero usted es demasiado cabeza hueca para ver ninguna falta en sí mismo.

-Ya empieza otra vez -exclamó él-. No deja de criticar a los hombres. Ese Janus debe ser un tipo muy duro y descuidado.

Vivien se puso tensa. ¿Por qué motivo lo mencionaba? ¿Podría ser que estuviera... celoso? Se sonrió con la intención de atormentarlo.

-Permítame que lo corrija en relación con Janus -matizó Vivien, dejando que su voz acariciara aquel nombre-. Es un hombre maravilloso de excelente carácter. A decir verdad, es mucho más caballero de lo que usted jamás puede aspirar a ser.

Él apretó la mandíbula.

-¿Es eso cierto?

-Sí -contestó ella con temeridad-. Ustedes los *gorgios* saben muy poco acerca de la verdadera cortesía.

-Pero Janus lo sabe.

-En efecto. Como puede imaginar, no podría demostrar el más mínimo interés por un hombre que no me tratara bien. -Eso es. Que se diera cuenta de que tenía que reverenciarla en vez de intentar violarla.

Con los ojos entrecerrados, la estudiaba de una manera fría y calculadora.

-De manera que usted piensa que un gitano es mejor que un caballero, cuando se trata de seducir a una mujer.

-Por supuesto que sí.

De un modo inesperado, Michael le cogió la mano y se la llevó a la boca. Inclinándose, besó el dorso de su mano con sus labios tiernos y tan delicadamente que ella sintió que se derretía una vez más. Aunque, por supuesto, ocultó su reacción.

Cuando volvió a incorporarse, su media sonrisa insinuaba una promesa perversa.

-Si su deseo es que la cortejen, así será. Pero al final, mi querida, estaré esperando mi recompensa.

* * *

-Ah, la juventud -suspiró Enid-. ¡Qué vitalidad! Cómo desearía tener otra vez dieciocho años.

Los Pimpollos de Rosa estaban sentadas en el jardín iluminado por el sol de la Casa Dower, envueltas en sus chales para protegerse del aire fresco de la mañana, mientras observaban cómo Vivien jugaba al escondite con Amy. El tintineo de sus risas llenaba el corazón de Lucy de satisfacción.

-Cuando tenías dieciocho años eras tonta e impulsiva comentó Olivia, con la intención de desanimarla.

-Igual que tú -intervino Lucy con aspereza, girándose para mirar a su amiga- cuyas facciones arrugadas aún eran elegantes y altivas-. Y que yo. ¿Recordáis el baile de los Landsdownes?

Olivia resopló. Enid se rió tontamente. Lucy sabía que jamás podrían olvidar aquella noche maravillosa, romántica y bochornosa.

-Oh, éramos unas chicas muy pícaras, -¿no es verdad? -comentó Enid, su cara regordeta se iluminó de placer-. También éramos las jóvenes más hermosas de la temporada.

-Y todo el mundo nos admiraba -continuó Lucy. Se inclinó hacía adelante para chocar su copa con las de sus dos amigas; luego bebieron juntas el jerez.

-Pero no fue ese el motivo por el que todo el mundo nos miraba señaló Olivia-. Éramos un verdadero espectáculo. ¡Cómo pude dejar que me convencierais de formar parte de un plan tan vulgar!

-Oh, no seas tan gruñona -comentó Enid-. Ninguna de nosotras ha vuelto a mirar un pote de colorete de la misma forma.

-Ni tampoco olvidaremos jamás la vergüenza que pasamos. -Vamos, señoras, no discutáis -dijo Lucy, mientras daba golpecitos con su copa sobre el brazo de hierro de su sillón-. Estoy de acuerdo en que fuimos muy tontas al pintarnos con colorete los pezones. Pero ninguna de nosotras sabía que en el salón de baile haría tanto calor y que transpiraríamos.

-Claro que no lo sabíamos -comentó Olivia como si estuviera enfadada-. Si hubiéramos tenido la sensatez de usar nuestros corsés, el color no se hubiera traslucido a través de nuestros vestidos blancos. Lucy se sonrió.

-Y nunca nos hubieran conocido como los Pimpollos de Rosa. Enid se acercó a sus amigas, sus ojos bailaban de placer.

-Charles fue el primero en darse cuenta, ¿lo recordáis? Te propuso matrimonio inmediatamente, Lucy. Y lo hizo arrodillándose ante ti frente a toda la concurrencia.

-Es verdad -murmuró Lucy, mientras el goce que le producía evocar lo que había ocurrido hacía tanto tiempo se mezclaba con el recuerdo de las penas que llegarían más adelante-. Aquella noche todas tuvimos suerte con el amor.

El pecho de Enid se elevó mientras ella suspiraba de un modo extravagante.

-Fue la primera vez que bailé con Howard. Él era un hombre bastante tímido y nunca había reunido el coraje necesario para acercarse a mí -se rió tontamente una vez más-... Hasta que vio mis pimpollos de rosa.

-No era tan tímido -se opuso Olivia-. A la mañana siguiente, ya tenías un hijo en tu seno.

Pero el gesto adusto de su boca se transformó en una sonrisa. Una sonrisa que no pretendía ridiculizarla, sino que se debía a unos tiernos recuerdos.

-También tú te enamoraste. -Lucy se estiró para acariciar aquella mano nudosa que sostenía el bastón.- Del apuesto Lord Faversham, quien había anunciado que jamás se casaría porque no conocía ninguna mujer lo suficientemente refinada como para complacerlo.

-Rodrick tenía muchas otras cosas, además de encanto -manifestó Olivia, sus ojos grises se enternecieron y miraron a la distancia, como si estuvieran observando el pasado. Pero también había en ellos una gran tristeza, una tristeza que rompió el corazón de Lucy.

Vigorosa y alegremente, alzó su copa para proponer otro brindis. -Debo confesar que estoy muy satisfecha con la vida que he tenido. Caray, si esa noche hubiera sido diferente, podría haberme casado con otro hombre y entonces no estaría aquí sentada, mirando a mi querida bisnieta.

La boca fina de Olivia se estiró en una sonrisa que pareció ligeramente atribulada.

-Siempre has sido capaz de ver el lado positivo de las cosas, Lucy. Los Pimpollos de Rosa permanecieron en silencio durante unos instantes, saboreando el jerez mientras observaban a la niña y a la joven retozando sobre la hierba. En ese preciso momento, mientras jugaban a dar volteretas, ambas se habían caído y se reían tontamente.

Al dirigirse a Lucy, la expresión de Enid se tornó seria.

-Amy es una niña adorable. ¡Qué pena que haya perdido a su madre a tan temprana edad!

-Motivo más que suficiente para que Vivien se case con Michael -reconoció Olivia-¿Cómo va su romance?

-Creo que bastante bien -contestó Lucy-. Han estado cabalgando juntos todas las mañanas. Y hoy él le ha enviado varios libros. No es un regalo muy apasionado, pero ella estaba encantada. ¡Ah, y ella le ha mordido! Pienso que él debe de haber intentado besarla.

-O quizás haya intentado algo incluso más indecoroso -exclamó Enid, muerta de curiosidad-. ¿Acaso crees que él ya ha conseguido acostarse con ella?

Olivia golpeó su bastón sobre el empedrado.

-Si el muy bribón se atreve a hacerlo, se casará inmediatamente con ella. Yo misma me encargaré de que así sea.

-Mi nieto es un hombre honorable -afirmó Lucy de un modo cortante-. Si él descubriera la inocencia de Vivien, se portaría como un caballero con ella.

-¿Y dónde está hoy el muchacho? -preguntó Enid.

-Ocupándose de los asuntos de sus propiedades -respondió Lucy-. Pero ha dejado a su perro guardián atendiendo sus obligaciones. -Señaló con su copa de jerez a la señorita Mortimer, que estaba haciendo encaje sentada en un banco en el otro extremo del jardín.- Cómo me gustaría poder odiar a esa mujer, pero es tan... tan agradable. Amy la quiere mucho.

Olivia arqueó una de sus cejas.

-Me parece más extraño que nunca que Stokeford se empeñe en no traer a la niña ni siquiera de visita.

-Siempre pensé que eso se debía a que en Stokeford Abbey había demasiados recuerdos tristes para él -comentó Enid.

-Estoy segura de que después de tres años ya se ha recuperado -opinó Olivia con la lógica que la caracterizaba-. Todas hemos enviudado y nos hemos recuperado. Eso es lo que se hace frente a una tragedia.

-Estoy de acuerdo, no es natural que un hombre esté de duelo durante tanto tiempo -expresó lentamente Lucy, recordando la forma en que Michael se había apartado de ella el día anterior cuando le había preguntado por Grace-. Durante algún tiempo he tenido una sensación peculiar al pensar en ese matrimonio. Como si él intentara ocultarme algo. Algo malo.

Enid se inclinó hacia delante, sus ojos marrones se abrieron de par en par.

-Caramba, Lucy. ¿Qué quieres decir?

-Bueno, todas sabemos que incluso cuando los matrimonios comienzan como una historia de hadas, a veces no evolucionan tan felizmente. -Lucy y los otros dos Pimpollos de Rosa se miraron y asintieron con la cabeza.- Michael y Grace tuvieron un noviazgo muy romántico.

-Él se adelantó a Brandon y la conquistó -afirmó Olivia, su boca se ladeó en una mueca irónica-. Mi nieto tardó demasiado en decidirse.

-Michael estaba perdidamente enamorado de ella -comentó Enid-. Cuando Grace entraba en la habitación, su rostro se iluminaba. Lucy asintió con la cabeza, un poco más preocupada aún.

-¿Entonces, por qué siempre parece enfadado cada vez que la nombro? ¿Por qué se aparta de mí como si tuviera algo que ocultar?

-Los hombres a menudo esconden su dolor tras la ira -afirmó Olivia-. En verdad, los hombres prefieren esconder todos sus sentimientos.

-Solía confiar en mí -reflexionó Lucy con frustración-. Pero esta tragedia lo ha cambiado rotundamente. Se ha convertido en una persona excesivamente reservada. Con la única salvedad de Amy.

-Entonces la cuestión es -dijo Olivia-, ¿por qué ha elegido alejarse de este lugar, si el motivo no es su aflicción?

-¿Y por qué ha mantenido a Amy apartada de ti? -agregó con indignación Enid-. Caramba, eso es inadmisible.

Con el corazón crispado. Lucy bebió un poco de jerez al tiempo que volvía a mirar a aquella niña de brillantes rizos cobrizos que reía y saltaba mientras Vivien intentaba quitar la hierba de su pichi blanco. Ambas se tomaron de la mano y se dirigieron hacia donde estaban los Pimpollos de Rosa. La cara de Vivien resplandecía tanto como la de Amy.

-No lo sé -dijo Lucy con cierta angustia-. Pero espero descubrirlo. Mientras tanto, me aseguraré que Amy se quede aquí conmigo.

-¿Pero cómo? -preguntó Olivia-. Stokeford está absolutamente decidido a que la niña se quede con él.

Con una sonrisa de acero, Lucy hizo que sus dos amigas se acercaran y les dijo:

-Escuchadme atentamente, mis queridos pimpollos, porque tengo un plan.

Capítulo 12

Un Manojo de Polvo de Estrellas

Michael aborrecía que lo tomaron por tonto. Aborrecía enfrentarse al hecho de que había eludido sus obligaciones. Pero, sobre todo, aborrecía haber perdido la oportunidad de acusar a la gitana.

Con los brazos en jarras, estaba de pie en lo alto de la escalera de entrada a la casa mirando con el ceño fruncido el carruaje de dos ruedas tirado por caballos que perdió rápidamente de vista debido a la media luz del crepúsculo. El aire era frío, típicamente otoñal, pero él prácticamente ni lo advirtió. Dos de sus más robustos mozos de cuadra escoltaban a Thadeus Tremain, esposado, hasta la prisión del pueblo, donde se quedaría hasta que lo juzgaran.

Vivien no le había robado nada. El culpable había sido su administrador. Aquella mañana Michael había revisado los libros de contabilidad después de haber encomendado a Tremain la tarea de solucionar una disputa de escasa importancia relacionada con los límites de una propiedad con un vecino. Había inventado aquella excusa con el fin de quedarse solo. Tras la marcha de Tremain. Michael había montado en su caballo y había visitado a sus arrendatarios con el fin de evaluar sus necesidades para hacer una lista de las injusticias que habían sufrido con la intención de compensarlos.

A medida que transcurría el día, su furia aumentaba.

Los Herrington eran una de las tantas familias que habían sido engañadas. Tremain les había arrebatado el dinero que tan justamente habían ganado, un poquito aquí y un poquito allí, lo suficiente como para empobrecerlos sin empujarlos a la rebelión. El administrador les había suministrado herramientas de mala calidad, se había negado a hacer las reparaciones necesarias en sus cabañas, había aumentado sus rentas y reducido sus retribuciones. Luego, con gran habilidad, había manipulado los libros contables para ocultar cualquier rastro de su desfalco.

Cuando el administrador regresó, Michael tenía suficientes pruebas como para enfrentarse a él. Tremain lo negó todo, su nariz rechoncha temblaba de indignación. Defendió su inocencia hasta el momento en que Michael le mostró el enorme saco de monedas de oro que había encontrado escondido entre las tarimas de madera del suelo de su dormitorio. Solo entonces aquella cara de topo se derrumbó y el administrador comenzó a lloriquear simulando arrepentimiento. Rogándole su perdón, se disculpó diciendo que necesitaba ese dinero para atender a su enferma y anciana madre, que residía en Gales.

Michael escuchó su historia con desprecio. Había descubierto otras cosas mientras revisaba la austera habitación de su administrador: los objetos de plata, el icono, los macizos candelabros de oro. Todos los objetos que habían desaparecido de su casa y por los que había acusado a Vivien de ser una ladrona.

También había encontrado un nuevo reloj de oro de bolsillo, un baúl lleno de ropa de última moda y un manoseado folleto sobre los Estados Unidos de América, tierra de oportunidades.

En vez de ir a América, Tremain se marcharía a Australia. Escuchó un susurro a sus espaldas. Girando sobre sus talones se encontró a todo el personal de servicio junto a la doble puerta de la entrada. Los criados, las sirvientas, los cocineros y los mozos de cuadra estaban de pie con los ojos muy abiertos a la luz de las antorchas. Varios criados permanecían entre las sombras como si quisieran pasar desapercibidos. Las cabezas bajas, los ojos moviéndose a uno y otro lado, y sus voces murmurando con cierta inquietud.

Michael arrugó el entrecejo. Ellos no tenían ningún motivo para pensar que podían ser despedidos.

-No tenéis nada que temer -anunció-. Tremain es el único culpable. La señora. Barnsworth se atrevió a adelantarse unos pasos, con los brazos cruzados sobre su robusto pecho.

-Hemos oído las noticias, milord -dijo el ama de llaves- Y todos desearnos decirle que... al fin nos libramos de ese mal bicho...

Los que la acompañaban expresaron entre murmullos que estaban de acuerdo con ella, mientras inclinaban la cabeza y agitaban los puños.

Movido por un presentimiento, Michael preguntó:

-¿Acaso Tremain ha maltratado también a alguno de vosotros?

-Era una persona ruin, milord. Recortó nuestro salario, eso fue lo que hizo.

Michael maldijo por lo bajo.

-Deberíais habérmelo informado.

-Pensamos que no nos creería, milord -exclamó una joven criada que no podía tener más doce años. Cuando todos se giraron para mirarla se ruborizó y levantó su delantal para esconder su rostro.

El mayordomo calvo se aclaró la garganta.

-Lo que quiere decir Daisy, milord, es que el señor Tremain nos había dicho que estaba actuando bajo sus órdenes.

Aquellas noticias disgustaron y enfurecieron a Michael. Era la misma mentira descarada que Tremain había contado a los campesinos y con la que había conseguido minar la confianza que tenían en él. ¿Acaso era tan desconocido para su gente como para que pudieran creerlo capaz de semejante crueldad?

-Parece ser que Tremain ha dicho muchas mentiras -manifestó-. Quiero que sepáis que volveréis a cobrar vuestros anteriores salarios y que también os devolveré todo lo que os haya arrebatado Tremain. Y además recibiréis una suma adicional por todas las molestias causadas. Un murmullo de excitación se elevó entre los criados junto con algunas ovaciones sinceras y un pequeño aplauso.

-Le estamos muy agradecidos -dijo la señora Barnsworth inclinando su cabeza tocada con una cofia-. Y desearía agregar que estamos muy complacidos de que haya regresado a la casa definitivamente.

¿Definitivamente? Seguramente su abuela estaba detrás de eso, ella habría hecho circular el rumor de que su regreso era definitivo. Porque deseaba...

Amy. Había estado tan ocupado con los acontecimientos del día que casi se había olvidado de su hija. No se sentiría tranquilo hasta que la trajera a Stokeford Abbey, donde podría vigilarla de cerca.

Mientras los criados volvían a sus obligaciones, solicitó a su ama de llaves que permaneciera en el porche.

-¿Han preparado ya las dependencias de los niños?

El ama de llaves lo miró fijamente con una obvia consternación, sus fornidas manos sujetaban su delantal.

-Bueno... está brillante como un penique nuevo. Pero no debe traer aún a la pequeña.

-¿Por qué no?

-Porque cuando Su Señoría inspeccionó la habitación...

-¿Ha venido mi abuela hoy? -preguntó Michael con brusquedad.

-Así es, milord, cuando estaba usted fuera visitando a los campesinos. Ella y sus dos amigas subieron a supervisar el estado de las habitaciones. Luego las escuché chillar tan fuerte como para despertar a los muertos. -La señora Barnsworth bajó la cabeza, mirándolo a hurtadillas, como si esperara que su cólera se desatara en cualquier momento.- Le juro que no sé cómo ha sucedido, milord, pero había ratones corriendo por todos lados.

¿Ratones? Cuando había estado allí con Vivien no había visto ningún rastro de ellos. Condenada mala suerte. O quizás, pensó con una repentina sospecha, no se tratara de una cuestión de suerte.

-Confío en que habréis tomado las medidas necesarias para eliminar a los roedores.

-Por supuesto, milord, los criados han atrapado algunos y yo misma he puesto veneno para ratas. -Sus hombros se encorvaron mientras arrugaba nerviosamente el delantal entre sus manos.- Juro

por la tumba de mi madre que jamás he visto ratones en la planta alta. Yo mantengo la casa bien limpia, milord.

-No siga pensando en este asunto -le ordenó Michael, resuelto a no dejarse vencer-. Me aseguraré personalmente de que no vuelva a suceder.

***

-¡Señorita Vivi! ¡Señorita Vivi!

Cuando abrió la puerta de su dormitorio, el pequeño cuerpecito chocó como un gamo asustado contra Vivien. Alarmada, se agachó y, automáticamente, rodeó con fuerza a Amy en un abrazo protector. Podía sentir el corazón de la niña palpitando como las alas de un gorrión asustado.

-¿Qué pasa, cariño? ¿Qué ha sucedido?

-He tenido un sueño que me ha dado miedo -lloriqueó Amy con sus ojos color avellana llenos de lágrimas mientras su labio inferior temblaba. Sus rizos rebeldes y cobrizos cobre enmarcaban su cara menuda y delicada. Llevaba un camisón blanco lleno de volantes y abotonado hasta su pequeño mentón y una muñeca de trapo hecha jirones en sus manos.

Vivien estaba lista para irse a la cama. Tal como era su costumbre, se había echado un chal encima del camisón y había salido a la terraza para huir del confinamiento de la casa durante unos instantes. Solo que, esta vez, había escuchado unos golpes en la puerta del dormitorio. Le apartó un mechón de cabellos que le caía sobre la frente.

-Mi dulce y pequeña paloma, aquí estás a salvo. ¿Qué era lo que soñabas?

-Corría y corría, y no podía encontrar a mi papá en ningún lugar. Y tampoco podía encontrarla a usted.

-Conmigo estás a salvo. -Abrazándola nuevamente, echó un vistazo al corredor en sombras.- ¿Dónde está la señorita Mortimer?

-Está roncando muy fuerte -le confió Amy-. Por eso he venido a verla, Señorita Vivi. ¿Puedo quedarme? Por favor.

Al ver la confianza que expresaba aquella cara infantil, Vivien sintió que su corazón se derretía. De todos modos, vaciló. Debería acompañarla hasta su habitación. Michael había dejado órdenes estrictas de que la única que podía ocuparse de su hija era la señorita Mortimer, y Vivien no tenía el menor deseo de contrariarlo, corriendo el riesgo de perder su lugar en aquella casa.

-Tu padre quiere que te quedes con tu niñera.

Amy rodeó con sus brazos a Vivien, apretando su pequeña mejilla contra su pecho.

-Por favor, no me haga volver a mi habitación. Por favor por favor por favor por por favor.

Malditas sean sus rígidas reglas, pensó Vivien.

-Por supuesto que no. Entra.

Las lágrimas de Amy desaparecieron con una increíble rapidez y la niña entró de un salto en la habitación iluminada por una sola vela de cera de abejas que había sobre la mesilla de noche. Una espesa oscuridad reinaba en los rincones donde no llegaba la luz y del fuego del hogar solo quedaban unas brasas rojas.

-Esta habitación me da miedo -susurró Amy-. Pero no tanto como mi dormitorio.

-Entonces, por ahora, te quedarás aquí -respondió Vivien-. Métete en mi cama, es muy cómoda y está caliente.

Apartó el prístino cubrecama blanco, pero Amy se negó a apoyar su cabeza sobre las mullidas almohadas que aún nadie había usado, mirándola con recelo.

-¿Por qué no dormía?

-Había salido un momento a la terraza, eso es todo.

Eran las diez de la noche y Lady Stokeford ya se había retirado a sus aposentos disgustada por la reciente discusión que había mantenido con su nieto. Él había llegado a la Casa Dower pidiendo a

gritos ver a su abuela. El déspota había acusado a la querida dama de soltar ratones en las dependencias de los niños. ¡Ratones! Como si la noble viuda fuera tan astuta como él.

-¿Por qué? -preguntó Amy.

Vivien volvió a prestar atención a la niña. -¿Por qué, qué?

-¿Por qué estaba en la terraza? -preguntó Amy moviendo un dedo como si imitara a su institutriz-. Debería estar durmiendo.

Vivien se rió.

-Me gusta estar afuera. Las estrellas están especialmente hermosas esta noche.

-Oh, quiero verlas. -Sin esperar a que le diera permiso, Amy cogió la mano de Vivien y la guió hacia la puerta que daba a la terraza, que estaba parcialmente abierta.

-Espera -dijo Vivien riéndose una vez más-. El aire está muy fresco. Déjame que coja una manta.

Muerta de impaciencia, Amy se paseaba junto a la puerta mientras Vivien retiraba el edredón de la cama y lo llevaba afuera. La terraza era una simple superficie de piedra, con una barandilla de hierro y una enredadera enroscada en ella. No había sillas ni bancos, de manera que Vivien dobló algunas mantas y las colocó en el suelo a modo de cama, luego envolvió a la niña y se envolvió a sí misma con el suave y esponjoso edredón. Cómodas y abrigadas, permanecieron allí sentadas con la espalda apoyada contra la pared de piedra, mirando el cielo. Las estrellas eran como diamantes desparramados sobre un terciopelo negro. Vivien cogió a la pequeña y la acurrucó entre sus brazos. Oh, es maravilloso abrazar a un niño, pensó. Especialmente a uno tan dulce y alegre como Amy.

-¿Señorita Vivi?

-¿Sí?

-¿Por qué hay estrellas?

Vivien sonrió, recordando lo que le había contado su padre. -Cada estrella es el alma de una persona que brilla para nosotros.

-¿Qué es un alma?

-Es la parte de ti que piensa y siente. La parte que nunca se muere. Mirando hacia arriba, Amy se quedó en silencio durante un largo rato antes de susurrar:

-Mi mamá debe ser una de esas estrellas. Porque ella es un ángel que está en el cielo. Me lo ha dicho papá.

El corazón de Vivien se encogió. De acuerdo con Lady Stokeford, Amy no tenía siquiera un año cuando su madre había muerto en un trágico accidente de su carruaje. La noble esposa que Michael adoraba. ¿Acaso su pérdida era la causa del inmenso dolor y del enfado que percibía en él? Experimentando una extraña nostalgia, Vivien dijo:

-Estoy segura de que tu mamá es la más hermosa de todas las estrellas.

-¿De verdad? -preguntó Amy en voz baja, como si sintiera un respeto reverencial-. ¿Cuál cree usted que es ella?

-Me parece que tú podrás encontrarla más fácilmente que yo. Busca una que titile para ti.

Con una expresión de absorta concentración, Amy miró el cielo, sus delicadas facciones bañadas por un brillo pálido. Un pájaro somnoliento gorjeó en un árbol cercano y luego volvió a guardar silencio.

-Esa -dijo finalmente, señalando una estrella con la indómita confianza de un niño-. Esa muy grande que está justo encima de la casa de papá.

-Sí, creo que tienes razón -contestó Vivien mirando una estrella muy brillante-. De modo que, como ves, mi pequeña paloma, nunca estás sola. Si en algún momento la echas de menos, puedes mirar el cielo de la noche y ella te estará cuidando.

La niña emitió un sonido de felicidad y se acurrucó más cerca de Vivien, mientras sus párpados se entrecerraban.

-Ahora, cuénteme un cuento -pidió Amy, retorciendo su cuerpecito junto a Vivien-. Por favor, señorita Vivi.

-Entonces, quédate quieta -le ordenó-, y te contaré el cuento de un niño que pensó que podía atrapar una estrella.

Bajando su voz hasta que fue apenas un suave murmullo, comenzó a contarle el cuento que había escuchado de una vieja gitana, sobre el niño que quería regalarle una estrella a su pobre madre viuda para que pudiera convertir cada uno de sus deseos en realidad. Aquel niño construyó una escalera muy larga y la colocó en la cima de la montaña más alta del mundo; luego trepó y trepó, cada vez más alto, pero lo único que pudo alcanzar fue un puñado de polvo de estrellas. Arrastrando los pies, volvió a su hogar desalentado, donde lo esperaba su desesperada madre, que lo recibió llena de alborozo, besándolo y abrazándolo mientras le comunicaba que el mejor regalo que podía hacerle era regresar sano y salvo a su casa. Y sucedió que las lágrimas de su madre convirtieron el polvo de estrellas en diamantes, de manera que se hicieron ricos y vivieron felices por siempre jamás...

Vivien bajó la mirada y encontró a Amy con los ojos cerrados, el pulgar en la boca y la muñeca de trapo debajo de su barbilla. Su respiración era suave y regular. Con su camisón blanco, podría haber sido un diminuto ángel que había bajado a la tierra.

La niña suspiró entre sueños y Vivien sintió que la embargaba un amor tan intenso que resultaba perturbador. ¿Cómo podía ella querer a la hija de un arrogante lord inglés? ¿Cómo podía sentirse satisfecha entre los *gorgios?*

Durante toda su vida, había tropezado con su desconfianza. Había visto a las madres llevarse a sus niños cada vez que las carretas de los gitanos pasaban junto a su casa. Las damas la evitaban por la calle y los tenderos le mostraban su desprecio. Y lo peor de todo había sido aquel espantoso día en que una trampa colocada en las propiedades del Duque de Covington había dejado inválido a su padre. La misma Vivien lo había encontrado gimiendo de agonía, con los dientes irregulares de la trampa aferrados, clavados en su pierna.

Estremecida por sus recuerdos, abrazó a Amy, acercándola más a su lado y aspirando su dulce aroma con la esperanza de que se le pasaran las náuseas. Ese terrible suceso no tenía nada que ver con la niña que tenía en sus brazos. Ni tampoco con Lady Stokeford, ni con los criados ni con los campesinos que había conocido. Vivien advirtió que su odio hacia los *gorgios* se había atenuado. Había encontrado muchas cosas que le gustaban en ese lugar: los libros y el aprendizaje, la compañía de los Pimpollos de Rosa, el placer de los baños calientes y la deliciosa comida. Para su vergüenza, incluso había disfrutado al luchar con Michael. Él la había hecho sentir viva, de una forma que nunca antes había conocido.

Un fuego en el corazón.

No, se dijo, casi con violencia. Él era el primer hombre que había despertado sus deseos femeninos, eso era todo. Aunque su sangre era *gorgio,* su corazón pertenecía a los gitanos. Dentro de poco más de un mes, se marcharía para siempre. Cogería sus doscientas guineas y volvería a la vida nómada que siempre había conocido. La vida que le gustaba.

Cerrando los ojos casi podía ver las fogatas resplandecientes, oler el humo transportado por el viento, escuchar el grito de un búho a través de la oscuridad. Ella y sus padres tomarían una simple comida sazonada por las risas y las palabras. Luego se prepararía una cama para pasar la noche debajo de la bóveda celeste. Escucharía a sus padres susurrar mientras también ellos se preparaban para pasar la noche. Y en ese momento, ella tendría la certeza de que había hecho lo mejor para ellos.

Vivien sintió un agradable cansancio. Aunque el aire nocturno era fresco, el edredón las protegía como si estuvieran en un cómodo nido. Sabía que debía llevar a Amy a su habitación, pero no lo haría aún. Michael se pondría furioso si se enterara de que su hija estaba allí. Vivien no podía aprobar su severidad, aunque por la devoción que mostraba por la niña, sabía que él la quería.

¿Por qué protegía a su hija con tanto celo? Algo adormilada, no fue capaz de encontrar una razón. Lo envidiaba por gozar del regalo de esta preciosa niña y decidió ser indulgente con su propio deseo de estar con Amy aunque solo fuera por unos pocos minutos...

Capítulo 13

Una Tregua Precaria

Michael sabía que se había vuelto loco. Como un Romeo imbécil, se afanaba por trepar por la espaldera que había debajo de los aposentos de Vivien. No había trepado por una pared desde que tenía diez años, y nunca lo había hecho persiguiendo a una mujer.

Hacía apenas unos instantes había estado bebiendo una botella de delicado oporto casi sin sentir su sabor, al tiempo que se paseaba por la biblioteca de Stokeford Abbey incapaz de librarse de una natural agitación. Sus arrendatarios, su abuela, su hija... todas esas preocupaciones lo acosaban. Y además, había juzgado mal a Vivien. Había acusado a la gitana de un crimen que había sido perpetrado por Thadeus Tremain.

Esa amarga verdad lo había atormentado hasta que finalmente, con la esperanza de aclarar su mente, había salido a dar un paseo para despejarse con el aire frío de la noche. Sus díscolos pasos lo llevaron a cruzar el puente en dirección a la Casa Dower, donde había creído ver un resplandor blanco en la terraza de Vivien.

Se detuvo un instante, parpadeando repetidas veces con sus ojos adormilados, como si no pudiera dar crédito a lo que veía. Estaba seguro de que solo se trataba de su imaginación. Sentada en la terraza, envuelta en una manta y profundamente dormida, estaba Vivien.

Ahora, cuando ya había escalado la mitad de la distancia que lo separaba de su balcón, maldijo el lunático impulso que lo había embarcado en esa misión tan Byroniana. Sus pies buscaron un punto de apoyo en la superficie irregular de aquel muro. Sus dedos se aferraban a los diversos tallos de la hiedra que seguía creciendo en el mismo lugar después de innumerables generaciones. Sujetaba entre los dientes el tallo de una rosa que había arrancado apresuradamente.

Hizo una mueca de disgusto. Las historias románticas rara vez mencionaban que las rosas tenían espinas, que su tallo tenía un sabor asqueroso o que el polen producía picor en la nariz.

Pero si Vivien deseaba que la cortejara, entonces, por Dios que lo haría. Al menos, conseguiría su propósito. Seduciría a la gitana, y luego se libraría de ella de una vez por todas.

Los pensamientos lascivos lo empujaban a seguir subiendo. ¿Estaría desnuda bajo esa manta? Relajada y reconfortada por el sueño, su insolencia y su resistencia seguramente habrían desaparecido. Ella arquearía su cuerpo hacia él, tan sinuosa como una gata ansiosa por que la acariciaran. Él la tocaría, recorrería todo su cuerpo... y esta vez, ella se abrazaría a él mientras la besaba y la acariciaba...

Uno de sus pies perdió apoyo y Michael echó una maldición mientras sus dedos se aferraron a la hiedra. Con el rabillo del ojo podía ver el suelo a lo lejos. Entonces, apretó con fuerza la rosa entre los dientes y miró hacia arriba. Para su alivio, la terraza casi le rozaba la cabeza. Estirando uno de sus brazos, se agarró a uno de los pilares de piedra, luego levantó la otra mano para hacer lo mismo. Con un terrible esfuerzo, se impulsó hacia arriba y pasó por encima de la barandilla de hierro, cayendo ruidosamente sobre el estrecho balcón.

Vivien levantó la cabeza de inmediato. Con los ojos completamente abiertos, emitió un grito ahogado.

Él intentó decir algo pero, de pronto, recordó la rosa. Retirándola delicadamente de su boca, giró la cabeza para escupir una hoja.

-No se asuste -murmuró-. Soy yo, Michael.

-Sé perfectamente quien es usted -susurró Vivien llena de indignación mientras retrocedía hacia las sombras-. Pero no le he invitado a entrar en mi dormitorio.

-No he entrado en su dormitorio. He escalado el muro.

-¿Ha subido por el muro?

-Así es. He trepado por la hiedra para poder disfrutar de su imponente belleza -se detuvo un momento, y al ver que ella no respondía, agregó de una forma cortante-: ahora es cuando usted debería elogiarme por mi fuerza y mi habilidad.

-¿Y por qué habría de hacerlo? -murmuró ella entre dientes-. Usted se las arregla muy bien solo para pavonearse.

Incapaz de discernir si ella llevaba camisón o si aquella tela blanca era parte de la manta, se acercó un poco más.

-Pero no tengo ningún deseo de estar solo, mi querida. Esa es la razón por la que estoy aquí.

Vivien se acurrucó aún más dentro del enorme cubrecama.

-Márchese.

Ella no le estaba poniendo las cosas fáciles, sin embargo, ¿cuándo se había comportado como las otras mujeres que conocía?

-No lo dice en serio -le dijo dulcemente con su voz más cautivadora-. Mire lo que le he traído. -Agachándose junto a ella, le ofreció la rosa.- Una belleza para otra belleza.

Ella lo miró fijamente y él pensó que sus ojos se habían enternecido ligeramente, aunque como estaba sentada en oscuridad, no podía estar seguro. Luego Vivien sacudió la cabeza, sus negros cabellos se movieron alrededor de sus hombros.

-Nosotros los gitanos no solemos arrancar flores -susurró como si tuviera miedo de que alguien los escuchara-. Ellas pertenecen a la naturaleza y es allí donde deben crecer y desarrollarse.

-Entonces la naturaleza debería adorar a una diosa como usted. Decidido a que ella no frustrara sus planes, se inclinó ligeramente hacia delante deslizando aquellos pétalos a lo largo de su mejilla. Él la vio estremecerse, observó que entornaba sus párpados debido a un inequívoco goce sensual. Sus labios dejaron escapar un pequeño suspiro. Triunfante, supo que la había encontrado en un momento en que era vulnerable a sus caricias.

Antes de que ella fuera capaz de ponerse la armadura, acercó su boca a su rostro y besó su pómulo y su mejilla. Excitado por su aroma cálido, buscó la espiral de su oreja con su lengua. Ella tembló otra vez, haciendo un intento poco entusiasta de apartar la cabeza.

-No...

-La deseo, Vivien. La necesito tanto. -Acercándose más, continuó seduciéndola, ansioso por tocar su piel desnuda. Apartó el cubrecama, anticipándose a la sensación de sentir el peso de sus pechos en las palmas de sus manos...

A través de la oscuridad, descubrió un pequeño bulto junto a ella. Se le heló la sangre. Retirando su mano, miró a Vivien durante un momento, aturdido y confuso. Luego apartó un poco más el edredón y descubrió el cuerpo apenas visible de un niño acurrucado junto al brazo de Vivien.

-¿Amy?

-Schhh -susurró Vivien, arropando tiernamente a su hija-. Conseguirá despertarla.

Con un agrio sabor de boca, Michael giró sobre sus talones y arrancó los pétalos de la rosa, uno por uno. No podía deshacerse de una sensación de sordidez. Un momento más y hubiera conseguido llegar a tientas hasta el cuerpo de Vivien. Sin embargo, de pronto se encontraba a su hija.

-Maldito sea -dijo en voz muy baja, aunque sus palabras estaban llenas de vehemencia-. Debería haberme avisado que estaba con usted.

-Usted no me dio la oportunidad de hacerlo.

-Podría habérmelo dicho en cualquier momento.

-Y usted podría haber dejado de distraerme.

Él aplastó un pétalo de rosa entre sus dedos. Con un tono de voz aterciopelado aunque lacónico le dijo:

-De manera que la he distraído. Eso significa que a usted le gusta que la acaricie.

Vivien respiró profundamente.

-Usted sabe cómo tratar a las mujeres, milord, y yo soy una mujer.

-Ya me he dado cuenta de eso -respondió con evidente ironía. Se esforzó por ver en la oscuridad, pero apenas si logró vislumbrar el óvalo pálido de su cara, más no su expresión-. ¿Por qué demonios está usted aquí afuera? Más exactamente, ¿por qué mi hija no está en su cama?

-Tuvo una pesadilla y se asustó. Quería que alguien la protegiera. Al escuchar sus palabras sintió un nudo en la garganta. Amy debería haber corrido a sus brazos y no a los de la gitana. Su hija tenía que estar en su casa.

-¿Dónde está la señorita Mortimer?

-Durmiendo profundamente. Amy me pidió que le contara un cuento.

Él arrojó el tallo de la rosa por encima de la barandilla.

-No es bueno para ella que duerma en la humedad de la noche. Cogerá una fiebre pulmonar.

-Todo lo contrario, el aire nocturno la revitalizará. -Vivien levantó su barbilla.- Ha olvidado usted que he dormido al raso casi todas las noches de mi vida.

Por supuesto, usted es una vagabunda. No había terminado de pensarlo, cuando ya se había avergonzado de sí mismo. Ella había consolado a su hija y él debía estarle agradecido, independientemente de lo poco ortodoxos que fueran sus métodos.

-Amy no puede quedarse aquí fuera toda la noche -murmuró-. La llevaré a su cama.

Arrodillado, tiró de las mantas y deslizó sus manos por debajo de la niña. Inadvertidamente, sus dedos rozaron el camisón de Vivien y durante un instante tomó conciencia de sus pechos, pesados y libres debajo de la fina tela del camisón.

Apartándola de sus pensamientos, se concentró en su hija y acomodó su pequeño y cálido cuerpo dormido contra el suyo. La niña masculló una queja y él sonrió. Qué dulce era, qué inocente. La tenue luz de las estrellas iluminaba el botón que tenía por nariz y sus rizos ensortijados y, como siempre le sucedía, se sintió tremendamente agradecido por tener aquella niña. Amy era una bendición en su vida y no permitiría que nadie los separara.

Poniéndose de pie, miró a Vivien. Ella se arrodilló y recogió el edredón. Mientras se incorporaba, sosteniendo el cubrecama junto a su pecho, como si de una nube sedosa se tratara, él le ordenó:

-Enséñeme el camino.

Michael ya conocía dónde se encontraban los aposentos de su hija, pero pretendía que la gitana permaneciera junto a él.

Vivien lo condujo hacia el interior de su dormitorio en penumbras, donde dejó el edredón sobre la cama. De la mesilla de noche, cogió la vela que parpadeaba junto a una pila de libros. Consciente de la preciosa carga que tenía en sus brazos, mantuvo su mirada apartada de la amplia cama de dosel, con cuatro columnas y colgaduras de color amarillo pálido.

No le resultaba muy sencillo mantener sus ojos apartados de Vivien.

Ella se deslizaba delante de él a lo largo del corredor, un alto y delegado espectro que llevaba la vela en alto para iluminar su camino. Su cabello largo y oscuro bailaba al son del balanceo de sus caderas. Iba descalza, por supuesto; parecía odiar la restricción de los zapatos. Tenía que admitir que le gustaba su descarada falta de pudor. Ninguna mujer soltera permitiría que un hombre la viera en camisón. Por el contrario, Vivien caminaba orgullosamente, sin preocuparse por las normas del decoro.

Al final del pasillo, abrió una puerta y se hizo a un lado para dejarlo pasar. El resplandor de su vela lo guió hacia la diminuta cama con cuatro columnas y adornada con encajes y volantes, que su abuela siempre mantenía preparada para las visitas que nunca llegaban. Hasta ahora.

Desde una carriola que estaba al otro lado de la cama de Amy, se escuchaban los ronquidos de la señorita Mortimer. El sonido persistió mientras acomodaba a Amy entre las arrugadas sábanas y la arropaba con el cubrecama, tapándola hasta la barbilla. La niña buscó una posición cómoda sin abrir los ojos. Con un leve suspiro, se acurrucó de lado sobre la cama, con su muñeca de trapo favorita apoyada contra su mejilla.

Mientras la arropaba, Michael sintió que lo embargaba un amor que no era propio de los hombres. Mantuvo su cara fuera de la vista de Vivien, la escasa luz que arrojaba la vela le indicaba que estaba cerca de él. Demasiado cerca. No tenía ningún interés de que ella presenciara ningún gesto de ternura en él.

-Espere junto a la puerta -murmuró.

Pero ella no se movió. Levantando la mirada, la descubrió observándolo. Bajo la luz de la vela sus ojos reflejaban ternura.

-Usted la quiere de verdad.

Apretando los labios, Michael no respondió.

Pero Vivien no parecía esperar una respuesta. Pasando junto a él, se inclinó para besar dulcemente la frente de su hija. Con un tono de voz muy suave le dijo:

-Buena noches, pequeña paloma.

Amy se despertó y, parpadeando, se sonrió.

-Buenas noches, señorita Vivi -farfulló y, casi inmediatamente, se quedó profundamente dormida otra vez.

Con la rapidez de un látigo una tensión se alojó en su pecho y Michael sintió que le sofocaba. Vivien no tenía ningún derecho a asumir el papel de madre. Amy solamente necesitaba a su padre. Ella lo necesitaba a él.

Cogiendo a Vivien por el brazo, la condujo hacia la puerta en dirección al corredor en penumbras. Cerró la puerta cuidadosamente para no hacer ruido y, sin levantar el tono de su voz, afirmó:

-No es necesario que usted la consienta tanto.

-¿Consentirla? -Sus cejas se arquearon en un gesto de disgusto, mientras sostenía la vela en alto para mirarlo.- Ella es una niña que necesita que la quieran.

-Estoy de acuerdo. Y como usted solo estará en su vida de un modo provisorio, prefiero que no se prodigue en atenciones. De lo contrario, ella sufrirá mucho cuando usted se marche.

-Cuando *usted* se marche. Es usted el que insiste en separarla de su bisabuela. Y por motivos que prefiere seguir ocultando.

¡Maldita sea! Con gran esfuerzo logró controlar su cólera. No permitiría que ella lo enredara en una pelea en la que podría decir algo inconveniente. Deliberadamente dulcificó el tono de su voz hasta que la transformó en un murmullo seductor.

-Será mejor que proclamemos una tregua. No tenía la menor intención de atacarla. He estado preocupado por otros asuntos.

-Tiene la conciencia sucia, sin lugar a dudas.

Tenía razón, condenada fuera. Le costaba admitirlo.

-Le debo una disculpa. Hoy he descubierto que fue Thadeus Tremain el que robó los objetos que faltaban en mi casa -y a continuación le contó todo lo referido a los libros de contabilidad, al lote de oro y los objetos valiosos, a todas las artimañas mediante las cuales su administrador había robado el dinero de los campesinos.

-Entonces es a él a quien tendrá que enviar a Australia -dijo Vivien fulminándolo con la mirada-. Allí es donde pertenece ese señor. Nadie debería aprovecharse de las personas que no pueden defenderse solas.

-Por una vez, estamos absolutamente de acuerdo.

La expresión de furia de Vivien se suavizó y lo miró con un gesto de aprobación. Sus ojos brillaban como el terciopelo oscuro a la luz de las velas.

-Me alegro, Michael. Me sorprende decir...

Él echó una rápida mirada a sus resentidos labios, que le provocaban un enorme deseo de besarlos. Luego, con la voz quebrada, le pidió que continuara.

-Usted parece ser un hombre frío. Pero a veces... creo percibir que tiene buen corazón.

Su observación lo hizo sentir incómodo. Debería aprovecharse de la ternura que había detectado en su hermoso rostro. Sin embargo, vaciló, ella parecía tan joven y cándida. Pero aún así distaba mucho de ser inocente, se recordó. No debía olvidar que había falsificado esa carta de Harriet Althorpe en la que pretendía mostrarse como su hija con el único propósito de que su abuela la aceptara en su casa. Nunca debía olvidar que la había convencido de pagarle cien guineas al mes. Era una gitana, criada por ladrones y timadores.

-Venga, hay otro asunto que tenemos que discutir. -Cogiéndola del brazo, Michael condujo a Vivien a través del pasillo hasta su dormitorio. Ella lo miró varias veces de soslayo, eran miradas de desconfianza matizadas por la curiosidad que él había conseguido despertar en ella. Que la gitana se preguntara cuáles eran sus intenciones, eso le serviría como desagravio por todos los momentos en los que él había tenido que soportar la frustración de adivinar sus pensamientos.

-Si usted pretende convencerme de que no me relacione con Amy, se lo advierto, sus amenazas no me detendrán -le comunicó mientras llegaban junto a su puerta.

Él simuló una risa despreocupada.

-Usted me ha mal interpretado. Lo único que deseo es estar con usted en privado.

Abriendo la puerta de un empujón, Michael intentó entrar con ella en su dormitorio, pero ella se negó rotundamente.

-Cualquier cosa que quiera decirme -susurró-, puede decirla aquí mismo.

Por el rabillo del ojo, Michael podía ver la cama entre las sombras, una cama suficientemente grande como para albergar a dos personas. -Preferiría que estuviéramos solos -dijo con suavidad-. Los aposentos de mi abuela están a solo dos puertas de distancia.

-Y ella está durmiendo. Lo que significa que usted no debería estar aquí.

-Quiero estar aquí -confesó con un susurro acaramelado-. Quiero estar con usted, Vivien. En esto reside mi dilema No puedo estar lejos de usted. -Se acercó un poco más sin llegar a tocarla y su suave fragancia almizclada le encendió la sangre.- Su recuerdo me persigue, Vivien. Cuando duermo, sueño con usted. Cuando me despierto, pienso solo en usted. Usted se está convirtiendo rápidamente en una obsesión para mí. -Aquello no sonaba nada romántico, reconoció para su disgusto.

-No me diga esas cosas. No quiero escucharlas. -Pero no hizo ningún intento de apartarse de él; simplemente se recostó contra la jamba de la puerta sosteniendo la vela en una de sus manos, sus pechos se elevaban y descendían al ritmo de su agitada respiración.

-Se las diré de todos modos -afirmó Michael-. Esta noche no conseguía apartar mi mente de usted. Daba vueltas por mi biblioteca, incapaz de gobernar mis pensamientos, hasta que tomé la decisión de salir a dar un paseo...

-También ha estado bebiendo.

-Así es, pero preferiría emborracharme de usted, mí querida. - Mirando sus labios, se inclinó hacia ella, sus dedos cedieron a la tentación de tocar la aterciopelada piel de su garganta. Deseaba saborear todo su cuerpo, arrancarle ese condenado camisón y darse un festín con su belleza.

Ella apartó su cabeza.

-No lo haga.

-¿Tiene miedo de un beso?

Cuando Vivien volvió a mirarlo, él hubiera jurado que sus ojos reflejaban una coqueta timidez.

-Sí. Porque no es eso lo único que usted quiere de mí, ¿no es verdad, señor marqués?

-Hasta que usted me pida algo más, la tocaré solamente con mis labios. -Y aprovechando la oportunidad, le rozó la boca con la suya.

Ella reprimió un suspiro, pero no se apartó de él. Con una suave exhalación, le dejó que la besara tierna y sensualmente, un beso muy diferente de los que daba a sus queridas, todas ellas menos inteligentes y más fáciles de complacer que Vivien. Se esmeró por que su beso fuera todo miel y delicadeza, un beso ligero como una pluma que le provocó un intenso y ardiente deseo.

Ansiando acariciar todo su cuerpo, apretó sus dedos sobre la madera de la jamba de la puerta, por encima de ella. Aquello era una tortura, pero la cortejaría lenta y deliberadamente hasta que ella bajara la guardia. Saboreó la docilidad de sus labios, el sabor a menta de su boca, los leves sonidos guturales que ella intentó ocultar sin conseguirlo. Con una sensación de triunfo, descubrió que ella le deseaba. Estaba convencido de que sucumbiría a la tentación.

Redoblando su esfuerzo, transformó su beso en una obra de arte, su lengua se movió como un pincel sobre el lienzo de su boca. Estaban tan cerca que podía sentir su calor con cada músculo y cada fibra de su cuerpo. Le resultaba extraño no dejarse llevar por su deseo y tomar lo que deseaba en el mismo momento en que lo deseaba. Ardía de excitación por acariciarla, sin embargo, tenía que demostrarle que podía controlarse. Tenía que usar solamente su boca para lograr que Vivien se derritiera de pasión. Aunque tardara la mitad de la noche en conseguirlo, la escucharía rogarle que se acostara con ella...

Los labios de Vivien se apartaron de los suyos. Estaba bebiendo el néctar de su boca y, de pronto, ella se escurrió por debajo de su brazo, dejando tras de sí su aroma femenino.

Michael abrió los ojos, bajó los brazos y arrugó el entrecejo. Ella entró rápidamente en sus aposentos, su blanco camisón susurró entre sus pies descalzos. Cuando se giró, sus ojos oscuros se encontraron con los de Michael. La suya fue una mirada de complicidad que conocía la incomodidad física que él experimentaba en aquel momento.

-Ha sido muy agradable, milord. Buenas noches.

¿Agradable ?

-No me deje aquí afuera. Aún no hemos...

-Así es.

Cuando Michael avanzó un paso hacia ella, ella le cerró la puerta en la cara. La llave giró dentro de la cerradura, dejándolo solo con su frustrada pasión.

Capítulo 14

La Duquesa de Covington

Esta noche tendrás un éxito absoluto -manifestó Lady Stokeford, revoloteando alrededor de Vivien mientras arreglaba una costura por aquí y una horquilla por allá-. Cautivarás a todo el mundo.

De pie junto al gran espejo, Lady Enid asintió vigorosamente con la cabeza, mientras la pluma de gaceta que llevaba en su turbante verde se inclinada hacia un lado.

-Como invitada de Lord Stokeford, con toda certeza serás aceptada como un miembro de la alta sociedad.

Lady Faversham estaba sentada en una silla cercana, elegantemente erguida y con los dedos apoyados sobre la empuñadura de su bastón de marfil.

-No puedo decir que siempre haya aprobado tus planes, Lucy, pero debo admitir que mudarte nuevamente a Stokeford Abbey, trayendo a Vivien contigo, ha sido una idea simplemente brillante.

-No podía permitir que Michael mantuviese a mi única bisnieta separada de mí, ¿no te parece? -Lady Stokeford echó unas gotas de un perfume ligeramente almizclado detrás de las orejas de Vivien, luego le pasó el frasco de cristal a una criada que esperaba a su lado.- Además, resultará muy conveniente para nuestros planes que Vivien también esté aquí.

Mientras los Pimpollos de Rosa alborotaban a su alrededor, Vivien estaba de pie frente al alto espejo con marco dorado, escuchando a medias lo que decían. El cristal reflejaba la amplitud de sus nuevos aposentos, cuya magnificencia iluminaba el suave resplandor de las velas. Esa misma mañana varios criados habían transportado todo el contenido de su armario, desde la última media de seda hasta los asfixiantes corsés. Ella se había mostrado contraria a mudarse, inquieta por la idea de tener que vivir bajo el techo de Michael, pero Lady Stokeford había sido categórica. Adondequiera que fuera Amy, había dicho, también irían ellas.

Finalmente, el deseo de estar cerca de la pequeña había persuadido a Vivien. Hacía apenas una hora que le había contado un cuento en su habitación, dándole un beso de buenas noches antes de que una sirvienta la hubiera acompañado hasta sus aposentos.

Si había pensado que su dormitorio de la Casa Dower era grande, este había conseguido impresionarla y dejarla sin habla. El elevado cielo raso había sido pintado corno un cielo azul con ninfas desnudas retozando entre las nubes con tímidas diosas. Unas cortinas de color azul pálido cubrían el dosel de una cama lo suficientemente grande como para acomodar a una familia entera de gitanos. Además de las sillas y las *chaises longues,* cuyo número era excesivo para una sola persona, había mesas decoradas con jarrones de porcelana y un elegante escritorio que contenía una abundante provisión de papel color crema, con su nombre grabado en relieve y un surtido de plumas. Aunque últimamente Vivien no tenía demasiado tiempo para escribir ninguna historia.

La última semana, un feliz interludio en compañía de Amy y de Michael, había pasado volando. Desde que él la había besado tiernamente en la puerta de su dormitorio en la Casa Dower -cuando se había sentido tentada de derretirse en sus brazos y dejar que hiciera con ella lo que le apeteciera- se habían acechado mutuamente en un juego peligroso y excitante. Él había continuado con su implacable asedio y ella simplemente había tenido que ingeniárselas para evitar quedarse a solas con él otra vez. También la había colmado de regalos: plumas y un frasco de tinta, una colección de libros encuadernados en cuero, un exquisito pájaro de cristal que brillaba con la luz del sol.

Lady Stokeford le había asegurado que era absolutamente correcto aceptar los regalos de un caballero. Vivien quería conservarlos nunca en su vida había poseído nada tan espléndido. Para Vivien, cada uno de esos objetos era considerado como un tesoro. Guardaba incluso los bonitos papeles que envolvían los regalos, cuidadosamente doblados, en el cajón de su mesilla de noche. Aquellas cosas le pertenecían, aunque se sentía un poco consternada por la intensidad de su

codicia. ¿Acaso se estaba convirtiendo en una de esos *gorgios* que acumulaban posesiones materiales?

No. Ella no sentía ningún apego por los finos vestidos con que Lady Stokeford la había obsequiado. Claro que las sedas y las muselinas eran deliciosamente suaves al contacto con su piel, pero podría prescindir de ellas sin el menor reparo cuando volviera con los gitanos. Le gustaba que una sonriente criada le llevara una humeante tetera a la cama cada mañana. Y también se había aficionado a las deliciosas comidas preparadas por Monsieur Gastón. Pero esos placeres no eran lo que más apreciada. Ella amaba los placeres simples de la vida: pasear por los bosques, el calor del sol sobre su cara, el murmullo del río mientras fluía bajo el puente de piedra. Se deleitaba enseñándole a Amy los prodigios de la naturaleza, sonriendo ante la excitación que la niña demostraba cuando encontraba una roca brillante en el sendero o descubría una trucha nadando río abajo.

Cuando observaba a Michael y Amy juntos, riendo y jugando, sentía un nudo en el estómago. En dichas ocasiones casi se olvidaba de que su padre había quedado inválido debido a una trampa de los *gorgios*, o que él la había seducido en el templo una tarde de tormenta.

Al menos con Amy, Michael revelaba una ternura que contrastaba con su habitual y despiadado atractivo. Vivien se preguntaba si, tras la muerte de su adorada esposa, él podría volver a mirar a una mujer con cariño. Ella percibía un fuego en su interior, pero un fuego que hacía tiempo se había convertido en frías cenizas. ¿Acaso quedaban aún algunas ascuas que podrían volverse a encender? ¿Y por qué motivo ella se sentía compelida a descubrirlo?

-No estés tan ansiosa, mi querida. Esta noche serás la más guapa de la fiesta.

Vivien pestañeó al ver la cara amable de Lady Stokeford surcada por sus finas arrugas. En un arranque de cariño, abrazó a la noble viuda, inhalando su aroma a lavanda.

-Milady, estoy muy complacida de conocer a sus amigos y vecinos. En su delicado rostro floreció una amplia sonrisa.

-El placer será mío cuando ellos vean lo encantadora que eres. Después de todo, para eso has estado practicando con mi nieto durante los últimos quince días.

-Y con un éxito impresionante -añadió con una sonrisa de complicidad Lady Enid-. Caray, a juzgar por lo atento que se ha mostrado contigo, es obvio que te considera una verdadera dama, digna del cortejo de un caballero.

Vivien apretó sus labios para no decir que él solo pretendía seducirla. La lujuria no era la reacción que los Pimpollos de Rosa pretendían que ella inspirara en los hombres. Ellas deseaban que escogiera un marido de su mundo *gorgio*. Habían estado alborotando a su alrededor durante horas, indicándole a la criada cómo tenía que rizar sus cabellos, decidiendo qué fragancia echar en el agua de su baño, discutiendo minuciosamente qué ropa interior debería llevar.

Vivien no se había atrevido a arruinarles la diversión. Ellas no debían saber que estaba contando los días que faltaban, exactamente veintiuno, para volver con sus padres y abandonar definitivamente a los *gorgios*.

Sin embargo, una mezcla confusa de excitación y aprehensión se había alojado en su pecho. Las palmas de sus manos estaban heladas dentro de sus guantes de seda. A decir verdad, se sentía más nerviosa por el hecho de ver a Michael en su fastuoso mundo que por tener que enfrentarse a un salón lleno de extraños y altivos aristócratas. ¿La encontraría hermosa?

Su opinión no tenía ninguna importancia, se dijo. Era un lord orgulloso, con demasiada confianza en su propia superioridad. No obstante, estudió su reflejo en el espejo, arreglando su sencillo traje de muselina blanca con un modesto escote y mangas cortas. Se sentía medio desnuda sin los brazaletes de oro que normalmente adornaban sus brazos.

-¿No me falta algo? -preguntó-. ¿No podría ponerme mis brazaletes?

-Puedes estar segura de que estás preciosa tal como estás -dijo en un tono reconfortante Lady Stokeford-. Eres la perfecta debutante. -El blanco es el color de la pureza -comentó Lady Faversham-. Es adecuado para las jovencitas inocentes.

-Por Dios, estás espléndida -añadió Lady Enid, colocando sus manos sobre su enorme corpiño verde. Y luego, codeando ligeramente a Lady Faversham continuó-. Aunque es una vergüenza que hayas escondido el pote de colorete, Olivia.

Apoyándose sobre su bastón, Lady Faversham se puso de pie, alta y magnífica con su vestido de seda gris.

-Vivien es demasiado joven para usar colorete -manifestó en un tono severo-. Y no hay nada más que hablar.

-Vivien tiene exactamente la misma edad que teníamos entonces -comentó Lady Stokeford, mientras sus ojos azules bailaban de júbilo-. Pero, por supuesto, nos inclinamos ante tu sabiduría.

Y mientras guiñaba un ojo a los otros Pimpollos de Rosa, las tres compartieron una intensa y secreta mirada. Lady Enid se rió, ocultándose detrás de una de sus manos regordetas, e incluso la adusta Lady Faversham se permitió una breve sonrisa.

Sin comprender cuál era la broma, Vivien afirmó:

-No me gustan los cosméticos. Las gitanas no usan trucos para resaltar su belleza.

Lady Faversham golpeó con su bastón en el suelo.

-No debes hablar de los gitanos esta noche. No es de buena educación.

Vivien se irritó y, por una vez, no fue capaz de mantener la boca cerrada.

-No me avergüenzo de mi pasado -expresó con la voz ahogada por la emoción-. Ni tampoco de mi madre ni de mi padre, que me han educado correctamente. Si esperan que reniegue de ellos, es evidente que no lo haré.

-Por supuesto que no, mi querida. -Lady Stokeford echó a la condesa una mirada de advertencia.- Olivia solo quiere decir que no tendría ningún sentido provocar el desdén de las personas de mente estrecha.

-Tampoco estoy dispuesta a decir mentiras -insistió Vivien de una forma inflexible-. Si alguien me hace alguna pregunta, contestaré con absoluta sinceridad.

-Sin embargo, estoy segura de que eres lo suficientemente lista como para desviar la conversación hacia otros temas -manifestó Lady Enid.

-Vivien puede desenvolverse correctamente en cualquier circunstancia. Es un diamante de primera calidad. -La noble viuda dejó caer su mano, que parecía un pájaro, sobre el nido del brazo de Vivien.- Venga, no debemos hacer esperar a tus futuros admiradores.

Vivien se miró por última vez en el espejo. ¿Qué pensarían su *dado* y su *dye* si la vieran vestida con esa ropa tan elegante? ¿Dónde estarían ellos en ese momento? ¿La echarían de menos tanto como ella?

Dominando su melancolía, respiró profundamente para armarse de coraje Había llegado el momento. Debía presentarse ante la exclusiva sociedad de los *gorgios*. Tenía que esforzarse y ofrecer lo mejor de sí misma para ganar esas doscientas guineas de oro.

Al abandonar sus nuevos aposentos, Vivien miró a su alrededor con vivo interés. Una extravagante cantidad de velas parpadeaban en los apliques que había en las paredes. Algunos invitados caminaban delante de ellas. Miró maravillada los elegantes paneles de roble que revestían las paredes, la mullida alfombra de felpa y el laberinto de corredores, escaleras y habitaciones. Ciento veinte habitaciones, había dicho Michael. Le perturbaba pensar que un solo hombre disfrutara de semejante esplendor.

Llegaron a la gran escalera de caracol que conducía al enorme vestíbulo con sus arcos de piedra labrada. El elevado cielo raso y los intrincados relieves de Stokeford Abbey siempre le habían inspirado una especie de respeto reverencial, como si estuvieran entrando en una iglesia. Aquella noche imperaba en la casa la atmósfera alegre de una celebración.

Abajo, en el vestíbulo, había enormes jarrones de rosas de distintos colores sobre cada una de las mesas. La araña de cristal estaba repleta de velas que arrojaban una luz brillante sobre los invitados que conversaban y circulaban por el salón. Los criados, vestidos con libreas de color carmesí, esperaban atentos junto a la enorme puerta de la entrada. La mágica sensación de ser la

princesa de un cuento de hadas envolvió a Vivien. Sintió un vehemente y traidor deseo de ser el centro de atención y despertar fantásticos sonidos y suspiros. Su corazón parecía querer remontar vuelo, como las voces que se elevaban hacia el cielo raso, y la cadencia distante de la música reclamó su espíritu salvaje. Bailar era una tradición entre las mujeres gitanas, aunque ellas bailaban de una forma mucho más desenfrenada, muy diferente a los sobrios pasos que había aprendido de los Pimpollos de Rosa.

-Oh, adoro las fiestas -dijo Lady Enid, mientras su sonrisa formaba hoyuelos en sus mejillas-. Juro que mi corazón está latiendo aceleradamente.

-Harriet Althorpe se sentiría orgullosa, ¿no os parece? -susurró Lady Stokeford, mientras sus dedos pequeños rozaban el brazo de Vivien-. Debo confesar que me da vueltas la cabeza de solo pensar que finalmente conseguiremos que nuestro plan sea un éxito.

-Será mejor que tengáis cuidado, o de lo contrario ambas os derretiréis -exclamó secamente Lady Faversham-. Supongo que no deseáis arruinar la gran entrada de Vivien.

Se deslizaban por las amplias escaleras de mármol y Vivien tuvo que concentrarse para no tropezar con aquellos delicados zapatos *gorgio*. Cogiéndose de la barandilla de hierro forjado, vio a los resplandecientes caballeros ataviados con sus trajes formales y a las damas vestidas de todos colores, desde el amarillo pálido hasta el musgo. Mientras conversaban en pequeños e íntimos grupos, ella los miraba boquiabierta, absolutamente fascinada.

Luego, cuando estaba en la mitad de las escalera, todo el mundo se giró para mirarla.

El barullo de la conversación se transformó en un ligero rumor. Los caballeros la miraban fijamente con un atrevido interés. Las damas murmuraban detrás de sus abanicos. Ella sabía que era para ellos simplemente una curiosidad. Una gitana advenediza que osaba entrar en su mundo superior.

Vivien mantuvo su cabeza en alto. No estaba dispuesta a permitir que su intolerancia arruinara su diversión. Buscó el cuerpo robusto y el cabello oscuro de Michael entre la muchedumbre.

-Está allí -susurró junto a su oído Lady Stokeford cuando llegaban al último escalón-. Junto a la puerta que da a la sala.

Vivien no pudo evitar sonrojarse.

-¿Quién?

La noble viuda de cabellos blancos la miró de un modo perspicaz.

-Mi nieto, por supuesto. Míralo. ¿Acaso no es el hombre más guapo que hayas visto jamás?

Vivien dirigió su mirada hacia el salón y la impresión que le produjo su belleza masculina alteró sus sentidos. Estaba deslumbrante, vestido con un chaleco color peltre con botones de plata, una chaqueta y unos pantalones gris marengo y un corbatín blanco como la nieve. Hablaba con un grupo de invitados y, al ver su hermosa sonrisa, Vivien sintió un sofoco. No era solo su fino garbo lo que hacía que destacara como un rey entre sus súbditos. Michael tenía... encanto. Ella podía sentirlo, la atraía como un imán.

-¿Quién es ella? -preguntó Lady Faversham.

-Caramba, es Lady Katherine Westbrook -anunció Lady Enid, mirándola a través de sus impertinentes.

-Su querida -susurró bruscamente Lady Stokeford-. ¡Cómo se atreve a traerla aquí!

Perpleja, Vivien miró fijamente a la mujer que se colgaba del brazo de Michael. Aquella dama de modales remilgados llevaba un vestido de seda rosa con un escote que revelaba demasiado. Sonriéndole, deslizaba sus dedos por encima de su manga como si deseara comunicar a todos los presentes que él le pertenecía.

Tenía una amante. No debería extrañarse, puesto que sabía que él era un sinvergüenza que se entregaba a todo tipo de perversidades en Londres. No obstante, la furia le revolvió el estómago como si fuera una serpiente esperando para atacar.

-¡Cielos! -continuó murmurando Lady Enid-. Jamás olvidaré el escándalo que montó hace una década, cuando se casó con el Barón Gibbons, él tenía noventa y dos años y ella solamente

dieciocho. Él murió seis meses más tarde y ella se convirtió en una rica viuda. Desde entonces ha sido... -Echó una mirada a Vivien.- la favorita de los caballeros.

Lucy frunció la boca.

-Esa descarada bruja no estaba en mi lista de invitados.

-Quizás la haya invitado tu nieto -dijo Lady Faversham con una voz ronca que indicaba su desaprobación.

La viuda aristócrata arqueó una de sus delgadas y blancas cejas. -Pronto lo descubriremos. -Y a continuación se dirigió directamente hacia Michael.

Ardiendo de ira, Vivien se apresuró a seguir a la marquesa. No podía permitir que ese desgraciado presumiera de sus mujeres. Conseguiría estropear la noche que su abuela había planeado durante semanas.

Algunos invitados miraron con curiosidad a Vivien mientras pasaba junto ellos.

-La gitana -murmuró una de las damas en un tono de voz lo suficientemente alto como para que pudiera escucharla.

Vivien echó el mal de ojo a un par de damas chismosas, que se callaron rápidamente. No tenía ninguna intención de mostrarse tolerante con sus comentarios prejuiciosos, ni tampoco con los arrogantes lores que hacían alarde de sus pecados. Solo le preocupaba Lady Stokeford.

Vivien la alcanzó en el preciso momento en que una sonora carcajada estallaba en el grupo donde estaba el marqués. Lady Stokeford aminoró su paso y, esbozando una sonrisa, se unió al grupo.

-Buenas noches -dijo-, confío en que mi nieto se esté comportando correctamente.

Los caballeros se inclinaron ante ella.

-Ya lo creo, milady -respondió un dandi completamente vestido de verde, que llevaba un chaleco con unos enormes botones de oro-. Es un modelo de educación.

-Efectivamente -agregó un hombre delgado con una mata de lujuriosos rizos castaños, mientras levantaba su copa de vino a modo de saludo-. Es un impecable anfitrión.

Michael sonrió.

-Si hubierais dicho otra cosa, me hubiera encargado de golpear vuestras cabezas una contra otra.

Con la gracia de una serpiente, Lady Katherine se inclinó en una profunda reverencia, la luz de las velas brilló sobre la delicada curva de su cuello. -Si me permite el atrevimiento, milady, Michael siempre es un perfecto caballero.

Es aún más hermosa de cerca, pensó Vivien, consciente de una creciente presión en el pecho que amenazaba con ahogarla. Pequeña y frágil aquella mujer de cabellos dorados emanaba un aura de innata altivez Su collar de diamantes y rubíes resplandecía a la luz de las velas y un anillo de diamantes destellaba en su mano. Exactamente el tipo de mujer que le gustaba a Michael: sofisticada, refinada y mundana.

La intimidad que Vivien percibió entre ellos la hizo sentir como una intrusa. Sintió una cólera desenfrenada al imaginar a Michael acostado con esa mujer, su cuerpo tenso y masculino, sus labios besando su boca. Cerró sus dedos para aplacar el feroz impulso de arrojar a Katherine al canal más cercano.

Luego, con gran sorpresa, advirtió que Michael la estaba mirando. Con sus ojos azules entrecerrados, observaba su sencillo vestido blanco como si la estuviera comparando con su hermosa querida. Vivien sintió ganas de escupirlos a los dos. Sin embargo, no podía arriesgarse a perder su posición en la casa, de modo que hizo una reverencia mientras le devolvía la mirada, en un gesto que parecía querer desafiarlo a encontrar en ella algún fallo.

Con una lánguida elegancia, Michael se ocupó de las presentaciones. -Abuela, señorita Thorne, esta es Lady Katherine Westbrook.

La rubia dama miró a Vivien de un modo frío y desdeñoso, luego su expresión se dulcificó para dirigirse a la aristócrata.

-Es un placer conocerla, milady. Espero que no le importe mi intrusión. Mi prima me ha invitado a asistir a la reunión con ella. Lady Stokeford sonrió educadamente, aunque sus ojos eran dos trozos de hielo.

-¿Su prima?

-Así es, milady. Hillary, la Duquesa de Covington.

La habitación pareció inclinarse y temblar. Un viento gélido abofeteó a Vivien, congelándola hasta la médula. Ese nombre representaba para ella todas las crueldades y las injusticias de los *gorgios*.

El año anterior, mientras cruzaba las propiedades del Duque de Covington, su padre había quedado atrapado entre los afilados dientes de una trampa.

Capítulo 15

Cicatrices Ocultas

Ah. Hillary -dijo Lady Stokeford mientras su sonrisa reflejaba sutilmente cierto cálculo-. La anfitriona más importante de -Ala alta sociedad.

-Hace un momento estaba hablando con Lord Effinghham en el salón. -Lady Katherine señaló con su cabeza hacia la puerta-. Aquí llega.

Una mujer joven, bastante corpulenta y con la cabeza llena de elaborados rizos castaños, se abría paso hacia ellos. Vestida con un traje de noche de crépe color lila lleno de volantes, llevaba un pequeño y gordo perro blanco en el pliegue de su brazo. La duquesa caminaba con la nariz en alto, saludando de vez en cuando a alguno de los invitados con un leve movimiento de su cara, como si fuera una reina paseando entre sus súbditos.

Vivien sintió que su cabeza estaba a punto de estallar. Tuvo deseos de abalanzarse sobre la duquesa en un ataque de furia para someterla a una crueldad que fuera equivalente al sufrimiento que había padecido su padre. Justo a tiempo, prevaleció la prudencia. Si denunciaba a una duquesa perdería su posición en la casa: y también la promesa de doscientas guineas de oro.

Lady Stokeford se inclinó para hacer una reverencia, tal como correspondía, pero la duquesa la detuvo haciendo un gesto imperioso con la mano.

-Mi querida Lucy -exclamó en un tono condescendiente-. No es necesario que se incline usted ante mí en su propia casa. O mejor dicho, en la casa de su nieto.

-Nos honra usted con su presencia, excelencia -murmuró Lady Stokeford. Y dando un paso atrás continuó-. Me complace presentarle a mi muy estimada pupila y dama de compañía, la señorita Thorne.

Vivien sintió que sus piernas eran de madera. Se quedó de pie, rígida, mientras sus dedos arrugaban los suaves pliegues de su falda. Jamás hubiera esperado encontrarse frente a frente con la esposa del aristócrata que había ordenado colocar una trampa en sus propiedades como si un gitano intruso fuera lo mismo que un animal salvaje.

Acariciando al perro que tenía en los brazos, la duquesa miró a Vivien de arriba a abajo con altivez.

-De modo que esta es la muchacha gitana.

-Su madre fue la institutriz de mis nietos durante diez años -afirmó suavemente Lady Stokeford-. Harriet Althorpe tenía un linaje impecable. Los Althorpe de Yorkshire. Toda la familia de Vivien ha fallecido, de modo que yo me ocupo de amadrinarla.

Su Excelencia hizo una mueca con la boca, que tenía una sorprendente semejanza con el hocico de su perro.

-Diga usted algo, señorita...

-¿Dónde está su marido? -espetó Vivien, con un tono de voz seco y áspero-. ¿Está él aquí?

La duquesa parpadeó.

-No, se ha quedado en Londres. ¿Por qué lo pregunta?

Vivien no se fiaba de sí misma para responder educadamente, de manera que decidió permanecer en silencio.

Mirando a Vivien con una expresión de perplejidad, Lady Stokeford exclamó:

-Le ruego la perdone, Hillary, nunca ha visto a un duque. Esta es una noche muy emocionante para Vivien, conocerá a los miembros más ilustres de la alta sociedad y asumirá el lugar que le corresponde entre nosotros. Ahora, usted y Lady Katherine tienen que contarme los últimos chismes de Londres. He escuchado que Montcrieff ha desposado a la hija de un comerciante de carbón. Theodora Blatt.

Mientras las tres mujeres comentaban el escandaloso acontecimiento, Vivien se sintió aliviada de no ser el centro de atención. Los últimos restos de la impresión que le había causado aquel

encuentro se fundieron bajo el fuego de su ira. Si el duque hubiera estado presente, no sabía qué era lo que hubiera sido capaz de hacer. Ya le resultaba terrible tener que aceptar que durante toda una semana tendría que vivir bajo el mismo techo que la duquesa.

Una mano le tocó el brazo. Levantó la mirada y encontró a Michael que la miraba con cara de preocupación. Había estado tan pendiente de su intensa agitación que se había olvidado de su presencia.

-Está usted pálida -dijo con un tono de voz muy bajo-. ¿Se encuentra mal?

Se sentía enferma de solo pensar que su querida era la prima de la duquesa de Covington.

-Me encuentro perfectamente.

Él no retiró los dedos de su brazo, su carne firme y cálida se apoyaba sobre su piel desnuda.

-No es verdad. Hace un momento, parecía que hubiera visto usted a un fantasma.

-Estoy abrumada por todas las joyas que hay aquí -susurró-. Esto es el paraíso de un ladrón.

Como era de esperar, Michael arrugó el entrecejo.

-Espero que no se le ocurra ninguna idea disparatada. Si falta un solo anillo de oro, todos la culparán a usted.

-Y usted será el primero en señalarme con el dedo -replicó ella. Él no tuvo tiempo de contestarle porque Lady Katherine se deslizó hasta su lado y le susurró algo al oído apoyando su generoso pecho sobre su brazo. Por un momento, Michael le dedicó toda su atención, luego se inclinó ante su abuela y la duquesa, diciendo:

-Les ruego nos disculpen, señoras, he prometido a Katherine que le mostraría la casa.

Lady Stokeford lo miró con una expresión furibunda.

-No deberías abandonar a tus invitados.

-Ni tampoco ignorar una promesa.

Mientras se alejaban, Michael lanzó a Vivien una mirada penetrante, una mirada que ella no comprendió. Era evidente que el bribón se inclinaba por una presa más fácil. Lady Katherine estaría absolutamente dispuesta a dejarse llevar hasta su cama. ¡Esos dos estaban hechos el uno para el otro!

Vivien se tragó su amargura como si fuera una dosis de una medicina con mal sabor. Ella no volvería a anhelar su compañía. Lo trataría de acuerdo con lo que era: un lord *gorgio* amoral y arrogante.

Fuera de su alcance.

La Duquesa de Covington se alejó, sin duda para honrar a alguna otra alma afortunada con su altiva presencia.

-Gracias a Dios, hemos solucionado este contratiempo -dijo en voz baja Lady Stokeford-. Y en cuanto a mi díscolo nieto, debes despertar sus celos seduciendo a otros caballeros. -Antes de que Vivien pudiera protestar, la noble viuda le presentó a varios invitados.

-Oh, una rosa entre las malas hierbas, cuyo nombre es Thorne[1] -declaró Sir George Rampling, el hombre vestido de verde cuyos ojos marrones brillaban con fervor-. Estoy impresionado, señorita, su belleza me ha dejado sin habla.

-Entonces, cállate -exclamó Lord Alfred Yarborough. Al adelantarse para besar la mano de Vivien, sus hermosos rizos se bambolearon-. Es como si hubiera salido usted de un sueño, señorita Thorne. ¿Dónde ha estado usted durante toda mi vida?

[1] Juego de palabras entre dos términos de igual pronunciación: Thorne y Thorn, que en inglés significa espina. (N. de la T.).

Con gran esfuerzo, Vivien se concentró en su objetivo de complacer a Lady Stokeford. No debía pensar en ninguna otra cosa. Obligándose a sonreír con coquetería, retiró su mano y respondió:

-Un poco por aquí y otro poco por allí.

-¿De verdad? -manifestó Sir George arrastrando las palabras-. ¿Y qué quiere decir «por aquí y por allí»? ¿Cuál considera usted que es su hogar?

Por el brillo de sus ojos atentos y curiosos, Vivien descubrió que había escuchado los rumores. -Inglaterra es mi hogar. El mayor reino del mundo.

Sonriente, Lady Stokeford aplaudió con sus manos enguantadas. -Una excelente respuesta, mi querida. Y ustedes, caballeros, también deberían celebrar su patriotismo.

Una calurosa ovación masculina irrumpió en el ambiente. -¡Un aplauso para ella!

Atraídos por el alboroto, otros invitados se acercaron al grupo. Lord Alfred cogió la mano de Vivien y la besó reverentemente. -Usted, señorita Thorne, es realmente única. Todas las otras debutantes de la temporada palidecerían en su presencia. No son nada más que tontas y tediosas jovencitas.

-Caramba, Alfred, me siento completamente abatida -dijo una voz femenina desde detrás de Vivien-. Me dedicó usted las misma, palabras el año pasado.

Una hermosa muchacha con una abundante melena castaña y ojos color verde hoja se acercó al grupo, entre los susurros de su vestido amarillo con mangas largas. Sus facciones angulosas expresaron un vivo interés mientras estudiaba detenidamente a los caballeros y sonreía con desenfado a Vivien.

-Ah, mi querida ahijada, ¡qué enorme placer verte! -exclamó Lady Stokeford acercándose para besar a la recién llegada en la mejilla-. Quiero presentarte a mi pupila y dama de compañía, la señorita Vivien Thorne. Vivien, esta es la nieta de Enid, Lady Charlotte Quinton. -Es un honor para mí conocerla -afirmó Vivien, detectando un parecido con Lady Enid en la sonrisa pícara de Charlotte-. Aprecio mucho a su abuela. Es una mujer muy amable.

-El honor es mío -respondió Charlotte-. Y el deshonor corresponderá a Lord Alfred si no es capaz de apaciguar mi indignación.

-Mi estimada Lady Charlotte -expresó Alfred, haciendo una reverencia-. No puedo haberle dicho lo mismo a usted. No soy tan aburrido como para repetirme.

-¿Entonces debo entender que no piensa usted que yo también soy única? -le preguntó al tiempo que le guiñaba un ojo a Vivien a hurtadillas-. ¿Acaso no soy mejor que todas esas tontas y tediosas jovencitas?

-Caramba, por supuesto que es usted diferente -respondió el lord con petulancia-. Lo que sucede es que... su atractivo es sencillamente único. Igual que el de la señorita Thorne.

-Bien, Vivien -continuó Charlotte-. ¿Crees que debemos sentirnos satisfechas?

Vivien simpatizó de inmediato con aquella muchacha.

-Creo que debería decir cuál de las dos es mejor.

-Una idea muy acertada. -Charlotte dirigió al joven dandi una mirada maliciosa.- Alfred, estamos esperando su decisión.

Con la frente brillante debido al sudor, Alfred jugueteaba con el encaje de los puños de su camisa.

-Jamás podría tomar esa decisión -manifestó-. Sería imposible elegir entre dos rosas tan esplendorosas y deslumbrantes...

-Bien, si no puede decidirse -lo interrumpió Charlotte-, entonces no tiene ningún sentido que nos quedemos aquí. Le ruego nos disculpe, Lady Stokeford.

La noble viuda le sonrió con cariño.

-Adelante, mis queridas, espero que os divirtáis. Yo debo ocuparme de los preparativos de la cena.

Dejando a Alfred boquiabierto, Charlotte rodeó con su brazo el de Vivien *y* ambas se alejaron a través del salón.

-Qué aburridos pueden ser los hombres -dijo Charlotte-. Deben creer que somos tan bobas como para creer sus halagos.

Vivien sonrió.

-Los hombres son iguales en todas partes, se creen superiores. Sin embargo, aunque el gallo cante, es la gallina la que pone los huevos.

Charlotte soltó una carcajada.

-Eres realmente original. Creo que seremos muy buenas amigas. ¿Qué me dices?

Vivien nunca había tenido una *tésorthene,* una amiga del alma. Últimamente no se había relacionado demasiado con las muchachas gitanas, que solo se preocupaban por hacer las tareas domésticas y conseguir un marido. Sin embargo, en el transcurso de unos pocos minutos había sentido mucha afinidad con Charlotte, quizás porque ambas estaban vinculadas con los Pimpollos de Rosa.

-Me encantaría -respondió Vivien.

-Entonces vamos a encontrar un lugar tranquilo en el que podamos conocernos mejor.

Charlotte la condujo a través de la muchedumbre que se arremolinaba en el salón, en donde los músicos entretenían a la concurrencia. Atravesando un corredor desconocido, desembocaron en una gran estancia desierta. Silencioso y en penumbras, el recinto tenía unos enormes ventanales con forma de arco, varias filas de bancos de roble macizo y labrado y unas gruesas velas parpadeaban en la oscuridad.

Charlotte se acomodó en uno de los bancos y apoyó la espalda contra el respaldo.

-¡Ah, qué paz! -dijo, mientras su voz retumbaba en aquella estancia-. Este es uno de mis lugares favoritos de Stokeford Abbey.

-La capilla -murmuró Vivien, sentándose junto a ella y mirando a su alrededor con interés-. Aquí debe ser donde la madre de Michael venía a rezar.

Charlotte hizo una mueca y comentó:

-La marquesa, con sus libros de oraciones y salmos, era una persona peculiar. Sin embargo, mi aprecio por esta capilla es más bien seglar. Me gusta el fausto de los bautizos y de las bodas, los servicios de Semana Santa y de Navidad. -Miró a Vivien de un modo extrañamente penetrante.- Michael y Grace se casaron aquí, como ya sabes. -¡Qué gloriosa celebración!

El corazón de Vivien comenzó a palpitar rápidamente y sucumbió a una mórbida curiosidad.

-¿Conocías a Lady Grace? ¿Era hermosa?

-Como un ángel. Desde entonces, Michael siempre ha preferido a las rubias primorosas. ¿Te has dado cuenta con qué rapidez desapareció con Katherine?

Consciente de que en su corazón había un vacío que le producía dolor, Vivien luchó por mantener una expresión de serenidad.

-Pretendía mostrarle la casa.

-En especial, los dormitorios -sonriendo con picardía, le. preguntó-. ¿Te escandalizo?

-Sí -admitió Vivien-. No me gusta la moral laxa de los nobles ingleses. Las jóvenes deben ser castas, los hombres y las mujeres mayores pueden obtener el placer como deseen.

-Estoy de acuerdo. Oh, cómo desearía haber nacido hombre. A Dom le dan permiso para viajar por todo el continente: Roma, Atenas, París, -Charlotte hizo un mohín con su labio inferior.- Mientras yo languidezco en casa con mis cuatro hermanas y hermanos que aún son demasiado pequeños.

Vivien percibió una profunda amargura. -¿Quién es Dom?

-Mi hermano pequeño, Dominic. Yo tengo veintitrés años y él tiene veintiuno, sin embargo, nadie le dice que se quedará para vestir santos.

-¿Santos, qué santos?

Con una sonrisa cristalina Charlotte ladeó la cabeza y estudió a Vivien.

-Es una expresión que significa vieja solterona. Tú eres nueva en la sociedad, ¿verdad?

-Muy nueva.

-Perdona mi atrevimiento, pero, ¿es verdad que te criaron los gitanos?

Vivien sabía que era capaz de cambiar inteligentemente de tema. Pero le disgustaba ocultar la verdad.

-Me entregaron a los gitanos cuando era un bebé. *Miro dado* y *miro dye...* -se detuvo, con el corazón acongojado-… mi padre y mi madre son personas maravillosas que se han portado muy bien conmigo y los echo mucho de menos.

-¿Y quiénes son tus verdaderos padres? -preguntó Charlotte inclinándose hacia ella, sus ojos verdes atentos e inquisidores-. ¿A caso eres la media hermana de Michael?

Vivien se sobresaltó, sorprendida.

-¡Oh no! ¡Claro que no! Soy la hija de una dama que trabajó como institutriz en casa de Lady Stokeford. Se llamaba Harriet Althorpe.

-¿Y tu padre? ¿Quién es él?

-No losé -respondió Vivien con violencia-. Y no quiero saberlo. Me arrancó de los brazos de mi madre y lo maldigo por eso.

-Vaya drama que te ha tocado vivir. -Sus adorables facciones expresaron algo semejante a la envidia. Charlotte se echó hacia atrás mientras su esbelto brazo se deslizaba sobre el respaldo del banco.- La vida entre los gitanos debe ser salvaje y diferente. ¿Por qué motivo renunciaste a toda esa libertad para vivir confinada en la alta sociedad?

Porque, de lo contrario, hubiera tenido que casarme con Janus por su dinero.

-Nosotras, las mujeres gitanas, no somos más libres que las damas *gorgio* -dijo con precaución.

-¿Nosotras? Hablas como si todavía fueras una de ellas. ¿Volverás pronto con los gitanos?

Vivien se limitó a encogerse de hombros evasivamente.

-Me gustaría. Echo de menos los viajes, conocer nuevos lugares, dormir bajo las estrellas. Pero sobre todo, añoro a mis padres.

-Pero los Pimpollos de Rosa quieren que te cases. Han decidido darte una dote.

-¿Qué es lo que dices?

-¿No lo sabías? Cada una de ellas contribuye con mil libras.

-Mil... tres mil... -Perpleja, Vivien intentó asimilar lo que escuchaba. Durante un momento, se debatió entre la incredulidad y el entusiasmo: podría ofrecer semejante riqueza a sus padres. Luego se sintió contrariada. ¡Ni siquiera por una enorme fortuna podría casarse con un *gorgio*!- Michael se pondrá furioso.

El interés agudizó los rasgos de Charlotte. -¿Michael?

-Él ya piensa que soy una ladrona -dijo Vivien acaloradamente-. Piensa que ninguno de los gitanos es digno de confianza.

-¡Qué desgraciado! Eso explica por qué te miraba tan atentamente cuando bajabas las escaleras.

Vivien sintió la boca seca. ¿Michael la había estado mirando?

Charlotte la observaba ligeramente tensa, aunque empeñada en ocultarlo. Luego cambió de tema rápidamente.

-¿Quieres decirme la buena fortuna?

Vivien sabía que Michael despreciaba esos engaños. Al demonio con él.

-Si quieres. Muéstrame la palma de tu mano.

Charlotte se quitó lentamente el guante y Vivien se acercó a ella, preguntándose qué es lo que querría escuchar aquella impetuosa y despreocupada muchacha. Pero cuando se inclinaba para mirar su mano, se quedó paralizada. Una gran cantidad de blancas y retorcidas cicatrices cubrían la piel de la palma y los dedos de su mano. La carne llena de espantosos surcos y caballones se extendía hacia la muñeca y desaparecía debajo de la manga.

-Oh, Charlotte -susurró mientras miraba con compasión el rostro de la muchacha-. ¿Qué te ha pasado?

Charlotte la miró a su vez con absoluta serenidad

-Me quemé el brazo derecho en un incendio cuando tenía trece años. Fea, ¿verdad? Los que más se horrorizan son los posibles pretendientes.

Vivien percibió un dolor amargo en su mirada. Aunque se imaginó que Charlotte no aceptaba la compasión, su corazón sintió pena por ella. No cabía duda de que jamás se casaría. Los hombres se sentirían atraídos por la belleza vivaz de Charlotte, para luego sentir repulsión por sus cicatrices.

¿Pero por qué Charlotte se las había mostrado? ¿Acaso usaba su desfiguración para determinar quiénes eran sus verdaderos amigos? -Dame la otra mano -le pidió Vivien, pensando que era mejor seguirle el juego en vez de expresar su compasión-. Te leeré la otra palma.

Charlotte la observaba con una comprensible desconfianza. Luego, mientras se quitaba el otro guante y le extendía una mano delicada y perfecta, una profunda voz masculina retumbó dentro de la capilla.

-De modo que aquí está la diversión. ¿Puedo ser el siguiente en la cola de la gitana adivina?

Capítulo 16

Vurma

Vivien se giró en su asiento y descubrió a un extraño alto y desgarbado junto al arco de piedra de la entrada.

Charlotte, asombrada, dio un grito ahogado y buscó su guante, colocándoselo rápidamente.

-¡Brandon! ¿Qué estás haciendo aquí? Estoy segura de que no estás invitado.

-Vivo para atormentarte, Char.

Entró con aire despreocupado a la capilla. Era un hombre larguirucho de alrededor de treinta años, que se movía con una elegancia natural casi canina. Tenía facciones severas, su cabello era grueso y oscuro, y sus ojos grises estaban atentos como los de un lobo. Una fina cicatriz con la forma de una media luna, le estiraba una de las comisuras de la boca.

-Si Michael te encuentra aquí, te matará. -Charlotte lo miró con desdén.- Aunque, por supuesto, eso no sería una pérdida lamentable. Riéndose entre dientes, le respondió sin el menor rastro de preocupación.

-Agradezco mucho la advertencia. ¿Por qué no me presentas a tu encantadora amiga?

Charlotte vaciló y luego, mientras se ponía el otro guante, dijo: -La señorita Vivien Thorne, hasta hace poco perteneciente a la tribu de los gitanos. Vivien, este es Brandon, el miserable Conde de Faversham.

La fuerza de sus ojos penetrantes consiguió que Vivien se sintiera incómoda. Era el nieto de Lady Faversham, a quien ella había escrito una carta para comunicarle la presencia de Vivien en la casa de Lady Stokeford. Él no había tardado nada en contárselo a Michael.

Recordando los buenos modales, Vivien se puso de pie e hizo una reverencia.

-Es un placer para mí conocerlo, Lord Faversham. Su abuela me ha hablado de usted.

Él se inclinó ante ella con cierto sarcasmo.

-Me temo que no tenga una buena opinión de mí. Ella no aprueba las compañías que elijo.

¿Qué significará eso?, se preguntó Vivien.

-Estoy segura de que ella se alegrará mucho de verlo, de todos modos.

Charlotte permaneció sentada, con los brazos cruzados y aparentemente malhumorada.

-Haz el favor de no adularlo, Vivien. Solo conseguirás alimentar su presunción.

-No le preste ninguna atención, señorita Thorne. Charlotte carece absolutamente de educación. -Se detuvo al escuchar el sonido de una campana a la distancia.- La cena está lista. Date prisa, Charlotte, y encuentra al desafortunado que te habrán asignado como acompañante. Yo acompañaré a la señorita Thorne.

Charlotte lo miró con mala cara y, por un momento, pareció demasiado infantil a pesar de su sofisticación.

-Antes la dejaría con una cobra.

-Es la señorita Thorne quien debe decidir. -El conde avanzó hacia Vivien y la cogió del brazo.- ¿Le importa que la acompañe? Para mí será un honor.

Aunque la cicatriz le otorgaba un aspecto siniestro en medio de las titilantes sombras, no podía comportarse de un modo más caballeroso. Ella sentía una enorme curiosidad por conocer a todos los nietos de los Pimpollos de Rosa. Sin embargo, esperó un instante antes de responder, mirando a Charlotte algo confusa. Creía percibir una cierta atracción entre ella y Lord Faversham, aunque Charlotte no parecía estar muy dispuesta a admitirlo. ¿Acaso alguna vez él había retrocedido de espanto ante sus cicatrices? Seguramente no era así, dado que él mismo tenía una. -¿Por qué no nos acompaña usted a las dos? -sugirió Vivien.

-¿Este demonio? -gruñó Charlotte--. Harías muy bien en venir conmigo. Brandon es un conocido vividor y lo único que pretende es seducirte.

El conde se rió maliciosamente.

-Solo estás celosa porque jamás he demostrado un depravado interés por ti.

-Eres un imbécil engreído. Preferiría recibir las atenciones de una... rata de alcantarilla. -Y poniéndose bruscamente de pie, se dirigió hacia la puerta, donde se giró para hacer un último comentario antes de marcharse.- Vivien, te veré más tarde. -Y sacudiendo su falda amarilla, Charlotte desapareció tras la puerta de la capilla.

El conde permaneció de pie entre las sombras, arqueando una de sus cejas en una expresión de velado regocijo.

-No se preocupe por ella, señorita Thorne. Me temo que no hemos conseguido ponernos de acuerdo desde que éramos pequeños. Verá, Michael y yo nunca le permitíamos venir con nosotros cuando salíamos a remar en el lago o cuando espiábamos a los vecinos.

Ligeramente vacilante, Vivien se apoyó en el brazo que le ofrecía Lord Faversham. Sus músculos eran fuertes y fibrosos debajo de su suave chaqueta negra. Debía haber hecho caso de la animosidad que Charlotte sentía por él, pero una enorme curiosidad bullía en su interior.

-¿Usted y Michael eran amigos?

El conde la guió hacia la puerta en dirección al corredor.

-Cuando éramos niños, yo vivía a escasos cinco kilómetros de aquí.

-¿Y se veían con frecuencia?

-Todos los días, lloviera o saliera el sol. Ah, corrimos muchas aventuras juntos. En cierta ocasión, metimos un saco lleno de sapos en la iglesia del pueblo y los soltamos durante el servicio. Otra vez, nos escapamos y acampamos al raso durante un par de noches hasta que una partida de hombres nos encontró.

-Sus padres debieron de haberse puesto furiosos.

-Nuestros padres pasaban la temporada en Londres. Pero los Pimpollos de Rosa se aseguraron que recibiéramos nuestro justo merecido. Ninguno de los dos se pudo sentar durante toda una semana.

-Entonces, ¿qué es lo que pasó después? ¿Por qué Michael evita su compañía?

Lord Faversham se rió entre dientes. Su risa, que no presagiaba nada bueno, retumbó en el desierto corredor.

-En cierta ocasión discutimos por una mujer. Desde entonces todos los días cuando me miro al espejo, lo recuerdo. -Se acarició la curvada cicatriz que había junto a su boca.

Vivien se estremeció.

-¿Fue él?

-Nos batimos a duelo con espadas. Y él fue el primero que consiguió hacer brotar la sangre. -Mientras llegaban a un recodo del corredor, el conde aminoró su paso.- Ya está bien de hablar del pasado. Desearía oír algo sobre mi futuro gracias al delicado arte de la quiromancia.

Ella deseaba saber más sobre aquel duelo pero, al observar la dura expresión de su rostro, entendió que el tema estaba zanjado. -Michael me ha prohibido decir la buena fortuna.

-No tiene ninguna necesidad de enterarse. Además, cuando entré a la capilla, usted estaba leyendo la palma de la mano de Charlotte. -Usted nos interrumpió. Aún no le había dicho nada.

-Vamos, señorita Thorne, no me dé más excusas. Me gustaría conocer mi destino.

La condujo hacia una estancia que se encontraba cerca de las escaleras, en ella una lámpara arrojaba un suave resplandor sobre un pedestal que soportaba el busto de un romano muerto hacía muchos años. Después de un momento de vacilación, Vivien tomó la mano del conde entre las suyas, era pesada y cálida, Evidentemente, Lord Faversham no la hacía temblar y estremecerse como Michael. Se sentía un poco turbada, estaba tan cerca de él que podía sentir el intenso aroma de su colonia. Ella percibía algo peligroso en aquel conde, una especie de temeraria imprudencia que no terminaba de definir.

Abriendo completamente su mano, deslizó sus dedos sobre su gruesa piel. Podía sentir su mirada. Leer la buena fortuna era un simple artificio, deseaba confesar. Sin embargo, no debía divulgar los secretos de los gitanos.

-Tiene una línea de la vida muy larga -anunció, siguiendo su recorrido hasta la base del pulgar-. También creo que tiene capacidad para amar profundamente, aunque aún debe encontrar la felicidad en el amor. Cuando se case, vivirá una vida llena de satisfacciones.

No pensaba hacer ninguna predicción relacionada con las riquezas que ganaría en las mesas de juego ni con ningún otro egoísta deseo *gorgio*.

Faversham gruñó, parecía divertido y al mismo tiempo incrédulo.

-¿Y quién es la mujer que podría encadenarme?

-¿Encadenarle?

-Atraparme. Acabar con los despreocupados días de mi soltería. -Acercándose a ella, la observó detenidamente.- ¿Podría ser usted, señorita Thorne?

A Vivien se le revolvió el estómago. Recuperándose, miró nuevamente la palma de su mano, como si estuviera absolutamente concentrada.

-No, es alguien a quien conoce desde hace mucho tiempo. Su nombre es... Charlotte Quinton.

Él protestó y, rápido como un rayo, giró su mano y cerró sus dedos atrapando la mano de Vivien.

-Lo que creo es que usted está tratando de engatusarme.

La forma en que apretaba su mano le produjo dolor y Vivien percibió una oscuridad en él que la asustó.

-Déjeme -le ordenó.

-Muy bien, pero antes debe decirme algo -respondió él-. ¿Es usted el motivo por el que Michael se ha quedado aquí más de quince días?

-Él y su hija están visitando a su abuela.

-Es extraño porque casi nunca ha traído a la pequeña Amy antes de esta ocasión.

-Él prefiere vivir en Londres. Ahora, si me lo permite, desearía reunirme con los demás invitados para la cena.

Él continuó observándola con los ojos entornados, como si estuviera pensando, tramando algo o intentando descifrar un enigma. Bruscamente dijo:

-Vámonos. Será interesante observar la expresión de Michael cuando usted llegue tarde a la cena. Y en mi compañía.

Vivien también pensó que sería interesante. Disfrutaría de la oportunidad de herirle fingiendo estar fascinada por otro hombre.

Lord Faversham le soltó el brazo y deslizó su mano hacia el antebrazo de Vivien, mientras la invitaba a abandonar el recinto. Ella estaba a punto de preguntarle por qué había venido a Stokeford Abbey y por qué pretendía deliberadamente meterse en problemas. Fue entonces cuando vio a Michael caminando decididamente hacia ellos, seguido a corta distancia por la vieja Lady Faversham.

El corazón de Vivien dio un brinco. Cuando se detuvo para bloquearles el paso, el rostro de Michael revelaba su indignación. Sus ojos azules y glaciales dejaron de mirarla para enfrentarse al conde.

-¿Qué demonios está pasando aquí?

-Michael -dijo Faversham arrastrando las palabras-. Es un placer verte también a ti. Presumo que Charlotte te habrá dicho donde podías encontrarnos.

¿Será verdad?, se preguntó Vivien. ¿Acaso Charlotte estaba tan preocupada por ella?

-Su Excelencia tuvo la amabilidad de ofrecerse a acompañarme hasta el comedor -dijo rápidamente Vivien, con la esperanza de diluir la tensión-. Me encuentro perdida en esta casa tan enorme.

Michael le dirigió una mirada feroz antes de volver a mirar con dureza al conde.

-Quítale las manos de encima. Y luego, márchate.

Faversham no retiró su mano del brazo de Vivien.

-La señorita Thorne y yo disfrutábamos simplemente de una pequeña conversación. Imagino que no pretenderás dar a entender que entre nosotros ha sucedido algo indecoroso.

-La señorita Thorne es mi invitada. Y tú no lo eres.

-Eso no es muy amable de tu parte, viejo amigo. Quizás deberíamos dejar que la dama decidiera si debo quedarme o marcharme. Parecían dos perros gruñendo y mordiéndose mutuamente.

-Por favor, cállense -intervino Vivien con brusquedad, intentando liberarse-. No estoy dispuesta a formar parte de esta discusión.

Michael apretó sus puños.

-Quítale las manos de encima, Brandon. Ahora mismo.

Antes de que diera un paso adelante en actitud amenazadora, Lady Faversham llegó junto a ellos. Adelantándose a Michael, levantó su bastón y golpeó a su nieto en la espinilla.

-Brandon Villiers, ¡cómo te atreves a mancillar el honor de una muchacha inocente!

-¡Maldita...! -Lord Faversham se tragó la maldición y soltó a Vivien, agachándose para frotarse la pierna-. Por Dios, abuela. Ya no tengo diez años.

-¿De veras? -respondió ella con una mirada desafiante-. Tu conducta deja mucho que desear. A veces me pregunto dónde has aprendido esos modales.

Incorporándose hasta alcanzar su estatura, el conde respondió: -No hay ninguna ley que prohíba seducir a una dama. Puedes preguntarle a la señorita Thorne si me he comportado incorrectamente.

Vivien sacudió la cabeza.

-Solo estábamos hablando, milady. Y hasta hace unos pocos minutos. Lady Charlotte estaba con nosotros.

-Eso espero. -Lady Faversham dirigió entonces una mirada de desaprobación a Vivien.- Ha sido una tontería de tu parte abandonar la fiesta. Lucy ha estado muy preocupada.

Ninguna otra cosa podía haberle causado tanta preocupación. Levantando su falda, Vivien pasó rápidamente entre ellos.

-Entonces debo acudir rápidamente a su lado para tranquilizarla. Les ruego me disculpen.

Mientras corría a través del pasillo, unos fuertes pasos retumbaron detrás de ella. Michael la alcanzó y la cogió de un brazo. Su rostro adusto parecía cincelado en piedra.

-No debe usted deambular sola por mi casa -le ordenó severamente en voz baja-. La escoltaré hasta el comedor.

-Preferiría preguntarle a uno de los criados cómo llegar hasta allí.

-No -respondió él con firmeza-. Debe decirme qué es lo que Faversham quería de usted.

-Nuestra conversación era de carácter privado. No es de buena educación esperar que le cuente de qué hablábamos.

Sus dedos se cerraron sobre el brazo de Vivien.

-Si ha tenido algún tipo de acercamiento carnal le exijo que me lo diga.

-Ya le he dicho a usted toda la verdad. Que sus partes viriles se marchiten por no creerme.

Él la miró furioso unos instantes más, pero luego se echó a reír.

-Puedo asegurarle que mis partes viriles no están precisamente marchitas -su voz adquirió un tono suave, cremoso como la nata-. Y no cabe ninguna duda de que es usted la mujer más deseable que conozco.

Los latidos de su corazón se aceleraron nuevamente. Ella eludió su abrazo, aunque su cuerpo fuerte y masculino le produjo una gran inquietud,

-¿Y que ha pasado con su querida, Lady Katherine Westbrook?

Él se sonrió.

-¿Acaso está celosa?

-No tengo ningún interés en formar parte de un... triángulo amoroso.

-Si me invitara a su alcoba esta noche, le aseguro que. me olvidaría de todas las demás mujeres. Solo sería suyo.

Vivien ocultó su estúpido anhelo tras una expresión circunspecta. -Atrévase a traspasar mi umbral, señor marqués, y le cortaré la garganta.

-Es usted una fierecilla. -Michael parecía divertido con sus amenazas.- Venga, será mejor que se ocupe de cortar su carne en vez de cortar gargantas.

A través de la entrada en forma de arco llegó el murmullo de las voces. Mientras entraban en el formidable comedor, Vivien se olvidó de su animosidad impresionada por lo que vio. La araña arrojaba un tenue resplandor sobre la enorme y larga mesa cubierta por un mantel de lino blanco como la nieve, sobre la que había unos elegantes cubiertos de plata y una delicada porcelana. Los invitados conversaban y se reían educadamente y los criados deambulaban por el salón sirviendo vino en las copas de cristal. Aquella escena tan distinguida parecía haber salido de un sueño.

La condujo hacia una silla vacía que había entre dos mujeres de mediana edad, pero Lady Stokeford se apresuró a salir a su encuentro.

-Oh, aquí estás, mi querida Vivien, te he reservado un sitio a mi lado.

Cogió a Vivien por el brazo y juntas se dirigieron hacia el extremo opuesto de la mesa.

-Mi nieto puede ser muy autoritario en algunas ocasiones -comentó-, pero me alegra ver que os estáis entendiendo mucho mejor.

Vivien no quiso desilusionarla revelándole la verdad, de manera que aprovechó la oportunidad para introducir un tema más urgente. Inclinándose hacia Lady Stokeford, susurró:

-Charlotte me ha contado lo de la dote.

-Oh, esa muchacha es tan chismosa como Enid.

-Cien guineas por mes es más que suficiente -afirmó categóricamente Vivien-. No estoy dispuesta aceptar nada más.

-Creo que es admirable en ti, mi querida. -Con una sonrisa benevolente, le dio unas palmadas en la mano.- Pero no temas, simplemente estamos usando la dote como carnada.

-¿Como carnada?

-Para atraer a los hombres, por supuesto -sus ojos azules tenían una expresión alegre. La vieja dama agregó en voz baja-. Y si tú no quieres la dote, la cuestión es muy simple. Debes casarse con un aristócrata de fortuna que no la necesite.

Con ese escandaloso comentario, guió a Vivien hacia una silla situada a su derecha. El murmullo de la conversación y el sonido de las copas resonó en el comedor. Junto a Vivien estaba sentado un hombre de cara alargada -semejante a la de un zorro- y bigote al que Lady Stokeford presentó como el Vizconde Beldon. El caballero la miró de arriba a abajo con soberbia admiración y luego se dedicó a hacer una detallada descripción de los placeres de la vida de campo, mencionando que poseía una enorme finca en la que criaba perros de caza. Desde el otro lado de la mesa, la Duquesa de Covington la observaba con el ceño fruncido en señal de desaprobación.

Vivien tuvo que luchar consigo misma para no devolverle la mirada. A la Duquesa de Covington parecía disgustarle el hecho de tener que compartir la mesa con una gitana. O quizás estaba irritada ante la perspectiva de que Vivien se casara con uno de esos estúpidos caballeros gorgio.

Irritar a aquella mujer era su pequeña venganza y Vivien se regodeó en ella, mostrándose seductora y coqueta. Cuando dejó caer su servilleta al suelo, Lord Beldon estuvo a punto de volcar su plato de sopa en su prisa por recogerla. Era evidente que el muy tonto había escuchado hablar de la dote.

Debes casarte con un hombre rico. Ella nunca viviría en este exclusivo mundo *gorgio* en el que todos la mirarían siempre con desconfianza. Entonces, ¿por qué su mirada se dirigió al extremo más distante de la mesa, donde Michael hablaba y se reía con la hermosa Lady Katherine? ¿Por qué su corazón palpitaba por un hombre que nunca podría poseer?

-¿Por qué no entras? -le propuso Katherine-. La noche todavía es joven.

De pie junto a la puerta de su alcoba, Michael se sentía inquieto. El corredor estaba desierto. El resto de los invitados se habían reunido en el salón o se habían retirado a sus aposentos. Nadie se enteraría si disfrutaba de una cita con su querida. No obstante, la cogió por los brazos y la apartó de él.

-No, mientras Amy esté bajo el mismo techo.

Katherine arrugó los labios.

-¿Es por tu hija? Pero si tiene tres años...

-Cuatro -respondió Michael con brusquedad.

-Eso es, cuatro -se corrigió ella con serenidad-. Pero duerme en su alcoba. No hay ningún peligro de que nos encuentre juntos.

-Amy algunas veces tiene pesadillas y entonces acude a mí para que la consuele.

-Entonces no tienes por qué quedarte toda la noche. Por favor, cariño, solo por un rato.

Su invitación debería haberle resultado tentadora. Había pasado quince días sin estar con una mujer y debería aprovecharse de la buena disposición de Katherine. Especialmente, desde que Vivien...

Vivien. Le ardió la sangre de solo recordarla. Vestida con ese sencillo traje blanco y deslizándose por las escaleras con la inocencia de una debutante. Sin embargo, el atuendo de una dama no podía ocultar su verdadera naturaleza: su atrevida y oscura mirada, la forma desafiante de levantar su mentón y su aguda inteligencia, que le divertía y le disgustaba al mismo tiempo.

Apretando los dientes, prestó atención a la dama que tenía entre sus brazos. Era hermosa, elegante y tenía una excelente educación. Podría ser la esposa perfecta. Sin embargo quería ocuparse de ella en aquel momento.

-Lo siento -dijo-. No deberías haber vendido. Te pedí que me esperaras en tu residencia.

-Pero estaba tan aburrida allí sin ti. ¿Acaso tú no me has echado de menos? -Enfurruñada y sensual. Katherine lo besó, sus labios se movían con la experiencia de una cortesana.

Por una vez, su seducción lo dejó indiferente y apartó su boca. -Por supuesto que te he echado de menos, pero tendremos que esperar un momento más oportuno para estar juntos.

Sus ojos azules se entornaron revelando su resentimiento.

-Es esa gitana, ¿verdad?

-No sé qué es lo que quieres decir.

-Vi la forma en que la mirabas esta noche. Te sientes atraído por ella.

Michael se maldijo en silencio. En el futuro tendría que ser más precavido.

-Estoy preocupado por la influencia que pueda tener sobre mi abuela, eso es todo. -Desde más allá del recodo del pasillo llegó hasta ellos el murmullo de las voces. Aprovechando la interrupción, la besó rápida y brevemente y luego la empujó hacia el interior de su dormitorio.- Que duermas bien, cariño. Te veré mañana.

Michael se apresuró a atravesar el pasillo mientras experimentaba una extraña sensación de alivio por haber conseguido librarse de ella. Pensó que era un completo idiota. Al rechazar una noche de pasión con la que pretendía que fuera su prometida, se había condenado a prolongadas y oscuras horas de deseo por esa terca zorra gitana.

* * *

El día siguiente amaneció templado y agradable, el aire era más veraniego que otoñal. Los Pimpollos de Rosa anunciaron sin demora un almuerzo campestre para entretener a todos los invitados. Algunos de ellos eligieron quedarse en la casa para jugar al billar o a las cartas, pero los demás se amontonaron en los carruajes que los transportaron a una milla de distancia, hasta un bosque de robles desde donde había una espléndida vista del lago.

Vivien prefirió dar un paseo andando y abandonó la casa a paso rápido acompañada por Lady Charlotte Quinton. En el bosque, la luz del sol se filtraba a través de las copas de los árboles y el aire era más fresco. Hablaron de la cena de la noche anterior y del resto de los invitados, riéndose por la pomposidad de algunos y la vanidad de otros.

Vivien esquivó una rama caída que había sobre el sendero lleno de surcos. Le hubiera gustado quitarse los zapatos, pero no quería arruinar sus medias de seda.

-Francamente, los Pimpollos de Rosa me presentaron a tantos hombres que mi cabeza da vueltas intentando recordarlos a todos. -Miró a Charlotte con curiosidad.- Anoche observé que Lady Enid se las arregló para presentarte a algunos hombres también a ti. ¿Acaso tu abuela está intentando conseguirte un marido?

La risa de Charlotte parecía pender de un hilo.

-¡Los Pimpollos de Rosa ya han claudicado conmigo! Aunque mi abuela todavía insiste en que deje caer mis pestañas y coquetee.

-A mí me dio el mismo consejo -dijo Vivien-. Pero cuando lo practiqué con Michael, él pensó que tenía algo en el ojo.

Resaltados por el tono marrón oscuro de su vestido y por el gran Sombrero de paja que enmarcaba sus suaves facciones, los ojos verdes de Charlotte parecían impenetrables bajo la luz del sol.

-¿Los Pimpollos de Rosa quieren que te cases con Michael?

Intranquila, Vivien se encogió de hombros.

-Simplemente me han pedido que practique mis encantos con él. Es el último hombre con el que me casaría.

Y ella era la última mujer con la que él jamás se casaría. Michael, maldito sea, solo deseaba levantarle las faldas.

-Me alegro de que seas una mujer sensata -afirmó Charlotte haciendo un movimiento brusco con la cabeza-. Es un granuja, y los granujas no son maridos adecuados. Se dedican a beber, a jugar y a ir a los burdeles. Prefiero mil veces ser independiente.

Vivien sospechó que su actitud despreocupada ocultaba la amargura que le producía su brazo lleno de cicatrices que siempre llevaba cubierto por mangas largas. Impulsivamente, tocó la mano enguantada de Charlotte.

-Como ya sabes, eres preciosa. El hombre que no pueda verlo, no te merece.

Un intenso dolor se reflejó en los ojos de Charlotte y desapareció tan rápidamente que Vivien pensó que lo había imaginado.

-Los hombres, ¡qué vergüenza! Juro que no veo la hora de marcharme de casa, pero no tengo los medios para establecerme por mi cuenta.

Sabiendo que Charlotte prefería no hablar de su desfiguración, sin darle mucha importancia al tema, Vivien respondió:

-No puedo imaginarme viviendo sola. Toda mi vida he estado rodeada de gente y de amor.

Charlotte hizo una mueca de disgusto.

-Con cinco hermanos, lo único que deseo es paz, tranquilidad, y la oportunidad de ordenar mi vida según me apetezca. Pero, por el contrario, debo ayudar a la institutriz con las lecciones de mis hermanos. -Se agachó para recoger una margarita que crecía junto al camino, tocando delicadamente su dorado centro.- De modo que, como ves, tengo que encontrar una forma de escapar de mi suerte.

Vivien sentía una gran simpatía por Charlotte. Sabía lo que significaba ansiar algo diferente. Últimamente se sentía muy inquieta, se había aficionado a la vida de los *gorgios* y esto le parecía una traición.

Mientras se acercaban al borde del bosque. descubrió un trozo de tela azul enganchado en una mata de zarzas. Aquella visión la paralizó diluyendo cualquier otro pensamiento. Con un leve

gemido, cogió el trozo de tela y se lo llevó la nariz: inhalando profundamente percibió el olor a humo de una hoguera.

-¿Qué es eso? -preguntó Charlotte con una mueca de disgusto en sus labios-. ¿Por qué hueles ese trozo de tela?

-¿He olido la tela? No me he dado cuenta, estaba perdida entre mis pensamientos. -Vivien dejó caer la tela al suelo. Contraria a expresar el clamor de sus emociones, se giró para mirar los vehículos a la distancia. Una fila de criados transportaban mesas, sillas y canastas hacia el lugar donde se encontraban los Pimpollos de Rosa.- Mira, están preparando nuestro almuerzo -dijo con la intención de cambiar de tema-. Creo que Lord Alfred te está saludando con la mano.

Charlotte protegió sus ojos de la luz del sol y respondió:

-A lo mejor ese payaso te está saludando a ti. Ven, rápido. Si llegamos hasta el lago, conseguiremos eludirlo -y diciendo esto, se desvió a través de un prado donde abundaba la hierba, en dirección a las relucientes y azules aguas del lago.

Vivien la siguió, caminando más despacio que ella, girando su cabeza una y otra vez para mirar hacia el bosque. ¿Habría otros jirones de tela o ramas quebradas que ella no había descubierto?

La excitación y la impaciencia bullían en su interior. Había encontrado *vurma*. El minúsculo trozo de material era una señal de que los gitanos habían pasado por allí y habían dejado intencionadamente su rastro para que otros *Kumpania* los siguieran. ¿Pero quiénes eran?

Su corazón dio un brinco en su pecho. ¡*Develesa*! ¿Acaso sus padres estaban acampados en los alrededores?

Capítulo 17

El Visitante Gitano

Mucho más tarde. Vivien miraba hacia el interior del bosque atemorizada por la posibilidad de que su *dado* y su *dye* pudieran estar tan cerca de ella. Cómo ansiaba volver a verlos, escuchar el sonido alegre de la risa de su padre, sentir los cálidos brazos de su madre mientras la abrazaba. Qué ganas tenía de saborear el guiso de cebollas silvestres que preparaba Reyna y escuchar a los mayores contar historias alrededor de la hoguera. Añoraba viajar otra vez montarse en los vardos pintados de brillantes colores, escuchar el reconfortante traqueteo de las ruedas y el ruido de cascos de los caballos sobre los caminos llenos de surcos. La nostalgia era tan intensa que empezó a caminar en dirección al bosque.

Entonces, con el rabillo del ojo, descubrió una pequeña figura corriendo como una exhalación por la colina, donde un grupo de criados preparaba el almuerzo campestre.

-Señorita Vivi, Señorita Vivi -gritó Amy Su vestido corto de color rosa dejaba ver el movimiento de sus piernas regordetas-. ¡Señorita Vivi, espéreme!

El corazón de Vivien pareció derretirse y un suspiro desvaneció todo pensamiento relacionado con los gitanos. Llevando consigo una pequeña red atada a un palo de madera, Michael avanzaba dando grandes zancadas por la colina cubierta de hierba detrás de su hija. Se había despojado de su chaqueta debido al calor que reinaba en aquel momento, y estaba peligrosamente guapo con su camisa blanca y su chaleco azul.

Sus pantalones de gamuza y unas botas negras resaltaban sus fuertes piernas. Cuando su amplia sonrisa dejó ver sus dientes brillantes, Vivien casi se olvidó de respirar. No podía comprender la sensación de debilidad que la dominaba cuando estaba frente a él. Solo podía pensar en caer en sus brazos y sentir sus labios sobre los suyos. ¿Cómo podía este lord *gorgio* alterarla de tal modo con su mera presencia?

Amy corrió directamente hacia ella. Vivien se agachó para esperarla, disfrutando de su abrazo infantil y exuberante.

-Buenos días, mi pequeña paloma. Parece que te gustan los almuerzos en el campo.

-¡Ya lo creo! Venga, mire lo que me ha regalado papá. -Y cogiendo a Vivien de la mano, la llevó hacia donde estaba el marqués.

Michael recorrió lentamente con la mirada el vestido amarillo azafrán de Vivien, deteniéndose en su pecho y logrando que ella experimentara un súbito calor. Luego, retirando el palo de su hombro, se lo entregó a su hija.

-Aquí tienes.

-¿Qué es? -preguntó Vivien.

Blandiendo la red en alto, y con los ojos almendrados muy brillantes, Amy le explicó:

-Es mi red para cazar masiropas.

-Mariposas, cariño -corrigió Michael.

-Masiropas -insistió Amy arrugando el entrecejo con un tono un poco burlón-. Venga, señorita Vivi, mire lo que hago. Tú también, papá.

La niña se marchó corriendo entre la alta hierba, su sombrero colgaba detrás de su cabeza, sujeto por las cintas, y sus rizos de color cobre brillaban bajo la luz del sol. Con el aspecto de un atento cazador, Amy sostenía la red suspendida en el aire, preparada para caer encima de su presa, mientras recorría con la mirada el prado que había junto a la zona arbolada.

-La caza nos espera -comentó Michael, mientras sus ojos volvían a recorrer el cuerpo de Vivien perezosamente-. ¿Vamos allá?

-Si está usted seguro de que los invitados no lo necesitarán -respondió ella con brusquedad.

Él sonrió aún más ampliamente.

-Las damas seguramente lamentarán mi ausencia. Pero eso les permitirá saber que no pertenezco a ninguna mujer.

Michael posó su mano en la parte posterior de su cintura. Era un gesto aparentemente cortés que hizo que Vivien se preguntara si las mariposas no estaban en su propio estómago. ¡Vergüenza debería darle! Michael Kenyon era un noble vividor que solo pretendía utilizar a una mujer para su propio placer. Se lo había demostrado en el templo, aquella tarde tormentosa, cuando había estado a punto de seducirla. Cuando, en un ataque de locura, ella prácticamente le había permitido conseguir su cometido.

Mientras paseaban por la pradera, ella no dejaba de mirar a Amy, negándose a dirigirle la mirada a Michael para no alimentar su presunción. Sin embargo, estaba pendiente de él, del roce de su pierna contra la suya, del calor de la palma de su mano sobre su espalda, del aroma de su colonia masculina.

A distancia, el lago brillaba. Podía ver a varios invitados remando a través de aquella vidriosa superficie, otros jugaban en la orilla a la gallina ciega. La Duquesa de Covington conversaba con Charlotte.

Tensa y enfadada por el mero hecho de ver a Su Excelencia, Vivien intentó distraerse.

-Charlotte es absolutamente encantadora. Es una pena lo que le ha sucedido en el brazo. Creo que muchos hombres podrían disfrutar de su alegre carácter.

Michael resopló.

-Es su lengua mordaz lo que los espanta.

-Entonces los hombres son unas criaturas frívolas -manifestó Vivien-. Me pregunto si algún hombre habrá rechazado a Charlotte debido a sus cicatrices. ¿Lo sabe usted?

Él la miró irritado.

-¿Cómo demonios podría saberlo? Soy demasiado frívolo para advertir algo semejante.

-Pero ella es su vecina, la nieta de Lady Enid. Usted debería recordar el momento en que Charlotte se convirtió en una mujer y fue presentada en su sociedad de *gorgios*.

Se encogió de hombros.

-Supongo que habrá coqueteado con un montón de hombres. Incluido yo mismo. Pero ignoro si alguna vez se ha interesado por alguno en especial. Y de cualquier modo, ¿por qué le preocupa?

-Porque parece tan desdichada. No puedo evitar pensar que se hubiera casado si el hombre que ella ama la hubiera deseado. -Ella se preparó para recibir su ira-. ¿Cree usted... que ese hombre es Lord Faversham?

La expresión afable de Michael se desvaneció de inmediato, era evidente que los músculos de su mandíbula se habían puesto tensos.

-¿Brandon y Charlotte? ¿De dónde demonios ha sacado semejante idea?

-Creo percibir que hay algo entre ellos. Parecen estar pendientes el uno del otro. -*Como el fuego que yo siento por ti.*

-Charlotte sería una tonta si pretendiera conquistar a Brandon Villiers -dijo Michael molesto-. Aunque ella sea una persona exasperante, él ni siquiera es digno de besarle los pies.

Su virulencia la impresionó.

-Su Excelencia me comentó lo que sucedió entre ustedes. Sin embargo, aún no comprendo el odio que usted siente por él. No es correcto de su parte guardarle rencor. -Los dedos de Michael se crisparon sobre su espalda mientras entornaba los párpados.- ¿Qué es exactamente lo que le ha dicho?

-Que se batieron a duelo por una mujer y que usted le cortó la cara. Eso es todo.

-Usted no sabe nada de aquello -espetó él-. De manera que guárdese sus opiniones.

Era evidente que estaba furioso. Sus ojos eran como dos espejos azules que no reflejaban absolutamente ninguno de sus pensamientos. Apretaba la boca en un gesto estricto que ella ansiaba poder relajar con un beso. Se le ocurría pensar en un beso cuando lo que debía hacer era usar su enfado como un escudo para protegerse de su atractivo masculino. ¿Por qué tenía la sensación de

que en aquella historia había muchas más cosas de las que Michael estaba dispuesto a revelar? ¿Que su cólera ocultaba el dolor que escondía en su interior?

-¡Papá! ¡Señorita Vivi! ¡Venid, rápido! Mirad como cazo una masiropa.

La excitada voz de la niña interrumpió la densa tensión que había crecido entre ellos. Una pequeña mariposa amarilla revoloteaba por encima de la hierba donde la colina limitaba con el bosque. Amy bajó la red produciendo un leve susurro y fallando en el intento por, al menos, treinta centímetros.

Michael aplaudió animadamente, su hostilidad se había disipado como el humo empujado por el viento.

-¡Bravo. duendecillo! Casi la has cazado. Vuelve a intentarlo -inclinándose hacia Vivien comentó-. Me atrevería a decir que la población de mariposas hoy corre muy poco peligro.

Sin embargo, la que estaba en peligro era ella, pensó Vivien con un estremecimiento que le llegó hasta los huesos: corría el peligro de rendirse ante sus vehementes deseos. En un abrir y cerrar de ojos, Michael había pasado de ser un patán para convertirse en una persona encantadora. Su aliento le hizo cosquillas en la oreja y consiguió que se le erizara el vello junto a la nuca. Mientras sus dedos acariciaban ociosamente su espalda, volvió a mirar su boca.

Vivien intentó apartarse pero él la sujetó firmemente.

-Tengo sed de usted -murmuró-. Desde el día en que la besé.

-Fueron dos días -respondió ella con la respiración entrecortada--. Me arrinconó junto al establo aquella mañana que cabalgamos juntos. ¿Ha besado a tantas mujeres desde entonces que ya lo ha olvidado?

Sonriendo seductoramente, Michael se acercó aún más a ella; su cuerpo casi rozaba el suyo logrando que Vivien se sintiera aturdida y algo mareada.

-Desde entonces ha pasado una eternidad -dijo él con voz sedosa-. Le diré lo que me apetece hacer en este mismo momento.

-No me interesa escucharlo.

-Me gustaría tumbarla ahora mismo sobre la hierba. ¿Ha hecho alguna vez el amor mientras el sol calentaba su piel?

Sin decir una sola palabra, Vivien sacudió la cabeza.

-Debo confesar que yo tampoco -admitió haciendo una mueca-. Pero lo haremos, se lo aseguro. Cuando no tengamos a los cuarenta invitados de mi abuela a la vista.

Ella miró hacia el lago, en la orilla paseaban y conversaban personas muy elegantes. Sin saber cómo, logró recuperar su voz.

-Su vanidad le vencerá, milord. Yo no soy como sus otras mujeres. No estoy dispuesta a ser otra de sus conquistas.

Y diciendo esto, Vivien se recogió la falda de muselina y se apresuró a seguir a Amy. Podía escuchar los pasos de Michael, que silbaba a sus espaldas. ¡Silbaba! Como si hubiera disfrutado con sus bromas y estuviera convencido de su éxito.

Ojalá ella pudiera estar tan segura de resistirse a sus encantos.

Amy estaba de pie, inmóvil, en el borde del bosque, sujetando la red firmemente entre sus pequeñas manos.

-Mire -dijo en un susurro-. ¿La ve?

Vivien miró hacia el bosque en sombras, sobresaltada. Sintió que le faltaba la respiración. Durante un momento se sintió confusa, pensó que la niña había visto un círculo de carros gitanos acampados debajo de los árboles.

Pero Vivien solo vio los troncos marrones y las amplias ramas de los árboles, era otoño y las hojas comenzaban a teñirse de naranja y amarillo.

-¿Qué pasa? --preguntó.

-Schhh. -Amy colocó su dedo índice junto a sus labios, que parecían un capullo de rosa. Sus ojos estaban maravillados.- Allí hay un conejito.

Agachándose suavemente, Vivien espió entre la hierba. A poca distancia, un pequeño conejo marrón mordisqueaba los brotes de un árbol joven.

-Ah -susurró Vivien-. Está tomando su almuerzo.

-Quiero atraparlo. -Con la excesiva confianza de un niño, Amy se acercó silenciosamente, de árbol en árbol, con la red preparada para caer sobre su presa.

Michael estaba agachado junto a Vivien, observando a su hija con expresión indulgente, luego miró a Vivien. Ambos compartían el amor que sentían por su pequeña hija. A pesar de todos sus defectos, él amaba a su hija. Una vez más, Vivien experimentó la desconcertante atracción que sentía por él, y algo más intenso y más profundo, algo que ella ansiaba con toda su alma y su corazón. Con determinación, volvió a mirar a Amy, que avanzaba a hurtadillas con una exagerada paciencia en dirección al conejo.

Percibiendo el peligro, el animal dejó de comer, su nariz comenzó a temblar y sus ojos estaban muy atentos. Amy avanzó los últimos pasos que la separaban de él y dejó caer súbitamente la red. El pequeño animal saltó en dirección a la maleza. Con un nuevo intento, Amy dejó caer la red sobre su objetivo. En esa ocasión, cayó precisamente encima del conejo. Se quedó paralizada y en su pícaro rostro se reflejó una expresión de absoluto asombro.

-¡Papá, señorita Vivi! ¡Lo he cazado!

-¡Claro que sí! -exclamó Vivien, apresurándose a llegar a su lado-. Qué lista eres.

Cuidadosamente, Michael levantó la red para coger al animal que se retorcía debajo de ella.

-Es una hazaña sorprendente -exclamó sonriente-. Cuando era niño, una vez me llevó toda una semana poder atrapar a una ardilla.

Los ojos de Amy brillaban de orgullo.

-¿Puedo quedármelo, papá? -le preguntó mientras se acercaba para acariciar al conejo-. Puede dormir en mi cama. No me molesta que lo haga.

Vivien se rió.

-Pero a la señorita Mortimer seguro que le molestará. Además, un animal salvaje será más feliz viviendo al aire libre. -Como yo, pensó. *criada bajo los rayos de sol y en medio del viento...*

-Yo quiero que *Nibbles* sea feliz -contestó Amy, con el semblante serio, mientras acariciaba la piel del conejo.

-¿Nibbles? -preguntó Michael.

-Ese es su nombre -respondió Amy, haciendo un firme movimiento con la cabeza-. ¿Podríamos hacerle una casita para que viva al aire libre? ¡Por favor, papá!

-Es una excelente idea -respondió Michael-. Por ahora, lo pondremos en un cajón y le daremos un poco de lechuga. Luego, le construimos una conejera para cuando volvamos a casa.

-¡Oh, gracias papá!

Lo rodeó con sus brazos y a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio. Riéndose entre dientes, Michael simuló que el conejo se escapaba. Amy gritó y él le mostró de inmediato que el animal estaba seguro, acurrucado en el pliegue de su brazo.

Vivien experimentó una súbita y dolorosa sensación de aislamiento. Mordiéndose los labios, miró hacia el bosque silencioso. Cuando regresara con los gitanos, no volvería a ver nunca más a Amy. Jamás volvería a deleitarse con sus sonrisas ni la vería convertirse en una mujer. Y nunca más volvería a ver a Michael...

Padre e hija comenzaron a andar en dirección al sitio donde se celebraba el almuerzo campestre. Cogida de la mano de Michael, Amy se volvió hacia ella y le preguntó:

-Señorita Vivi, ¿no viene?

-Iré dentro de un momento. Quiero pasear un rato entre los árboles.

-Pero se perderá en almuerzo. -Y abriendo sus ojos como platos.- La abuela ha dicho que hay tartas de fresa con nata.

Vivien le apartó un mechón de cabello cobrizo que le caía sobre la cara y lo sujetó detrás de su pequeña oreja.

-Entonces debes guardarme un trozo. Volveré pronto, te lo prometo. Michael la miró de un modo burlón y penetrante, pero no intentó persuadirla. Llevando el conejo en su brazo, él y Amy atravesaron juntos la pradera.

Vivien los observó durante unos instantes, escuchando el sonido de las palabras llenas de excitación de Amy, que llegaban hasta ella empujadas por la brisa, y observando la forma en que Michael se agachaba para escucharla. Tenía que admitir que era un buen padre. Admiraba que él se dedicara a atender a la niña cuando podía haberla dejado a cargo de las niñeras. Le resultaba curioso e inquietante que estos aristócratas *gorgios* a menudo ignoraran a sus hijos.

Luego le llamó la atención una dama que abandonó el grupo de invitados que disfrutaban ociosamente en la orilla del lago. La mujer de cabello castaño se deslizó hacia Michael, balanceando las caderas y sujetando una sombrilla que protegía del sol sus delicadas facciones.

Era Lady Katherine.

Cuando la mujer llegó junto a Michael. Vivien experimentó un intenso calor en el pecho. Ella extendió su mano para acariciar el conejo, sonriendo a Michael. Juntos, comenzaron a andar colina arriba hacia el lugar donde los criados colocaban sobre la mesa los alimentos para el almuerzo, bajo la atenta mirada de Lady Stokeford. Al verlos juntos, Vivien se sintió invadida por el fuego de la cólera y también por otra peligrosa emoción que cada vez le era más familiar: los celos.

Estaba celosa de la mujer que se movía tan fácilmente en el mundo de Michael.

Rápidamente, Vivien les dio la espalda y se dirigió hacia el bosque, atravesando el sendero. Malditos sean los *gorgios.* Lo que más le importaba era ir a visitar a sus padres y ocuparse de satisfacer todas sus necesidades.

Atenta para descubrir un *vurma,* recorrió lentamente el camino por donde podían haber pasado sus carromatos. Allí el aire era más fresco y Vivien tembló ligeramente, echándose el chal de seda por encima de los hombros. Sintió un extraño picor entre los omóplatos, como si tuviera la sensación de que alguien la estaba observando. Pero cuando se volvió, lo único que vio fueron los movimientos naturales del bosque, el temblor de las hojas mecidas por la brisa, las sombras oscilantes que producía la luz del sol, el vuelo de un carrizo entre las ramas.

En el cruce de carreteras, donde el camino se dividía en un pequeño sendero que llevaba hasta Stokeford Abbey y una vereda que se adentraba en el bosque, había una enorme roca de granito. Le llamó la atención una señal que descubrió en la base de la roca, junto a la tierra. Cuando se agachó para tocar el *vurma,* su dedo se manchó de negro.

En apariencia la marca había sido hecha al azar, sin embargo, alguien había trazado deliberadamente aquella raya con un palo carbonizado. La inspeccionó más detenidamente y descubrió que era una flecha que señalaba el estrecho camino de tierra.

En un torbellino de excitación, se esforzó por ver algo a través de los árboles. ¿Acaso estaban sus padres acampados cerca de allí? ¿O era otra *Kumpania?* Con toda seguridad, no era ninguna coincidencia que un grupo de gitanos se aventurara en las tierras de los Stokeford.

Luego, mientras avanzaba a lo largo del camino, un hombre apareció detrás de una roca.

Al reconocerlo ella dejó escapar un grito ahogado. Conocía muy bien aquellos, ojos cargados de furia y ese enorme bigote, aquella figura musculosa como un buey, vestida con unos pantalones de color azul oscuro y un chaleco rojo,. con un *diklo* amarillo atado con gracia a la garganta.

-¡Janus!

Con los brazos en jarras dijo en la lengua gitana.

-De modo que aquí estás, Vivien. Me preguntaba si lograrías encontrar mi rastro.

-¿Tu rastro? -le respondió en su idioma, y luego tuvo que tragar saliva para deshacerse de la sequedad de su garganta-. ¿Acaso mis padres están por aquí?

-Pulika llegará mañana con tu madre. Uno de sus caballos perdió una herradura y se vieron obligados a detenerse.

Vivien se entristeció. De modo que no estaban acampados detrás de los árboles. Sin embargo, quizás su demora fuera lo mejor que hubiera podido suceder. Si la hubieran descubierto visitando a los gitanos, Lady Stokeford se hubiera disgustado y Vivien hubiera puesto en peligro su posición.

La mirada desdeñosa de Janus recorrió su vestido.

-Pareces una *gorgio*. Si Reyna te viera en este preciso momento, lloraría aún más.

Vivien sintió una fuerte tensión en el estómago mientras pensaba en los ojos dulces y en la sonrisa cálida de su madre.

- ... *Miro* d*ye*... ¿ha estado llorando?

Janus asintió fríamente con la cabeza.

-Tu padre también te echa de menos. Últimamente cada vez se ríe menos. Ya ves lo que has causado con tu empecinamiento.

¡Develesa! Vivien ansiaba ver a sus padres, hacerles comprender que estaba viviendo con los *gorgios* por el amor que sentía por ellos, y que realmente volvería a su lado.

-¿Por qué estás viajando con ellos? -le preguntó-. Tu *kumpania* tenía previsto marchar hacia el campamento de invierno en el Este.

-De momento, viajo con tu *kumpania,* hasta que vuelvas a recuperar el sentido.

-No debería importarte lo que yo haga.

Con los ojos negros como el ala de un cuervo, Janus sacudió su puño frente a ella.

-¡Eres una descarada! Eres mi prometida y te he visto coquetear con ese noble *gorgio*.

Vivien se puso tensa.

-¡Qué tontería!

Pero Janus avanzó un paso hacia ella.

-No intentes engañarme. Os he estado observando desde detrás de un árbol. Y tú le has permitido que te tocara.

Michael había colocado su mano sobre la base de su columna vertebral, eso había sido todo. Nadie podía saber que sus palabras habían sido eróticas, excitantes. *Me gustaría tumbarla ahora. mismo sobre la hierba. ¿Ha hecho alguna vez que el amor mientras el sol calentaba su piel?*

-¡De manera que has llegado tan bajo como para espiarme! -exclamó Vivien con desprecio-. Eso me indica que no tienes honor.

Janus se golpeó el amplio pecho con su puño.

-Cuando sea tu marido, no te comportarás de un modo tan descarado. Serás una esposa obediente y respetuosa.

Disgustada, Vivien escupió a sus pies.

-No. No me equivoqué cuando decidí cambiar de opinión y no casarme contigo.

Ardiendo de cólera, Janus avanzó hacia ella. Vivien se percató de que estaban absolutamente solos. Janus podía abusar de ella a voluntad. Asustada, se dio la vuelta y se precipitó hacia el camino que llevaba al lago. Lo escuchó gritar mientras la perseguía, pero con sus largas piernas, Vivien siempre había sido más veloz que cualquiera de los hombres gitanos. La respiración le hacía arder los pulmones. Corrió y corrió hasta que escuchó únicamente el sonido de sus propios pasos, las ráfagas de viento y el rugido de su pulso en los oídos. Cuando llegó al borde del bosque, aminoró el paso mientras miraba hacia atrás por encima de su hombro.

El camino estaba vacío, ese buey gitano ya no la perseguía. Aliviada y sin fuerzas, se recostó contra el áspero tronco de un roble, inhalando aire fresco. Protegiendo sus ojos de la brillante luz del sol, miró a los invitados que disfrutaban del almuerzo a la distancia. En grupos de dos y tres personas, los aristocráticos huéspedes subían la suave pendiente, en dirección a las mesas, servidas con el boato de la plata y el cristal. Como un elegante general, Lady Stokeford indicaba a sus invitados cuáles eran sus asientos.

Cerca de allí, Michael acomodaba a Amy en una silla. Luego lo vio girar su mirada hacia el bosque, con las manos apoyadas en las caderas, a Vivien le pareció que la miraba.

La invadió un calor traicionero y volvió a sentir un intenso anhelo que ella sabía no debía sentir por él. Tenía que ser leal a los gitanos, se recordó con dureza, incluso aunque no se animara a visitar a sus padres por el miedo de encontrarse con Janus otra vez.

Capítulo 18

Algo Espantoso

El día siguiente, Michael pasó buena parte de la tarde recorriendo Stokeford Abbey en busca de Vivien. La maldita gitana había desaparecido una vez más.

La lluvia salpicaba los ventanales de la larga galería donde los monjes una vez se habían inclinado sobre sus trabajos de copistas. Ahora, en aquella grande y tenebrosa cámara había grupos de sillas y chaises longues y las paredes, recubiertas de paneles de madera de roble, estaban llenas de retratos de los antecesores de los Stokeford. Ni siquiera las dos chimeneas encendidas lograban atenuar el frío que imperaba en aquella estancia.

Durante la noche el clima había cambiado, tornándose invernal. Había sido necesario cancelar todas las actividades al aire libre. Confinados en la casa, los invitados se entretenían jugando al billar, a las cartas y a las adivinanzas, hasta que a media tarde comenzaron a inquietarse. Fue entonces cuando los Pimpollos de Rosa les comunicaron que se estaba organizando una búsqueda del tesoro. Se habían formado rápidamente varios equipos y se había elaborado una lista de objetos que había que encontrar en el interior de la casa. Los Pimpollos de Rosa habían asignado a Michael la tarea de ayudarlas a supervisar el juego. Cualquier equipo al que él se sumara, gozaría de una injusta ventaja, manifestaron, debido a que él conocía perfectamente la casa y todo lo que había en ella. Con galantería, había pasado de grupo en grupo, ofreciendo sugerencias sobre dónde podrían encontrar una larga lista de objetos, tal como una pelota hecha con cuerdas, una cruz de madera, el arco de un violín y un tricornio.

Había enviado a grupos de cinco y seis invitados en diversas direcciones -hacia el ático y hacia los sótanos-. Katherine había intentado atraerlo con coquetería hacia un dormitorio vacío, pero él le había repetido con firmeza lo que ya le había comunicado: que no se iría a la cama con ella mientras su hija estuviera en la casa. No era propio de él rechazar las insinuaciones de una mujer hermosa, especialmente de una que se acomodaba perfectamente a su forma de ser. Pero, para su disgusto, solo podía pensar en Vivien.

Ardía de deseo por ella. No podía apartar sus pensamientos de la gitana, ni de día ni de noche. Pero no era solamente su voluptuoso cuerpo lo que Michael deseaba. Disfrutaba al competir en inteligencia con ella, haciéndole bromas solo por ver sus enormes ojos marrones destellando de furia. Condenada fuera, necesitaba seducirla y terminar de una vez con esa obsesión. Luego podría echarla de su casa.

Se dedicó a buscar el grupo en el que jugaba Vivien, pero Lord Alfred, algo perplejo, le comunicó que ella había desaparecido hacía apenas diez minutos mientras buscaban un cuarto de penique en las dependencias de los criados. Entonces se había dirigido al equipo en el que estaba Charlotte, pero ella tampoco sabía dónde podía encontrarla. Él declinó su oferta de ayudarle a buscarla. Mas desconfiado que alarmado, se empeñó en buscar a Vivien.

La antigua alfombra persa amortiguó sus pasos. Aunque ya habían pasado quince días sin ningún incidente, todavía no se fiaba de que Vivien no tuviera la intención de robarle a su abuela. La gitana podía vestirse como una dama, podía haberse hecho amiga de su hija, pero era tan embustera como cualquier mujer; o quizá aún más, puesto que ella había aprendido sus modales de sus padres gitanos. Había falsificado con ingenio aquella carta de Harriet Althorpe ganándose un lugar en la casa de su abuela y ahora, en la suya. Había engañado a su abuela, consiguiendo que le pagara cien guineas por mes.

Pero él no se dejaría embaucar. El día anterior, Vivien había desaparecido en el bosque durante casi una hora, y él pretendía descubrir el motivo. Hoy, la búsqueda del tesoro le ofrecía la oportunidad perfecta para deambular por su casa.

Michael se encaminaba hacia un comedor trasero con la intención de buscarla en la sala de música cuando la vio en el extremo opuesto de la galería. Medio oculta por la tela verde de su

vestido, estaba apoltronada en uno de los asientos que había junto al ventanal, mirando fijamente el jardín bañado por la lluvia. Cuando él se acercó, giró la cabeza bruscamente. Sus aterciopelados ojos oscuros estaban llenos de lágrimas.

Estaba llorando. Aquella visión fue un duro golpe para él. Rápidamente, ella bajó la mirada, secándose las húmedas mejillas con una esquina de su chal.

Él debería excusarse y abandonar la habitación. Ahora que sabía que ella no tenía la intención de hacer ningún daño, debería dejarla sola. Las mujeres que lloraban eran una plaga que debía ser evitada.

Sin embargo, con un tono de voz mucho más amable de lo que pretendía, le dijo:

-Le ruego disculpe mi intrusión. La he buscado por todos lados, en la cocina, en el jardín de invierno, en la biblioteca...

-Había demasiada gente entrando y saliendo del jardín de invierno en busca de un pétalo de geranio y en la biblioteca, buscando un libro de salmos. -Sus pequeño, y blancos dientes se hundieron en su labio inferior, como si quisiera detener su temblor.

-¿Por qué abandonó la búsqueda del tesoro?

Ella se encogió de hombros y su chal de calor cobre se deslizó de su cuerpo dejando expuesta la piel de su garganta y de sus hombros, morena por el sol. Para su desilusión, su sencillo vestido de muselina verde oliva ocultaba sus pechos. Cómo le hubiera gustado desvestirla, despojarla lentamente de su ropa, saborear su carne tibia. Como disfrutaría separando sus piernas y hundiéndose en ella...

-No me interesaba -respondió.

Michael frunció el entrecejo, momentáneamente aturdido, antes de retomar el hilo de la conversación. Aunque su serio semblante le indicó que ella no apreciaba su presencia, se sentó a su lado en el acolchado asiento empotrado junto al ventanal. Ella se echó hacia atrás, apretando las rodillas contra su pecho y evitando escrupulosamente cualquier contacto con él.

-Alguien se ha mostrado descortés con usted? -le preguntó.

-Solo usted, señor marqués.

-¿Acaso soy el causante de sus lágrimas?

-¡Por supuesto que no! -afirmó ella con un tono mordaz-. Usted no significa nada para mí.

Él lo dudaba. Ninguna mujer era capaz de simular la pasión que él había despertado en ella.

-¿Entonces por qué está llorando? -insistió.

-Deje de molestarme y márchese.

Apretando los labios, Vivien desvió la mirada hacia el jardín. La lluvia golpeteaba contra los paneles de cristal, formando pequeños y largos arroyuelos que se deslizaban hacia la tierra. Cuando él había entrado en la galería, ella estaba mirando hacia el exterior; no escuchó sus pasos, no advirtió su presencia hasta que estuvo prácticamente junto a ella. Era curioso, pues normalmente su instinto era muy agudo.

Él miró con gesto preocupado a través de la ventana los inundados senderos del jardín y el bosque que había a lo lejos. A través de los árboles, una vereda llena de surcos conducía al lago y al lugar donde se había celebrado el almuerzo campestre el día anterior. Allí era donde ella había desaparecido durante demasiado tiempo.

-¿Por qué se perdió usted en el bosque?

Vivien volvió a prestarle atención: sus ojos se abrieron y sus pupilas se dilataron, durante un momento delator. Luego hundió su barbilla en su pecho y lo miró a través de sus espesas pestañas.

-Estaba dando un paseo. ¿Acaso no es una conducta apropiada para una mujer *gorgio*?

-Eso depende de lo que estuviera usted haciendo en el bosque. Cuando regresó, parecía usted desanimada.

-¡Bah! No comparto su gusto por el chismorreo y las conversaciones banales. Eso es todo.

-Algo debe haber sucedido allí que la disgustó -comentó él encorvando los hombros-. Algo que la hizo llorar, como ahora. Me gustaría saber qué fue.

-Lamento haber robado el último medio penique de uno de los campesinos que viven en sus tierras. Bien, ¿está satisfecho ahora, señor marqués?

Su sarcasmo solo le demostró que ella deseaba distraerlo de su verdadero propósito. ¿Acaso alguno de los hombres había intentado molestarla? Con su herencia gitana, podían considerarla como una presa fácil. No conseguía recordar si alguno de los invitados masculinos había desaparecido del almuerzo al mismo tiempo que Vivien. Pero él se encargaría de dar una buena paliza a cualquier hombre que hubiera osado tocarla, fuera un plebeyo o un noble.

-Si alguien la ha estado molestando, le exijo que me lo diga.

-Márchese -repitió ella-. Usted es el único que me está molestando.

-Usted está ocultando algo. -Michael se inclinó hacia adelante, mirándola fijamente.- Dígame, Vivien, ¿se encontró usted con un hombre en el bosque?

Ella no contestó nada. Insistió tercamente en mirar a través del ventanal, mientras sus dedos se tensaban entre los pliegues de su falda.

-Entonces, no me deja otra elección -anunció-. De ahora en adelante, la acompañaré adondequiera que vaya, no podrá aventurarse por ningún lugar sin mi presencia. Me encargaré de vigilarla.

Como si la hubiera tocado con una barra de hierro al rojo vivo, Vivien se irguió en su asiento. Sus ojos brillaban de indignación.

-*Dosta* -exclamó, golpeando su mano contra un cojín-. Ya es suficiente. Para que deje de una vez por todas de entrometerse en mis asuntos, le diré qué es lo que está ocupando mi mente. Echo de menos a mis padres.

-¿Sus padres?

-¡Sí! No los he visto durante semanas. Me interné en el bosque para poder estar sola y pensar en ellos. ¡De modo que puede marcharse con sus malditas sospechas y dejarme en paz!

Las lágrimas acudieron nuevamente a sus ojos. Su labio inferior temblaba, igual que le pasaba a Amy cuando estaba triste. Acurrucándose nuevamente, Vivien escondió su cara entre las rodillas, sus hombros se sacudían mientras lloraba silenciosamente.

Se quedó sentado sin moverse. Nunca hubiera podido imaginar que ella podía estar angustiada por algo tan inocente como la añoranza de su familia. No había dedicado ni uno solo de sus pensamientos a considerar lo que ella podía sentir. El apretado nudo que había en su interior se aflojó, arrojándolo a la deriva en un peligroso océano de ternura.

Aunque su mente le indicaba que lo sensato era marcharse, le apoyó la mano en la espalda, tratando de contener el profundo temblor de sus sollozos. No demasiado seguro de cómo podía consolarla, le frotó suavemente la espalda entre los omóplatos.

-Háble me de ellos -le pidió con brusquedad-. ¿Qué clase de personas son?

Antes de poder hablar, ella respiró varias veces entrecortadamente.

-Mi madre, Reyna... es pura bondad, amabilidad y dulzura. Mi padre, Pulika... rebosa de historias de amor y de risas. O al menos así era antes de que me marchara. -Vivien levantó la cabeza para mirarlo con los ojos vidriosos y tristes, bajo la depresiva luz gris que entraba a través de la ventana.- Me temo -agregó con una voz trémula-, que no les gustó que aceptara el dinero de los Pimpollos de Rosa.

Él arrugó las cejas. De manera que sus padres se oponían a su engaño. ¿Había actuado completamente por su cuenta? ¿O con la ayuda de su pretendiente, Janus?

No sabía qué pensar, excepto que no podía tolerar verla tan desdichada. Llevando su mano hacia su mejilla, le enjugó las lágrimas con su pulgar. -Muy pronto los verá otra vez. Y ellos la perdonarán.

Con la intención de consolarla del único modo que conocía, la atrajo hacia él y la envolvió con sus brazos. No debería aprovecharse de ella en ese estado tan vulnerable. Aunque, a decir verdad, le daba igual si eso era un pecado mortal.

Por una vez, ella no se resistió. Aceptó su abrazo con un grito desesperado e inarticulado. Sus brazos rodearon el cuello de Michael, sus dedos se hundieron entre sus cabellos y sus senos se apoyaron contra su pecho. La fuerza de la pasión anuló el resto del mundo, él solo pensaba en Vivien... solo en Vivien.

Sus bocas se juntaron en un beso tormentoso que pareció interminable, un beso tan profundo que lo ahogaba, haciéndolo temblar con una urgencia que nunca había conocido. Su aroma, su sabor, su suavidad, alimentaban la bestia que habitaba en él. Tocó todo su cuerpo: su rostro, su pecho y su cintura. Metió sus manos por debajo de su vestido, acariciando sus esbeltas piernas más allá de las ligas que sujetaban sus medias de seda.

Cuando la tocó, Vivien gritó y él temió que se resistiera. Pero ella abrió sus muslos en una dulce invitación, hundiendo su cara en su corbatín. Se rindió tan rápidamente que él sintió que enloquecía de placer. El cuerpo de Vivien estaba caliente y sedoso, preparado para recibirlo. Por Dios, le brindaría un placer tan intenso que jamás volvería a rechazarlo.

Ignorando la incontenible excitación que lo invadía, Michael utilizó toda su experiencia para acariciarla hasta que ella se arqueó y gimió de placer, aferrándose a él. Ella estaba encendida de deseo, anhelante. Él percibió la creciente pasión que la dominaba. Escuchó su respiración entrecortada y el prolongado y penetrante gemido que presagiaba su clímax.

Sus facciones se iluminaron con aturdido asombro y ella se desplomó sobre su cuerpo murmurando algo en su lengua gitana. Él besó su mandíbula y su garganta, sus dulces ojos todavía nublados por el ardor de la pasión. Su arrobamiento, aumentó su deseo hasta límites inimaginables, y hubiera sido capaz de poseerla allí mismo, en aquel banco junto a la ventana, si no se hubiera dejado llevar por la sensatez.

Los invitados deambulaban por toda la casa. En cualquier momento, cualquiera de los que participaban en la búsqueda del tesoro podían entrar allí en pos de alguna condenada fruslería. No quería que nadie interrumpiera su goce. Tampoco permitiría que nadie viera a Vivien en ese glorioso estado de placer carnal.

Su cabello estaba alborotado, los mechones negros caían sobre su cara y alrededor de su cuello. Su boca estaba enrojecida por sus besos. Parecía una mujer completamente satisfecha. Él ansiaba verla gozar nuevamente entre sus brazos, pero la próxima vez la penetraría, compartiendo su éxtasis.

La levantó, apartándola de su regazo, y recogió el chal que se había deslizado hasta el suelo, colocándoselo sobre los hombros. Ella se recostó contra su cuerpo, frotando su mejilla contra su hombro, como una pequeña gata deseosa de afecto. Trastornado por su encanto, la besó una vez más, lenta y profundamente.

Deseo, se dijo mientras la conducía a través de la puerta deteniéndose para pedirle otro beso. Lo que sentía por la gitana era puro deseo. Su sangre bullía, completamente fuera de control, porque ella lo había rechazado, se había burlado de él durante semanas. Hasta ahora.

Estaban junto al arco de entrada de la puerta cuando el sonido de unas voces se infiltró en el estado de febril excitación que lo dominaba. Rápidamente, la obligó a volver a la galería y la sostuvo pegada a su cuerpo para que no pudieran verlos desde el pasillo. Colocó uno de sus dedos sobre sus labios y luego la besó otra vez.

Las risas y el parloteo se habían desvanecido cuando, por fin, pudo apartar su boca de la de ella. Solo entonces la condujo a través de la entrada, que ahora estaba vacía.

-¿Adónde vamos? -preguntó ella algo aletargada. -A mi habitación.

Su cara adormilada reveló que había caído en la cuenta de lo que estaba sucediendo.

-¿A... su cama?

-Así es -respondió Michael atormentado por el convencimiento de que solo ella podía transportarlo al paraíso-. Te daré más placer. Simplemente déjame amarte, Vivien.

Ella abrió los ojos de par en par con una expresión de asombro.

-¿Podría amarme de verdad, Michael?

Vivien había interpretado literalmente lo que le había dicho y eso le desconcertó. No podía imaginar que ella pudiera confundir sus intenciones.

-Ven conmigo, por favor -insistió él sin importarle el hecho de que ella lo hubiera obligado a rogarle-. Te amaré tal como lo hice hace unos momentos. Lo haré una y otra vez hasta que ambos estemos satisfechos.

Abruptamente, Vivien se apartó de él.

-No -respondió con la voz entrecortada-. Maldito sea, Michael. No soy como sus queridas. Jamás seré su prostituta.

-Vivien...

Él intentó detenerla pero ella se marchó corriendo por el pasillo, dejándolo con su chal en las manos y una tensa sensación de frustración en sus entrañas. Deseoso de liberarse de aquella tensión que le hacía hervir la sangre, Michael corrió tras ella. Pero con la misma rapidez se detuvo. No podía, ni debía, forzar a una mujer contra su voluntad. Maldiciendo, descargó un puñetazo con una furia ciega, arrojando al suelo de piedra un grupo de estatuillas que había en una mesa lateral. La porcelana se hizo añicos con gran estrépito y los trozos salieron despedidos en todas direcciones.

Apoyó su frente contra la fría pared y respiró profundamente. Los latidos de su corazón disminuyeron gradualmente su ritmo y su pasión insatisfecha comenzó a aplacarse. Entonces consiguió pensar con un poco de coherencia.

¡Condenada gitana! Había disfrutado de su arrobamiento y lo había abandonado a su suerte para hacerlo sufrir. Su aroma, su sabor y su tacto, lo acosaban. Igual que el recuerdo de sus lágrimas.

Vivien estaba preocupada por sus padres. A pesar de su rabia, no podía apartar de su mente su rostro acongojado. No le gustaba pensar que ella era vulnerable, sin embargo, cuanto más la conocía, menos la comprendía. ¿Cómo podía una mujer que era capaz de experimentar profundas y genuinas emociones, mentir y robar? ¿Cómo podía él, que sabía muy bien que no se podía confiar en una mujer, permitir que una gitana adivina lo cautivara con sus encantos? Incluso en ese momento, ardía de deseos de abrazarla, hablar con ella y conocer todos sus secretos.

-¡Por todos los cielos! -exclamó alguien a sus espaldas.

Michael abrió los ojos de inmediato. Se giró y un trozo de porcelana crujió debajo de sus zapatos. Para su disgusto, Lady Charlotte estaba de pie en el último escalón, con una de sus enguantadas manos apoyada sobre la barandilla de la escalera. Levantando las cejas en señal de asombro, lo miró fijamente para luego fijarse en los fragmentos de porcelana que estaban desparramados sobre el suelo.

-¿Qué ha pasado aquí? -preguntó, sus ansiosos ojos verdes lo estudiaron detenidamente-. ¿Te encuentras bien?

-Me he tropezado con la mesa, eso es todo.

-Pero... hace unos momentos escuché que alguien elevaba la voz. ¿Estabas discutiendo con alguien?

-No -dijo de un modo cortante-. Los invitados están deambulando por toda la casa. Debes haber escuchado a alguno de ellos.

-¿Entonces de quién es ese chal?

Mirando hacia abajo, se sintió un completo idiota al advertir que aún tenía entre sus manos el chal de seda color cobre de Vivien.

-No lo sé -respondió, tratando de encontrar una explicación-. Lo acabo de encontrar en el suelo.

Charlotte se acercó a él, teniendo cuidado de esquivar los filosos fragmentos de porcelana, para examinar aquel chal con flecos. Luego, arrugando el entrecejo, lo miró con desconfianza.

-Es de Vivien. ¿La has encontrado finalmente?

-No -contestó Michael, arrancándole el chal de las manos-. Pero me encargaré de devolvérselo. Si me disculpas, debo llamar a un criado para que se ocupe de recoger todo esto.

-¡Espera! -Charlotte lo cogió por la manga de su chaqueta-. He venido a buscarte, Michael. Ha sucedido algo. Algo espantoso.

-¿Qué pasa ahora? -preguntó, recordando que cuando Charlotte era una niña lo asediada constantemente, los perseguía a él y a Brand en cualquier aventura que emprendieran, siempre entrometiéndose en donde nadie la llamaba-. ¿Alguien ha ganado la búsqueda del tesoro?

-Esto no tiene nada que ver con ese tonto juego. -Se inclinó hacia él con los ojos iluminados por una cierta excitación pero también con alarma mientras sus pechos se apoyaban ligeramente sobre su brazo. Verás, mientras estábamos todos pendientes del juego, alguien ha robado a uno de tus invitados. Me temo que hay un ladrón entre nosotros.

Vivien corrió ciegamente a través del laberinto de corredores. Estaba ansiosa por escapar del confinamiento la casa y de la espantosa realidad de sus actos. Una vez más, había permitido que Michael se tomara una libertad que solo correspondía a un marido.

Pero esta vez había sido mucho peor. Él no había tenido necesidad de forzarla contra su voluntad. Esta vez, ella se había abandonado a él, con un mero gemido, permitiendo que le levantara la falda y la acariciara íntimamente.

A pesar de su vergüenza, se estremeció otra vez *¡Develesa!* No era de extrañar que esos juegos estuvieran prohibidos., Ahora conocía la gloria deslumbrante de sus caricias, y ansiaba sentirlas otra vez. Anhelaba con tanta intensidad acostarse con Michael que había tenido que escaparse de su propia y tonta debilidad.

Tuvo la intención de salir al exterior y pasear bajo la lluvia para aclarar su mente y para recuperar su fuerza de voluntad. Pero todos los corredores parecían iguales sombríos y alargados, repletos de gente. La búsqueda del tesoro de vida había terminado. Seguramente todos estarían reunidos en el salón para decidir quién había sido el ganador. Qué irreal parecía todo aquello comparado con el esplendor que había encontrado en los brazos de Michael. Qué frívolo, si lo comparaba con el ansia que palpitaba en su pecho.

¡Que Dios la ayudara! Un momento más y hubiera permitido que él se desabrochara los pantalones y la poseyera.

Irremediablemente perdida y un poco angustiada, giró en uno de los recodos del pasillo para tropezarse con alguien. Lady Katherine Westbrook. La amante de Michael.

Tambaleándose hacia atrás, aquella elegante mujer, un poco mayor que Vivien, se apoyó en la pared recubierta de paneles de madera para recuperar el equilibrio.

-Qué demonios... -exclamó-. ¿Señorita Thorne?

-Le ruego me disculpe -exclamó Vivien, jadeando-. No la vi.

-¿Por qué tiene tanta prisa? ¿Le ocurre algo?

-No, nada, de verdad. Yo... simplemente estaba buscando una puerta para salir al jardín.

-No sea ridícula -dijo, mirándola de arriba abajo-. No puede tener la intención de salir con esta tormenta.

Rodeada por una nube de perfume de rosas, Lady Katherine cogió a Vivien del brazo y la acompañó a lo largo del corredor hasta una ventana con forma de arco, sobre la que chorreaba la lluvia. Una vez allí, obligó a Vivien a sentarse en una sólida silla medieval que había junto a la pared.

-Ahora -le dijo con determinación-, respire profundamente varias veces para calmarse.

Sin saber qué otra cosa podía hacer, Vivien le hizo caso, inhalando el aire fresco. No comprendía por qué motivo Lady Katherine se mostraba tan amable con ella. La mujer era una snob egocéntrica que hasta ese momento ni siquiera se había dignado a hablar con una gitana. Peor aún, era la prima de la Duquesa de Covington, cuyo marido colocaba trampas para dejar tullidos a inocentes viandantes.

Vivien sabía que debía echarle el mal de ojo a aquella mujer, pero se sentía demasiado débil y confusa como para poder hacer algo más que contemplar su refinada belleza. Era tan pequeña y

delicada, una diosa envuelta en una seda dorada, con cintas ingeniosamente entretejidas entre su cabello rubio.

Con sus ojos azules encerrados, Lady Katherine observaba a Vivien.

-Bueno, ahora me contará usted qué es lo que la ha hecho correr tan atropelladamente

-Nada.

-Muy bien, entonces quizás desee contestarme otra pregunta. Estoy buscando a Michael. ¿Lo ha visto?

-¡No!

-Ha estado con él, ¿verdad?

Vivien bajó la mirada, y fue entonces cuando advirtió que su vestido estaba completamente arrugado y su cabello caía desordenadamente sobre su espalda. Sentía los labios hinchados por sus besos. Avergonzada, se ruborizó. Con toda seguridad, los ojos perspicaces de Lady Katherine eran capaces de ver todo aquello.

Probablemente, ya había adivinado lo que ellos habían estado haciendo.

Que se entere, pensó Vivien, dejando fluir la rabia de ese caos de emociones que la dominaba. Nadie debía saber que se avergonzaba de sus actos. Y menos aún, esta ramera que quería a Michael solo para ella. Levantando su barbilla, la miró y dijo:

-Quizás.

Fría y serena como siempre, Lady Katherine no reveló ninguna reacción.

-Mi querida, no es usted la pareja adecuada para un bribón como él. Según lo que creo usted es virgen.

-A nadie le importa eso, excepto a Michael.

Lady Katherine apretó los labios.

-En realidad, creo que es mi obligación advertirle algo. Él no se casará con usted. Los hombres como él viven solo para el placer. Lo único que le interesa es acostarse con usted.

Su franqueza la hirió, pero Vivien se negó a reconocerlo.

-Usted no habla movida por el sentido del deber, milady. La verdad es que tiene miedo de que Michael me prefiera a mí.

Por un instante, Lady Katherine se quedó paralizada, sus lechosas facciones se tensaron corno si llevara una máscara. Luego, inclinó su cabeza y dijo:

-Muy bien, señorita Thorne. Quizás sea usted más lista de lo que había imaginado. Tenga usted en cuenta que es usted una plebeya criada por los gitanos. Cuando Michael desee casarse, me lo pedirá a mí, y no a usted.

-En ese caso, acéptelo y márchese.

-Eso es precisamente lo que pretendo hacer. -Con afectada dignidad, comenzó a girarse pero, de pronto, se volvió para mirarla-. A propósito, ¿no estaría usted merodeando por los corredores del primer piso esta tarde, verdad?

-No. Estaba... ocupada en otro sitio.

La ligera tensión de sus finos dedos fue la única indicación de que Lady Katherine había comprendido el mensaje. Lacónicamente, continuó:

-Me han robado un anillo de diamantes de mis aposentos. Me di cuenta de que faltaba cuando subí a cambiarme de ropa para la cena. Vivien se puso de pie.

-Quizás no recuerde dónde lo ha dejado.

-Eso no es muy probable. Vi el anillo esta misma mañana en mi joyero -atravesándola con la mirada, continuó-. Era un regalo de mi difunto marido. Con la ayuda de Lord Stokeford, me aseguraré que encuentren y castiguen al ladrón. -Con esa mordaz afirmación, se alejó precipitadamente por el corredor.

Vivien la miró con frialdad hasta que la distinguida dama *gorgio* desapareció tras una curva del corredor. La lluvia tocaba una solitaria melodía sobre la ventana. Indignada y, al mismo tiempo,

alarmada, se estremeció por las posibles consecuencias de lo que Lady Katherine acababa de contarle.

Era evidente que ella pensaba que Vivien era la ladrona.

Capítulo 19

Encuentro con un espía

No me fío de esa mujer -refunfuñó Lady Faversham mientras repartía las cartas para otra vuelta de whist[1], los bruscos movimientos de sus dedos huesudos revelaban su enfado-. Debe de haber dejado el anillo en algún lugar. Cómo se atreve a insinuar que Vivien es una ladrona.

Lady Stokeford se acercó a ella con el propósito de que el resto de los invitados que estaban en el salón, no pudieran escucharla.

-Nada me gustaría más que echarla de esta casa; pero Michael es demasiado cabeza hueca como para considerar esa idea.

-Os juro que esa descarada lo ha estado adulando toda la noche -susurró Lady Enid-. ¿De qué estarán hablando?

Mientras los Pimpollos de Rosa se dedicaron a mirar a la pareja, Vivien no apartó su vista de las cartas. Podía escuchar las voces y las risas de los nobles invitados que, tras la cena, se habían reunido en el imponente salón con sus arcadas góticas y sus sillas con franjas doradas. Desde que el día anterior había desaparecido el anillo diamantes de Lady Katherine, Vivien había tenido que soportar las miradas suspicaces de los aristócratas. Los había observado murmurando aunque, al menos, estos lores y damas *gorgios* no la habían acusado directamente. Vivien sabía que eso se debía al respeto que les merecían los Pimpollos de Rosa. Por esa razón, había decidido dominar su cólera y hacer que Lady Stokeford se sintiera orgullosa. Por ninguna razón permitiría que estos snobs la echaran de aquella casa antes de concluir los dos meses que habían acordado.

-Mirad cómo se comporta a la vista de todo el mundo -comentó Lady Faversham en voz baja-. Caramba, es vergonzoso.

-Es escandaloso, eso es lo que es -murmuró entre dientes Lady Enid-. No me extraña haber escuchado tantos chismorreos relacionados con esa mujer.

Lady Stokeford dejó escapar un suspiro.

-Es evidente que debo mantener una nueva conversación con mi nieto. Lo haré más tarde y en privado.

Esta vez, Vivien no pudo resistirse a mirar a hurtadillas a la pareja. Estaban sentados en una *chaise longue* en el extremo más distante del salón. Michael estaba arrebatadoramente atractivo con su chaqueta azul oscuro y sus pantalones color crema. Y Lady Katherine, primorosa como una princesa, con su cabello tan rubio y su vaporoso vestido azul pálido. Su mano descansaba sobre la rodilla de Michael y coqueteaba con él con una gracia y una soltura que Vivien nunca podría dominar.

Con una serenidad digna de una dama. Vivien recogió sus cartas. Sin embargo, en su interior sentía una furia salvaje que la urgía a cruzar el salón y apartar a aquella *chohivani* hechicera de Michael. Por ser un hombre prohibido, Vivien lo deseaba todo para ella. Quería experimentar nuevamente el placer de sentir su boca sobre sus labios y la caricia de sus manos excitándola hasta alcanzar un estado vergonzosamente glorioso. Una y otra vez, había recordado su arrobamiento, la deslumbrante sensación de pertenecerle en cuerpo y alma.

Esa pasión que sentía por él era bochornosa. Se estremecía de solo pensar cuánto se horrorizarían su *dado* y su *dye* si conocieran las libertades que le había permitido. Y también los Pimpollos de Rosa. Si consideraban que la conducta de Lady Katherine era escandalosa, ¿qué pensarían de lo que ella había hecho? ¿Qué es lo que dirían si supieran cuanto deseaba acostarse con Michael?

1 Juego de naipes que normalmente se juega entre dos parejas. (N. de la T.).

En ese momento, Michael la miró y el fuego que había en su corazón la abrasó con mayor intensidad. Él la observó con interés, estudiándola detenidamente, como si quisiera leer sus perversos pensamientos.

O quizás porque también él pensaba que era una ladrona.

Aunque sintió que se sonrojaba y que su pulso se aceleraba, Vivien se negó a desviar la mirada. Enfrentó su penetrante mirada hasta que Lady Katherine tiró de la manga de su chaqueta, consiguiendo que él volviera sus ojos hacia ella.

Vivien volvió a prestar atención al juego de cartas. Afortunadamente, los Pimpollos de Rosa no la estaban mirando, ellas se miraban mutuamente en esa peculiar y silenciosa comunicación que a menudo compartían.

Las velas encendidas en las cuatro esquinas de la mesa arrojaban un resplandor dorado sobre sus arrugados rostros. Lady Stokeford fruncía sus delicadas y blancas cejas, las facciones adustas de Lady Faversham parecían tan amenazadoras como una nube de tormenta e, incluso, la cara angelical de Lady Enid tenía un gesto de preocupación bajo su turbante rojizo.

Con un ruido seco, Lady Faversham colocó la última carta boca arriba en el centro de la mesa.

-Diamantes -dijo con acritud, observando el rectángulo de cartón con sus ocho marcas rojas-. ¡Qué apropiado!

-Y hablando de diamantes -comentó Lady Stokeford, separando sus trece cartas hasta formar un perfecto abanico-, me he estado preguntando quién podrá ser nuestro ladrón.

-Lo más probable es que sea la criada de Lady Katherine -susurró Lady Enid-. Uno no puede fiarse de las francesas.

-No -respondió Lady Stokeford, sacudiendo la cabeza-. Colette es una muchacha muy dulce y me niego a creer que sea la culpable. Lady Faversham arrugó un poco más el entrecejo.

-Deberías haberme permitido que la interrogara, Lucy. A veces eres demasiado confiada.

-Michael y yo también estuvimos allí -comentó Vivien, inclinándose sobre la mesa para acariciar la delgada mano de Lady Stokeford, en un franco intento de darle su apoyo-. Las tres hemos interrogado a todos los criados. Estoy segura de que ninguno de ellos robó el anillo de Lady Katherine.

¿Pero estaría Michael de acuerdo con ella? Esa tarde se había mostrado evasivo, con el rostro imperturbable. Vivien siempre se había considerado capaz de descubrir los pensamientos de los *gorgios* Para poder decir la buena fortuna, había estudiado un buen número de gestos que le permitían adivinar las emociones y opiniones de una persona. Sin embargo, Michael era el único hombre cuya mente era incapaz de leer.

-¿Cómo puedes estar tan segura? -le pregunto recelosa Lady Enid.

-Algunos de los criados parecían nerviosos -dijo Vivien-, pero ninguno de ellos eludió la mirada en señal de culpabilidad. Tampoco vacilaron al explicar dónde se encontraban durante la búsqueda del tesoro.

-Entonces es lo que yo había sugerido: Lady Katherine no recuerda dónde ha dejado su anillo -afirmó Lady Faversham, poniendo sobre la mesa una sota-. Quizás se deslizó de su tocador.

Lady Enid pareció animarse.

-Eso me sucedió en una ocasión, cuando mis pendientes favoritos de esmeraldas se cayeron detrás del escritorio de la biblioteca, mientras Howard y yo estábamos... -Mirando tímidamente a Vivien, se rió con nerviosismo.- Bueno, eso no tiene ninguna importancia.

Distraída, Vivien puso una dama sobre la mesa.

-Colette jura que ella guardó el anillo bajo llave en el joyero de Lady Katherine.

-¿Y quién guarda la llave? -preguntó Lady Faversham.

-La guarda Lady Katherine en su mesilla de noche -respondió Lady Stokeford-. Ella insiste en que estaba allí durante la búsqueda del tesoro.

-Mocosa descuidada -dijo Lady Faversham resoplando con impaciencia. Recorriendo el salón con la mirada, bajó la voz para decir-: He dudado mucho antes de deciros esto, pero... ¿No creéis

que puede haber sido alguno de los invitados el que ha robado el anillo? ¿Alguien que sabía que todo el mundo acusaría a Vivien?

Vivien titubeó un momento antes de recoger la mano ganadora. La condesa había pronunciado la sospecha que se ocultaba en el fondo de su mente. Alguien que pretendía hacerla pasar por una ladrona con el fin de desprestigiar y humillarla, incluso quizás de enviarla a prisión.

-¿Pero quién? -susurró Lady Enid, impresionada e intrigada al mismo tiempo-. ¿Quién podría ser capaz de un acto tan vil?

-Lo descubriremos -manifestó Lady Stokeford, su voz sonaba suave y, sin embargo, firme-. Acercaos, señoras. Debemos hacer una lista de los sospechosos.

Con las cartas en la mano, los Pimpollos de Rosa se inclinaron sobre la mesa, levantando ocasionalmente la mirada para examinar a aquel grupo de aristócratas. Las risas y la cháchara se entremezclaban con el crepitar del tronco que ardía en la chimenea. Los criados se movían por la enorme estancia, ofreciendo vino y licores.

-Sir George Rampling -murmuró Lady Enid-. Está contrariado porque Vivien ha sido lo suficientemente lista como para rechazar su petición de mano.

-Lord Alfred Yarborough -dijo Lady Stokeford-. Es un verdadero mojigato.

-El Vizconde Beldon -pronunció Lady Faversham-. Aunque su abuelo era un comerciante, él se siente superior a Vivien.

Subrepticiamente, Vivien recorrió el salón con la mirada. Sir George y Lord Alfred jugaban a las cartas con otros dos caballeros que la habían cortejado durante los últimos días, presumiblemente atraídos por los rumores de su cuantiosa dote. Luego, se fijó en la mesa que Charlotte y el vicario compartían con el Vizconde Beldon, el hombre con cara de zorro, que se arreglaba su pequeño bigote con su índice y su pulgar. Frente a él, la Duquesa de Covington, con la boca apretada, miraba sus cartas por encima de su altanera nariz.

Sintiendo que la envolvía una oleada de ira, Vivien deseó poder acusar a la duquesa. En ese preciso momento, Lady Katherine y Michael se levantaron de la *chaise longue.* Cuando él hizo un movimiento para alejarse, ella lo cogió del brazo y le dirigió unas breves palabras, tan cerca de él que sus senos rozaron su pecho. Luego, el muy canalla la acompañó hacia el pianoforte.

Antes de sentarse frente al instrumento musical, Lady Katherine miró directamente a Vivien, sus facciones aristocráticas revelaron un gesto de triunfo. Se arregló las faldas y comenzó a tocar una cadenciosa melodía con asombrosa facilidad. Mientras lo hacía, conversaba con Michael, que se había apoyado sobre el pianoforte y pasaba las páginas de la partitura para ella.

Esa mirada de victoria hizo que Vivien ardiera como un carbón encendido. Lady Katherine estaba decidida a conservar a Michael. Había mirado a Vivien como si se tratara de un rival que había que vencer...

Las cartas se deslizaron de sus dedos helados. Aunque estaba sentada cerca del hogar, sentía un frío intenso en todo su cuerpo. Interrumpiendo a los Pimpollos de Rosa, sugirió en un débil susurro: -Quizás nadie ha robado el anillo.

-¿Qué dices? -le preguntó Lady Faversham-. ¿Acaso sabes dónde lo ha perdido Katherine?

-No -respondió con la boca seca, mirando a cada una de las damas-. Creo que ella ha escondido el anillo. Luego ha anunciado el robo con la esperanza de que me he echaran de esta casa. No me sorprendería que ella y su prima hubieran planeado todo esto.

-¡Dios mío! -exclamó con la voz entrecortada Lady Enid-. No habíamos pensado en esa posibilidad.

-Es endemoniadamente lista -manifestó con gravedad Lady Faversham.

-Eso es precisamente lo que esa intrigante de Katherine seria capaz de hacer -afirmó Lady Stokeford, entornando los ojos-. Debo alertar de inmediato a Michael.

-Todavía no, milady. Él no le creerá sin tener pruebas. -Dominada una vez más por una intensa cólera, Vivien apartó su silla de la mesa-. Primero, iré a su habitación y encontraré el anillo. ¿Me haríais el favor de acompañarme e indicarme cuáles son sus aposentos?

-Paciencia -dijo Lady Stokeford en un suave susurro. Poniéndose de pie rodeó la mesa, y cogiendo a Vivien por el brazo agregó en voz baja-. Sonríe, mi querida. Todos nos están mirando. Acallaremos los rumores antes de que lleguemos al corredor donde no hay tantos oídos atentos.

Vivien simuló una amable sonrisa. Aunque estaba ansiosa por salir del salón, se obligó a caminar lentamente, siguiendo el ritmo de los graciosos pasos de Lady Stokeford, mientras los otros dos Pimpollos de Rosa las seguían a poca distancia.

Ella miró brevemente a Michael y descubrió que la observaba ensimismado mientras abandonaba el salón, aunque no hizo ningún intento de abandonar a su amada. Casi no le había hablado en todo el día, ni siquiera cuando habían interrogado a los criados. Ahora, la intensidad de su mirada hizo que a Vivien se le pusiera la carne de gallina. Contra su voluntad, sintió que algo se ablandaba en su interior, un anhelo que no debería sentir por ese hombre *gorgio* que nunca la había considerado más que como una mentirosa y una vagabunda timadora.

Los Pimpollos de Rosa se detuvieron un instante para intercambiar cumplidos con Lady Charlotte, el Vizconde Blendon, el adulador vicario y la Duquesa de Covington que, rápidamente dominó la conversación. La duquesa llevaba su cabello castaño primorosamente peinado, tenía una gruesa papada y una nariz pequeña que temblaba como la de *Nibbles*, el conejo. Su mano acariciaba al doguillo que tenía sobre su regazo. Deliberadamente, ignoró a Vivien, dirigiéndose únicamente a las viejas damas.

Charlotte, mirando a Vivien, puso sus ojos en blanco y simuló un bostezo detrás de su mano enguantada. Pero Vivien solo le echó una breve mirada. Hervía de resentimiento por la duquesa. ¿Quién era esta dama *gorgio* para considerarla una campesina indigna de su atención? Peor aún, la trataba como si fuera una delincuente cuando lo más probable era que ella y su prima hubieran tramado todo ese asunto para conseguir que todos acusaran a Vivien de ser una ladrona.

Incapaz de contenerse, Vivien avanzó un paso para atraer la atención de la duquesa.

-¿Qué collar tan magnífico, Su Excelencia.

Con excesiva prisa, la duquesa se llevó una mano hacia las espléndidas gemas que tenía junto a su garganta.

-Son una joya de familia, siempre han pertenecido a los Covington.

-Esas esmeraldas y esos diamantes deben valer una fortuna -comentó Vivien, dejando en evidencia que alguien más podía participar también en ese juego del robo-. Debe usted tener cuidado de guardarlas a buen recaudo, de lo contrario pueden caer en manos de nuestro ladrón.

-Todo un detalle de tu parte, mi querida muchacha -afirmó Lady Stokeford, sus ojos de color azul cielo brillaban de aprobación-. En realidad, todos debemos estar muy atentos.

Los ojos pálidos de la duquesa se tornaron glaciales.

-Deberías haber llamado a las autoridades, Lucy. Jamás he estado en ninguna fiesta en la que un vicioso ladrón acechara a los invitados.

-Estás exagerando, Hillary -comentó resueltamente Lady Faversham-. No me cabe duda de que el anillo de tu prima aparecerá muy pronto.

-Desearía saber qué es lo que se ha hecho para encontrarlo.

-Puedes estar segura de que tengo todo bajo control -respondió Lady Stokeford con toda serenidad-. Y ahora, les ruego que nos disculpen.

Viven y los Pimpollos de Rosa atravesaron el arco de entrada dejando atrás el murmullo de la conversación y la música vivaz del pianoforte. Ella miró una vez más a Michael y vio que la observaba mientras abandonaba el salón. Junto a la puerta de entrada del vestíbulo había un criado atendiendo sus obligaciones, de modo que se dirigieron hacia la dirección opuesta.

-Cielos -murmuró Lady Enid-, creo que Vivien ha conseguido provocar a la duquesa, tal como se lo merecía.

-Pero no creo que sea la forma adecuada para conquistar su aprobación -expresó Lady Faversham con sus manos apoyadas sobre la empuñadura de su bastón-. No obstante, sus ojos grises titilaron y no parecía terriblemente disgustada.

-Se sentirá aún más ofendida cuando encontremos el anillo de Katherine y demostremos que su historia era un fraude -declaró Lady Stokeford-. ¡Vicioso ladrón!

-¿No vamos a la primera planta? -preguntó Vivien mientras pasaban por delante de la majestuosa escalera principal en forma de caracol.

-Nosotras subiremos por la escalera de atrás -dijo amablemente Lady Stokeford-. Pero tú, Vivien, debes regresar al salón.

-¡No! -Vivien giró sobre sus talones para quedar frente a frente con los Pimpollos de Rosa en aquel pasillo desierto-. Es mi honor el que está en juego. Y soy yo la que debe encontrar ese anillo.

Lady Stokeford le dio unas palmadas en la mano.

-Me temo que no, mi querida. Piensa que si te descubrieran en el dormitorio de esa mujer, revolviendo sus posesiones, sería una prueba completamente condenatoria. Si encontraras el anillo, todo el mundo te llamaría ladrona en el mismo momento en que aparecieras con la joya en la mano.

-De cualquier forma, es muy probable que la criada esté allí -añadió Lady Faversham-. Nosotras podemos conseguir que Colette se marche con la excusa de algún recado, sin embargo, tu presencia resultaría sospechosa.

-Ve junto a mi nieta -le sugirió Lady Enid-. Tú y Charlotte podéis dedicaros a elegir los disfraces para el baile de máscaras. Como sabes, solo faltan dos días.

-Una idea excelente -manifestó Lady Stokeford-. Ahora vámonos, Pimpollos de Rosa. El tiempo es esencial.

Las tres viejas damas se apresuraron a atravesar el corredor, murmurando entre ellas.

Vivien se quedó de pie en el mismo lugar donde se encontraba hasta que ellas desaparecieron tras un recodo del pasillo. Podía comprender su preocupación. Era más sensato que ellas buscaran el anillo. Sin embargo, no le gustaba de idea de tener que esperar. Se sentía inquieta y se dedicó a caminar de un lado a otro, mientras sus pasos retumbaban en el desierto corredor.

Consideró la idea de volver al salón para encontrarse con Charlotte, que se sentiría feliz de tener una excusa para abandonar la partida de naipes. Pero eso significaría tener que ver nuevamente a Michael. Ya era suficiente con tener que escuchar las débiles notas del pianoforte y saber que él estaba aún junto a Lady Katherine, adulándola servilmente. Indignada, Vivien sintió la necesidad de escaparse del confinamiento de aquellas paredes *gorgio* entre las que abundaban las intrigas y los celos. Se aventuró en una sala en penumbras y encontró una puerta que daba a la gran terraza desde la que se bajaba al jardín.

El aire nocturno, típicamente otoñal, era bastante fresco y Vivien se frotó los brazos; echó en falta su chal pero se sintió reacia a volver a la casa para buscarlo. Comenzó a bajar los escalones de piedra en dirección al jardín en sombras, deteniéndose únicamente para quitarse los zapatos y mover los dedos de sus pies con toda libertad. Aunque la tierra estaba fría y húmeda debido a la lluvia del día anterior, dejó sus zapatos sobre los escalones y deambuló por los senderos adoquinados que serpenteaban ente los arriates de rosas cultivadas.

Se detuvo en el extremo más distante del jardín iluminado por la luna, allí donde comenzaba el lúgubre e impenetrable bosque. Respirando profundamente, disfrutó del fresco aroma de la tierra y del viento. Un olor a humo en el aire, despertó su nostalgia. Sabía que era el olor de la madera que ardía en los hogares de Stokeford Abbey, sin embargo, deseaba que aquel olor emanara de lo más profundo del bosque, del campamento donde sus padres podían estar en aquel instante.

El dolor que siempre estaba presente en su corazón, creció en intensidad. Deseaba desesperadamente volver con ellos, disfrutar de su amor y de su protección. Quería escuchar los consejos sabios de su madre y sentir el abrazo de oso de su padre. El deseo era tan intenso que avanzó unos pasos en dirección a los árboles, tentada de adentrarse en la oscuridad. Pero ya no era una niña. Era una mujer de dieciocho años y ahora era ella la que debía cuidar a sus padres. Tenía

que conseguir las doscientas guineas para que su madre y su padre pudieran disfrutar de las comodidades que necesitarían en la vejez. Esa idea la detuvo como un muro infranqueable.

A sus espaldas, Stokeford Abbey parecía un negro monolito contra el cielo estrellado. Una fila de ventanas oscuras destacaba la galería, donde el día anterior Michael la había transportado hasta las alturas inimaginables de la pasión. Ahora le parecía un sueño, un mágico y maravilloso momento que no podía haber sido real.

Pero había sido real. En sus brazos, había conocido un goce carnal. Independientemente de que fuera un *gorgio* bribón, Michael la había hecho sentir una verdadera mujer.

Miró hacia las ventanas iluminadas del salón, pero solo fue capaz de vislumbrar sombras en movimiento. No debía añorar a un hombre que se consideraba superior a ella. No debía permitir que la dominaran los anhelos naturales de su cuerpo. Dando la espalda a la casa, cerró los ojos. Cuando los abrió otra vez, vio frente a ella a la peor de sus pesadillas. ¡Janus!

A unos pocos pasos de ella, su figura oscura descomunal emergió del bosque. No tuvo tiempo para correr, solo para gritar alarmada. Saltando hacia ella, Janus la cogió por los brazos.

-Sabía que vendrías a mí -dijo ásperamente en su lengua gitana.

-No soy tu prometida -le espetó Vivien, mientras intentaba soltarse-. Déjame, de lo contrario gritaré pidiendo ayuda y pasarás el resto de tu vida en una prisión *gorgi*o.

Él se rió de una forma petulante que a Vivien le crispó los nervios. -No luches conmigo. A menos que quieras que Reyna y Pulika descubran lo que has estado haciendo.

Al sentir su olor salvaje, Vivien sintió que se le revolvía el estómago. También se le revolvió la mala conciencia. Se sentía culpable, pero él no tenía forma de saberlo.

-Entonces, ¿han llegado a mis padres?

Él asintió con un gruñido.

-¿Cómo están ellos? -preguntó con ansiedad-. ¿Se encuentran bien? ¿Le ha dolido la pierna a mi padre?

-Lo único que les pasa es que añoran tu presencia. Ven, déjame llevarte hasta ellos.

Comenzó a arrastrarla en dirección al bosque, pero ella se resistió.

-Aún no estoy preparada para regresar. Debes decirles que los echo de mucho de menos.

-Bah. Ni siquiera has pensado en ellos. Solo te has dedicado a buscar la compañía de Lord Stokeford. -Bajo la luz de la luna, sus facciones de mastín revelaron rabia y resentimiento.- Os he estado observando. A los dos.

Una vez más, el miedo la inquietó.

-No tienes ningún derecho a espiar. Estas son las tierras de Lord Stokeford.

-Es un perro *gorgio* -dijo con un tono de voz gutural-. Los he visto manoseándose junto a la ventana.

Sintió asco y un sabor amargo en la garganta. ¿Janus había sido testigo de ese beso? Vivien sacudió la cabeza.

-No -susurró-. Tú no has visto nada.

-¡Mentirosa! Le has permitido que te acariciara. Debería decirle a Pulika que le has entregado tu virginidad a ese demonio.

Horrorizada, miró fijamente sus ojos oscuros, las llameantes aletas de su nariz, el bigote que le caía sobre los dientes. Él es un demonio, y no Michael, pensó Vivien. Tuvo deseos de rogarle que guardara silencio, pero se abstuvo. Sentía un enorme temor de avergonzar a sus padres, pero también ansiaba proteger ese recuerdo privado y especial.

Piensa, se dijo. Engáñalo.

-¿Dónde estabas? -le preguntó con sorna-. ¿Acaso estabas en el bosque?

-Así es -respondió él-. Pero tengo ojos. Y sé muy bien lo que vi.

-Ayer llovió todo el día, y hay muchos invitados en la casa. Debes haber visto a otra mujer.

-Conozco a mi prometida -insistió, aunque una ligera duda hizo que se le quebrara la voz-. Eras tú la que estaba junto a la ventana.

-No me he entregado a Lord Stokeford. Esa es la verdad. Déjame, me haces daño.

Janus la miró fijamente, con desconfianza.

-¿Eres pura?

-*¡Haisheli!* Lo juro.

Aflojó la presión de sus dedos sobre sus brazos, pero no la soltó. Para su disgusto, la atrajo aún más hacia él.

-De todos modos, tu virginidad no tiene ninguna importancia -murmuró-. Aún pretendo que seas mi esposa.

-Y yo te he dicho que no hay ningún compromiso entre nosotros.

Pero él continuó hablando como si ella no hubiera pronunciado ni una sola palabra.

-Nos casaremos, y tú te quedarás aquí hasta que yo decida lo contrario. Y me darás esas cien guineas que ganas por mes.

Indignada, Vivien sacudió la cabeza. -El dinero es para mis padres.

-Entonces engaña a esas viejas damas para que te den más oro. O róbalo. Debes tener muchas oportunidades, ¿verdad?

Vivien lo miró fijamente a través de la oscuridad. No era de extrañar que fuera tan persistente en relación con la boda. Era tan codicioso como los caballeros *gorgios* que la habían cortejado para conseguir su dote.

-No te daría ni medio penique -espetó.

-Muchacha obstinada -sus dedos se crisparon sobre sus brazos y continuó-: harás lo que te he pedido, de lo contrario le contaré a tu padre que deseas a un lord *gorgio*.

Su aliento olía a ajo. Vivien estaba asustada por su fuerza y porque tenía conciencia de lo solos que estaban al final del oscuro jardín. Cuando retrocedió, preparada para pegarle, escuchó pasos en la terraza. Una voz profunda y familiar grito su nombre.

-¡Vivien!

Con un ligero alivio, vio la silueta oscura de Michael bajando precipitadamente los escalones que llevaban al jardín.

Janus maldijo en voz alta y la dejó libre. Ella corrió hasta encontrarse con Michael en la mitad del sendero. Arrojándose en sus brazos, apoyó su mejilla contra su suave chaleco, escuchando los tranquilizadores latidos de su corazón. Sintió que estaba helada hasta la médula, avergonzada y asustada, con una desesperada necesidad de sentir su calor.

Él la estrechó contra su cuerpo durante un momento con sus fuertes brazos. Rozó sus cabellos con sus labios y le frotó la espalda con sus manos.

-¿Le ha hecho daño?

-No... estoy bien. -Para su sorpresa, sus dientes castañeteaban. Luego se estremeció profundamente. ¿Le ha hecho daño? Él había visto a Janus.

-Quédese aquí. -Apartándola, empezó a correr hacia el bosque. Vivien corrió tras él. No podía apartar de su mente que si se enfrentaba a Janus, el alboroto llamaría la atención de los invitados y eso sería un verdadero escándalo para Lady Stokeford.

-¡Vuelva aquí!

Pero sus preocupaciones no tenían fundamento. Janus había desaparecido en el bosque. La hierba iluminada por la luna solo dejaba ver las huellas apenas visibles de sus pisadas.

Se giró para mirarla.

-Condenado sea, se ha marchado. Reuniré a un grupo de hombres con antorchas. Lo echaremos de aquí.

-¡No! -gritó Vivien, cogiéndolo por los brazos, percibiendo su pujanza y su intensa cólera.- Está demasiado oscuro. Nunca lo encontrarán. Seguramente, ya habrá huido.

El rostro de Michael se oscureció bajo la luz de la luna y la miró fijamente.

-¿Quién era? ¿A quién está protegiendo?

-No estoy protegiendo a nadie.

La cogió por los hombros y le dijo:

-Dígame su nombre, Vivien. Es alguien que usted conoce. Es su amante.

-¡No! -Sintió náuseas; no podía permitir que él pensara eso-. Janus no es mi amante.

Sus dedos se tensaron sobre sus brazos.

-Janus -gruñó-. El gitano con el que pretende casarse. Ella negó con la cabeza.

-Él me lo ha pedido, pero yo le he rechazado -recordando que Janus podía estar observándolos, se colgó del brazo de Michael, diciéndole-. Será mejor que entremos. Podemos hablar en la casa.

-Le tiene miedo.

-Tengo frío, eso es todo. -Vivien tembló, demostrando que no mentía.

-Usted corrió hacia mí en busca de protección.

-No, yo... solo pretendía detenerlo para que no lo persiguiera.

Él hizo un sonido con la boca que indicaba su incredulidad, y la acompañó hasta la terraza, con pasos largos y cargados de ira. La inquietud de Vivien aumentó al percibir que él estaba tramando algo peligroso. ¿Le haría caso? ¿O todavía estaba pensando en perseguir a Janus? Michael abrió la puerta y la invitó a pasar.

-Entre.

-Solo si viene usted conmigo. No puede perseguir a Janus.

-Claro que puedo. Él ha traspasado los límites de lo que me pertenece.

¿Acaso se refería... a ella? A pesar de que ansiaba pertenecer a ese hombre, sintió que una oscura sombra se cernía sobre ella. Si él organizaba una partida de hombres para ir a buscarlo, descubriría el campamento de los gitanos.

Rápidamente, lo cogió una vez más del brazo.

-No ha tomado nada de lo que le pertenece. Ya se ha marchado, y eso es todo lo que importa.

-Entonces usted y yo tenemos diferentes opiniones.

Le dio un pequeño empujón hacia la puerta, pero Vivien cerró sus dedos sobre los músculos de hierro de sus brazos y, completamente aterrorizada, le rogó:

-¡Por favor, no debe hacerlo! No debe ir tras él. ¡Encontrará a mis padres!

Eso consiguió llamar su atención. Sus ojos vivaces brillaron en oscuridad.

-Sus padres.

-Sí -respondió Vivien, preparada para arrojarse a sus pies, si fuera necesario-. Se lo ruego, no los eche de sus tierras. Han venido para estar cerca de mí, eso es todo. Son buena gente, personas amables y decentes. Nunca han hecho daño a nadie.

-Y este Janus quería llevarla con ellos.

Con los ojos llenos de lágrimas, ella asintió con la cabeza. -Hubiera ido con él, pero...

-¿Pero?

-Pero necesito el dinero que su abuela me paga. Es para ayudar a mis padres cuando sean mayores. Mi padre ya no puede hacer trabajos temporales.

Michael permaneció inmóvil y en silencio. La luz de la luna plateaba su cabello y arrojaba sombras sobre su rostro. Vivien percibió que él estaba contrariado, como si estuviera luchando contra la incredulidad. ¿Qué es lo que lo que había hecho de él un hombre tan duro y tan cínico? ¿Acaso era un aborrecible prejuicio contra los gitanos? ¿O se debía a la pérdida de su amada esposa? Más que nunca, percibió su sufrimiento, las cenizas de un fuego frío. ¿Podría él volver a sentir el calor del amor?

Solo conocía la respuesta para la última pregunta, ya que lo había visto tratar con extremo cariño y ternura a su hija. Había castigado a Thadeus Tremain y, durante las últimas semanas, había hecho justicia con los campesinos, aumentando sus salarios y reparando sus cabañas. Y también sabía tocar a una mujer con dulzura. Incluso ahora, cuando estaba realmente atemorizada por sus padres, su proximidad despertaba en ella una apasionada necesidad de calmar su corazón dolido, que con tanto ahínco se empeñaba en ocultar. Deseaba desesperadamente acercarse a él y besar sus labios, sentir sus brazos estrechándola en un amoroso abrazo...

-Entre -masculló Michael. Vivien dejó escapar un delicado suspiro.

-Primero, debe prometerme que no se acercará a mis padres. Que no los echará de sus tierras.

-No tengo ningún interés en buscar pleitos con ellos.

Ella deseaba creerle, pero no estaba dispuesta a correr ningún riesgo. -Ustedes, los caballeros, dan mucha importancia a su honor. De manera que haga el favor de darme su palabra de que no se acercará a ellos.

Echando una última y penetrante mirada al bosque, asintió con la cabeza.

-Si eso la tranquiliza -respondió-, tiene usted mi palabra.

La condujo hacía una antecámara oscura, cerrando la puerta detrás de ellos. Le hervía la sangre con un deseo imperioso de castigar a Janus por ponerle las manos encima a Vivien. Desconfiando de sus propósitos, había salido a la terraza para buscarla, siguiendo las indicaciones de un criado que la había visto abandonar la casa. Allí, se había enfurecido ante la visión de una pareja que parecía abrazarse. En ese momento había sentido deseos de matar a ese bastardo. Igual que ahora. Durante una fracción de segundo, se sintió completamente trastornado por la necesidad de salir a perseguir a ese gitano como si fuera un perro.

Pero le había dado su palabra de no organizar una partida para salir a buscarlo. ¡Maldito sea! Al menos tenía algunas respuestas. Por una vez, había conseguido que ella dijera la verdad.

Vivien caminaba rápidamente delante de él, sus zapatos susurraban sobre el suelo de piedra. Antes de que pudiera llegar al corredor, la cogió por el brazo y la obligó a girarse para mirarlo.

-De manera que se ha estado encontrando con ese gitano.

-No, eso no es verdad…

-No lo niegue. También lo vio en el bosque el día del almuerzo en el campo.

Ella respiró sonoramente.

-Por desgracia.

-Ya veo. Su prometido simplemente estaba paseando por los bosques que están en mis propiedades. Y ahora lo hace nuevamente, de noche y cerca de mi casa.

Él podía sentir el fuego que ardía entre ellos, la mecha corta de la cólera… y de la pasión.

-Él no es mi prometido -exclamó ella bruscamente-. ¿Por qué no puede aceptarlo?

-¿Entonces por qué ha venido aquí esta noche?

-Ya se lo he dicho; para informarme que mis padres están acampados cerca de aquí.

Pero una ligera vacilación en el tono de su voz sugirió que aún había algo más.

-Eso no es todo -dijo Michael con brusquedad-Dígame cuál es el verdadero motivo.

Ella, con toda seguridad, tenía un romance con Janus. ¡Maldición! Una mujer tan hermosa y tan apasionada tenía que tener amantes. Era impensable que ningún hombre la hubiera tocado. No tuvo tiempo de continuar con sus pensamientos porque ella se puso furiosa, y comenzó a aporrearle el pecho con sus puños.

-¡Es usted un demonio! ¡Usted cree que le he dado a Janus el anillo de Lady Katherine!

-Nunca he dicho eso.

-*¡Sheka!* Piensa que soy una ladrona. ¡Maldito sea!

Michael la empujó contra la pared, aprisionándola con su cuerpo, incluso en medio del fragor de la pelea, le excitaba su tersura. Ella se retorció y luchó y, debido a la intensidad de su indignación, Michael necesitó de todo su ingenio para controlarla.

-Cálmese -exclamó-. No puede escapar, de momo que lo mejor será que me escuche.

Ella luchó aún durante unos instantes, luego se calmó, aunque su pecho palpitaba. Su aroma lo atraía como el canto de una sirena. Resuelto a acabar de una vez con sus indagaciones, él también se serenó ligeramente, obligando a su mente a ignorar las exigencias de su cuerpo.

Al principio había sospechado de Vivien. Pero ella era demasiado inteligente como para poner en peligro su posición en la casa con un robo de escasa importancia. Cuanto más vueltas le había dado al problema, más sospechaba de Katherine Westbrook. Ella tenía sobradas razones para

desprestigiar a Vivien. Mejor que la mayoría de los hombres, Michael sabía que las mujeres se valían de artimañas y artificios para conseguir sus propósitos.

-No estaba pensando en el anillo cuando salí a la terraza está noche -admitió-. Pensé que usted había salido para encontrarse con su amante.

-¿Y eso es lo que se le ocurre decir para consolarme? ¿Cree que soy una ramera?

La voz se le quebró ligeramente, contradiciendo su tono enfadado. Dominando el violento deseo que sentía por ella, deslizó sus nudillos a lo largo de su mejilla y por encima de sus labios.

-Creo que es usted una mujer apasionada -murmuró-. Mi mujer.

Vivien suspiró repentinamente.

-Nunca perteneceré a un hombre como usted. Un hombre que me considera una vagabunda y una ladrona.

-El tema de quién se apoderó del anillo aún está por resolver. Katherine ha accedido a buscarlo otra vez para asegurarse de que no lo ha perdido.

-Buscarlo otra vez... -Vivien se quedó en silencio.

Podía vislumbrar sus delicadas facciones en la penumbra, los suaves labios que deseaba besar. Su deseo era tan poderoso, que casi no tenía fuerzas para resistirse. Mientras bajaba la cabeza, ella cogió su chaqueta y, en un tono de voz bastante alarmado, preguntó:

-¿Dónde está Lady Katherine? ¿Ha ido a buscar el anillo ahora mismo?

-Cuando abandoné el salón, estaba conversando con su prima. Pero, sí, en efecto, pensaba retirarse pronto a sus aposentos.

Él intentó besarla otra vez cuando, de pronto, con un grito ahogado, Vivien apartó su cabeza.

-¡Oh, no! ¡Los Pimpollos de Rosa! -Y pasando por debajo de su brazo se precipitó hacia el corredor.

Enfadado, Michael fue tras ella.

-¿Qué pasa con los Pimpollos de Rosa?

Junto a la puerta, se giró hacia él, sus ojos grandes y luminosos estaban ocultos entre las sombras.

-Tengo que advertirles. ¡En este mismo momento están revisando el dormitorio de Lady Katherine!

Capítulo 20

El Monje Siniestro

Dos noches más tarde, en el mismo momento en que entro al atestado salón de baile, Vivien escuchó los susurros y reparó en las miradas. Ella era una gitana que aquellos aristócratas aceptaban en su sociedad únicamente por el respeto que les merecía Lady Stokeford. Pero una gitana que podía robar a cualquiera de ellos, era algo completamente diferente.

Esa noche se celebraba el baile de máscaras. el gran broche final de la fiesta que había ofrecido Su Señoría. Los vecinos de varias millas a la redonda llegaban hasta la casa en una incesante fila de carruajes que se deslizaban por el camino de la entrada. Vivien caminaba erguida y orgullosa entre los nobles invitados. En vez de disfrazarse con un formal traje de princesa lleno de perlas, tal como deseaban los Pimpollos de Rosa, en un acto de descarada osadía había decidido llevar el atuendo tradicional de los gitanos.

La falda de color turquesa susurraba entre sus pies descalzos, El corpiño amarillo azafrán tenía un generoso escote, en un estilo muy a la moda. Los brazaletes de oro tintineaban en sus muñecas y una amplia faja le ceñía la cintura. Se sentía libre y natural con las vestimentas familiares que había usado toda su vida. Confeccionado por la costurera personal de la marquesa, el traje estaba hecho con las sedas y los rasos Más suaves.

Se sintió culpable al pensar que su *dado* y su *dye* nunca habían podido permitirse comprar unos tejidos tan finos aunque sus padres siempre la habían obsequiado con la riqueza de su amor. Era por ellos que estaba allí, pretendiendo ser una dama. Murmullos escandalizados se escuchaban a su paso, pero ella mantenía una actitud despectiva. Todos esos nobles mezquinos e intolerantes comprobarían finalmente que ella no había hecho nada malo. Deseaba que se enteraran que despreciaba sus sospechas.

A pesar de los mejores esfuerzos de los Pimpollos de Rosa, el anillo de diamantes de Lady Katherine no había aparecido. Vivien le había contado a Michael que ellas habían decidido revisar sus aposentos y luego habían subido juntos rápidamente las escaleras para advertir a su abuela de la posible presencia de la dama. Él, por supuesto, se había puesto furioso. Acompañando a su abuela hasta su tocador, le había comunicado que reprobaba su conducta, y Vivien la había defendido con acaloradas palabras. Finalmente, él había admitido la posibilidad de que Lady Katherine hubiera obrado de mala fe y había aceptado ocuparse del asunto. Desde entonces, Vivien no había escuchado nada más.

Solo más tarde se le ocurrió otra posibilidad. ¿Y si Janus hubiera robado el anillo? Había admitido que había estado espiando entre los arbustos, en el exterior de la Abadía. Quizás había entrado en la casa durante la búsqueda del tesoro. El mero pensamiento de encontrarse con él en un corredor desierto, hizo que Vivien se estremeciera. Ella había estado muy atenta pero, afortunadamente, parecía que Janus había desaparecido como una bocanada de humo.

Respirando profundamente el aire lleno de delicados perfumes, deseó que sus temores también desaparecieran. Esa noche ignoraría los cotilleos y disfrutaría cuanto pudiera de la velada. Era su primer baile en el mundo *gorgio*.

El salón de baile, que era muy largo y tenía un elevado cielo raso, brillaba bajo la luz de miles de velas. Vivien creyó estar en el país de las hadas, lleno de criaturas fantásticas. Había reinas y cortesanos, ninfas y caballeros, turcos y griegos y disfraces de otras nacionalidades que ella no conocía. La mayoría de las personas llevaba antifaz, igual que ella. Pero un atento examen revelaba la identidad de muchos de los invitados.

Los Pimpollos de Rosa, disfrazadas como Las Tres Gracias, vestían clásicas túnicas blancas y revoloteaban de aquí para allá entre los invitados. Vivien no veía a Lady Katherine por ningún lado, pero logró reconocer a la Duquesa de Covington porque iba vestida con un kimono japonés

de color rojo que resaltaba su gruesa figura, por su desvaído cabello castaño y su sonrisa altanera. La duquesa conversaba con un rey que llevaba una peluca blanca y un traje monárquico, bajo su pequeño e hirsuto bigote, Vivien reconoció a Lord Beldon. Deliberadamente, se alejó de aquellos dos personajes.

Se descubrió buscando a un hombre alto y poderoso, de cabello oscuro y sonrisa sensual, que conseguía que su corazón se acelerara y le temblaran las piernas. ¿Qué disfraz habría elegido Michael? Ella se lo imaginaba como un héroe de las leyendas y las historias que había leído con avidez durante las últimas semanas: San Jorge, que había dado muerte al dragón; Apolo, el más guapo de todos los dioses; el rey Arturo con sus caballeros de la Mesa Redonda.

No, él no elegiría un personaje tan glorioso. Quizá sería un bribón seductor o un salteador de caminos. Michael había estado presente en sus pensamientos durante todo el día e invadido sus sueños por la noche. Sola en su cama, no había hecho más que dar vueltas, con su cuerpo acalorado y ansiando sus caricias...

-¡Eh, gitana!

Junto al estrado donde la orquesta afinaba sus instrumentos, una mujer se dirigió hacia ella. Estaba vestida con el vaporoso traje de seda verde de una princesa medieval, su abundante melena castaña caía sobre sus hombros, coronada por una diadema de oro. Como siempre, las mangas largas y los guantes ocultaban su brazo lleno de cicatrices. Un dominó escondía su rostro, pero Vivien supo de inmediato que era Lady Charlotte.

El hombre que estaba de pie junto a ella se quedó boquiabierto mirando a Vivien. Ese desgarbado senador romano de dientes largos que llevaba una corona hecha con una rama de olivo y una máscara de color púrpura brillante solo podía ser Lord Alfred.

Haciendo una reverencia, manifestó:

-¿Quién es la más adorable de todas las doncellas? Quítese la máscara y muéstrenos su belleza al desnudo.

Ni siquiera Lord Alfred podía ser tan estúpido como para no reconocer su identidad.

-De ningún modo, señor -respondió Vivien con recato-. Es usted demasiado atrevido.

Charlotte le golpeó el pecho con su cetro de oro.

-Bellaco. Acaba de decirme que yo era la más adorable de todas las doncellas. Debe usted dejar de repetirse.

La boca de Lord Alfred se abrió y luego se cerró para volver a abrirse otra vez.

-Le ruego que no se ofenda, mi princesa, pues ambas poseen una belleza deslumbrante. Quizás la gitana pueda predecir si esta noche seré afortunado en el amor.

Se giró hacia Vivien y los agujeros de su máscara permitieron ver el ávido destello de sus ojos. Su mirada se detuvo en su escote y su descarado interés logró enfurecer a Vivien. Como todos los demás, él pensaba que era una ladrona y que, como todos los ladrones, seguramente tenía una moral muy laxa.

Cogiendo su mano, Vivien se inclinó para mirar la palma. Murmuró algunas tonterías en su lengua gitana, mientras cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro.

-¿Qué es lo que ve? -preguntó él.

-Algo muy extraño... algo inusual... -ella emitió un grito ahogado de una manera histriónica, luego dejó caer su mano y retrocedió unos pasos como si estuviera horrorizada-. ¡Oh! No puedo decírselo.

-¿Decirme qué? -preguntó.

-Es la maldición. *La maldición.*

-¿Maldición? -Su lascivia se transformó en alarma, mientras miraba detenidamente la palma de su mano-. ¿Qué es lo que quiere decir?

-No pregunte. Es mejor no saberlo. -Y girando sobre sus talones, intentó alejarse mientras le guiñaba un ojo a Charlotte, que se mordió el labio para no reírse mientras sus ojos verdes bailaban ocultos bajo el dominó.

Lord Alfred evitó que Vivien se marchara, colocándose frente a ella con la palma de su mano estirada, como si fuera un mendigo.

-¡Dígame lo que ve! No puede dejarme con la intriga -y tragando saliva, con visible preocupación, le preguntó-: ¿Acaso estoy... a punto de morir?

-Más bien, está usted condenado a vivir -respondió ella de un modo enigmático--. Pero sufriendo una terrible pérdida.

-¿Pérdida? Le ruego que me hable con toda franqueza.

-Muy bien, se lo diré. Está condenado a que lo conviertan en un eunuco -y haciendo el gesto de dar una cuchillada, continuó-: en la flor de la vida.

Él pegó un brinco y su mano se dirigió involuntariamente hacia su entrepierna. Después arrugó el entrecejo y, cruzando los brazos sobre su túnica de senador y exclamó.

-¡Diantre! Me está tomando el pelo, señorita Thorne.

-En realidad -manifestó Charlotte con picardía-. Vivien no necesitaba mirar la palma de su mano para hacer su predicción. Con toda seguridad, perderá usted las joyas de su familia si continúa provocando a las damas.

Desde detrás de su máscara, Vivien le echó el mal de ojo a Lord Alfred.

-*¡Bengui!* -exclamó, señalándolo con su dedo en un gesto amenazador-. ¡Cuídese de una mujer enfadada!

-Todo eso no son más que tonterías. -Avanzó un paso hacia ella, apretando los labios y con una expresión intimidatoria- ¡Cómo osa usted ridiculizar a un lord del reino! Es probable que la duquesa tenga razón y usted haya robado el anillo de su prima.

Vivien se puso rígida.

-Eso es una mentira.

-No puede usted decir semejante cosa -vociferó Charlotte.

Ignorándola, Lord Alfred le plantó cara a Vivien.

-Usted no es más que una hermosa timadora. Debería marcharse de aquí antes de que la arresten.

-Es usted el que debería marcharse antes de que le den una paliza de muerte -dijo una voz severa y masculina desde detrás de Vivien. Ella se dio la vuelta y se encontró a Michael ataviado como un pirata, con una camisa blanca y ondulante, unos pantalones negros y unas botas que le llegaban hasta las rodillas. De su cintura pendía una cartuchera con un par de pistolas de cañón largo y, en lugar de una máscara, llevaba un parche sobre uno de sus ojos. Cuando percibió su aroma, embriagadoramente masculino, su único deseo fue colocar su cara junto a su pecho y respirar profundamente.

Charlotte se acercó a él.

-Aquí tenemos a un guapo bucanero -anunció-. Él nos rescatará de este zopenco.

Michael no le prestó ninguna atención. Mirando fijamente a Lord Alfred con el único *ojo* que tenía libre le dijo:

-Discúlpese con Vivien.

-¿Qué? Está gitana estaba intentando burlarse de mí...

-Haga el favor de disculparse. De lo contrario saldremos a resolver este asunto.

-¿Resolver?

Michael acarició la culata de marfil de una de sus pistolas.

-El problema es que solo uno de nosotros podrá volver para disfrutar de esta fiesta.

Lord Alfred permaneció inmóvil con la boca abierta, como si fuera un pez. A continuación, se arrodilló delante de Vivien y su cabeza agachada dejó ver la calva que había dentro del círculo de la corona de hojas de olivo.

-Le pido mil perdones, señorita Thorne. No sé que pudo haberme ocurrido. No pretendía faltarle al respeto.

Aunque sabía que mentía, a Vivien le divirtió que se hubiera prosternado para implorarle perdón.

-Levántese -le ordenó-. Y apártese de mi vista.

Lord Alfred se apresuró a ponerse de pie, pero una de sus sandalias se enganchó en su túnica de senador y, resbalando, cayó sobre una silla acompañado por el sonido de una tela que se rasgaba. Arrastrando un trozo de su dobladillo, desapareció entre los invitados.

-Es un plebeyo con cerebro de hormiga -afirmó Michael-. Se merece un puñetazo en la cara.

Vivien se dijo que no debía emocionarse por la forma en que Michael la había defendido. El salón no debía brillar simplemente porque él estuviera a su lado. Su respiración no debía alterarse ni su cuerpo debía temblar en su presencia. No debía ver en este bribón *gorgio* nada que mereciera la pena.

Seguidamente, expresó:

-Yo ya me había ocupado de Lord Alfred. Su ayuda no era necesaria.

-Le dijo la buena fortuna -añadió Charlotte. Ya sé que no apruebas esas trampas de los gitanos, pero lo hizo de una forma tan inteligente. ¡De verdad!

-Es una muchacha muy lista. Y muy aficionada a evitar la compañía de aquellos que no están dispuestos a ceder a sus deseos. -Y mirando a Vivien con su ojo azul brillante, extendió la mano.- Confío en que me concederá usted el primer baile.

¿La elegía como su pareja? Su mente empezó a dar vueltas, confusa y excitada. Vivien miró fijamente su mano, esa carne morena, salpicada de vello oscuro, y esos dedos largos que podían procurarle tanto placer. Él le había tendido una trampa. Si aceptaba, conseguiría su cometido de acostarse con ella. Pero si lo rechazaba, su negativa sería lo mismo que admitir que no podía manejarlo a su antojo.

¿Y qué importancia tenía todo aquello? Pensó en un rapto de insensatez. Ella *deseaba* bailar con él.

Ambos se miraron a los ojos. Con excesiva lentitud, ella se acercó a él. Cálidos y firmes, sus dedos se cerraron sobre los suyos y ella, radiante pero un poco aturdida, tomó conciencia de la fuerza vital que surgía entre ambos.

-No debes concederle el primer baile -protestó Charlotte-. Es un vividor. La gente hablará...

-Ya están hablando -respondió Vivien sonriendo rápidamente a su amiga sin darse cuenta de que ella no le devolvía la sonrisa. Entonces Michael la condujo a través del salón en medio de los invitados. Las cabezas giraron, las voces susurraron, los abanicos se movieron con mayor rapidez, pero Vivien solo pensaba en el hombre que estaba a su lado, en sus manos entrelazadas. Parecía realmente un pirata, saqueador de oro y violador de mujeres.

Sus expectativas burbujearon como el champán a través de sus venas. Se preguntó una vez más por qué le habría pedido que le hiciera el honor de concederle el primer baile. ¿Acaso ella significaba para él algo más que una posible conquista? ¿Había logrado encender una chispa entre las frías cenizas de su corazón? Aquellas eran preguntas peligrosas, Vivien lo sabía muy bien. No debía preguntarse nada, simplemente tenía que disfrutar del momento.

Mientras se acercaban a la pista de baile, vio a los Pimpollos de Rosa que le sonreían y la señalaban con el dedo. De pronto, tuvo una sospecha.

-¿Le han pedido los Pimpollos de Rosa que baile conmigo? Él movió la boca haciendo un gesto un poco salvaje.

-Claro que no. Suelo elegir a mis parejas.

Era sorprendente, pero su sonrisa podía producir en ella un intenso calor. Se unieron al resto de los bailarines formando dos filas en el centro del salón, los hombres a un lado y las damas al otro. Ocupando su lugar frente a Michael, Vivien se encontró en medio de una regordeta Reina Bess con una gorguera almidonada alrededor de su cuello y una mujer delgada vestida con un sari indio de color mostaza. Ambas la miraron con recelo mientras la orquesta comenzaba a tocar una melodía formal, pero Vivien solo tenía ojos para Michael.

Él hizo una reverencia y ella se inclinó frente a él, después comenzaron los pasos que había practicado durante semanas bajo la tutela de los Pimpollos de Rosa. Vivien se esmeró para ejecutar

cada paso a la perfección, ofreciéndole su mano una vez más, mientras se movía con gracia a su alrededor. Cambiaron de mano y repitieran los movimientos. Tras unos instantes de absoluta concentración, se sintió una con la melodía *gorgio*, deslizándose como si hubiera nacido para bailarla.

-Baila usted muy bien -comentó él.

-¿Sorprendido, señor marqués? -Ella le dirigió una insolente mirada.- Quizá llevo la música de los *gorgios* en la sangre.

-O quizás tiene un don natural para el mimetismo.

-Como usted tiene un don natural para el escepticismo.

Sus dientes brillaron tras su sonrisa de pirata. Guiándola para que girara a su alrededor, le preguntó:

-Dígame, ¿cuál es la diferencia con sus bailes gitanos?

-Nuestras canciones son mucho más alegres.

-Le diré a los músicos que toquen un *reell*[1].

-De cualquier forma estos pasos de baile tan formales nos limitarán. Nosotros bailamos con el sentimiento, con libertad. Y las que más bailan son las mujeres.

El ojo que tenía libre pareció brillar de interés.

-¿Bailan para los hombres'?

-Sí. A veces en grupos y a veces solas.

Él se acercó más a ella, su cálido aliento acarició su mejilla.

-Entonces -murmuró junto a su oído-, usted debe bailar para mí la próxima vez que estemos solos.

La sangre de Vivien comenzó a circular aceleradamente y se sintió un poco mareada. Debería rechazarlo, pero no se le ocurría ninguna palabra inteligente. Estaba atrapada por la vívida imagen de Michael recostado junto a la fogata de un campamento, sus ojos ardientes de pasión fijos en ella, mientras giraba y se agachaba, atrayéndolo con los sinuosos movimientos que una mujer dedicaba a su amado...

Los pasos de baile los separaron momentáneamente y, de pronto, se encontró en los brazos de un corpulento caballero cuya armadura chirriaba mientras daba vueltas rígidamente a su alrededor. Luego repitió los mismos movimientos con otro de los invitados que estaba vestido de rey y llevaba una larga peluca rizada.

Era el Vizconde Beldon. Su pequeño bigote temblaba mientras levantaba su rostro para mirarla, pues era ligeramente más bajo que ella. Sin embargo, ni siquiera su gesto despectivo conseguiría arruinar la magia de aquella noche.

Volvió a reunirse con Michael cuando dos filas de bailarines levantaron sus brazos para formar un largo arco. Una por una, las parejas pasaron por debajo del arco. deslizándose rápidamente hacia el otro extremo. Luego la música cesó y él sujetó sus manos con firmeza durante un momento, devorándola con la mirada, con una intención abiertamente sexual que la alarmó, pero al mismo tiempo, la tentó.

Vivien sintió que una llama se avivaba dentro de ella y experimentó un deseo casi doloroso de que la abrazara. Los invitados pasaron junto a ellos, conversando y riéndose, preparándose para el siguiente. Pero Vivien apenas se percataba de sus miradas curiosas, toda su conciencia estaba pendiente de Michael, con su traje de bucanero, su media sonrisa tentadora haciendo que sus piernas temblequearan.

1 Baile de origen escocés (N. de la T.).

Si en ese preciso momento la hubiera invitado a abandonar el salón de baile con él, Vivien hubiera sucumbido a sus propios deseos. Hubiera hecho todo lo que le hubiera pedido, bailar solo para él, permitirle que la acariciara a su antojo...

Pero él se limitó a apretarle los dedos y luego la dejó libre. Con un tono de voz bajo y gutural, le dijo:

-La veré después.

Angustiada, lo vio alejarse como un corsario arrogante entre los invitados. ¿Qué habría querido decir? ¿Qué bailaría nuevamente con ella? ¿O quizás... que más tarde iría a su alcoba?

Su pecho jadeaba aceleradamente. *¡Develesa!,* ¿podía ser tan descarado? Sí. Sintió el imprudente deseo de abrirle su puerta... y su corazón. Quería creer que él sentía por ella algo más profundo que una mera atracción física, no quería recordar todas las ocasiones que se había comportado mal con ella.

Los invitados comenzaron a circular y poco después consiguió verlo a través de la muchedumbre. Se había dirigido directamente al encuentro de una princesa egipcia, vestida con un vaporoso vestido dorado y con una corona adornada con una serpiente sobre sus rubios rizos. Ella se acercó a él tanto como lo permitían las buenas costumbres.

Lady Katherine.

Vivien sintió un dolor gélido que le congeló la piel. Ya estaba bien de pensar tanto en él. El granuja tenía una amante y ella estaba enfadada consigo misma por lo estúpida que había demostrado ser al olvidarlo. Era un lord *gorgio* que disfrutaba de todos los placeres que deseaba.

Dándoles la espalda, Vivien se abrió paso entre la aglomeración de invitados, cogiendo una copa de la bandeja de un criado que precisamente en ese instante pasaba junto a ella. Mientras bebía el champán, las burbujas haciéndole cosquillas en la garganta, buscó en vano un rostro amigo. Pero ni los Pimpollos de Rosa ni Charlotte estaban a la vista. Los aristócratas se apartaban de ella, excluyéndola de un modo que le hacía desear maldecirlos. Sabía que para ellos, nunca sería nada más que una ladina gitana ladrona.

-¡Por fin la he encontrado! -Un hombre corpulento vestido con el traje rojo brillante y dorado de un bufón de la corte, le interrumpió el paso. A pesar de su máscara de arlequín, su figura fornida y sus ensortijados cabellos castaños le permitieron descubrir a Sir George Rampling. Mientras se inclinaba haciendo una aparatosa reverencia, las campanillas de su alto gorro tintinearon.- Bella gitana, la he estado buscando toda la noche. ¿Me haría usted el honor de bailar conmigo?

Ella estuvo a punto de rechazar al bufón. ¿Pero por qué habría de arruinar la fiesta pensando en Michael y en sus nobles amigos?

-Por supuesto.

Mientras Sir George la escoltaba hasta la pista de baile, tuvo que reprimirse para no reírse de su ridícula arrogancia. Poco después, el caballero de la armadura se acercó a ella para pedirle el siguiente baile. Sorprendida pero al mismo tiempo cauta, descubrió que muchos otros caballeros enmascarados pretendían su compañía, algunos eran aburridos y otros muy graciosos. Mediante un comentario ingenioso o un maleficio gitano, se deshizo con placer de unos pocos cuya actitud fue manifiestamente ofensiva.

De vez en cuando, divisaba a Michael bailando con otras damas y en dos ocasiones lo vio bailar con Lady Katherine. Pero Vivien se negó a pensar por qué no se acercaba nuevamente a ella. Encontraría la forma de divertirse en aquella atmósfera festiva y él podría irse al demonio.

Más tarde, buscó otra vez a Charlotte, pero su amiga parecía haber desaparecido. A modo de broma, Charlotte se llamaba a sí misma «vieja solterona», aunque sin poder evitar una cierta amargura en el tono de su voz. Sin embargo, no podía estar sentada junto a la pista de baile con las matronas que chismorreaban en un extremo del salón. Quizás había salido al jardín. Era casi medianoche y pronto llegaría el momento de los fuegos artificiales. Algunas personas se dirigían hacia los ventanales abiertos a pesar del frío de la noche. Luego servirían la cena y más tarde continuaría el baile.

Recordando la promesa que le había hecho a Amy, Vivien se dirigió al arco de la entrada que conducía hacia el corredor. Tenía que ir a habitación de los niños. La pequeña le había suplicado que la despertara para ver los fuegos artificiales y el corazón de Vivien se había derretido ante sus

ruegos. A decir verdad, estaba encantada porque Amy prefería su compañía antes que la de cualquier otra elegante dama.

Cuando se dirigía hacia el pasillo, Vivien se despojó de su incómodo dominó, arrojándolo sobre una mesa cercana. Fue entonces cuando descubrió a Charlotte junto a las escaleras, junto a un hombre alto y delgado vestido con la basta túnica marrón de un monje.

Una amplia capucha cubría su cabeza y su rostro permanecía en sombras. Llevaba un dominó negro que ocultaba todavía más sus facciones. Había algo furtivo en la forma en que miraba hacia el salón de baile. Como si estuviera buscando a alguien.

Aunque la actitud de aquel hombre era despreocupada, los dos parecían estar discutiendo. Vivien pudo deducirlo por la forma rígida en que Charlotte tenía sus brazos cruzados y porque proyectaba hacia adelante su labio inferior.

Mientras Vivien se acercaba a ellos, el hombre levantó la vista hacia ella, fue entonces cuando advirtió la cicatriz en forma de media luna que elevaba una de las comisuras de su boca. Ella dejó escapar un suspiro. No era de extrañar que aquel monje tuviera algo de furtivo. Era Brand Villiers, el Conde de Faversham.

Deteniéndose ante él, se inclinó en una reverencia tal como los Pimpollos de Rosa le habían enseñado.

-Charlotte y Lord Faversham, ¡qué sorpresa encontrarlos aquí!

La boca del conde se curvó en una mueca que no fue ni una sonrisa ni un gesto de disgusto. Echando su capucha hacia atrás y quitándose la máscara, se pasó los dedos por sus cabellos de color castaño oscuro.

-¡Demonios! Pensé que este era un excelente disfraz.

-¡Tú, un monje! -se burló Charlotte-. ¡Qué ridiculez!

-¿No crees que pueda llevarlo en mi interior, ¿verdad? -y haciendo la señal de la cruz frente ella, dijo-. Que Dios te bendiga, muchacha. Tus pecados serán perdonados.

Resoplando, Charlotte le apartó el brazo.

-Tú eres el pecador, y no yo.

Vivien la miró con preocupación.

-Michael se enfureció al encontrarlo hace unos días, milord. ¿Cree usted que es sensato volver a esta casa?

-Es obvio que él no estaba invitado -espetó Charlotte con rencor-. Este baile no es para los holgazanes.

-Ni para solteronas viejas y amargadas -contestó él, divertido. Charlotte se puso aún más tensa.

-Michael se pondrá furioso -dijo Charlotte entre dientes-. Creo que iré a buscarlo para decirle que estás aquí.

El conde se encogió de hombros.

-Haz lo que quieras. Siempre lo has hecho.

-Entonces lo haré. Encontraré a Michael y él te echará de aquí. - Y girando sobre sus talones, se marchó rumbo al salón de baile. Asombrada por su malicia, Vivien volvió a mirar a Lord Faversham.

-Lo siento. No es típico de Charlotte ser tan maleducada. Hablaré con ella.

La risa del conde retumbó a lo largo del corredor.

-Déjela, la suya es una misión imposible.

-¿Qué quiere decir?

-No hace ni diez minutos he visto a Michael subir las escaleras con Lady Katherine.

Sus palabras la impresionaron tanto como si una espada se hubiera hundido en su pecho, haciendo que se desvaneciera cualquier pensamiento relacionado con la falta de educación de Charlotte. Él era capaz de llevar a su querida a su cama en mitad de la fiesta. La acariciaría con sus dedos expertos, la estrecharía entre sus brazos y la besaría apasionadamente. Vivien experimentó

un intenso dolor. ¡Maldito fuera! Y maldita fuera ella por tener la esperanza de que él se interesara por ella. Lord Faversham la tomó del brazo.

-Está usted pálida. No tenía la intención de perturbarla.

Una atenta curiosidad iluminó sus ojos. ¿Acaso había adivinado lo que sentía por Michael? Con esfuerzo, logró dominar sus profundas emociones.

-Estoy bien. Si me disculpa, debo subir al primer piso. He prometido a Amy que la despertaría para que viera los fuegos artificiales.

-La hija de Michael. -Lord Faversham no hizo ningún movimiento para soltar el brazo de Vivien. La miraba con sus ojos grises entornados y, con inquietud, ella tomó conciencia de la tensión que lo dominaba. Era una sensación que no podía definir ni comprender totalmente, pero de cualquier modo la percibía.- Nunca he tenido la oportunidad de conocerla -agregó-. La acompañaré.

¿Por qué un granuja como él tendría interés en conocer a una niña de cuatro años?

-Pero Amy estará dormida. Se asustará si al despertarse ve a otra persona que no sea yo.

-Entonces me quedaré rezagado. Ella conoce a mi abuela, de modo que soy como un tío para ella.

-A Michael no le gustará que usted esté merodeando por su casa.

-Pero no se va a enterar. -Sonrió brevemente con su boca desfigurada.- Vamos, señorita Thorne, no puede usted detenerme. Sé perfectamente dónde están las dependencias de los niños. Pasé muchos ratos allí cuando era pequeño.

Sin soltar su brazo, la condujo hacia las escaleras. Estaba tan decidido que ella no pudo disuadirlo. Pensó por un momento que él habría escuchado los rumores que circulaban y, como el resto de los hombres, pretendía estar a solas con ella. Pero rápidamente rechazó esa idea puesto que la atención del conde parecía pendiente de lo que había en la planta alta y no en ella; parecía interesado en algo que era vital para él. ¿Estaba decidido a burlarse de Michael? ¿O simplemente disfrutaba exponiéndose al peligro?

En cualquier caso, no podía haber ningún peligro real en permitir que visitara las habitaciones de los niños. Era el nieto de Lady Faversham y no un despreciable extraño. Además, Michael estaba ocupado en su dormitorio con Lady Katherine. Eso la hirió tan profundamente que tuvo que sujetarse de la barandilla de la escalera para no caerse.

-Es un condenado idiota -comentó abruptamente Lord Faversham.

En la penumbra del rellano, los ojos de Vivien buscaron rápidamente los del conde.

-¿Quién?

-Michael, por supuesto. Por preferir a esa ramera.

Sus ojos eran penetrantes, veían demasiado, de modo que Vivien bajó la mirada hacia los escalones.

-Puede hacer lo que le plazca. No es asunto mío.

-Eso no significa que no sea un idiota. Siempre lo ha sido con las mujeres.

La amargura del tono de su voz llamó la atención de Vivien, y le hubiera pedido que se explicara si no hubieran llegado junto a la puerta de las dependencias de los niños. El aula estaba oscura, las ascuas de un fuego apenas ardían en el hogar. Los ronquidos de la señorita Mortimer llegaban desde el dormitorio.

Abriéndose paso entre los muebles, a tientas en la oscuridad, Vivien condujo al conde a través del corto corredor que separaba el aula del dormitorio de Amy. Junto a la puerta, susurró:

-Espere aquí.

Él asintió con la cabeza, las sombras ocultaron la expresión de su rostro. Una vez más, ella se preguntó qué estaría pensando, por qué desearía molestar a Michael. Era evidente que entre ellos existía una gran animosidad, que el resentimiento persistía a pesar del duelo que había dejado su huella en la boca de Lord Faversham. Dirigiéndose : hacia la puerta, se paró en seco.

El débil resplandor de la luz de la luna iluminaba la cama con su baldaquino y sus recargadas colgaduras. Con su muñeca de trapo entre los Amy dormía profundamente. Pero no fue eso lo que hizo que los latidos del corazón de Vivien se aceleraran.

Había un hombre inclinado sobre la cama, con una mano estirada como si quisiera despertar a Amy. Su camisa blanca brillaba a través de las sombras.

Michael.

Vivien sintió un enorme alivio. ¡Entonces no estaba con Lady Katherine!

Girando sobre sus talones, él la miró fijamente y luego miró al conde. Se había quitado el parche del ojo, advirtió ella absurdamente. Las pistolas de duelo también habían desaparecido de la cartuchera que llevaba en la cintura. Su aspecto era más el de un padre ferozmente protector que el de un pirata de los mares.

Hasta que profirió un gruñido y arremetió contra ellos.

Capítulo 21

Después de los Fuegos Artificiales

Con un grito ahogado, Vivien dio un paso adelante con la intención de detenerlo, pero Michael ya había pasado junto a ella. Cogiendo a Lord Faversham por su hábito de monje, lo empujó contra la pared del corredor.

-¡Bellaco! -dijo en voz baja-. ¿Qué estás haciendo aquí?

El conde lo miró fríamente con descaro.

-Solo deseaba conocer a tu hija.

Durante unos instantes, Michael no pronunció ni una sola palabra, en el silencioso corredor se escuchaba su estridente respiración. Una densa oscuridad emanaba de él, una violencia que aterrorizó a Vivien. A través de la penumbra, los dos hombres se miraron fijamente. Eran de la misma estatura, aunque el conde era delgado como un palillo mientras que Michael era fornido y musculoso.

-Arderás en el fuego del infierno por haberte atrevido a venir aquí -dijo, y a continuación descargó su puño sobre el rostro del conde, golpeándolo en la mandíbula y haciéndolo tambalear.

-¡Michael, deténgase! -le pidió Vivien horrorizada-. ¡Amy está en la habitación contigua!

Él no hizo ningún signo de haberla escuchado. Él y el conde se acechaban como perros furiosos, moviéndose en círculos. Lord Faversham lanzó un puñetazo sobre la oreja de Michael quien, con la rapidez de un relámpago, le devolvió el golpe.

Conmocionada, Vivien se llevó las manos a la garganta. La pelea era casi irreal, se desarrollaba prácticamente en silencio y lo único que se escuchaba era el escalofriante ruido sordo de la carne contra la carne. Tenía que detenerlos antes de que despertaran a Amy.

Recordando lo que su madre había hecho en una ocasión para separar a dos hombres que se peleaban. Vivien entró rápidamente en el dormitorio. Gracias a Dios, Amy estaba profundamente dormida. Mirando desatinadamente a su alrededor, descubrió la jarra de porcelana junto a la jofaina.

Al coger la jarra escuchó el ruido del agua en su interior. Entonces se dirigió hacia el corredor en sombras y arrojó el contenido de la jarra sobre los dos hombres.

Su intención era que Michael fuera el más perjudicado pero en el último segundo, él adivinó sus intenciones y se agachó. El agua abofeteó a Lord Faversham en plena cara. El líquido chorreaba por su cuerpo, empapando sus cabellos y su hábito. Mientras maldecía e intentaba quitarse el agua de los ojos, ella se interpuso entre ambos hombres.

-Ya es suficiente -dijo resueltamente en voz baja-. Parecen dos niños malcriados.

Rezongando, Michael la miró a través de las sombras. -Quítese de en medio.

-¿También me pegará a mí? -preguntó ella con sorna-. *¡Develesa!* ¡Y usted dice que es más civilizado que los gitanos!

-Vivien, se lo advierto...

-¿Papá? -dijo una voz débil y temerosa desde la puerta-. ¿Por qué le hablas con ese tono a la señorita Vivi?

Como si fueran una sola persona. Michael y Vivien se giraron al unísono para encontrar a Amy junto a la puerta, con su muñeca entre las manos. La pequeña parecía un diminuto fantasma con su camisón blanco. Su mirada perpleja pasaba de su padre a Vivien y de esta a Lord Faversham.

Michael y Vivien se dirigieron simultáneamente hacia Amy, aunque él llegó primero y se agachó frente a ella para evitar que pudiera ver al conde.

-No lo has entendido bien. duendecillo -le dijo con un tono mucho más dulce del que había utilizado con Vivien-. No pasa nada malo. Vuelve a la cama y yo iré dentro de un momento.

La niña lo miró con aire vacilante. Luego miró a su alrededor y preguntó:

-¿Quién es ese hombre? -su expresión cambió y pareció asombrarse al descubrir al conde vestido con su hábito basto y oscuro-. ¿Es Jesús?

A pesar de las tensas circunstancias, Vivien se sonrió.

-Es un invitado de la fiesta de disfraces de tu abuela.

Michael giró bruscamente su cabeza para mirarla.

-Él no es un invitado...

-Soy tu tío Brandon. -Lord Faversham se acercó mirando atentamente a Amy-. Eres una niña muy guapa, Lady Amy. Deberíamos encender una lámpara para que pueda verte mejor, y tú a mí.

-De ningún modo -exclamó fríamente Michael-. Estabas a punto de marcharte.

-¿De veras? -preguntó el conde, que parecía diabólicamente divertido-. No recuerdo haberlo mencionado.

-Estás todo mojado, tío Brandon -comentó Amy.

-Así es -respondió mientras miraba desolado su miserable aspecto. Bajo la luz de la luna, era aún más evidente que su cabello y su hábito estaban empapados-. Me gustaría quedarme y visitar...

-Tu tío ha tenido un desafortunado accidente con una jarra de agua -lo interrumpió Michael-. Se marcha en este mismo momento. Ambos hombres intercambiaron una intensa mirada. Entre ambos había una tensión lo suficientemente espesa como para cortarla con un cuchillo. ¿Por qué no podrían dejar a un lado sus diferencias?, se preguntó Vivien. Ya se habían batido a duelo en una ocasión por una mujer. Acaso no había sido suficiente?

Lord Faversham hizo una mueca de disgusto, frotándose amargamente la mandíbula. Luego hizo una reverencia.

-Parece ser que me están echando. *Adieu* Lady Amy. Vivien. -Y echándoles una última mirada, atravesó el aula en dirección al corredor; desde allí llegó el débil sonido de la puerta que se cerraba.

Las preguntas bullían en su mente, mientras Vivien se giraba hacia Michael. Aunque estaba obligada a morderse la lengua frente a Amy, lo miró con determinación. Él le devolvió una mirada tan fría como una piedra. Vivien se juró a sí misma que finalmente conocería las respuestas que buscaba.

Amy tiró de la manga de Michael. -Creía que solo tenía dos tíos, papá.

-Así es -respondió él mirando el pequeño y desconcertado rostro de la niña-. Tu tío Gabriel, que está explorando África, y tu tío Joshua, que está en la caballería.

-Entonces, ¿quién es tío Brandon?

Michael hizo un gesto con la boca como si hubiera mordido algo podrido.

-Él no es realmente tu tío, cariño. Es el nieto de Lady Faversham. Al observar el desconcierto de la niña, Vivien se arrodilló junto a ella y le cogió una de sus pequeñas manos.

-Lo que tu padre intenta decirte, pequeña paloma, es que aunque no tienes su misma sangre, es como si fuera tu tío porque tu abuela y Lady Faversham son muy buenas amigas.

-¡Oh! -exclamó Amy, moviendo su cabeza para darle a entender que había comprendido lo que le decía-. Entonces es mi tío postizo.

-Eso es.

Michael la miró arrugando el entrecejo, aunque no la desdijo. Vivien arqueó una ceja como si quisiera indicarle que no le importaba lo que él pensara. Podía refunfuñar a su antojo. Ella nunca permitiría que esa mezquina pelea afectara a su hija.

-Amy me ha pedido que veamos juntos los fuegos artificiales - dijo abruptamente Michael-. Quizá quiera usted acompañarnos.

-Pero si ella me lo había pedido...

Vivien guardó silencio, mirándolo con enfado. Él le devolvió el gesto, y en sus facciones indefinidas debido a la oscuridad, descubrió que estaba tan sorprendido como ella. Ambos miraron a Amy a la vez.

-Nos has invitado a los dos -dijo Michael-. ¿Por qué no me lo has dicho?

-La abuelita me dijo que era un secreto. También dijo que te gustaban las sorpresas. -Amy sonrió inocentemente.- ¿Estás contento, papá?

Sin la menor vacilación, él la abrazó. Un gesto que lo honraba.

-Claro que sí, duendecillo. Has hecho un excelente trabajo al guardar tan bien este secreto.

Por encima de la cabeza de Amy, sonrió a Vivien de un modo irónico e inesperado. De modo que aquel era otro plan concebido por los Pimpollos de Rosa. Sin embargo, la fiesta estaba por terminar y ya no había ninguna necesidad de que Vivien practicara sus modales con los hombres. Entonces, ¿por qué seguían ellas tramando ideas para arrojarla en sus brazos? ¿Acaso pretendían que Michael aprendiera a confiar en ella?

O quizás había otro motivo. Una sospecha yacía en el fondo de su mente y, por primera vez, se permitió tenerla en cuenta. Quizás los Pimpollos de Rosa deseaban que ellos tuvieran un romance. Pero ellas nunca aprobarían que tuviera un amante, de manera que su plan solo podía apuntar a... una boda.

Los Pimpollos de Rosa pretendían que ella se casara con Michael.

Su corazón comenzó a latir aceleradamente y agarró con fuerza la jarra que tenía junto al pecho. La forma en que lo elogiaban, las estratagemas, incluso la falta de interés que habían demostrado por animar a otros pretendientes... todo empezaba a cobrar sentido. Durante todo ese tiempo, ellas habían estado planeando su compromiso. Con Michael.

Él no pareció advertir su perplejidad ni su silencio. Incorporándose, cogió la mano de su hija.

-Vamos, cariño -dijo sin una pizca de la cólera que lo había dominado hacía apenas unos instantes-. No debemos perdernos los fuegos artificiales.

Entraron en el dormitorio de Amy y Michael abrió de par en par la ventana para que entrara el aire fresco de la noche. Vivien caminó despacio detrás de ellos. Mientras volvía a colocar la jarra en su lugar, estaba pendiente de Michael.

Él podía ser su marido. Pero eso, evidentemente, era imposible. Nunca podría vivir en ese mundo *gorgio*, donde abundaban la crueldad y los prejuicios. En unas pocas semanas volvería junto a sus padres y retomaría su vida simple en la carretera.

Sin embargo, su corazón se sobresaltó por un dulce anhelo que no fue capaz de ignorar. Nunca antes había sentido algo parecido por ningún hombre. Anhelaba descubrir todos sus secretos, compartir su vida con él. Ansiaba poseerlo y ser poseída por él. Deseaba ser su esposa. Aquel pensamiento alocado estuvo a punto de dominarla.

Amy miraba hacia el jardín, apoyándose en el antepecho de la ventana, sus pies descalzos estaban a unos centímetros del suelo.

-No veo los fuegos artificiales, papá. Él la cogió en sus brazos.

-Ya te tengo. Los fuegos artificiales estarán en el cielo y no en la tierra.

-¿Dónde están? ¿Por qué tardan tanto?

-Paciencia, duendecillo. Pronto comenzará el espectáculo.

La luna brillaba, blanca y algo velada, en el cielo lleno de estrellas. En la terraza se agolpaban los invitados arrebujados en sus capas, sus pellizas y sus abrigos.

Vivien también se sentía un poco impaciente. En la biblioteca de Michael había leído algo sobre los fuegos artificiales en una serie de libros que llamaban enciclopedia. Pero esta iba a ser la primera vez que presenciara directamente esa maravilla. Sin embargo, esa visión no podía ser mejor que la excitación que sentía cuando miraba a Michael.

-¿Ves a esos hombres que están allí abajo? -preguntó Michael a su hija-. Están a punto de encender la primera mecha.

A un costado del jardín, varias figuras se habían congregado en la oscuridad. Una pequeña luz brillaba entre ellos. Entonces, todas a la vez retrocedieron rápidamente. Se escuchó una especie de silbido que hizo que Amy se aferrara al cuello de su padre. Unos instantes más tarde, ardió en el cielo una explosión de chispas rojas y amarillas que enseguida se precipitaron hacia la tierra hasta desaparecer. A continuación se escuchó otro ruido y se encendió otra llama. que esta vez arrojó un

resplandor de cristales blancos que iluminó la oscuridad durante un momento para luego caer como una lluvia de estrellas fugaces.

Encantada, Vivien exclamaba y gritaba al mismo tiempo que Amy, aplaudiendo ante los fuegos más espectaculares. Michael estaba muy atento a lo que hacía su hija. Disfrutaba y sonreía, la abrazaba y, de vez en cuando, acariciaba su rostro o su cabello. Pero en varias ocasiones, cuando Amy no lo estaba mirando, sus ojos se entornaron con una expresión adusta. Parecía estar demasiado concentrado en sus pensamientos personales como para prestar atención a los fuegos artificiales.

Vivien imaginó que él estaba pensando en la pelea que había tenido con Lord Faversham. Un moretón oscurecía uno de sus pómulos y, con toda seguridad, le dolían los nudillos. Ella ardía de deseos de saber en qué estaba pensando, pero sus preguntas tendrían que esperar. Por ahora, debía limitarse a disfrutar de aquel momento perfecto, de la oportunidad que tenía de estar con Michael y con Amy, mirando los vívidos fogonazos de color que cruzaban el ciclo nocturno.

Inconscientemente, se apoyó contra su brazo buscando su calor y su vitalidad.

-¡Qué maravilla! -murmuró-, nunca he visto nada tan hermoso. Inclinándose hacia ella, él le susurró al oído:

-Yo sí.

Su boca se ladeó en una sonrisa de pirata y, por un momento, su mirada fue la de un hombre hambriento. Una esperanza prohibida brilló en su interior. ¿Realmente la considerada hermosa? Una vez más, sintió que el vínculo que había entre ambos se fortalecía hasta convertirse en algo cálido y positivo, y de ninguna manera vergonzoso.

-¡Papá, señorita Vivi! -Saltando en los brazos de su padre, Amy señaló el cielo.- Eso es un dragón.

-Creo que tienes razón -asintió Michael, mientras una forma brillante centelleaba en el cielo. Tocando la pequeña nariz de Amy con su dedo índice le dijo-: ¡Qué niña tan lista eres!

A Vivien se le encogió el corazón. Qué tierno y amoroso era con Amy. Por primera vez, se imaginó que eran una familia; una fantasía que, repentinamente, parecía real y posible, un sueño a su alcance.. Sin embargo, tendría que vivir entre los *gorgios* definitivamente. ¿Cómo podría abandonar a sus padres?

Los fuegos artificiales culminaron de una forma espectacular, la oscuridad se iluminó con magia y color antes de que todo volviera a ser negro otra vez. Los invitados reunidos en la terraza entraron a la casa para disfrutar de una suntuosa cena de medianoche. Amy dejó caer su cabeza sobre el hombro de su padre.

-¿Crees que *Nibbles* habrá visto los fuegos artificiales?

-Por supuesto -respondió Michael-. No cabe duda de que tenía una vista privilegiada desde su conejera junto a los establos.

-¿Podemos ir a verlo?

Él se rió sonoramente.

-No conseguirás engatusarme, duendecillo. Es hora de que te vayas a la cama.

Llevó a la niña, que no dejaba de protestar- hasta la cama con baldaquino mientras Vivien se dedicaba a cerrar la ventana. Sus sentidos estaban completamente despiertos aquella noche. Disfrutó durante un momento del aire fresco de la noche, del olor acre que habían dejado los fuegos artificiales, de los acordes de la lejana melodía que volvía a sonar en el salón de baile. Mientras lo seguía hasta la cama, estaba completamente atenta a lo que hacía Michael.

Él se inclinó para besar a Amy. La niña se estiró para abrazarlo con fuerza y él la estrechó contra su cuerpo, murmurando palabras cariñosas. Vivien pestañeó para evitar que las lágrimas asomaran a sus ojos. Toda la nostalgia que albergaba en su interior se cristalizó en una percepción mucho más espectacular. Ella lo amaba. Amaba a Michael, el Marqués de Stokeford. Amaba su fuerza y su suavidad, la ternura que ocultaba ante el mundo. Con una sola mirada, la hacía arder de deseo. Con una sola caricia, podía disolver su resistencia. Con un solo beso, podía derretir sus

defensas. La fuerza de su encanto la había impresionado desde el primer momento que lo había visto, furibundo y azotado por el viento, junto a la puerta de entrada del tocador de Lady Stokeford. Un lord *gorgio* poderoso, decidido a proteger a su abuela. *Un fuego en el corazón.*

No debía amarlo, pensó Vivien intranquila. El amor se basaba en la confianza, y Michael la miraba con suspicacia. Y aunque ella llegara a ser su esposa, su noble círculo de amistades nunca la aceptaría. Sin embargo, no podía negar el hecho de que él había logrado que su espíritu bailara de goce, a pesar de que su mente estaba plagada de preguntas. ¿Por qué Michael y Lord Faversham eran rivales? Se habían batido a duelo por una mujer. ¿Quién era ella? ¿Lady Katherine?

Y más exactamente, ¿acaso esa mujer era la dueña del corazón de Michael?

Él se apartó de la cama y, como si fuera la cosa más natural del mundo, Amy estiró sus brazos hacia Vivien. Todavía agitada, se arrodilló junto al borde de la cama y abrazó a la niña cálidamente. Oh, cómo deseaba proteger a Amy de la dureza del mundo, disfrutar de sus logros y consolarla cuando estuviera triste. Cómo ansiaba gozar del privilegio de ser su madre...

-Señorita Vivi, ¿me cuenta un cuento?

-Es más de medianoche -murmuró ella, apartando suavemente un mechón de pelo rizado y cobrizo que caía sobre la frente de la niña-. Mañana te contaré uno.

-¿Me lo promete? -El hecho de que Amy no insistiera, revelaba que tenía sueño.

-Te lo prometo. -Rebosante de amor, Vivien se inclinó para besar las aterciopeladas mejillas de la niña.- Buenas noches, pequeña paloma.

Amy suspiró, le pesaban los párpados.

-Buenas noches, señorita Vivi. -Un momento después, estaba dormida.

La mano de Michael se cerró sobre la de Vivien, apartándola de la cama. La miró nuevamente con la enérgica expresión con que un pirata miraría a su cautiva. Su piel se erizó de deseo, un deseo enriquecido por el amor. ¿Acaso él era consciente de la recientemente descubierta profundidad de sus sentimientos? ¿Sentiría por ella algo más que deseo? Vivien fue incapaz de descubrirlo en su rostro en penumbras, y sintió que su enigmática naturaleza podía llegar a enloquecerla.

En silencio, la condujo hasta la puerta de entrada. Allí se detuvieron para mirar nuevamente a Amy, que dormía inocentemente con la muñeca de trapo entre sus brazos.

-¡Qué dulce es! -susurró Vivien-. Es usted muy afortunado por tenerla.

-Sí.

Michael luchó para que su voz se mantuviera firme. Se dijo que Vivien había hecho simplemente una observación anodina, y nada más. Ella no tenía por qué saber que en el medio de su pecho había un nudo de miedo. Y tampoco podía imaginar los esfuerzos que hacía por mantener a salvo a su hija.

Quería a Amy con una intensidad inquebrantable que lo hacía vulnerable. Y no estaba dispuesto a permitir que nadie explotara su debilidad.

Nadie.

Mientras abandonaban las dependencias de los niños, Michael volvió a pensar en Vivien, que caminaba junto a él a lo largo del corredor en penumbras. Los brazaletes de oro que llevaba en las muñecas tintineaban débilmente. Con su atuendo natural, parecía tan libre y salvaje como una princesa gitana. La blusa amarilla tenía un escote generoso y la ondulante falda turquesa susurraba alrededor de sus pequeños pies descalzos.

No era la primera vez que se preguntaba si ella usaría ropa interior o si, por el contrario, podría levantarle la falda y acariciarla. Agradeció el deseo que comenzaba a apoderarse de sus entrañas. Toda la noche la había visto bailar con otros hombres. Había esperado el momento de encontrarse a solas con ella. Finalmente, había llegado su oportunidad...

-¿Por qué ha luchado con Lord Faversham? -le preguntó Vivien a bocajarro.

La pregunta ensombreció el ánimo de Michael. Ella nunca debería haber sido testigo de aquella pelea.

-El tema está cerrado. Y, de cualquier modo, prefiero besarla. Él se acercó más a ella pero Vivien lo eludió con habilidad.

-Dígame por qué estaba tan desesperado por deshacerse de él.

-¿Desesperado? -Si lo hubiera atravesado con una espada, no lo hubiera dejado tan perplejo. *¿Por qué razón habría venido Brand a su casa aquella noche?* Temiendo la respuesta, Michael respiró profundamente varias veces.- No permitiré que ese granuja se acerque a mi hija. Le exijo que me diga por qué lo trajo hasta las dependencias de los niños.

-Yo no lo *traje.* Vino por su propia voluntad.

-Pero usted estaba con él. -Aguijoneado por unos celos vehementes, la cogió del brazo.- ¿Y qué demonios estaba haciendo usted con él? ¿Acaso la sedujo?

Como si le hubiera pegado, los ojos de Vivien se abrieron de par en par con una expresión de dolor. *Dolor.* Aquello era extraño, porque ella no era inocente. No obstante, él deseó castigarse por haberla ofendido. Apartando su mano, Vivien retrocedió.

-Usted me insulta. El conde no es tan maleducado como usted.

-Es un canalla que utiliza a las mujeres.

-Entonces, ambos son de la misma condición. Deberían ser mejores amigos.

Michael intentó sofocar su ardiente cólera.

-Quédese al margen de lo que no comprende, Vivien.

Pero ella no lo hizo. Lo miró con un implacable interés.

-Usted atacó al conde sin que mediara una provocación. ¿Quién es la mujer que aún se interpone entre ambos?

Una gélida sensación recorrió la espina dorsal de Michael. Las palmas de sus manos se volvieron frías y sudorosas. Vivien era condenadamente insistente. Solo conocía una forma de distraerla.

Acercándose a ella, bajó el tono de su voz que adquirió un matiz sensual.

-Ya está bien de preguntas. Hablemos de nosotros.

Reconociendo claramente el valor de la retirada, ella dio unos pasos en dirección al corredor.

-Pero esto tiene que ver con nosotros -dijo con una voz ronca-. Necesito saber por qué no quiere hablar de ella. ¿Qué es lo que significa para usted?

-Es mejor enterrar el pasado.

-Pero usted no lo ha enterrado. Lo que ha pasado esta noche lo demuestra.

Él recordó cuánto lo había impresionado ver a Brandon de pie junto a la puerta mirando a Amy. Una ira descontrolada lo asaltó nuevamente, pero esta vez mantuvo su rostro impasible.

-Fue una pelea estúpida, eso es todo. Olvídela.

Llegando a la escalera, Vivien comenzó a bajar los escalones sin dejar de mirarlo y manteniendo una de sus manos sobre la pared para no perder el equilibrio.

-No puedo olvidarla. Usted sabía que Amy estaba cerca, y ni siquiera eso lo detuvo.

Michael se maldijo por dejar que Vivien presenciara demasiadas cosas. Bajando los escalones alfombrados, respondió sin rodeos:

-Ese asunto está zanjado. Pero hay algo que no lo está. La deseo, Vivien.

Ella se detuvo al pie de las escaleras. La luz temblorosa de un aplique que había en la pared iluminó sus labios y sus ojos soñadores. Repentinamente. Michael experimentó un anhelo más poderoso aún que el deseo, una imperiosa necesidad de abrazarla y no dejarla marchar jamás. Sin embargo, aplastó despiadadamente ese sentimiento.

Jamás volvería a permitir que ninguna mujer tuviera semejante poder sobre él.

-¿La ama usted? -preguntó Vivien.

-¿A quién?

-A la mujer que está protegiendo. No puedo apartar de mi mente la idea... de que su corazón aún le pertenece.

-Entonces, usted piensa demasiado.

Él bajó los últimos dos escalones. Decidido a acabar con sus preguntas, la acorraló contra la pared, haciéndole sentir la fuerza de su pasión. A Vivien se le entrecortó la respiración y emitió un ligero gemido que alimentó la tumultuosa confusión de Michael. Ella lo deseaba, podía percibir que el deseo la dulcificaba tornándola más maleable que la mantequilla. Se inclinó para capturar su boca, pero ella giró la cabeza y sus labios se posaron sobre su mejilla.

-Por favor, Michael. -Ella lo miró de reojo de un modo tan enternecedor que, de algún modo, le revolvió las tripas.- Debe usted decirme qué es lo que ella significa para usted.

-Nada -gruñó él--. No significa *nada. Ella* está muerta.

Vivien retrocedió para mirarlo. Luego, sus oscuros ojos de terciopelo se abrieron de par en par a la luz de aquella revelación, y él advirtió su error. O quizás, en lo más profundo de su ser, quería que ella lo supiera, ya que tras pronunciar esas palabras experimentó un gran alivio.

-De modo que se trataba de Lady Grace -susurró Vivien-. Lord Faversham sedujo a su *esposa.*

Capítulo 22

En el Armario de la Ropa Blanca

Atónita, Vivien comprendió toda la verdad al ver las sombrías facciones de Michael. Su mujer le había puesto los cuernos con su amigo de la infancia. Lo había traicionado de la forma más despreciable. No era de extrañar que se hubieran batido a duelo. Que aún aborreciera a Lord Faversham.

Entonces su mente hizo otro importante descubrimiento. Se le secó la boca y apenas fue capaz de hablar.

-Amy...

Él no dijo nada, la angustia que revelaron sus ojos azules hablo por sí sola. Dios mío. *¿Amy había sido engendrada por Lord Faversham?*

-¿Está seguro? -susurró. .

Él apartó su mirada de ella, mirando con furia el corredor desierto.

-No se puede demostrar. De modo que no debe repetirlo.

Con la respiración entrecortada, Vivien le dijo pausadamente: -Jamás hablaré de esto con nadie. Por favor, créame.

Michael volvió a mirarla. La suya era una mirada angustiada y escéptica. Con el corazón acongojado, Vivien dejó que todo el amor que sentía brillara en sus ojos, sin apartar la vista de él. Una esposa infiel explicaba la desconfianza que sentía por las mujeres. Que no se fiara de ella.

Ahora comprendía por qué había echado de su casa a Lord Faversham. No era extraño que le hubiera dado un puñetazo. Él tenía miedo de perder a su adorada hija. Vivien sintió que su tormento también era el suyo. La amenaza de que otro hombre pudiera reclamar a su amada hija lo estaba destruyendo por dentro como si fuera ácido.

Ella había sido tan desconsiderada como para ignorar la voluntad de Michael y conducir a Lord Faversham hacia el dormitorio de Amy. Sintiéndose incapaz de consolarlo, lo rodeó con sus brazos, apoyando su mejilla sobre su tensa mandíbula y estirándose para acariciarle el cabello. Su cuerpo estaba rígido por la tensión.

-Debería haber detenido al conde -murmuró Vivien-. Oh, ¿qué he hecho?

-No es su culpa. Brand siempre consigue salirse con la suya.

Recordando el interés del conde por Amy, Vivien levantó la cabeza.

-¿Cree usted... que él lo sabe'?

Él apretó los músculos de su mandíbula.

-Amy tenía casi un año cuando descubrí la verdad. Durante los tres años siguientes, pensé que lo ignoraba -continuó Michael, arrastrando las palabras-. Hasta esta noche. La forma en que la miraba... -se le quebró la voz y su mirada la penetró con una intensidad casi alarmante-. Júreme por su vida que jamás le contará esto a nadie.

-Por supuesto -respondió-. Jamás los traicionaría, ni a usted ni a Amy.

Él la miró con una actitud cínica y distante y ella supo con desesperación que necesitaría tiempo y paciencia para demostrarle que no era como su difunta esposa. Pero lo convencería. *Tenía* que convencerlo.

Quizás, él ya confiaba en ella, al menos un poco, puesto que le había permitido hacerse amiga de su hija, un derecho que le había otorgado solamente a unas pocas y selectas personas. Ese pensamiento le devolvió una cálida esperanza.

Desde el extremo más distante del corredor llegó el sonido de unas voces. Varias damas disfrazadas aparecieron al final del pasillo, su animada conversación retumbó a lo largo del pasaje con sus mesas góticas colocadas contra las paredes de piedra.

Vivien dejó escapar un suspiro entre dientes. Cobijándola con su cuerpo, Michael empujó la puerta más cercana y la guió rápidamente hacia el interior. Vivien se encontró repentinamente en un espacio bastante reducido lleno de estanterías con ropa blanca de lino y una gran mesa de trabajo donde se amontonaban sábanas cuidadosamente dobladas. Entonces él cerró la puerta y se quedaron en la más completa oscuridad.

Michael la estrechó contra su cuerpo y Vivien pudo sentir los constantes latidos de su corazón. En el corredor, las mujeres pasaron por delante de la puerta, seguramente se dirigían a sus aposentos con la intención de arreglarse un poco antes de la cena de medianoche. Mientras su cháchara se diluía a la distancia, ella se recostó contra su cuerpo, dejando que el calor que irradiaba la envolviera.

Deseaba desesperadamente curarlo, ayudarlo a olvidar -al menos por un momento- la espantosa carga que llevaba sobre sus espaldas. Y en lo más profundo de ser, admitió que ansiaba tener un recuerdo que la acompañara cuando regresara con los gitanos. Le rodeó la cintura con sus brazos y luego deslizó las palmas de sus manos por su musculosa espalda, alzando su cabeza para besar su garganta y su mandíbula.

La tensión que él experimentaba cedió sutilmente. Sus manos rozaron sus hombros y descendieron hasta su cintura. Cogiéndola con fuerza, murmuró:

-Vivien.

Luego bajó su cabeza y advirtió que ella no necesitaba que la convenciera. Con impaciencia, ella levantó su rostro en pos de su impaciente boca. Él la besó intensa y prolongadamente y ella se rindió a la pasión que la dominaba. La oscuridad aguzó el resto de sus sentidos. Sintió la suave esencia del jabón adherida a su piel junto con el almizclado olor masculino que la cautivaba. Él sabía a vino y a perversidad, a todos los pecados que ella aspiraba aprender con él. Solo con él.

Él le quitó el corpiño y acarició sus pechos, sintiendo su peso entre sus manos mientras su pulgar acariciaba sus pezones. Ella experimentó un placer tan intenso que se estremeció en sus brazos. Entonces él hizo algo todavía más extraordinario. Se inclinó para recorrer su cuerpo con su boca, saboreándola con su lengua y con sus dientes hasta que Vivien estuvo a punto de derretirse de goce.

Con un ligero gemido, se apretó contra su cuerpo tanto como pudo. Sus manos se movían con impaciencia sobre los músculos de sus hombros y de su pecho, que parecían haber sido delicadamente tallados.

-Dime que me deseas -dijo él bruscamente junto a su oído-. Dímelo.

-Te deseo -murmuró prontamente Vivien. Ya no le preocupaba si era correcto o incorrecto amarlo. Sabía que no podría vivir un solo momento más sin él. Sin esto-. Oh, Michael. Soy tuya. Solo tuya.

Él profirió un incomprensible sonido de satisfacción con la garganta. Luego la desvistió rápidamente, despojándola de su corpiño, de la faja y de la falda hasta que Vivien quedó desnuda frente a él. Envuelta en la oscuridad, sintió apenas un leve pudor. Qué gloriosamente decadente era sentir sus enormes manos sobre su cuerpo, acariciándola en los lugares que ningún otro hombre había tocado jamás.

Sus dedos se deslizaron sobre los globos de sus pechos, acariciaron la curva de su cintura y descendieron hacia sus caderas. Ella se arqueó hacia él, impaciente por experimentar otra vez sus caricias maravillosamente íntimas. Como si le hubiera leído los pensamientos, la tocó exactamente dónde más fervientemente lo deseaba y Vivien comenzó a respirar entrecortadamente debido al tormento cada vez mayor de su excitación, hundiendo su cara en su garganta para amortiguar los pequeños gemidos que escapaban de su boca. Las expertas caricias de sus dedos la hicieron contorsionarse y gemir al ritmo de la creciente y enloquecedora voluptuosidad que la dominaba.

Él la llevó justo hasta el límite, luego retiró su mano sin satisfacerla. Besando sus labios, que deseaban protestar, la hizo retroceder unos pasos en medio de la oscuridad hasta que sus muslos

tocaron algo blando. Allí, la tumbó sobre algo fresco y suave. Entonces sintió el agradable olor de la ropa de lino almidonada.

Las sábanas. La mesa.

Rápidamente, se dejó caer hacia atrás, sus piernas estaban demasiado débiles como para sostenerla. A través de las sombras escuchó el susurro de la ropa de Michael, el sonido metálico de un botón que rodaba sobre el suelo. Y también lo escuchó maldecir de impaciencia. Por debajo de la puerta se filtraba una luz débil, aunque suficiente para ver su oscura figura inclinándose sobre ella. Luego él se tumbó sobre ella, su cuerpo fuerte y firme estaba tan desnudo como el suyo pero, ¡oh, era tan maravillosamente diferente!

Ella lo exploró con sus manos, admirando el contorno de los músculos y la textura de su piel. Hasta un cierto punto, estaba sorprendida de sí misma. Él era un aristócrata. Sin embargo, ella no albergaba ninguna duda, no sentía pánico ni vergüenza, solo un ardiente deseo de ser una con Michael Kenyon. Él era su sino y su fortuna. El hombre que estaba destinado a encender un fuego en su corazón.

Su miembro viril estaba caliente y erguido entre sus piernas. Sin embargo, aún no la había penetrado. La acarició y la besó hasta que ella murmuró incoherentes palabras de súplica en una mezcla de inglés y de su lengua gitana.

-He soñado con esto -dijo Michael con un tono de voz bajo y áspero-: Contigo, Vivien.

Ella acarició su mejilla, ligeramente hirsuta.

-Yo también he soñado contigo, *vestacho.*

-¿Vestacho?

-Amado -tradujo Vivien, besándole el pecho y disfrutando del sabor salado de su piel-. Tú eres mi amado.

Él no respondió y, a pesar de la oscuridad, ella presintió su desconfianza en el leve brillo de sus ojos. Él no la amaba. Sin embargo, Vivien experimentó una ternura que le llegó al alma, pues su amor era intenso y verdadero.

Entonces, él se tumbó sobre ella y, como si fuera lo más natural del mundo, Vivien abrió sus piernas para recibirlo. La naturaleza le había enseñado cual era la forma de acoplarse, sin embargo se sorprendió. No había imaginado que estuviera tan bien dotado, como un semental. Tampoco había anticipado el dolor penetrante que sintió mientras él la poseía ni el llanto que no pudo reprimir.

Él se detuvo de inmediato. -¿Vivien?

El tono de su voz reveló su incredulidad. Ella percibió que a pesar de tener la prueba delante de sus ojos, Michael dudaba de su virginidad. Ella respondió a su pregunta antes de que él la formulara, diciendo intempestivamente:

-Sí. Tú eres mi primer hombre, el único.

Su violenta respiración rompió el silencio. Apoyándose en sus codos, la observó a través de la oscuridad. Tras un prolongado momento, inclinó su cabeza hacia ella, acarició sus cabellos con sus labios, y con una extraña aspereza en la voz le preguntó:

-¿Todavía... te duele?

-No -susurró Vivien, cerrando los ojos-. Es maravilloso sentirte junto a mí. Estamos hechos el uno para el otro.

Y era verdad. Mientras se desvanecía el dolor, hizo un movimiento ondulante con sus caderas, maravillada porque él la llenaba completamente. Él profirió un atormentado sonido desde lo más profundo de su garganta. Se retiró ligeramente y luego volvió a penetrarla con lentitud, sus movimientos eran increíblemente sensuales. Lo hizo una y otra vez, aumentando el fervor de Vivien. Cuando consiguió seguir el ritmo de sus movimientos, Michael se estremeció y gimió de placer. Entonces ella advirtió el poder que tenía sobre él. Ella le pertenecía e, independientemente de que él quisiera admitirlo, también él le pertenecía a *ella.* Su unión era un acto de posesión mutua.

La besó con una suave ferocidad, excitándola con su boca y sus manos, hasta que Vivien pensó que podía llegar a morir de deseo. Se arqueaba y se retorcía bajo su cuerpo, gimiendo a causa de la urgencia que sentía en su interior. Y en el preciso momento en que temía no poder soportar más aquel tormento, alcanzó el éxtasis y experimentó un placer palpitante, más brillante que miles de estrellas. El cuerpo de Michael tembló por la fuerza de su orgasmo y ella sintió que él compartía el cielo con ella, haciendo que su goce fuera aún más dulce.

Ya estaba hecho.

En medio del silencio que se produjo a continuación, Michael volvió gradualmente a tomar conciencia de dónde se encontraba. Respiraba agitadamente y el sudor comenzaba a refrescar su piel. Sintió la boca seca, pero se sentía sumamente satisfecho.

Vivien era *suya. Solo* suya.

Ella estaba tumbada debajo de él, con la cara escondida en la parte interior de su cuello. Su aliento era cálido e irregular. Aún estaban unidos y él no se sentía en absoluto inclinado a separarse de ella, a diferencia de lo que le sucedía con las demás mujeres. En realidad, tendría que haberse retirado antes de derramar su simiente, habían corrido un serio riesgo. Y sin embargo, curiosamente, no lo lamentaba.

Sentía deseos de cantar como un gallo de corral. Él era su primer hombre. Ningún otro hombre había conocido la ferocidad de su pasión. Ningún otro hombre la había excitado hasta transportarla al placer final. Ningún otro hombre la había escuchado susurrar ardientemente en la oscuridad.

Vestacho. Amado.

Sintió que una profunda ternura anidaba en su pecho. Sin embargo, ignoró rápidamente ese sentimiento. Su ferviente declaración lo había hecho sentir incómodo, eso era todo. Al ser una doncella, ella simplemente creía que lo amaba. Tendría que aprender que ellos no compartían más que un intenso deseo, algo que no era frecuente.

Lo único que esperaba era que ella guardara el secreto que le había revelado.

Se lamentó al recordar su plan original de deshonrarla y demostrar a su abuela que no era digna de confianza. Qué ciego había sido al no darse cuenta de su candor. Pero ahora Vivien le pertenecía. Era capaz de asesinar al hombre que osara tocarla.

La oscuridad envolvía su intimidad. Podía ver el leve brillo de su piel, la curva de sus pechos y de sus caderas. Cuando se incorporó para verla mejor, la mesa crujió y Michael no pudo evitar reírse.

-¿De qué te ríes? -le preguntó un poco aturdida.

-Estamos en el condenado armario de la ropa blanca.

-Sus prendas de lino son suaves y blandas, milord. -Estirándose sinuosamente, consiguió elevarle la temperatura.- Y, con toda franqueza, no deseo ninguna otra cosa blanda.

Él sonrió, excitado por la suavidad con que besaba su pecho. Era una locura quedarse en el armario. La mesa era demasiado pequeña para su robusta figura. Estarían mucho más cómodos haciendo el amor en su amplia cama. Pero se resistió a separarse de ella y a volverse a vestir, su carne desnuda era tan tentadora como una ofrenda pagana.

Pero era demasiado rápido para poseerla otra vez. Su desenfrenado orgasmo lo había agotado. Sin embargo, no pudo resistirse a iniciar nuevamente unos lentos y suaves movimientos dentro de ella. Su aterciopelado canal se ciñó alrededor de su miembro como un guante ajustado. Ella gimió suavemente, elevando sus caderas hacia él. ¡Qué receptiva era y qué bien formada! Una exquisita creación femenina, con un cuerpo lleno de curvas y una naturaleza sensual. Ahora que ya la había poseído, podía tomarse su tiempo para disfrutarla.

Inclinando su cabeza, lamió sus pezones, que se contrajeron de inmediato formando un turgente capullo. Ella suspiró, pronunciando su nombre, sorprendentemente, ese sonido entrecortado devolvió un renovado vigor a sus entrañas. Con esfuerzo, intentó controlar el ritmo de sus movimientos, gozando del placer de besar su satinada piel, acariciar sus pechos y sus muslos, beber

la miel de su boca. Como si de un sueño erótico se tratara, ella le rodeó la cintura con sus piernas, arrojándolo aún más profundamente al paraíso, Susurró algo junto a su oído en su exótica lengua, y más de una vez pronunció palabras cariñosas.

Vestacho...

Sus dulces declaraciones lo excitaron, transportándolo a un estado absolutamente febril. Nunca en su vida había sentido un deseo tan poderoso. Nunca había deseado a una mujer con la fogosidad con que deseaba a Vivien. Nunca se había excitado tan rápidamente otra vez. Sus ansias por poseerla eran como una salvaje obsesión. Luchó por dominarse, para no llegar al clímax antes que ella. Desesperado, la besó y la acarició. Ella gritó y su cuerpo se convulsionó instantáneamente rodeándolo por completo. Agonizando de placer, él liberó su deseo dentro de ella.

Esta vez, supo que volvería a desearla, de modo que se giró para tumbarse de espaldas y la colocó sobre su cuerpo. Aún no se había saciado. Durante unos minutos que. parecieron eternos, Vivien se dejó caer sobre él, experimentando una deliciosa sensación de agotamiento, rodeándolo con sus piernas y recostando su cabeza debajo de su barbilla. Él la acarició pausadamente, disfrutando de la hermosa textura de su piel y de las femeninas curvas de su cintura y de su espalda. Sus senos se aplastaban contra su pecho, sin embargo aún fue capaz de acariciar esos globos turgentes.

Ella se apasionó entre sus brazos, balanceando deliciosamente su trasero.

Él también comenzó a removerse, a pesar de que se sentía agotado.

-¡Tentadora! -masculló Michael-. Me haces sentir como un adolescente lujurioso, y no como un hombre de treinta y un años.

Con un romántico susurro, ella le preguntó:

-¿Los hombres no hacen el amor con tanta frecuencia? -Luego bamboleó sus caderas... con unos espectaculares resultados.

Conteniendo un suspiro, le respondió:

-Los hombres -afirmó, mientras la cogía firmemente por la espalda-, aprenden a controlar sus instintos básicos con el propósito de tomarse algo de tiempo para complacer a una mujer.

-Me ha complacido usted maravillosamente, señor marqués. Confío en que vuelva a hacerlo.

Él la besó tiernamente en la boca y, con manos temblorosas, le sujetó la cabeza saboreándola sin prisas con su lengua y sus labios. No conseguía saciarse. Una vez más sintió la ardiente punzada del deseo.

De pronto, unas voces llegaron hasta ellos desde el corredor. Levantando su cabeza, Vivien interrumpió el beso.

-¡*Dosta*! -susurró alarmada-. Los invitados.

Él también se había olvidado completamente de la fiesta, aunque jamás lo admitiría frente a Vivien. Solo había pensado en ella. Cobijado por la intimidad de la oscuridad, solo tenía una somera idea de cuánto tiempo podían haber estado disfrutando del placer de su encuentro.

-Es tarde -afirmó con brusquedad-. La fiesta debe estar a punto de terminar.

-Schhh. -Ella colocó un dedo sobre sus labios.- Alguien podría escucharnos.

Su súbito recato lo divirtió. Movido por un perverso capricho buscó su cavidad y la acarició dulcemente, tal como a ella más le gustaba. Vivien sofocó un grito ahogado hundiendo su cabeza contra su garganta.

-Detente -gimió, con un hilo de voz-. Oh, por favor.

-Pensé que esto te gustaba.

-Claro que sí. -Se le cortó la respiración.- Oh, sí... allí...

Lo que ya no le resultó tan divertido fue cuando Vivien extendió su brazo para explorar con delicadeza esa parte exquisitamente sensible de su cuerpo. Aquel placer era como un tormento. Apretó los dientes para reprimir un gemido.

-Seductora -susurró.

-Seductor -murmuró ella junto a su oído.

Los pasos que se escucharon en el corredor se detuvieron precisamente junto a la puerta. Eran un hombre y una mujer. Sus voces parecían familiares.

Repentinamente, Vivien se puso tensa y abandonó su incitante masaje.

-El Vizconde Beldon... y la duquesa -comentó tan suavemente que Michael apenas la escuchó.

Ya había advertido un cierto matiz de odio en la voz de Vivien en otras ocasiones. Por alguna razón albergaba una intensa aversión por la duquesa. ¿Acaso esa arpía se había comportado groseramente con ella? No lo consentiría. Decidió que se lo preguntaría a Vivien, pero no en ese momento.

El sonido amortiguado de unos labios besándose llegó hasta el armario de la ropa blanca. Tensando sus músculos, Michael se preparó para proteger a Vivien en el caso de que la puerta se abriera. No creía que nadie que estuviera en sus cabales pudiera elegir aquel ridículo lugar para hacer el amor.

La duquesa se rió con coquetería y luego la pareja se alejó por el pasillo. Unos momentos más tarde, una puerta se cerró en algún lugar del comedor.

-Ya se han marchado -exclamó Michael, preparándose para continuar con el placer de acariciar nuevamente a Vivien-. Esa bruja se lo ha llevado a su cama.

Vivien sujetó firmemente sus muñecas.

-Pero... ella está casada. El duque no la acompañó a la fiesta.

Él se asombró enormemente al comprobar que Vivien era realmente inocente. Se sintió viejo y hastiado de la vida al comprobar las enormes diferencias que había entre ellos.

No era de extrañar que no hubiera sabido reconocer su pureza. Durante demasiado tiempo, solo había conocido a damas aristocráticas que se dedicaban a intrigar y manipular a los hombres. Él, a su vez, las había utilizado, disfrutando de sus cuerpos hasta que se cansaba de ellas. Sin embargo, había pensado en casarse con una de aquellas mujeres. De repente, esa idea le desagradó profundamente.

-Estas son las costumbres de la alta sociedad.

-Muy bien, pero yo no las acepto. Y tú tampoco deberías aceptarlas. Especialmente, después de lo que te ha sucedido.

Sintió que lo dominaba una sensación de disgusto que le resultaba familiar, pero se encargo de ignorarla, pensando solamente en Vivien.

-Si fornicar es malo -expresó mientras le acariciaba la espalda-, nosotros también somos pecadores.

-Quizás -susurró Vivien-. Sin embargo, no estamos traicionando a nadie.

-Un detalle insignificante.

Volvió a apoyar sus manos sobre sus cálidos pechos con la intención de distraerla, pero ella apartó sus manos con firmeza.

-No, escúchame. El matrimonio es sagrado. Marido y mujer hacen votos de mutua devoción. Deben jurarse fidelidad.

¿Acaso creía sinceramente en lo que estaba diciendo? Una parte de él quería creer en su sinceridad, pero la otra -su parte cínica- le decía que ella estaba fingiendo con el fin de tener poder sobre él. Grace le había parecido igual de sincera.

-Esa lealtad no existe -respondió rotundamente-. Lo sabrías si tuvieras más experiencia.

-Sé que miro *dado y miro dye* nunca se han traicionado. Como tampoco lo haría el resto de los gitanos -su suave murmullo se tornó desafiante-. Pero quizá nadie sea tan honorable en tu sociedad inglesa.

Él se puso tenso.

-Cuando los dos adultos lo consienten, no existe deshonor.

-¿Sí? Entonces no deberías enfadarte con Lord Faversham. A menos que Lady Grace no estuviera de acuerdo.

-Diablos, ya lo creo que estaba de acuerdo -dijo Michael bruscamente-. Era yo el que no lo estaba. Y ella era mi esposa.

-¡Ah! -exclamó Vivien, con un tono de voz triunfante-. De manera que sí crees en la fidelidad.

Era condenadamente pícara. Había dado vuelta inteligentemente sus palabras.

-Lo que creo es que debo proteger lo que me pertenece. Atrayéndola hacia él, la besó larga y profundamente, como si quisiera dejar muy claro que ella le pertenecía. Percibió una ligera resistencia, que duró solo un momento. Luego ella se relajó y lo abrazó, abriendo con efusión sus piernas para montarse encima de él. Como si fueran una sola persona se sintieron atrapados por el ritmo que marcaba la pasión y por el creciente tumulto de sus cuerpos. Ella alcanzó el placer antes que él, sus delicados temblores y sus dulces gemidos lo llevaron hasta el límite. Su goce fue tan intenso que, agotado, Michael se sumió en un profundo estupor. Más larde, cuando se despertó, Vivien dormía entre sus brazos, sus cabellos largos y sedosos los envolvían.

Sintió que lo invadía una ternura insondable. Acariciando su boca con sus labios, respiró profundamente, inhalando su exótica fragancia y el inconfundible olor que caracterizaba a una noche de amor. Lentamente, tomó conciencia de los bultos que había debajo de ellos. La ropa de lino se había arrugado con sus vigorosos movimientos. Una parte de su cuerpo estaba apoyado contra la dura mesa.

Debido a la oscuridad, no tenía la menor noción de cuánto tiempo habría pasado pero, sin lugar a dudas, los criados estarían a punto de ocuparse de sus obligaciones, si no lo estaban haciendo ya. En cualquier momento, una de las sirvientas podría encontrarlos. No podía permitir que Vivien sufriera el bochorno de que la descubrieran con él. Su reputación estaría arruinada para siempre.

Michael hizo una mueca de disgusto. Todos la consideraban una ladrona. Debido a su inusual educación, había caído sobre ella la sombra de la sospecha. Él mismo había sido muy arrogante al emitir juicios sobre ella y, en ese momento, su opinión había cambiado por completo. Si se había equivocado en relación con su castidad, ¿se habría equivocado también al considerarla deshonesta?

Preocupado, comenzó a deslizarse sobre la mesa hasta que consiguió salir de debajo de su cuerpo y apoyar sus pies descalzos. sobre el suelo. Con los músculos entumecidos, se puso la camisa y los pantalones mientras reflexionaba. En principio, estaba la carta falsificada de Harriet Althorpe. Acaso solo se había imaginado las discrepancias que había encontrado entre la caligrafía de aquella carta y la de la Señorita Althorpe, Él solo tenía doce años cuando se había marchado a Eton, justo antes de que su institutriz abandonara la casa. Él podría haberse equivocada en relación con la carta Y Vivien podría haber dicho la verdad al mencionar que las cien guineas que ganaba al mes eran para su padre impedido.

Si no estaba mintiendo...

Volvió a respirar profundamente. Si ella era realmente la hija natural de Harriet Althorpe, sería considerada como perteneciente a la pequeña nobleza. Una esposa poco convencional, pero ciertamente una esposa que podría aprender a divertirse en sociedad.

Su esposa.

Este apabullante proyecto sacudió los cimientos de sus convicciones. Hacia apenas unas pocas semanas que había tomado la razonable decisión de desposar a Katherine, una mujer educada en su mundo y apta para desempeñar toda la miríada de funciones típicas de la esposa de un hombre de su alcurnia. Ahora, ese mismo pensamiento lo llenaba de aversión. No quería a su lado otra frívola dama de sociedad que pasaba sus días organizando fiestas extravagantes o satisfaciendo sus caprichos en las tiendas de Bond Street.

Quería fuego. Risas. Amor.

Cerró sus manos, apretando los puños. ¡Idiota! ¿Acaso no había aprendido la lección con Grace? Nunca más volvería a desear que una mujer se adueñara de su corazón. No obstante, ansiaba tener una mujer que lo hiciera sentir vivo otra vez, una mujer que se adecuara perfectamente a esa parte de su mundo que mantenía deliberadamente apartada de la sociedad. Su vida familiar con Amy.

Katherine nunca había buscado la compañía de su hija tal como lo hacía Vivien. Se sintió avergonzado al darse cuenta de que tendría que haber pensado primero en eso. Vivien era una madre natural. Adoraba a Amy tanto como él.

Dominado por una violenta voluntad de proteger a su hija, su mirada se perdió en la oscuridad. Había sentido un enorme amor por Amy desde el mismo momento en que la enfermera la había puesto entre sus brazos. Un bebé diminuto envuelto en una toquilla, que dormía tranquilamente y tenía las facciones más hermosas y delicadas que había visto jamás. En ese momento, no tenía ningún motivo para pensar que no era su hija. Pero muchos meses más tarde había descubierto la verdad, la prueba irrefutable que explicaba por qué Grace lo había disuadido reiteradamente cuando él manifestaba su deseo de subir a la habitación de la niña. Para entonces, ya no era capaz de rechazar a Amy; hubiera sido como arrancarse su propio corazón.

Faversham nunca podría reclamar a Amy. Jamás debería enterarse de que existía una prueba de su paternidad. Y tampoco Vivien debía saberlo. ¿Y si demostraba que ella era una farsante? Entonces tendría que tomar una decisión aún más difícil. Le importaba un comino lo que pudieran decir los demás, pero tenía que pensar en Amy. No permitiría que nadie le hiciera daño.

Inclinándose sobre Vivien, la besó. Ella protestó con un débil susurro y él deseó que estuviera tumbada bajo la luz del sol para poder observarla mientras se despertaba tras una noche de amor. Sintió deseos de amarla una vez más. La tentación era sorprendentemente intensa considerando que había obtenido placer con ella varias veces durante la noche. Comenzó a deslizar sus dedos por sus cálidos valles y colinas, y luego le dio ligeras palmadas sobre la espalda.

-Vamos, despierta -murmuró-. Casi es de mañana. Con increíble rapidez, Vivien saltó de la mesa.

-¡De mañana! ¿Por qué no me has despertado antes?

-Me has dejado exhausto, cariño. Somos enormemente afortunados de que no nos haya encontrado ninguna de las doncellas.

-Los criados -gimió-. Nos encontrarán.

Empezó a dar vueltas recogiendo su ropa en la penumbra mientras él la ayudaba galantemente, acariciándola de vez en cuando.

-Déjame -le pidió con la voz entrecortada, cuando ya le había apartado la mano una docena de veces-. Nunca saldremos de aquí.

-Mmmm -gruñó él, atrayéndola hacia su cuerpo y apoyando su boca sobre la suya-. Siento una nueva afición por los armarios de la ropa blanca.

Ella separó los labios para darle un breve y tierno beso.

-*Vestacho* -murmuró, tocando su hirsuta mejilla-. Siempre recordaré esta noche maravillosa.

Él sintió que algo se derretía en su interior, una sensación que no era propia de un hombre. Rechazando una peligrosa oleada de emoción, se dirigió hacia la puerta y la abrió. La suave luz del corredor pareció realmente brillante después de la intimidad que les había proporcionado la oscuridad. Tras echar un vistazo para asegurarse de que el camino estaba despejado, le hizo señas para que se acercara.

-Ven, te acompañaré hasta tus aposentos. Cuando estaba junto a la puerta, Vivien le dijo:

-Puedo encontrar sola el camino.

-No -respondió Michael, colocando firmemente su mano en la parte baja de su espalda-. Quiero asegurarme que llegas sana y salva. -No podía dejar que se marchara sola, tan dulce y tan hermosa, con la evidencia de su reciente placer en sus labios enrojecidos y en su cabello revuelto.

Ella abrió la boca para protestar y luego sonrió con dulzura mientras bajaba ligeramente sus pestañas. Logró excitarlo hasta el punto de desear otra prolongada sesión amorosa. Aunque esta vez, en una cama.

Mientras caminaban por el corredor vacío, sus caderas rozaron las suyas. Michael pensó en el día que tenía por delante, tratando desesperadamente de encontrar un momento para estar a solas con ella.

-Los invitados se marcharán esta misma mañana -le anunció, mientras giraban en uno de los recodos del pasillo-. Quizás podríamos reunirnos después del almuerzo en algún lugar privado. En mi dormitorio, por ejemplo.

Ella se rió brevemente.

-Los Pimpollos de Rosa nunca lo permitirían.

-¿Entonces, dónde? Hay un centenar de lugares donde nadie podría encontrarnos. La armería. El desván. El armario de la porcelana. ¡Por el amor de Dios!

Llegaron a la puerta de su habitación. Ella lo miró con una enorme ternura, sus ojos brillaban.

-En la biblioteca. Pero no estaremos solos. Le he prometido a Amy que le contaría un cuento, ¿recuerdas?

En efecto.

Él deseaba presenciar cómo Vivien mimaba a su hija. También quería verla amamantando a su futuro hijo. No, lo que más ansiaba era el placer de plantar su simiente en su vientre. Volvía a desearla de una forma arrebatadora pero, con toda seguridad, ella estaría dolorida después de su vigorosa iniciación. Acostarse con ella tan pronto otra vez sería sumamente egoísta de su parte.

Michael le dio un beso de despedida que puso en peligro los límites de su control. Ella se sintió ardiente y apasionada entre sus brazos.

-Eres mía, admitió con pasión. Jamás te dejaré marchar, ni siquiera por un instante.

Ella frotó su mejilla contra la suya.

-Oh, Michael. Te amo.

Su declaración lo emocionó. Con una ridícula sonrisa de satisfacción en su rostro, la observó mientras se deslizaba hacia el interior de su dormitorio y cerraba la puerta.

Sí. Ella aún lo ignoraba, pero se convertiría en su esposa.

Capítulo 23

Encarcelada

La varita mágica de la aurora iluminaba las colgaduras de color azul pálido y las sillas doradas de su dormitorio. La amplia cama con dosel y cuatro columnas estaba intacta. Las almohadas mullidas y el cubrecama doblado. Aunque se sentía cansada, Vivien sabía que no sería capaz de dormir mientras la siguieran asaltando los recuerdos de Michael.

Nunca, ni en la más salvaje de sus fantasías, se había imaginado la intimidad que habían compartido. Parecía como si sus almas se hubieran tocado; ninguno de los dos volvería a ser el mismo a partir de entonces. Sentía un dolor placentero en todo el cuerpo tras aquella noche de amor. Se había entregado a un lord *gorgio*. Y en su corazón no había lugar para el arrepentimiento.

Eres mía. Jamás te dejaré marchar, ni siquiera por un instante.

Embriagada de pura felicidad. Vivien se felicitó. mientras daba vueltas y más vueltas, hasta que las ninfas pintadas en el cielo raso parecieron girar vertiginosamente. Se hundió en su cama con baldaquino. También Michael había sentido un fuego en su corazón y esa maravillosa conexión entre el cuerpo y el alma. Ahora creía en ella, confiaba lo suficientemente en ella como para haberle revelado su secreto.

Pertenecían mundos diferentes Pero, con toda certeza, encontrarían la forma de estar juntos. Tenía que haber una forma. Quizás podría convencer a *dado y dye* de que se quedaran en sus propiedades. ¿Se sentirían a gusto con él? Deseó fervientemente que así fuera. Ya no podría volver a culpar a todos los *gorgios* por los actos de unos pocos. Allí, junto a los Pimpollos de Rosa, con Amy, y ahora con Michael, había encontrado cariño y calor.

Añorando volver a estrecharlo entre sus brazos, rodó sobre sí misma para coger una almohada de plumas y abrazarse a ella. Mientras deslizaba su mano por debajo de la funda de suave lino, sus dedos rozaron algo frío y duro. Levantó la almohada y se quedó perpleja.

Allí, bajo la luz trémula de las velas brillaba un objeto, enroscado como una serpiente sobre la sábana,. Esmeraldas y diamantes engarzados en unas preciosas alhajas de oro. Un collar. Y un anillo de diamantes. Ambas joyas le resultaron familiares...

Sobrecogida, los reconoció. La Duquesa de Covington había lucido una noche ese collar en su garganta. Y el anillo era el que Lady Katherine afirmaba que le habían robado.

La sorpresa y la impresión le golpearon el rostro como un viento glacial. Vivien se sentó en la cama. Alguien había colocado esas joyas allí. Alguien que deseaba desprestigiarla, presenciar como la enviaban a prisión. Alguien que ansiaba destruir la estima que Michael sentía por ella.

¡Develesa! Tenía que haber sido Katherine. No, Su Excelencia, la Duquesa de Covington. Ella había expresado con absoluta franqueza su desprecio por todos los gitanos.

En un arrebato de indignación, Vivien cogió el anillo y el collar. Lo único que se le ocurrió fue deshacerse de ellos, dejándolos en algún lugar alejado de su alcoba. Los dejaría en el corredor, junto a la puerta de la duquesa, donde una de las criadas pudiera encontrarlos y devolverlos a sus propietarias. Sí. Frustraría el juego cruel que habían tramado esas dos mujeres. Tenía que actuar con rapidez.

Con su corazón palpitando a la misma velocidad con que correteaban sus pies, Vivien abandonó su habitación para atravesar el corredor desierto. Unos pocos rayos de luz se filtraban a través del ventanal que había al final del pasillo. Se sintió aliviada al no ver a ninguno de los criados deambulando por allí; quizás estuvieran en la planta baja recogiendo y limpiando el salón después de la fiesta.

El collar y el anillo que tenía en la palma de su mano, le recordaban amargamente las injusticias practicadas por la nobleza. Algunos de esos aristócratas nunca llegarían a aceptarla. Harían todo lo que estuviera en su poder para echarla de su círculo elitista.

Pero Michael no era como ellos. Concentró sus pensamientos en la maravillosa intimidad que había descubierto con él. *Vestacho. Su* amado. Cómo deseaba acurrucarse en su cama y pensar en el goce que habían compartido. Sus caricias, su ternura, su pasión la habían hecho sentirse amada. Pero al girar en un recodo del corredor, su sueño dorado se transformó en una pesadilla.

Junto a los aposentos de la duquesa había un grupo de mujeres en sus trajes de noche. Los Pimpollos de Rosa, Charlotte Quinton, la Duquesa de Covington, Lady Katherine. Y Michael.

¡Por Dios, Michael!

Vivien miró precipitadamente a su alrededor buscando un lugar para ocultar las joyas robadas. Las paredes de piedra estaban desnudas en ambas direcciones. El jarrón más cercano se encontraba en una mesa que estaba demasiado distante. Su única oportunidad era desaparecer antes de que nadie advirtiera su presencia. Pero en el preciso momento en que daba un paso hacia atrás, la duquesa levantó un brazo para señalarla, como fuera un ángel vengador.

-¡Allí está esa gitana ladrona!

Michael giró sobre sus talones. Para su sorpresa, descubrió a Vivien en el pasillo. Su rostro estaba pálido y la luz de la mañana resaltaba su exótica vestimenta. Sus cabellos oscuros y alborotados caían sobre su espalda hasta la estrecha cintura. Parecía asustada, con los ojos muy abiertos y sus manos entrelazadas detrás de la espalda.

Qué extraño que hubiera aparecido de una forma tan fortuita. Él regresaba despreocupadamente a su suite, silbando por lo bajo y sintiéndose inmensamente feliz por los acontecimientos que habían tenido lugar aquella noche, cuando se había encontrado a Katherine y a su prima discutiendo con los Pimpollos de Rosa y con Charlotte Quinton. La duquesa lo había abordado para comunicarle que le faltaba un collar. Como un condenado *bulldog,* se había empeñado en insistir en que registraran de inmediato el dormitorio de Vivien. Él lo había prohibido expresamente.

En aquel momento, su abuela tenía los brazos cruzados encima de su vestido blanco con volantes.

-¡Mi dama de compañía no es una ladrona! -exclamó-. Lamentarás tus palabras, Hillary.

-De ningún modo, serás tú la que te arrepentirás de lo que has dicho. Espera y verás. -La duquesa se abrió paso a empujones, su vestido naranja aleteó como las alas de un pollo.

Furioso, Michael fue tras ella.

-Su Excelencia, ya es suficiente.

Pero la duquesa lo ignoró y se dirigió directamente hacia Vivien. Agitando un dedo junto a su cara le dijo:

-Tú has robado mi collar. No lo niegues.

-No he robado nada, Su Excelencia -negó Vivien en un tono de voz vacilante-. Lo juro.

Mientras levantaba la mirada hacia Michael. una sobra de alarma atravesó su rostro, desde sus suplicantes ojos hasta sus labios temblorosos. Michael respiraba profundamente para deshacerse de una intensa opresión en el pecho. Era evidente que ella esperaba que él se mostrara receloso. Él luchó contra el impulso de cogerla entre sus brazos y comunicarle sus verdaderas intenciones.

Girándose hacia la duquesa, manifestó:

-Sus acusaciones son absurdas. No pienso seguir escuchándola. -Tampoco yo -agregó su abuela.

-Lo mismo digo -intervino Lady Enid, abrazada a su nieta Charlotte quien, por una vez, mantuvo la boca cerrada, aparentemente demasiado impresionada como para hablar.

Lady Faversham golpeó su bastón contra el suelo. -No tiene usted ninguna prueba, Su Excelencia.

-Pero hace un par de noches la señorita Thorne expresó su admiración por el collar de mi prima en el salón -les comunicó Lady Katherine-. Mi prima me lo ha cantado.

Michael la miró con frialdad. ¿Qué habría visto en esa belleza perfecta y sin sangre en las venas?

-La admiración no es una prueba de hurto -respondió-, como tampoco es un motivo para calumniar a Vivien.

-Si la señorita Thorne es inocente -refunfuñó la duquesa-, entonces, ¿qué es lo que está ocultando tras su espalda? Puedo garantizar que se trata de objetos robados.

Maldita bruja. La mejor manera de hacerla cerrar la boca era demostrar que estaba equivocada.

-Vivien, muéstranos tus manos.

Pero Vivien parecía paralizada. Su mirada pasaba de los Pimpollos de Rosa a Charlotte y de esta a Michael. Como si fuera capaz de ver su alma, él percibió un mar de emociones: angustia, desesperación, rebeldía. Una premonición se posó, como un dedo glacial sobre su espina dorsal.

-Muéstranos tus manos -repitió.

Ella separó levemente sus labios como si quisiera negarse a hacerlo. Bajando con suavidad sus negras pestañas, mostró sus manos. En las palmas de sus manos había un revoltijo de oro, diamantes y esmeraldas.

Un grito ahogado se alzó entre las mujeres. Su abuela pestañeó, completamente asombrada. Charlotte se aferró al brazo de Lady Enid, mientras apretaba un pañuelo entre sus dedos marcados por las cicatrices.

Conmocionado, Michael miró fijamente el collar y el anillo. Sus instintos más primarios se resistieron ante la evidencia que había ante sus ojos. ¡Dios mío! No podía creer que la apasionada mujer que había tenido entre sus brazos hacia apenas unas horas, fuera capaz de robar a sus invitados. Incluso en ese momento, sentía que su atractivo de sirena lo dominaba.

Pero la condenada prueba estaba precisamente en sus manos. Había robado las joyas. Igual que Grace, Vivien lo había tomado por un tonto. La duquesa se apresuró a coger su collar.

-¡Lo sabía! -alardeó. Levantó el collar en alto y las gemas destellaron-. ¡Mira, Katherine, también está tu anillo!

Lady Katherine se adelantó para coger rápidamente la pequeña sortija de oro y diamantes, llevándola junto a su pecho.

-¡Gracias a Dios! Este anillo significa mucho para mí. La duquesa miró con soberbia a Michael y dijo:

-Le dije que la gitana que era culpable. ¡Que la encarcelen inmediatamente!

Luchando contra un amargo sentimiento, Michael se obligó a mirar a Vivien. Lacónicamente, le dijo:

-Debe usted tener alguna explicación

Ella levantó su barbilla y enfrentó su furiosa mirada.

-He encontrado las joyas debajo de mi almohada. Ignoro cómo han ido a parar allí. Solo deseaba devolverlas.

-Un cuento -espeto la duquesa. Y mirando a Vivien de arriba abajo, exclamó-: es evidente que se siente usted atraído por ella, Stokeford. No cabe duda de que tenía la intención de devolver las joyas porque sabía que tendría la oportunidad de conseguir una pieza más importante.

-Eso no es verdad -replicó Vivien.

-Silencio -le ordenó Su Excelencia-. Todos los gitanos son unos mentirosos y unos ladrones.

Lady Stokeford reaccionó con cólera.

-Tú eres la mentirosa, Hillary. Ya es hora de que alguien pronuncie lo que todos hemos estado pensando. Tú y tu intrigante prima habéis escondido las joyas con el fin de desprestigiar a Vivien.

-Jamás haría algo semejante con este anillo -contesto Lady Katherine, deslizándose en el dedo-. Fue un regalo de bodas de mi difunto marido.

Las mejillas de la duquesa se enrojecieron.

-Ten mucho cuidado con la forma en que te diriges a nosotras, Lucy. Tu dama de compañía será enviada a la cárcel de inmediato. Yo, sin ir más lejos, no me sentiré segura hasta que este entre rejas.

Vivien dejó escapar un leve grito de indignación mientras avanzaba unos pasos para enfrentarse a la duquesa, entonces manifestó exaltada: -Desearía *haber* robado ese collar. Usted le debe a mi padre mucho más que eso.

-¿A tu padre? -preguntó la duquesa mordazmente-. Lucy me ha dicho que ni siquiera conoces su nombre.

-Mi padre adoptivo. Se quedó tullido el año pasado por una trampa que el Duque de Covington ordenó instalar en sus propiedades. Escandalizadas, los Pimpollos de Rosa, intercambiaron comentarios. Fue en ese preciso momento cuando Michael comprendió el motivo por el que Vivien despreciaba a la duquesa.

-Cuéntenos lo que pasó -le pidió.

-Cierto día del pasado otoño, *miro dado,* tomó un atajo a través de un tramo del bosque. Estaba cazando conejos para el guiso del mediodía. -Vivien tragó saliva, como si le costara seguir hablando.- Al ver que no regresaba al campamento por la noche, salí a buscarlo. Lo encontré...

Lady Stokeford pasó su brazo alrededor de la cintura de Vivien.

-Tranquila, cariño. No necesitas hablar de ello.

-Debo hacerlo. -Las lágrimas asomaban a sus ojos y Vivien cogió su falda turquesa entre sus dedos.- Lo encontré agonizando de dolor, tumbado sobre el frío terreno donde había pasado todo el día. Los muelles de la trampa eran tan fuertes que no logré abrirla. Tuve que dejarlo allí y volver al campamento para buscar ayuda. Él sufrió un horrible tormento. Y todo porque el Duque de Covington trata a los gitanos como si fueran animales salvajes.

La duquesa frunció la nariz.

-Está usted equivocada, señorita Thorne. Fui yo la que ordenó que se colocaran esas trampas. Tengo todo el derecho de protegerme contra los cazadores furtivos.

Michael aborreció la violencia salvaje de aquella mujer. Al mismo tiempo, reflexionó contrariado que los deseos de vengar a su padre podían ser un motivo más que suficiente para robar a la duquesa.

Con un repentino movimiento, Vivien escupió a la duquesa. El húmedo glóbulo aterrizó en su soberbia nariz.

-¡Allí tiene! Esto es lo que pienso de usted.

Su Excelencia cacareó como una estúpida gallina, limpiándose la cara con su manga de color naranja.

-¡Cómo te atreves! -farfulló enfurecida-. ¡Acabaré contigo!

-Seré yo la que acabe contigo -exclamó Lady Stokeford indignada-. Toda la sociedad se enterará de tu crueldad, Hillary. Has revelado ser una inhumana y mezquina tirana.

-No conseguirás hacerlo. Ya no tienes poder en la alta sociedad. -Pero yo sí -afirmó Michael. Mientras la duquesa abría la boca, revelando que empezaba a alarmarse, el anunció bruscamente-. Usted y Katherine ya tienen sus joyas. Será mejor que hagan sus maletas y se marchen antes de una hora -a continuación, mirando fríamente a Vivien, afirmó-. La señorita Thorne permanecerá prisionera en su habitación hasta que venga el oficial de la ley.

-¡El juez! -exclamó Charlotte con la voz entrecortada. Había estado tan callada que Michael se había olvidado de su presencia. Ella se apresuró a acercarse a él y le cogió las manos-. ¡No puedes hacerlo!

Luchando por parecer impasible, Michael apartó sus manos.

-Ha sido sorprendida con los objetos robados. Si el oficial de la ley la encuentra culpable, recibirá el castigo que le corresponde.

-El destierro no es suficiente para los de su clase -gruñó la duquesa-. Deberían colgarla.

Después de ese severo comentario, se alejó con Katherine por el corredor en dirección a sus aposentos.

Los Pimpollos de Rosa se arremolinaron alrededor de Michael. -No escuches a esa despiadada mujer -le suplicó su abuela-. Ha dejado inválido al hombre que crió a Vivien.

-¡Me gustaría ver a esas dos colgando de la horca! -manifestó Lady Enid.

-Espero que no seas tan cruel con Vivien, Michael -le pidió Charlotte con ansiedad-. Limítate a enviarla otra vez con los gitanos. No hay ninguna necesidad de recurrir a la ley.

Pero Michael la ignoró. Un gélido e implacable escalofrío lo recorrió mientras cogía a Vivien del brazo para conducirla hasta sus aposentos. Ella no dijo ni una palabra más en su defensa. Por un lado, él ansiaba tontamente que ella le dijera algo, cualquier cosa que pudiera absolverla de ese crimen. Sentía una violenta necesidad de estrecharla entre sus brazos y besarla hasta olvidar que lo había engañado.

Antes de seguir haciendo el imbécil, la dejó en su habitación y cerró la puerta con llave.

Al principio, Vivien estaba demasiado aturdida como para reaccionar. Durante un buen rato se quedó de pie en medio de la alfombra mientras el silencio la envolvía como una mortaja. Debido al esfuerzo que hizo para que entrara suficiente aire en sus pulmones se sintió mareada. Una y otra vez, las imágenes se repetían en su mente.

Michael, haciéndole el amor en la oscuridad, tan tierno y tan vehemente., la pasión que había ardido entre ellos como una llama viviente, Michael. relajado y sonriente, rodeándola con sus brazos, como si no pudiera tolerar que se alejara de él, Michael, abandonando la rígida e inescrutable máscara de un extraño, mientras su rostro emanaba luz y calor.

La dolorosa realidad penetró la niebla de su aturdimiento. Él la había abandonado. Su fe en ella se había desvanecido como un fuego fatuo, la intimidad que habían compartido no significaba nada para él. Su ternura había sido una ilusión, el trabajo de un inteligente seductor. Ella había confiado en él, y él la había utilizado a su antojo por mero placer.

Con una mezcla de rabia y dolor, Vivien se dirigió precipitadamente hacia el cuarto de vestir y se despojó de su ropa. Llenó de agua la jofaina de porcelana y se restregó el cuerpo para liberarse de su aroma, de su sabor y de sus caricias. Sin embargo, todavía podía sentir sus manos recorriéndola. Podía oler su aroma masculino. Podía sentir la marca que había dejado en su cuerpo de mujer, pues aún sentía su seno dolorido, sus pechos estaban sensibles y su piel enrojecida por las ásperas caricias de su mejilla. Haciendo caso omiso de la agitación de su mente y de su corazón, su cuerpo se sentía lánguido y satisfecho, relajado por la consumación del goce que había encontrado entre sus brazos.

Un goce que ya no volvería a disfrutar con él.

Desnuda, percibió que un cambio se abría paso en su interior, algo se había hecho añicos. Las lágrimas asomaron a sus ojos y se arrojó sobre la cama en un angustioso estado en el que se mezclaban la pena, la furia y la desesperación. Sollozando hasta que consiguió agotar sus emociones, se quedó profundamente dormida de agotamiento. Y durmió hasta que algo lejano penetró su conciencia y se inmiscuyó entre sus agitados sueños.

El sonido de unos pasos. El tintineo de la porcelana. El ruido de una llave.

Michael.

Su corazón empezó a palpitar con fuerza. Recuperando completamente la conciencia Vivien se sentó en la cama, pestañeando para protegerse del resplandor de la luz de las primeras horas de la tarde.

Estaba sola en aquella espaciosa habitación. Sobre una mesa que había junto a la chimenea descubrió una bandeja de comida. El aroma del pan recién hecho y de la carne llegó hasta ella. En vez de sentir los retortijones del hambre, saboreó la acritud de la náusea.

Michael no había venido a verla para implorarle perdón. Había enviado a una criada. Eso era todo. Probablemente, se enorgullecería de su benevolencia por alimentar a su prisionera.

Estaba decidida a ayunar antes que aceptar su caridad.

Se quedó sentada en medio de las sábanas arrugadas. ¿Habría llamado ya al oficial de la ley? ¿La obligarían a atravesar el mundo en dirección a Australia? ¿O la condenarían a la horca?

El miedo se apoderó de su garganta. Recordó la eficiencia con la que se había ocupado de Thadeus Tremain. Antes de que terminara el día, el administrador que lo había engañado había sido

encarcelado en la prisión del pueblo y luego había sido trasladado a Londres, donde aún estaba en la cárcel a la espera de que se celebrara su juicio.

A ella le esperaba la misma suerte.

No debía quedarse allí, como una liebre atrapada en una trampa de acero. Michael Kenyon era un severo lord *gorgio* que la había considerado culpable por el simple hecho de que había sido criada por los gitanos. Había sido una tonta al entregarle el regalo de su cuerpo. No una, sino dos veces tonta, porque también le había ofrecido el regalo de su amor.

Levantándose de la cama. Vivien se dirigió hacia la ventana y la abrió. Se asomó para mirar hacia abajo, la altura le dio vértigo. En la Abadía no había terrazas, y tampoco una enmarañada hiedra cubriendo la pared que le pudiera servir de ayuda. Entonces, sin proponérselo, recordó a Michael escalando los muros de la Casa Dower, llevando en su boca una perfecta rosa roja.

Respiró profundamente para aliviar la estocada de los recuerdos. Con esfuerzo, se obligó a pensar, a urdir un plan. Había algunos sitios donde las viejas piedras se habían desmoronado, ofreciendo un espacio conveniente para apoyar los pies. También había una tubería de desagüe que le serviría de apoyo. Sí, podría bajar por allí si tenía cuidado. Volvió apresuradamente al cuarto de vestir. Desdeñando la falda turquesa y la blusa amarilla que estaban en el suelo, rebuscó en el armario.

No podía ponerse el vestido que llevaba cuando había bailado con Michael, la suave seda que él le había arrancado, consumido por la fiebre de la pasión.

De todos los elegantes vestidos que había en el armario, eligió uno al azar y se lo puso encima de la enagua. Solo se llevaría este vestido a cambio de las simples prendas que llevaba aquel lejano día en el que había abandonado a los gitanos en compañía de los Pimpollos de Rosa.

Los Pimpollos de Rosa. Su corazón se encogió de dolor ante la perspectiva de no volver a verlas, especialmente a Lady Stokeford. La querida Lady Stokeford, con su sonrisa pícara y su lealtad incondicional. ¡Cómo las echaría de menos a las tres!

Y a Amy. *Develesa,* jamás volvería a ver a la hija de Michael.

Agobiada por una sensación de pérdida, se recostó contra el armario. Después de los fuegos artificiales de la noche anterior, había prometido a la niña que hoy le contaría un cuento. Pero Michael nunca le permitiría acercarse a su hija. En su mente, ya había juzgado y condenado a Vivien.

Sin embargo ella no estaba dispuesta a faltar a la promesa que le había hecho a Amy. Ni siquiera aunque eso significara demorarse unos pocos minutos y arriesgarse a que la encarcelaran.

Volviendo al dormitorio, se sentó frente al elegante escritorio, cogió un papel de carta de color crema y, con las manos temblorosas, hundió la pluma en el tintero de plata. *Para Amy,* escribió en la parte superior de la hoja. Tratando de ordenar sus pensamientos, Vivien escribió un cuento que trataba de una pequeña huérfana que, a través de pruebas y tribulaciones, descubre que su padre está vivo y finalmente ambos viven juntos y felices por siempre jamás.

Cuando terminó, echó arena sobre la tinta y a continuación sopló los diminutos granos sobre la papelera. Dejó el cuento sobre el escritorio. A lo mejor aliviaría el disgusto que se llevaría Amy al enterarse de que se había marchado. Era lo mejor que podía hacer por la niña.

De un cajón, cogió un pesado saco que contenía noventa guineas de oro -su sueldo de cien guineas al mes, menos las diez que Lady Stokeford ya le había pagado a su padre-. No era tanto como hubiera deseado, pero las monedas se estirarían si era lo suficientemente cuidadosa en los años venideros.

Con el precioso saco entre las manos, contempló aquel enorme recinto. Desde que se había mudado a la Abadía se había sentido como en su casa en esta habitación apacible con su amplia cama de baldaquino y sus hermosas colgaduras. El cielo raso estaba decorado con una imaginativa escena de ninfas y diosas. Había sido lo suficientemente tonta como para pensar que podía pertenecer al mundo de los *gorgios*, rodeada del boato de los ricos.

¡Cómo se había equivocado!

Aunque la luz de la tarde se filtraba a través de las elegantes cortinas azules, la estancia parecía tan sombría e inhóspita como una jaula de oro. Reconoció un sentimiento que crecía en su interior, una angustia que asoló su alma. No podía quedarse allí ni un minuto más.

Precipitándose hacia la ventana, respiró profundamente y se encaramó al alféizar.

-Esto es un complot tramado por Katherine y la duquesa -afirmó Lucy por enésima vez mientras daba vueltas por su dormitorio de la Abadía-. ¿Pero cómo podemos demostrarlo?

Con el ceño fruncido, Olivia estaba sentada muy erguida en una silla de respaldo recto.

-Esas dos cómplices jamás admitirán que le han tendido una trampa. Con toda seguridad, se alegrarán de enviar a una muchacha inocente a la cárcel.

Enid se hundió aún más en el sillón de orejas tapizado con un brocado de color oro.

-Oh, si a Vivien no se le hubiera ocurrido devolver el collar y el anillo en ese preciso momento.

-No cabe duda de que Katherine y Hillary hubieran ido a su alcoba y hubieran fingido encontrar las joyas. -Sintiendo el peso de cada uno de sus setenta años, Lady Stokeford, se dejó caer cansinamente en una *chaise longue.* Acababa de pasar medio día despidiendo a sus invitados, disculpándose por la ausencia de su nieto y simulando estar alegre.- Una mujer que es capaz de colocar trampas en sus propiedades, no tendría reparos en encarcelar a una joven inocente.

-Malditas sean -exclamó Olivia, golpeando su bastón contra la alfombra de color verde pálido-. Deben de haber ocultado las joyas durante la fiesta. ¿Estás absolutamente segura de que ninguno de los sirvientes las vio entrar en el dormitorio de Vivien?

-Ya he hablado con todos ellos y ninguno me ofreció ninguna información, ni siquiera cuando ofrecí diez guineas de recompensa. - Lucy tomó un sorbo de té e hizo una mueca de disgusto. Se había enfriado, de modo que volvió a dejar la taza sobre la mesa ruidosamente.-Hay algo especial en todo esto que me preocupa. Si Katherine planeaba mancillar la reputación de Vivien, ¿por qué se marchó precisamente cuando lo había conseguido? ¿Por qué no se quedó para asediar a mi nieto?

-Quizá pensó que sería mejor esperar a que él volviera a Londres -sugirió Olivia-. Después de todo, ella ya no es bienvenida en esta casa.

-Es cierto -caviló Lucy. Aunque encontró lógico el razonamiento de Olivia, no podía desprenderse de la sensación de que algo escapaba a su comprensión. Algo vital.

-Oh, no puedo olvidar la mirada de Vivien -comentó Enid, sonándose la nariz con un vigor que no era típico de una dama-. Estaba terriblemente afligida.

-Lo sé -susurró Lucy, con un nudo en la garganta-. Si alguien tiene la culpa de todo este desastre, no cabe duda de que soy yo. Si no me hubiera empeñado en que Vivien y mi nieto tuvieran un romance, Katherine no hubiera tenido ningún motivo para simular que había perdido su anillo.

-Tonterías -respondió Olivia-. Michael se hubiera sentido atraído por Vivien de todos modos.

-Ellos están enamorados -manifestó Enid, suspirando con nostalgia-. Estoy convencida de que anoche se acostó con ella.

-Entonces, ¿por qué no se fía de ella? -preguntó Olivia con una inusual vehemencia, mientras golpeaba su mano contra el brazo del sillón-. No demuestra ser un caballero al utilizar a una muchacha inocente como si fuera su querida, para luego arrojarla a los lobos.

Lucy dejó escapar un breve suspiro de angustia. Aunque luchaba por no llorar, las lágrimas asomaron a sus ojos. Cuando Vivien y Michael habían desaparecido del salón de baile alrededor de medianoche, ella había albergado la esperanza de que estuvieran juntos. Vivien era la mujer perfecta para iluminar el corazón de su nieto. Era cálida y vital, no fría y distante como había sido Grace.

Por la mañana, cuando Lucy los había visto con aspecto desaliñado. supo que habían hecho el amor. Ellos *estaban* enamorados, radiantes de felicidad, tal como ella había deseado verlos. Una vez que se aclarara todo este absurdo asunto, su nieto se declararía a Vivien, se casarían y vivirían

felices con Amy en la Abadía. Él le daría una buena cantidad de biznietos que llenarían la casa de risas y de alegría otra vez.

Sin embargo, Lucy había presenciado con horror cómo Vivien les enseñaba lo que ocultaba detrás de su espalda. La ternura se había desvanecido de los ojos de Michael, su rostro se había endurecido hasta parecer de granito. Una vez más, se había transformado en el hombre frío y cínico en el que se había convertido después de la muerte de Grace.

Olivia se incorporó para sentarse junto a Lucy en la *chaise longue,* abrazándola con un gesto cariñoso que no era típico en ella. -Perdóname, mi querida -murmuró-. Supongo que lo he dicho movida por el resentimiento que siento por los hombres. No era mi intención afligirte aún más.

-Solo has dicho la verdad -respondió Lucy, buscando la mano de su amiga, que era tan delgada y arrugada como la suya-. Debo afrontar el hecho de que mi nieto se ha comportado de una forma despreciable. No estará dispuesto a ayudar a Vivien.

Enid se sentó junto a Lucy del otro lado de la *chaise longue.*

-¿Crees que estará aún encerrado en la biblioteca?

Secándose los ojos, Lucy asintió con un ligero movimiento de su cabeza.

-He ordenado a los criados que me notifiquen cuando salga de allí. Aunque dudo mucho que quiera escucharme.

-Al menos no ha enviado a Vivien a la prisión del pueblo - comentó Olivia-. Quizás aún se incline por defenderla.

-Bah, se estará emborrachando como su padre -manifestó Lucy, consciente de que experimentaba una penetrante sensación de fracaso-. Y como su abuelo. Esa es la forma que tienen los hombres para resolver sus problemas. Tienes razón en desconfiar de ellos, Olivia.

-Vamos, vamos, debes tener esperanzas -la consoló Enid, rodeando a Lucy con su brazo rollizo-. No debes culparte. Has hecho un buen trabajo educando a tu hijo, a Michael y también a sus hermanos.

-Claro que sí -afirmó Olivia-. Pero pensar en el pasado no sirve de nada para ayudar a Vivien.

-Es una pena que no podamos conseguir una llave de su habitación -comentó Enid con ansiedad-. Al menos podríamos hacerle compañía. ¿No podríamos conseguir un cerrajero?

-Eso nos llevaría mucho tiempo -contestó Olivia, mirando detenidamente a Lucy-. ¿Estás segura de que Michael ha cogido el llavero del ama de llaves?

-Sí, y también la llave maestra. Mi nieto tendrá muchos defectos, pero es un hombre muy meticuloso.

-Hummh -refunfuñó Olivia. Y de repente, el fragor de la batalla se reflejó en sus ojos grises como el hierro-. Tenemos que encontrar otra forma de liberarla. Vamos a los establos, señoras.

Lucy se puso de pie con aire vacilante.

-¿Pero cuál es tu plan?

-Iremos a buscar algunas herramientas. Algo que nos permita romper la cerradura.

Enid dejó escapar un grito ahogado.

-¡Qué idea excelente! Por todos los cielos, ¿conseguiremos hacerlo? -Somos los Pimpollos de Rosa -afirmó Lucy, recuperando el ánimo-. Tendré mucho placer en romper yo misma la cerradura.

Mientras se preparaban para abandonar la estancia, escucharon unos suaves golpes en la puerta. El corazón de Lucy se sobresaltó. Acaso fuera uno de los criados, que venía a informarle que su nieto había abandonado la biblioteca. ¿Habría cambiado de idea, reconociendo su error? ¿O habría ordenado que fueran a buscar al oficial de la justicia?

Pero el visitante no traía ningún mensaje de Michael. Tras abrir la puerta, los Pimpollos de Rosa se encontraron frente a frente con el verdadero ladrón.

Unos fuertes golpes en la puerta despertaron a Michael del sopor producido por la borrachera.

Todavía aturdido, levantó su cabeza de la mesa y vio las familiares filas de estanterías de su biblioteca. Se preguntó por qué se habría quedado dormido a mitad del día. La luz del sol casi lo cegó. Sobre la mesa había una botella de brandy vacía y una copa volcada que había derramado

unas pequeñas gotas de licor sobre la rayada superficie de roble. Cuántas veces había encontrado allí a Vivien, revisando detenidamente las estanterías.

Los recuerdos lo asaltaron. Vivien.

Se estiró en su silla, estremeciéndose por un tremendo dolor de cabeza. Vivien lo había engañado. La apasionada muchacha que le había ofrecido su virginidad era una ladrona. No le extrañaba que lo hubiera hecho con la esperanza de asegurarse un lugar en su corazón. Grace había hecho lo mismo, utilizando su cuerpo como una baza para las negociaciones.

De cualquier modo, era mejor descubrirlo ahora, antes de que también Vivien le robara el corazón.

Pero ni siquiera la bebida le había hecho olvidar la noche anterior. Todavía podía saborear sus besos. Podía sentir sus brazos alrededor de su cuerpo, sus manos acariciándolo. Podía escuchar sus susurros en la oscuridad.

Vestacho... amado.

Completamente furioso, pasó el brazo por encima de la mesa arrojando la botella y la copa al suelo.

Otra vez aquellos golpes sobre la pesada puerta de roble, reverberando en su dolorido cráneo.

-Marcharos -gritó.

No deseaba que los criados lo molestaran ofreciéndole comida o bebida. Tampoco quería ver a su abuela, a Charlotte Quinton, ni a ninguna otra persona en esa estancia abandonada por la mano de Dios. No quería escuchar ningún argumento que pudiera tentarlo a confiar en Vivien. Quería que lo dejaran solo con sus pensamientos. Solo con la bebida.

Le llamaron la atención unos recipientes de cristal que había en un aparador. Se incorporó, balanceándose ligeramente. en pos de algo que le prometía el olvido...

Escuchó que golpeaban con fuerza otra vez pero se guardó muy bien de responder. Hasta que la voz amortiguada de un hombre gritó.

-Abre la puerta, idiota con cabeza de pulga.

Michael se paró en seco. Miró inmediatamente hacia la puerta. *¿Brand?*

Que Dios lo ayudara. Se había olvidado...

Un miedo glacial se apoderó de él, seguido por una explosión de cólera. Si Brand Villiers había subido nuevamente a la habitación de los niños, si había simplemente osado mirar a Amy, lo mataría.

Dirigiéndose enfurecido hacia el arco medieval, luchó con la llave hasta que consiguió abrir la puerta. Preparó su puño para golpearlo, pero Brand no estaba solo.

Lo flanqueaban los Pimpollos de Rosa. Lady Faversham tenía una mirada sombría y acongojada. Lady Enid lloraba desconsoladamente y se enjugaba las lágrimas con un pañuelo. Lady Stokeford parecía frágil y agitada.

Los fríos ojos grises de Brand tenían una socarrona expresión de disgusto.

-Creo que te complacerá saber que Vivien es inocente -dijo sin preámbulos-. He encontrado a la persona que ha robado las joyas. Luego se giró hacia una persona que se escondía detrás de él, y empujó a una pálida Charlotte hacia la biblioteca.

Capítulo 24

La Carta de un Ladrón

Los matices rosados y púrpuras del anochecer comenzaban a desaparecer mientras el cielo se oscurecía y Vivien llegaba finalmente al campamento gitano.

Los primeros en saludarla fueron los perros, ladrando y gruñendo, y luego moviendo sus rabos al reconocerla. Con gesto distraído, acarició una cabeza sarnosa y luego rascó las orejas de otro de los perros. Consciente del apretado y doloroso nudo que había en el medio de su pecho, recorrió con su mirada el campamento buscando las hogueras.

En un claro del bosque, cerca de veinte *vardos* formaban algo parecido a un semicírculo. El olor a humo flotaba en el frío aire de la noche. Las mujeres vestidas con colores brillantes se inclinaban sobre el fuego, revolviendo los guisos en los peroles. Los hombres se movían entre los caballos amarrados a los árboles, cepillándolos, o trayéndoles cubos de agua desde un arroyo cercano. Los niños se reían y jugaban debajo de los carros. Hasta sus oídos llegó el sonido de las conversaciones en lengua gitana que le pareció una melodía.

Estaba en casa.

¿O no lo estaba? Habían pasado tantas semanas, había sufrido tantas penas que simplemente no tenía la respuesta. En un mar de dolor y confusión, distinguió el familiar carromato de color amarillo azafrán con sus enormes ruedas azules. aparcada en los límites del bosque. Sobre los escalones estaba sentada una mujer pequeña de cabello gris. Estaba agachada sobre su costura y su aguja arrojaba destellos de plata a la luz de la hoguera. Las otras mujeres hablaban y se reían, pero ella estaba sola y parecía triste.

Con un grito entrecortado, Vivien atravesó precipitadamente el campamento. Todos la miraron con sorpresa, acudiendo a su encuentro, haciéndole preguntas que ella ni siquiera escuchó. Varios niños gritaron su nombre, rogándole que les contara un cuento. Pero ella solo tenía *ojos* para su madre. Esperaba con ansias el momento en que Reyna Thorne se percatara del revuelo que se había armado a su alrededor y levantara la cabeza.

Entonces lo hizo. La tristeza rondaba sus facciones morenas, las comisuras de su boca apuntaban hacia abajo y su frente estaba arrugada. Pero ese gesto no duró mucho tiempo. Sus oscuros *ojos* y almendrados se iluminaron al ver a Vivien. Sus labios se separaron, moviéndose ligeramente, como si estuviera rezando una plegaria o pronunciando el nombre de su hija. Se incorporó lentamente y la costura se deslizó de su regazo, cayendo sobre la tierra.

En ese mismo momento, su padre se abría paso con dificultad entre la muchedumbre que se había reunido para verla. Se quedó paralizado, apoyado pesadamente sobre su vara, mirándola fijamente como si fuera un fantasma. Sus rasgos oscuros, erosionados por el tiempo, revelaban un cierto cansancio. Reyna permaneció en su sitio, inmóvil y con los brazos extendidos.

Vivien no vaciló. Corriendo los últimos metros que la separaban de ella, abrazó fuertemente a su madre. Aunque le sacaba una cabeza, se apretó contra ella, buscando su protección como si fuera una niña, inspirando el familiar olor del humo de la madera y de las especias. Toda su conmoción emocional estalló en lágrimas de felicidad y de pesar. -*Miro dye* -murmuró con la voz entrecortada-: Mi madre. Reyna también lloró, pero sus ojos brillaban de alegría. Se separó un poco de ella para acariciar amorosamente la cara húmeda de Vivien con sus pequeñas y ansiosas manos.

-Mi no tan pequeña Vivi. Si supieras cuánto he esperado este momento. ¡Cuánto anhelaba verte otra vez!

-Debería haber venido antes. ¡Qué contenta estoy de veros otra vez! Entonces Vivien se giró hacia su padre. Él la estrechó en un enorme abrazo de oso, levantando su cuerpo y haciéndola girar a su alrededor como si no fuera mayor que Amy.

-Temía que pudieras olvidarnos -dijo Pulika con brusquedad, mientras volvía a dejarla en el suelo-. Que te hubiera gustado tanto esa vida gorgio, que jamás volvieras a visitarnos.

Independientemente de lo que sucediera, siempre podía contar con su amor.

-El corazón me trajo directamente hasta aquí.

-Hacia mí -exclamó Janus mientras caminaba con arrogancia hacia ella-. De modo que finalmente has reconocido cuál es tu lugar, muchacha. Tendrás que cumplir con nuestro compromiso.

-Ya es suficiente -manifestó Pulika con severidad, interponiéndose en su camino-. Mi hija se casará con el hombre que elija.

-Le dais demasiada libertad. Yo no...

-¡Dosta! -exclamó Pulika mientras hacía un brusco movimiento descendente con su mano para dar fin a la discusión-. Casi no he hablado con Vivien. Ni siquiera sé si vuelve para quedarse o si ha venido de visita. -Girándose hacia ella, la miró solemnemente, esperando su respuesta.

Ella sintió un nudo en la garganta. ¿Cómo podría explicarles que hubiera podido quedarse con los gorgios si el hombre que amaba no la hubiera abandonado? Que un pedazo de su corazón permanecería para siempre con aquel trío de viejas damas, una niña huérfana de madre... y un lord gorgio que no sabía amar.

-Dado, yo...

Una algarabía de ladridos la interrumpió. Los perros gruñían y se dirigían hacia los límites del campamento mientras, desde el camino, llegaba el ruido de los cascos de un caballo. Todos se giraron para mirar

a través de las profundas sombras del bosque, curiosos por ver quién podría visitarlos cuando ya estaba a punto de caer la noche.

El pulso de Vivien se aceleró debido al pánico. Con toda certeza Michael no podía haber descubierto tan pronto su ausencia. Incluso si lo hubiera hecho, no podría haber llegado tan rápido. El campamento estaba oculto en una zona remota del bosque, a poca distancia de un camino abandonado y lleno de maleza que apenas era lo suficientemente ancho como para alojar un vardo. Ella misma había tenido problemas para encontrar las señales.

Pero sus esperanzas se desvanecieron en un instante, cuando un caballo con su jinete emergieron de la penumbra que imperaba entre los árboles. Montado en un caballo zaino, se encontraba el hombre cuya ternura había conquistado su corazón y cuya crueldad lo había hecho añicos.

Guiados por su firme determinación, sus fogosos ojos azules la descubrieron.

Michael la localizó de inmediato.

Estaba de pie, su figura alta y esbelta envuelta en un vestido del color de un melocotón maduro, en medio de un grupo de pequeñas mujeres gitanas vestidas con trajes de colores brillantes, con sus lustrosos cabellos negros, sus orejas y sus gargantas adornadas con joyas de oro. Los hombres eran bajos, aunque fornidos, y de tez oscura, y llevaban camisas amplias y pantalones holgados. Entre ellos, Vivien parecía una princesa. Su piel era de un tono más claro que la de los demás y sus delicadas facciones y su porte orgulloso, le otorgaban un aura evidentemente aristocrática. Nunca antes se había dado cuenta de ello.

La comparación impresionó a Michael. La había juzgado mal en muchos sentidos. Sin duda alguna, también tendría que disculparse por haber dudado de su pasado.

Pero primero tenía que solucionar otras cosas. Tenía que persuadirla. Tenía que volver a conquistarla para que consintiera ser su esposa. Desmontó con presteza su caballo, entregando las riendas a un niño descalzo al que pronto se unieron varios pilluelos, deseosos de admirar al caballo de cerca. Los perros medio salvajes gruñeron y mostraron sus dientes, pero se mantuvieron a distancia.

Cogiendo un atajo, avanzó entre dos carros pintados con colores muy vivos, sin dejar de mirar a Vivien. La muchedumbre se apartaba a su paso. Las mujeres se reunieron con sus hijos y los

hombres masculllaron en un tono amenazante. Como si fuera el mismísimo demonio, caminó en medio de todos ellos.

Se sentía como un demonio. Al escuchar la confesión de Charlotte había recuperado la sensatez. Y al descubrir que el dormitorio de Vivien estaba vacío se había dejado llevar por el pánico. Durante la agotadora cabalgata, había temido la posibilidad de perderla.

Pero ahora la había encontrado y había recuperado su confianza en sí mismo. Solo tenía que conseguir estar a solas con ella para explicarle lo sucedido. Ella manifestaría su enfado con vehemencia y luego él la besaría. Tan pronto como regresara con ella a la Abadía, volverían a amarse prolongada y ardientemente. En el dormitorio volverían a estar de acuerdo. Ella olvidaría su cólera y lo estrecharía entre sus brazos, susurrándole en la oscuridad.

Vestacho...

Con un frío gesto de desprecio en su rostro, Vivien dio un paso adelante mientras él se aproximaba.

-No puedes enviarme a prisión. No he hecho ningún mal. -No he venido a...

-¿Enviarla a prisión? -farfulló huyó un hombre bajo, con la complexión de un oso y cabellos grises. Volviéndose hacia Vivien, le comentó algo en la lengua gitana, mientras gesticulaba enfadado.

Ella le respondió en la misma lengua, tomando su mano y acariciándola. Una pequeña mujer entrada en años se acercó un poco más a ellos para escuchar lo que decían, y Vivien habló con ambos, mirando

a Michael de vez en cuando. Sin lugar a dudas, eran sus padres adoptivos. El resto de los gitanos escuchaban ávidamente, haciendo comentarios entre ellos y mirándolo con rencor. Se preguntó con inquietud si Vivien se habría sentido entre la nobleza igual que él se sentía en ese momento: el objeto de su desprecio y de sus sospechas.

Un hombre joven con bigote le echó una mirada especialmente misteriosa. Era corpulento como un púgil y estaba de pie en medio de varias muchachas que susurraban entre ellas, intentando llamar su atención.

Michael sintió que su espalda se ponía tensa. Aunque solo había visto una vez a ese hombre aquella noche en el jardín de su casa, sabía que se trataba de Janus.

Un salvaje sentimiento de dominio se apoderó de Michael. Él había sido el primero en poseer a Vivien, y ningún otro hombre se atrevería a tocarla. Lo miró fijamente hasta que Janus bajó su mirada, dirigiéndose a la muchacha que le tiraba de la manga.

Michael cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro. -Vivien, tengo que hablar contigo. A solas. He descubierto... -¡Canalla! -El padre de Vivien agitó su puño en alto.- ¡Jamás conseguirá encarcelar a mi hija; ella no es una ladrona!

-Lo sé -afirmó Michael con irritación-. Precisamente por eso quiero hablar con ella.

Vivien lo miró con desprecio.

-Lo que tengas que decir puedes decirlo aquí mismo, frente a mis padres y al resto de los gitanos -con los perfectos modales de una dama en un salón, se encargó de presentarlos-. Este es *miro dado,* Pulika Thorne y ella es *miro dye*, Reyna.

Michael se inclinó con respeto ante su madre y extendió su mano a Pulika. El gitano apretó sus gruesos dedos sobre su vara de roble. Luego, dejando caer su mano junto a su cuerpo, Michael se preguntó con inquietud si ella le habría confesado a su padre cómo la había seducido. Sospechó que si lo hubiera hecho, en ese momento él estaría tumbado en el suelo. -Presumo que sabe usted quién soy.

-Usted no es bienvenido aquí, Lord Stokeford -espetó Pulika-. De manera que ya puede marcharse.

El resto de los gitanos asintió con la cabeza y algunos de ellos pronunciaron palabras cortantes en su extraña lengua.

Michael se abstuvo de señalar que estaban acampados en sus tierras, que si alguien tenía el derecho de desalojar a alguien, ese era él. Una sola mirada a la expresión adusta de Vivien le bastó para concentrarse en lo que era verdaderamente importante.

-Me quedo. Vivien debe saber que Charlotte Quinton ha confesado haber robado las joyas.

Los hermosos ojos de Vivien revelaron su sorpresa y su fría indiferencia se trocó en una dolorosa incredulidad.

-¿Charlotte?

-Así es. Estaba celosa, celosa de la dote que los Pimpollos de Rosa te habían otorgado -los gitanos, que escuchaban atentamente, comenzaron a murmurar. Haciendo muecas para expresar la incomodidad que le producía estar frente a tan numeroso público, Michael bajó el tono de su voz-. En particular, estaba celosa de la atención que yo te prestaba. Jamás lo supe, pero ella siente devoción por mí, porque fui yo quien la salvó del incendio cine le causó sus cicatrices.

Vivien resopló.

-Has inventando toda esta historia. Ella nunca me traicionaría. Solo tú eres capaz de hacerlo.

Sabía que se merecía ese duro golpe. No podía culparla por desconfiar de él. Ella consideraba a Charlotte una amiga.

-Lo creerás cuando leas su carta.

Buscando en el bolsillo interior de su chaqueta, le entregó una delgada hoja de pergamino y luego vaciló, negándose a causarle aún más sufrimiento. Podía darse la vuelta y alejarse en su caballo, liberando a Vivien de esa desilusión final. Pero no era tan noble. Tenía la intención de que ella lo acompañara cuando se marchara de allí. De modo que colocó la misiva en sus manos.

Ella pasó sus dedos sobre el delgado sello de lacre antes de abrir lentamente la carta. Mientras la leía, no reveló en ningún signo de alivio ni de agradecimiento, una profunda tristeza amenazó sus instintos de protección.

¡Condenada Charlotte! Siempre la había considerado como una hermanastra un poco pesada. Debido a la relación que tenían los Pimpollos de Rosa, sus familias siempre habían estado muy unidas y a menudo se visitaban durante las vacaciones. El accidente había tenido lugar el día de Navidad, cuando ella era una alegre muchacha de trece años y él, un hombre elegante de veintiuno que no tenía tiempo para una torpe jovencita que estaba aprendiendo a coquetear.

Enfrascado en la lectura, soportaba otra aburrida fiesta familiar cuando ella apareció por detrás de su silla y le arrancó el libro de las manos. Irritado, fue tras ella mientras la muchacha retrocedía, riéndose.

Todo había sucedido en un instante. Charlotte se había acercado demasiado a la chimenea y su vestido comenzó a incendiarse.

Las llamas ascendieron rápidamente desde su falda hasta su brazo. Ella gritó de terror y de dolor. Horrorizado, Michael la arrojó al suelo y apagó de las llamas con una alfombrilla. Sin embargo, no consiguió impedir que sufriera graves quemaduras.

Aquellas heridas habían transformado a esa niña alegre y despreocupada en una mujer amargada. Michael se maldijo por no haber sido capaz de reconocer hasta qué límite llegaba su amargura. Ni cuánto ansiaba ella su atención.

Vivien levantó lentamente su mirada de la carta. Sus manos temblaban ligeramente haciendo vibrar el papel. Sus expresivos ojos marrones revelaron la angustia que él mismo había sentido esa misma mañana, cuando había pensado lo peor de ella.

-Ahora debo pedirte que te marches -manifestó Vivien.

Michael se alarmó al ver que lo despedía. Necesitaba enamorarla, transformar a esa mujer fría y altiva en la criatura cálida y cariñosa que le había abierto su corazón.

Haciendo caso omiso de sus padres y del resto de los gitanos que los observaban atentamente, se acercó más a ella, deseando poder cogerla entre sus brazos.

-Charlotte te ha hecho daño -susurró-. Yo mismo te he hecho daño. Al menos dame la oportunidad de redimirme.

Ella lo miró como si fuera un leproso.

-¿Redimirte? -exclamó con su voz vibrando de indignación-. ¡Estabas decidido a enviarme a la cárcel! Podrían haberme ahorcado por un crimen que no cometí.

-No. -Precisamente esa era la imagen que lo había atormentado y por la que había evitado recurrir a la ley.- Yo esperaba que te escaparas. Por ese motivo decidí que te quedaras sola en tu habitación.

-¡Bah! ¡Cómo puedo creer nada de lo que dices! Las mentiras fluyen de tu boca como la miel.

-No son mentiras, es la pura verdad. Lo siento. Te ruego que me perdones. -Luego le cogió la mano y se la llevó hacia sus labios. Escuchó al padre de Vivien que resoplaba expresando su enfado, y el grito ahogado de su madre. Pero Michael solo estaba pendiente de los ojos de Vivien, que se habían dulcificado ligeramente, una mínima insinuación de su respuesta. Desesperado, aprovechó la oportunidad- Te echo de menos. Amy te echa de menos. Y también los Pimpollos de Rosa: regresa a la Abadía. por favor.

-No pienso volver -respondió obstinadamente Vivien-. No puedo vivir en un lugar donde siempre me mirarán con desconfianza. Cada vez que se produzca un robo, todos me culparán a mí

-Yo no lo haré -afirmó él-. Jamás volveré a dudar de ti, querida. Vuelve a casa ahora mismo, para que podamos hablar en privado...

Un grito de indignación retumbó en el claro del bosque. Janus. Nunca debería haberle dado la espalda.

Antes de que Michael pudiera hacer algo más que voltearse, el no se abalanzó sobre él y le dio un puñetazo, arrojándolo al suelo. Michael rodó por el suelo saboreando el polvo, sus huesos crujieron. Las mujeres chillaron y se escucharon voces. La sed de sangre se apoderó de él. Con la cabeza dolorida, se puso rápidamente de pie con los puños apretados.

Todos a una vez, el resto de los gitanos retrocedieron formando un amplio círculo entre las hogueras. Vivien se quedó con sus padres junto al carromato amarillo. Furiosa, intentó avanzar hacia los dos hombres. pero su padre la detuvo diciéndole algo en voz baja.

-Apestoso *gorgio* -gruñó Janus-. No volverás a tocar a mi mujer.

-Vivien es mía- y con implacable firmeza, agregó-. Ella será mi esposa.

Vio que Vivien se quedaba completamente quieta, mirándolo con los ojos muy abiertos. ¡Bien! Que reflexionara en lo que él acababa de decir. Que se diera cuenta de que había sido capaz de confesar sus serias intenciones frente a muchos testigos. Después de que tuviera tiempo de reflexionar, apreciaría el honor que le estaba haciendo.

Con un gruñido, Janus lo atacó otra vez.

-¡Cerdo!

Michael amagó un ataque, golpeando con fuerza a! gitano en la parte inferior de la mandíbula. Sus dientes se chocaron y se tambaleó, sacudiendo su cabeza greñuda. Pero Michael había practicado boxeo con púgiles campeones.

Janus se arrojó otra vez sobre él, todo músculos y nada de cerebro. Se las arregló para a Michael en la boca, pero este descargó un potente gancho y luego hundió el otro puño en la barriga del gitano. A Janus se le cortó la respiración Sin aliento, se abalanzó sobre su contrincante e intentó propinarle un puntapié en la entrepierna. Pero, Michael se apartó, levantando la palma de su mano para pegarle un fuerte golpe en la nariz. Janus se cayó hacia atrás, sangrando, mientras se tambaleaba hacia ambos lados y caía sobre una hoguera, quemándose.

Aulló como un perro al que alguien hubiera propinado un puntapié. Una mujer cogió un cubo que había cerca de ella y le arrojó el agua. Un trío de muchachas gitanas corrieron hacia él, susurrando y alborotando mientras Janus gemía en el suelo, llevándose las manos a la espalda. Los hombres se reunieron a su alrededor, riendo y bromeando en su lengua gitana.

Era un final bochornoso para una pelea. Sin embargo, Michael sintió una satisfacción primordial. Con los nudillos doloridos, se dirigió hacia Vivien. Tenía un sabor metálico en la boca. Con el dorso de la mano, se limpió un hilo de sangre.

Ella se apresuró a salir a su encuentro completamente furiosa. Cogiéndolo del brazo, lo empujó hacia el escalón del carro. -¡Siéntate! ¡Un hombre maduro y siempre peleando! ¿Acaso crees que me conquistarás con los puños?

Michael la miró con desconcierto mientras ella llevaba la carta de Charlotte al interior del carromato y volvía con un paño limpio y un cuenco con agua. Mojando el paño en el agua, se inclinó hacia él y, enfadada, le frotó la sangre que tenía en la barbilla. Fue entonces cuando percibió su aroma, ligero y agradable, que le hizo evocar recuerdos ardientes. Él se pregunto si ella era consciente de que podía ver sus maduros pechos por encima del escote de su corpiño.

La cogió por la muñeca.

-Te conquistaré con mis besos.

-¡Ja! -exclamó Vivien, apartando su mano. Le restregó la mandíbula con tanta fuerza que el se quejó de dolor-. No soy un premio que haya que ganar. Soy una mujer libre para elegir al que será mi marido.

-Entonces elígeme a mí. Ya sabes que puedo darte placer -y bajando la voz hasta que se transformó en un ronco murmullo, agregó-: todo lo que te he dicho es cierto, Vivien. Quiero casarme contigo.

Sus ojos oscuros y aterciopelados lo miraron con desprecio. Cogiendo su mano, se ocupó de curar rabiosamente sus nudillos partidos.

-No tienes idea de lo que significa la honestidad. No es posible construir un matrimonio que dure toda la vida basándose en unos pocos momentos de placer.

-Ha sido mucho más que unos pocos momentos -objetó Michael-. Hemos hecho el amor durante casi media noche y te prometo mucho más cuando consiga meterte en mi cama...

-¡*Dosta*! -respondió ella entre dientes-. ¿Acaso pretendes que mis padres te escuchen? -Ella miró a Pulika y a Reyna Thorne, que estaban a poca distancia, observándolos con preocupación.- Ellos no deben saber lo que pasó entre nosotros.

-Ellos tienen que saber que todo lo que he dicho es cierto. -Le cogió el rostro con la intención de besarla. Durante un momento, ella pareció relajarse sutilmente pero, repentinamente, apartó su cara mientras sus pechos se elevaban una y otra vez debido a su agitación.

-¡No me toques! Jamás me casaría con alguien como tú.

Pulika avanzó cojeando hacia ellos. El pañuelo rojo que llevaba atado a su garganta se agitó con la brisa. Aunque las canas matizaban su cabello y se apoyaba en una vara de roble, su cuerpo era fuerte y musculoso y tenía un aspecto hosco mientras miraba fijamente a Michael.

-Haga usted el favor de apartar sus manos de ella. Vivien no ha aceptado su petición de mano. Y yo tampoco.

Michael se levantó del escalón. -Entonces, le pido permiso para cortejarla.

Pulika lo miró con dureza durante unos instantes, como si lo estuviera estudiando. Luego hizo lo mismo con Vivien. Sus ojos marrones volvieron a mirar a Michael.

-Yo podría entrar en su casa, robar todo lo que le pertenece y, sin embargo, eso no sería nada comparado con lo que usted me ha robado a mí. Había adivinado que ella había perdido su inocencia. Resistiendo una imperiosa necesidad de echarse atrás, Michael repitió:

-Quiero cortejar a su hija.

-De acuerdo. Pero usted acatará mis reglas.

Con un grito ahogado, Vivien arrojó el paño húmedo sobre el escalón.

-Pero yo no estoy de acuerdo...

Michael la ignoró.

-Si lo hago, usted dará su consentimiento para que la boda se celebre a la mayor rapidez.

Pulika hizo una mueca al escucharlo, sus blancos dientes resplandecieron.

-Me parece que deberá convencer primero a Vivien. Ella no es una yegua dócil a la que se pueda llevar atada a una soga.

Para demostrar que su padre tenía razón, Vivien se interpuso entre ellos.

-Rechazo este noviazgo -luego, mirando fijamente a Michael, afirmó-. No puedes decir nada para convencerme de que me case contigo.

-Entonces no tienes nada que temer al escucharme -respondió él suavemente. Él miró hacia el bosque en sombras, espeso y silencioso, y sintió que su sangre se alteraba ante el mero pensamiento de estar a solas con ella. Sería tanto más fácil aplacar a Vivien sin necesidad de recurrir a las palabras. La cogió por el brazo y le sugirió-. Ven, demos un paseo.

-No -exclamó Pulika, alargando la mano para detenerlo-. Primera regla: cortejará a Vivien aquí mismo.

-Hay demasiadas personas mirándonos -objetó Michael-. Exijo intimidad.

-Tampoco puede tocarla -continuó Pulika, con el ceño fruncido hasta que, de mala gana, Michael le soltó el brazo. Cogiendo un palo, el padre de Vivien trazó dos líneas en la tierra, separadas por unos treinta centímetros, en la parte exterior del círculo que formaban los carromatos. Moviéndose con dificultad, cogió dos cajones de madera y los colocó uno detrás de cada línea-. Vivien, siéntate aquí. Y usted, Stokeford, se sentará frente a ella. Si alguno de ustedes se pone de pie, no habrá noviazgo. Y no habrá boda.

Aunque se sentía molesto por ser tratado como un escolar, Michael aceptó sentarse en el improvisado taburete. Vivien, enfadada, se dirigió hacia el otro cajón y se dejó caer en él, mirando sarcásticamente en dirección al campamento. Era evidente que todo aquello le disgustaba tanto como a él.

Él se sintió atrapado entre los dientes de una trampa. ¿Cómo demonios podía convencerla de que se casara con él sin recurrir a sus persuasivas caricias? Ella ni siquiera se dignaba a mirarlo.

-Ahora -dijo Pulika, mientras frotaba las palmas de sus manos con satisfacción-, podéis hablar.

Capítulo 25

La Traición de Grace

Percatándose de que estaba a punto de ser dominada por el pánico, Vivien observó a su padre mientras se alejaba. Caminaba en dirección a su madre, que lo esperaba junto al fuego. Cuando llegó a su lado, murmuraron algo ente ellos mientras los miraban. Reyna asintió con la cabeza y luego con toda serenidad, se arrodilló para cortar unos pepinos en un cuenco de madera.

Su madre no vendría a rescatarla.

Advirtiendo con inquietud que Michael la miraba, Vivien echó una mirada al campamento. Janus se había escabullido con su pequeño rebaño de admiradoras. Las mujeres habían regresado a sus tareas y preparaban la cena. Los hombres se entretenían con sus tallas de madera. Y todos los miraban con un descarado interés. Se sintió incómoda y desprotegida. Sin embargo, no podía ofenderse pues esto era lo más excitante que ellos habían visto desde que una enfadada ama de casa *gorgio* había perseguido a Zurka por haberle robado un pollo.

Vivien no sabía por qué estaba allí sentada. No tenía el menor interés de hablar con Michael. No deseaba que él la cortejara con hermosas palabras que hicieran referencia a la intimidad que habían compartido. Michael no podía estar hablando en serio cuando mencionaba una boda.

-Mírame. Vivien.

-Preferiría mirar a alguien que fuera digno de mi confianza.

Él permaneció en silencio durante unos momentos. Sus rodillas estaban a apenas unos escasos centímetros de distancia. Con el rabillo del ojo, ella podía ver sus botas negras de caña alta y sus pantalones ajustados de gamuza. Podía percibir su ardiente determinación. Olía ligeramente a brandy y a su colonia de hierbas, un aroma que le recordaba la oscuridad de la noche y su boca recorriendo la piel de Michael.

-Tienes todo el derecho de despreciarme -afirmó-. En un momento, pensé hacerte aún más daño del que te ha hecho Charlotte.

Charlotte. El dolor de su traición la hirió tanto como si le hubieran clavado un cuchillo. En su carta, Charlotte admitía haber robado el collar y el anillo. Se había convencido de que Vivien sería más feliz entre los gitanos. Con absoluto candor, condenaba sus acciones y le rogaba su comprensión, aunque no su perdón. Pero Vivien se sentía demasiado aturdida como para pensar ahora en eso.

Al advertir lo que Michael acababa de decir, le miró a los ojos.

-¿Más daño que Charlotte? ¡Ciertamente! No tenías ninguna fe en mí.

Él la miró con recelo. El débil resplandor de las hogueras arrojaba sombras temblorosas sobre sus pronunciados pómulos y sus nobles facciones. Una de las comisuras de su boca estaba morada e hinchada, su cabello alborotado y su corbatín manchado. Pero su aspecto desaliñado solo conseguía que estuviera más guapo. Y, oh, esos ojos profundos, azules y seductores. A pesar de su enfado, sintió una intensa añoranza. Inclinándose hacia adelante, Michael apoyó sus codos sobre sus rodillas.

-Al principio, intenté conquistarte para llevarte a mi cama, Vivien. Mi intención era que te entregaras a mí para demostrarle a mi abuela que no eras una persona decente.

A fuego vivo, la ira abrió un camino hacia su corazón. Vivien apretó los puños.

-¿Pensabas contárselo para que me echara de su casa?

-Sí. Un plan diabólico, ¿verdad?

Los músculos de Vivien se pusieron rígidos y comenzó a ponerse de pie.

-Eres despreciable...

-Te ruego que no te levantes -le pidió él precipitadamente levantando la mano-. Ya has escuchado a tu padre. Si lo haces, se opondrá a nuestra boda.

-Deja en paz a mi padre. -Pero cuando intentó ponerse de pie para marcharse, no fue capaz de hacerlo. Volvió a hundirse en su asiento y se cruzó de brazos, sentándose lo más atrás que le fue posible sobre el cajón.- ¿Crees de verdad que yo podría casarme contigo *ahora?*

Él no le respondió. En vez de hacerlo murmuró:

-Me has dicho que no sé absolutamente nada sobre la honestidad. Por eso te estoy contando todo esto. Lo menos que puedes hacer es escucharme.

Ella arrugó los labios.

-Si lo que pretendes es condenar tus actos en mi presencia, entonces puedes continuar.

-Intenta comprender. Creí que querías embaucar a mi abuela. -Cuando ella comenzó a protestar, Michael levantó una mano para hacerla callar.- Entonces examiné la carta de Harriet Althorpe: Aquella parecía su caligrafía y, al mismo tiempo, no lo parecía. Encontré ciertas… irregularidades.

-¿Qué quieres decir?

-La señorita Althorpe tenía la costumbre de escribir detalladas notas en mi cuaderno. Ella dibujaba un pequeño rizo en las *eses* y las *erres* que no existía en aquella carta.

Vivien experimentó un precavido interés por la mujer que le había dado la vida.

-¿Acaso has guardado papeles con su letra?

-No. Pero yo tenía doce años cuando se marchó, y recuerdo su letra perfectamente.

Dolida, Vivien dejó escapar un suspiro.

-¡Con que lo recuerdas! ¡Y fuiste capaz de condenarme con esa prueba tan poco contundente!

Él bajo la mirada hacia sus manos y luego volvió a mirarla.

-Así es.

-Entonces te doy la enhorabuena por tu éxito. Has conseguido alejarme de allí. Debes estar muy orgulloso.

-Te ruego consideres todo este asunto desde mi punto de vista. Una joven mujer aparece como por arte de magia en la casa de mi abuela, afirmando ser la hija natural de mi antigua institutriz…

-Yo no aparecí por allí. Los Pimpollos de Rosa vinieron a buscarme.

-Bien, tú eras una gitana…

-¿Y eso significa que eres mejor que yo? ¿Mejor que todas estas personas maravillosas que me han amado sin cuestionarme? *Ellos* jamás me abandonarían.

Él hizo un gesto de dolor.

-Tu historia sonaba increíble. ¿Por qué Harriet Althorpe habría de esperar dieciocho años para ponerse en contacto con mi abuela?

-Porque se estaba muriendo. Y quería que alguien más supiera que yo existía. Estoy segura de que ella nunca deseó para mí que el muchacho de cuya educación se había ocupado, me persiguiera.

-Por el amor de Dios -dijo él con aspereza, pasándose los dedos por el cabello-. Todo lo que yo sabía era lo que veía. Que mi abuela estaba sola y era vulnerable y que alguien podía aprovecharse de ella. Tenía que protegerla.

El corazón de Vivien se suavizó brevemente. A pesar de su arrogancia y su bravuconería, se preocupaba por Lady Stokeford.

-¿Todavía crees que mi intención era timarla?

-No.

El no vaciló. Tampoco desvió la mirada. Interesante...

Vivien se percató de que inconscientemente se inclinaba hacia él. Parecía sincero y digno de confianza, un hombre de honor. Luego él arruinó ese momento al echar una mirada a su corpiño. Sus ojos se oscurecieron. Vivien sintió un cosquilleo en sus pechos.

¡Condenado Michael! No deseaba esa reacción. Los impulsos naturales de su cuerpo no debían tentarla. Él se había mostrado cruel. Para él, ella solo había sido otra mujer intrigante y calculadora.

Apenada. Vivien miró otra vez hacia la lejanía. Las mujeres comenzaban a servir la cena. Su padre estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, junto a otros hombres, sus risas y sus bromas llegaban hasta ella con la brisa fresca de la tarde. La escena le pareció tan normal, tan familiar y conmovedora. Sin embargo, era muy consciente de que Michael estaba sentado a escasos centímetros, y de que su mente era un misterio para ella.

-Existe otra razón por la que aún te sientes receloso conmigo - afirmó Vivien, mirándolo otra vez.

Los ojos de Michael se entrecerraron levemente, sus iris se tornaron opacos y sus negras pestañas ocultaron sus pensamientos.

-Ella no tiene nada que ver con nosotros.

-Eso no es verdad. Tienes que hablarme de ella. Michael hizo un ruido con la garganta que reveló su impaciencia.

-No tiene ningún objeto desenterrar el pasado.

-¡*Develesa*! Tú no lo has olvidado. Ahora me hablarás de ella, porque de lo contrario me levantaré y me marcharé. -A continuación, hizo un movimiento para incorporarse.

-¡Siéntate! -dijo con irritación-. ¿Qué es lo que deseas saber?

-Siempre es sensato comenzar una historia desde el principio.

Frunciendo el entrecejo, Michael retrocedió sobre su asiento, sus manos entrelazadas sobre sus rodillas, sus nudillos hinchados y partidos por la pelea. Durante unos instantes Michael movió la boca, como si se estuviera preparando para decir algo desagradable.

-Cuando conocí a Grace. llevaba un vestido blanco y estaba de pie debajo de una araña que arrojaba un halo dorado sobres su cabello. Estaba rodeada de hombres, incluido Brand Villiers. Me enamoré perdidamente de ella, me aseguré que nos comprometiéramos en un plazo de quince días y nos casamos seis semanas más tarde. En nuestra noche de bodas descubrí que no era virgen. Fue la primera advertencia de que no era un ángel.

-Tampoco tú eres el Arcángel Miguel -señaló Vivien.

Michael hizo una mueca de disgusto.

-Jamás he pretendido serlo. Pero Grace procuraba parecer virtuosa. Lloró y me rogó que la perdonara. No podía revelar el nombre de su amante, solo que pertenecía a la caballería y que había muerto en el frente de batalla. Una mentira, por supuesto. Lo descubrí más tarde. Ella me prometió no traicionarme y yo, como un idiota, le creí. Lo que no sabía era que había llegado al altar embarazada.

-Amy -suspiró Vivien, sintiendo una pizca de compasión.

-Sí. -Exteriormente parecía sereno, aunque sus dedos se crispaban sobre sus muslos.- Cuando descubrí la verdad, unos meses después del nacimiento de Amy, Grace me confesó que Brand la había seducido la víspera de nuestra boda. Ella me lanzó a la cara que lo amaba.

-Entonces, ¿por qué no se casó con él?

-Por codicia -respondió Michael entre dientes-. En el momento de nuestro compromiso, Brandon tenía pocas esperanzas de conseguir su título de conde. Tenía un hermano mayor, George, cuyo hijo era su heredero. Pero, por desgracia, la epidemia de cólera segó la vida de ambos poco tiempo después de mi boda. Brand se convirtió entonces en el conde de Faversham. El dinero y su título lo hicieron mucho más aceptable para Grace.

Vivien recordó la oscura agitación que había percibido en Lord Faversham ¿Era tan perverso como Michael obviamente pensaba? ¿O estaba amargado y dolido por haber perdido a la mujer que amaba?

-¿Acaso los encontraste... juntos?

-No, fueron muy inteligentes. Pero se buscaban mutuamente en las fiestas, en el teatro, en el parque. Cuando finalmente descubrí la verdad, le prohibí a Grace que lo siguiera viendo. Pero ella no se detuvo. Hizo planes para fugarse con él al Continente. Por fortuna, lo descubrí a tiempo para evitar que se llevara a Amy. De lo contrario, ella también estaría muerta.

Vivien se estremeció.

-Lady Stokeford me dijo que había sufrido un accidente por causa de una tormenta.

-Así es. Una tormenta de lluvia tan intensa como jamás había visto, ni he vuelto a ver. -Volvió a mirarse las manos.- A pesar del peligro, Grace se marchó para reunirse con su amante. Al descubrir su ausencia, fui tras ella, pero ya era demasiado tarde. Uno de los puentes se había derrumbado. El carruaje había volcado y ella agonizaba. Incluso en aquel momento, preguntó por él. Me rogó...

-¿Te rogó?

-Qué le dijera a Brandon la verdad sobre Amy. -Las palabras parecían salir de algún oscuro rincón que había en su interior.

El aire de la noche se tornó frío. Vivien se acurrucó bajo su chal de Cachemira, buscando su calor. Contra su voluntad, podía comprender su dolor.

-Oh Michael. ¿Y qué es lo que hiciste?

-Fui en su busca para matarlo. Luchamos con espadas. Pero cuando lo herí y lo inmovilicé contra la pared, fui demasiado cobarde para darle el golpe de gracia -de repente se calló, respirando agitadamente, como si se despreciara por haber hecho algo vergonzoso.

Ella se permitió acariciar sus dedos.

-No podías matarlo. Era tu amigo. Y también el padre de Amy, el hombre que le había dado la vida.

-Yo soy su único padre -dijo Michael violentamente.

-Sí, y lo correcto es que sigas siéndolo. -Vivien se quedó en silencio como si estuviera preocupada por algo.- Pero, ¿cómo puedes estar seguro de que no es tu hija?

Apartando la mirada de ella, buscó la oscuridad del bosque. -Tiene el cabello cobrizo y los ojos de color avellana de la familia del conde. Por ese motivo ha estado conmigo en Londres todos estos años, alejada de mi abuela. Temía que ella o alguno de los Pimpollos de Rosa pudiera descubrirlo.

¿Por qué tenía la sensación de que no le estaba contando toda la verdad?

-Pero ellas no lo han notado, de manera que su parecido con la familia no debe ser tan evidente. -Preocupada, Vivien analizó su severo semblante.- Quizás haya llegado el momento de olvidar tus preocupaciones y tu odio. Tú mismo has dicho que es mejor olvidarse del pasado.

-Tú no lo comprendes -replicó con vehemencia, mirándola una vez más-. Amy es mi hija. La quiero desde el mismo momento que la tuve en mis brazos por primera vez, incluso aunque Brand Villiers no pueda alejarme de ella, lo creo capaz de hacer correr el rumor. No permitiré que nadie haga ningún comentario malintencionado sobre sus orígenes.

El hielo que rodeaba las emociones de Vivien se derritió ligeramente. Él sentía verdadera devoción por Amy. Qué inquebrantable era su amor por la hija de su enemigo. Es un hombre respetable, susurró su corazón. Si era capaz de expresar tal devoción por Amy y por su abuela, ¿por qué no podía hacerlo también con ella? Con toda certeza, su desconfianza había sido una traición, pero Michael se había sentido obligado a proteger a su familia...

Reyna Thorne caminó con paso rápido hacia ellos, llevando dos platos de metal con comida y dos pequeños cuchillos.

-Seguramente tendréis hambre -dijo. Con sus ojos oscuros brillando de curiosidad, miró a Vivien y después a Michael, examinándolo como si quisiera evaluar a su futuro yerno.

Sonriendo con simpatía, este respondió:

-Un guiso preparado con... un poco de carne. Huele muy bien. Vivien observó que su madre parecía derretirse ante su encanto. Reyna sonrió recatadamente, sus pestañas se agitaron.

-No es más que comida de pobres, señor.

-¿Acaso él cautivaba a todas las mujeres que conocía?

-No es comida de pobres -afirmó Vivien, cogiendo un cuchillo y cortando un trozo de carne-. Mi madre es la mejor cocinera de toda la *kumpania.*

Michael no hizo ningún comentario por la ausencia de una cuchara o de un tenedor. Utilizando el cuchillo, probó un bocado y luego comentó:

-Un sabor excelente. ¿Cómo se llama este plato?

Reyna sonrió con orgullo.

-Hatchi-wechu.

Él miró a Vivien inquisitivamente.

-Significa «objeto espinoso del bosque» -Vivien esperó hasta que él se llevó otro trozo de carne a la boca antes de agregar-: Es carne de puercoespín.

Él dejó de masticar al instante. Sus ojos se abrieron inusitadamente y frunció la boca. Luego miró a la madre de Vivien, que estaba inmóvil a su lado. Dedicándole una lánguida sonrisa, tragó el bocado y dijo:

-Realmente, una comida incomparable.

-Les traeré té. -Sonriendo alegremente, Reyna salió corriendo en dirección a la hoguera para servir un poco de té de la tetera de cobre que colgaba sobre el fuego.

-Estoy comiendo una rata con púas -murmuró Michael.

-Has tenido el honor de ser agasajado con el manjar favorito de los gitanos. -Vivien saboreó otro bocado de la dulce y tierna carne, que le recordaba a su infancia.- No es peor que la sopa de tortuga o el pastel de anguila que coméis vosotros los *gorgios*.

Una nota de humor atemperó su descontento.

-No puedo esperar que te adaptes a mi mundo, si yo no me adapto también al tuyo.

Ella arqueó una ceja.

-Para ser un *gorgio*, eres un hombre muy perspicaz.

Para su sorpresa, Michael continuó comiendo la carne con gusto. Parecía decidido a ser amable. Vivien descubrió que tenía un apetito voraz, puesto que no se había llevado nada a la boca desde el día anterior. Comió todo lo que había en el plato rebañando la espesa salsa con un trozo de pan y chupándose luego los dedos. Él la imitó, sin apartar la vista de ella en ningún momento. Vivien sintió un cosquilleo que le recorría la piel.

Después de ofrecerles dos jarras llenas de un té dulce y caliente y agua para que se lavaran las manos, Reyna desapareció dentro del carromato para volver a aparecer unos momentos más tarde, llevando algo junto a su pecho. Un poco vacilante, avanzó hacia Vivien.

-He guardado esto para ti, Vivi. Es la manta con la que estabas envuelta cuando te trajeron.

Vivien se quedó sin respiración. Miró fijamente aquel pequeño cuadrado de tela. Lentamente colocó su plato en el suelo para coger aquella manta. Era un tejido afelpado confeccionado con una delicada lana de color crema y tenía una hilera de flecos en los bordes. Acariciándolo, pensó que Harriet Althorpe había tocado aquella manta. La invadió una cálida emoción. Ella había envuelto a su pequeño bebé con esa toquilla sin saber que su amante se la arrebataría en la oscuridad de la noche. Acercando la manta a su mejilla, inhaló profundamente pero solo fue capaz de detectar un débil olor a humedad.

Sintió un nudo en la garganta y miró a Reyna.

-¿La has guardado para mí todos estos años? ¿Por qué?

Los ojos de Reyna se llenaron de lágrimas.

-Pensé... que algún día te gustaría tener un recuerdo de tu madre *gorgio*.

Vivien se levantó de inmediato para abrazar a aquella vieja mujer.

-Tú eres mi madre. La madre de mi corazón.

Tras un momento, la mano de Michael tocó el brazo de Vivien.

-Siéntate antes de que tu padre se de cuenta -murmuró mientras la obligaba a sentarse otra vez sobre el cajón-. ¿Qué estabais diciendo?

Fue entonces cuando Vivien advirtió que habían estado hablando en su lengua gitana. Rápidamente le contó lo que su madre había dicho.

-¿Puedo verla? -preguntó.

Con renuencia, Vivien le entregó la toquilla.

Él la sacudió, levantando el tejido hacia la luz que arrojaba la hoguera, girándola hacia uno y otro lado.

-Es un tejido bastante corriente -expresó.

Vivien se irritó y le arrancó la manta de las manos, apretándola contra su pecho.

-¿Eso quiere decir que dudas de la historia de mi nacimiento?

-Estaba buscando algo que pudiera ayudarnos a identificar a tu padre. Aunque supongo que sería pedir demasiado que encontráramos un escudo de armas bordado en una toquilla de bebé.

Él la miró, pensativo.

-Si Harriet Althorpe hubiera tenido un romance mientras estaba en la Abadía, probablemente su amado sería alguien que los Pimpollos de Rosa conocían. Sería extraño que no fuera así.

El corazón de Vivien comenzó a latir aceleradamente. Se había negado a preguntarse quién la habría engendrado, ya que ese animal había sido capaz de abandonar a un inocente bebé. Pero tenía razón.

-Quizás los Pimpollos de Rosa sabían más de lo que habían dado a entender.

Reyna se mordió el labio y luego se encogió de hombros.

-Estaba oscuro -afirmó con su fuerte acento gitano-. El permaneció en el interior del carruaje, pero era un hombre alto. Lo vi besar a Vivien antes de que el cochero la trajera hasta nosotros.

-¿Y el cochero? ¿Qué aspecto tenía?

-Durante el día se acercó a nuestro pequeño campamento y nos hizo muchas preguntas. Era un hombre amable, de poca estatura, un poco gordo y con manchas en la piel, como algunos *gorgios*.

-Pecas -dijo Vivien.

-Él no reveló su nombre -continuó Reyna-. Y nosotros no le presionamos. Estábamos demasiado felices al escuchar que su señor quería darnos a su bebé, y demasiado temerosos de que pudiera cambiar de idea. Yo... acababa de perder un niño. Por ese motivo, estábamos acampados solos mientras nuestra *kumpania* había seguido viaje,

-¿Dónde sucedió todo esto? -preguntó Michael.

-En Un camino cercano a *Lil-engreskey gav.*

-El pueblo de los hombres de libros -tradujo lentamente Vivien-. Es el nombre gitano para Oxford. Harriet afirmaba en su carta que se había marchado al sur, a la Isla de Wight.

Michael y Vivien intercambiaron una mirada de asombro, luego él inclinó su cabeza ante Reyna y dijo.

-Gracias, señora. Ha sido usted muy amable.

Reyna volvió a sonreír, acariciando la mejilla de Vivien con cariño. Sus elocuentes ojos marrones le transmitieron su afecto. Entonces se llevó los platos para lavarlos en el arroyo.

Vivien acarició la pequeña manta que tenía sobre el regazo. Sentía rencor por el hombre que había abandonado cruelmente a su hija bastarda con unos extraños. No podía estar seguro de que ella estaría a salvo ni de que sería feliz con aquella gente a pesar de las muchas preguntas que hubiera hecho su criado. Sin embargo, no lo lamentaba. Había sido criada por los mejores padres.

-Es curioso -reflexionó Michael-. Esa carta de la señorita Althorpe... Aquí hay gato encerrado.

Ella se puso rígida.

-Si estás cuestionando otra vez ni honestidad...

-Cálmate -le pidió, riéndose entre dientes-. Eres más quisquillosa que el puercoespín que nos han servido en la cena.

Oh, era absolutamente adorable cuando se reía. Consciente de su susceptibilidad, tomó un sorbo de té, su sabor dulce y ahumado le resultó reconfortante. En cierto sentido, la noche adquirió brillo. Podía sentir el olor a humo que llegaba desde las fogatas, la fresca fragancia otoñal del bosque y el aroma fugaz de Michael.

-Yo también tengo algo que confesar -anunció-. No tenía intención de quedarme con los Pimpollos de Rosa más de dos meses. Doscientas guineas eran suficientes para asegurar el futuro de mis padres.

El rostro de Michael se crispó.

-Creí que pretendías que mi abuela te nombrara su heredera.

-Y aún hay algo más. Cuando nos conocimos, te mostraste tan arrogante que decidí seducirte hasta lograr que te enamoraras de mí. Así, cuando me marchara, podría despreciarte.

-No te di muchos motivos para... ¿verdad? -Se inclinó hacia adelante, acariciándola con los ojos.- Quiero ofrecerte todo lo que tengo. Cásate conmigo, Vivien.

Durante un momento ella fue incapaz de respirar. Una fuerte tensión se alojó en su pecho. Pero no era una tensión producida por la irritación, sino por una dulce y tonta esperanza.

-No tengo ningún deseo de regresar a tu mundo *gorgio* -dijo con frialdad-. La vida aquí es simple y libre. No tengo que preocuparme por las intrigas y los engaños. Y tampoco tengo ninguna necesidad de encontrarme con personas como la duquesa.

El rostro de Michael se ensombreció.

-Todos sabrán lo que le hizo a tu padre. Y muchos la condenarán. Perderá la posición privilegiada de la que goza en la sociedad.

-Ya no pienso en la venganza. -Es verdad, advirtió Vivien, experimentando un gran alivio y sintiéndose ligera.- Solo deseo ver que mis padres disfrutan de una vejez tranquila y confortable.

-Entonces déjame darles todo lo que necesitan. En cuanto a la sociedad de los *gorgios*, no te resultará fácil enfrentarte a *snobs* como la duquesa. Pero yo siempre estaré a tu lado.

Era maravilloso pensar que él la defendería.

-Este es mi hogar. Aquí, los bosques son mis paredes y las estrellas mi cielo raso.

Él se acercó aún más a ella, sentándose en el borde del cajón, sus rodillas rozaban su vestido.

-Tengo una biblioteca llena de libros. Y una cama lo suficientemente grande como para albergarnos a los dos.

Un ligero escalofrío le recorrió la piel.

-Tengo un padre y una madre que me aman. Ellos nunca me traicionarían.

-Y yo tengo una abuela que te echa de menos. Y una hija preciosa ansiosa de escuchar otro cuento.

Sus palabras la conmovieron y, de pronto, Vivien recordó:

-Dejé un cuento para Amy sobre mi escritorio. ¿Lo has encontrado?

-Estaba demasiado ansioso por encontrarte a ti. Por llevarte de regreso a casa. -Levantando su brazo le acarició la boca y ella besó el dorso de su mano.- Estamos hechos el uno para el otro, Vivien. Te deseo, te necesito. Vuelve conmigo y te haré el amor cada una de las noches del resto de nuestra vida.

No le había prometido amarla, solo había mencionado que amaría su cuerpo. Ella deseaba exactamente lo mismo. Quería ser una con él, aunque solo fuera durante unos breves momentos de placer. Es un seductor y un bribón, se recordó. Tenía que resistir el encanto de sus ojos azules y licenciosos. Ella no debía aspirar a compartir su vida con este lord *gorgio*. Sin embargo todo su dolor y su ira se habían desvanecido abandonando a su corazón en un pozo de vehemente deseo.

Alargando su mano, acarició su áspera mejilla.

-Oh, Michael, te amo tanto -susurró-. Sí, quiero ser tu esposa.

Capítulo 26

Bailar en la Oscuridad

Al día siguiente, el campamento bullía con los preparativos para la boda.

Flotando en una nube de felicidad, Vivien ayudaba a preparar la espléndida fiesta. Esa noche se desposaría con Michael según el rito gitano, y al cabo de unos pocos días se casarían por iglesia, según lo indicaba la ley inglesa. Michael había enviado varios carros llenos de alimentos de las cocinas de la Abadía: frutas y vegetales, hormas de queso, una enorme variedad de tartas, jamones y carne de ternera. La abundancia de carnes divirtió a Vivien. Parecía ser que Michael no deseaba que volvieran a servirle criaturas espinosas el día de su boda.

Mientras pelaba las patatas y sazonaba los pollos que se estaban asando con hierbas aromáticas, se enteró de todas las novedades. El reumatismo de la vieja Shuri había mejorado, Tesla tendría otro bebé la próxima primavera, el hijo de Keja había perdido su primer diente. Cada una de las mujeres, por turno, le tomaron el pelo por su rico y guapo marido, expresando su admiración porque él había vencido a Janus, que ahora cortejaba a la sensual Orlenda con una determinación inquebrantable.

A pesar de la camaradería que había entre las mujeres, Vivien se percató de que un gran abismo se abría entre ellas. Ella era ahora una *gorgio*. Viviría en la Abadía como una elegante dama, tendría criados a su disposición y una casa con más habitaciones de las que era capaz de contar. Tendría que entretener a los invitados y se preguntaba cuál de todos ellos serían realmente amigos y cuáles podrían traicionarla.

Respiró larga y rítmicamente. Confiaba en los Pimpollos de Rosa, especialmente en Lady Stokeford, que había sido como una cariñosa abuela para ella. Tenía enormes deseos de ser la madre de Amy.

La esposa de Michael.

Ese emocionante proyecto eclipsaba sus dudas y sus recelos. La noche anterior, Michael y su padre habían pasado largo rato discutiendo los términos del precio de la novia. Al principio, su padre se había mostrado bastante testarudo, pero gradualmente había abandonado su actitud inflexible, hasta habían llegado a intercambiar bromas y fanfarronadas. Como estaba prohibido que ella participara en los asuntos de los hombres, ignoraba todo lo que se habían contado, pero ella le había advertido a Michael que rompiera la tradición y que, en vez de ser su padre el que le diera dinero por su compromiso, fuera él quien le pagara a Pulika a cambio de su mano. Finalmente, ambos hombres se mostraron satisfechos. Una vez concluido el acuerdo, según las costumbres de los gitanos, tendría lugar la celebración formal de la boda.

Hacia el atardecer. Vivien se introdujo en el carromato para vestirse con el espléndido traje de raso blanco que su madre le había cosido con amor para su ajuar, varios años atrás. El vestido tenía mangas anchas y una falda muy amplia y, aunque no se ajustaba a la moda actual de los *gorgios*, Vivien estaba hermosa. Mientras Reyna le colocaba una corona de hojas de hiedra entrelazadas sobre su cabello recién cepillado y trenzado, se escuchó el clamor de los ladridos de los perros desde los límites del campamento.

-Llega tu amado -comentó dulcemente Reyna, acariciando la mejilla de Vivien con sus manos ajadas-. Qué feliz me siento al ver que has encontrado el verdadero amor. Has encontrado tu lugar en el mundo.

-Sí. -Sintió que el pecho se le encogía de dolor y, cogiendo una de las manos de su madre entre las suyas, la sujetó firmemente.- Te echaré de menos, a ti y a *miro dado.* Debes prometerme que volveréis por aquí a menudo.

Las lágrimas asomaron a los ojos sonrientes de Reyna.

-Por supuesto. ¿Acaso piensas que podríamos estar lejos de ti mucho tiempo? -Y después de abrazarla tiernamente, retrocedió. Ahora vete, tu amado espera a su novia.

Con un estremecimiento, Vivien salió del carromato precisamente en el momento en que Michael desmontaba su caballo zaino. Llevaba una chaqueta azul marino con botones de plata y unos pantalones ajustados de color habano cubrían sus largas piernas. La deslumbrante blancura de su camisa y de su corbatín contrastaba notoriamente con su cabello negro.

Sus miradas se cruzaron por encima del bullicioso campamento. Él sonrió, inclinando su boca en un gesto insolente que le encendió un *fuego en el corazón.* ¡Cómo lo amaba! El mundo parecía brillar cuando él estaba cerca.

Se apresuró a llegar hasta él, mientras escrutaba el sendero vacío envuelto por la niebla.

-¿No han venido Lady Stokeford y Amy contigo?

Él le tomó la mano y le acarició la palma con su pulgar.

-No es aconsejable que mi abuela se exponga a este aire tan frío y húmedo. Y Amy pronto se irá a la cama.

Vivien experimentó una sensación de vacío debido a su ausencia.

-¿Le has dicho que voy a ser su madre?

-Claro que sí. Chilló de alegría. -La sonrisa de Michael dejó ver sus dientes blancos que brillaron a la luz de las hogueras.- Me hizo mil preguntas y luego corrió a contarle las novedades a *Nibbles.*

-¡Oh*,* cómo me hubiera gustado que estuviera aquí! Mañana iré a la Abadía a visitarla.

-¡Cuidado con los Pimpollos de Rosa! Están muy ocupadas organizando la ceremonia religiosa de la boda. -Estaba tan cerca de ella que pudo sentir el calor de su respiración junto a su mejilla.- Y en cuanto a mí, tengo que viajar a Canterbury para pedir un permiso especial. Antes de que termine la semana, te casarás otra vez conmigo y te convertirás en Lady Stokeford.

Su tono firme y la fuerza de sus dedos alrededor de los suyos, volvió a despertar ese brillo especial en su interior. Los títulos nobiliarios o la riqueza la dejaban completamente indiferente. Solo le importaba él. La promesa que expresaban sus ojos la hicieron sentir tierna y femenina. Él la amaba de verdad. Se convertiría en su esposa y le enseñaría a amar otra vez.

Caminó con orgullo a su lado en dirección a las largas mesas que habían traído de la Abadía. Como era la costumbre, el novio y la novia se sentaron en una mesa aparte, y la cena pareció durar una eternidad. Las conversaciones y las risas retumbaban sonoramente a su alrededor. Vivien sonrió ante comentarios que ni siquiera escuchaba y comió sin saborear los manjares. Miraba todo el tiempo a Michael y ansiaba el goce de sentir sus brazos alrededor de ella.

Finalmente. Pulika se puso de pie y se hizo un silencio. Con la voz vibrante de emoción, dio su consentimiento para la boda, sellando de este modo su unión. Todos levantaron sus copas para brindar con el exquisito vino de las bodegas de la Abadía. Después dieron su enhorabuena a los recién casados, los hombres golpeando la espalda de Michael y las mujeres murmurando bendiciones a Vivien. Ella sintió que todo aquello era un maravilloso sueño. Ya era la esposa de Michael. Su esposa.

Sorprendiendo a todos los que estaban allí reunidos, el padre de Orlenda se levantó de su asiento y anunció el compromiso de su hija con Janus. Orlenda se sonrojó y escondió la cabeza con una timidez que no era típica en ella, mientras todos brindaron una vez más. Zurka y Fonso comenzaron a entonar sus *bashadis* y mientras las mesas se quedaban vacías y los invitados salían a bailar, la alegre música de los violines endulzó el aire.

Un grupo de mujeres que no cesaba de hablar, se llevó a Vivien. Reyna sonrió y derramó lágrimas de felicidad mientras deshacía las trenzas de Vivien, para que su espesa y ondulada melena cayera sobre su vestido de raso blanco. Las especulaciones sobre la virilidad de Michael despertaron comentarios envidiosos entre las mujeres. Y en medio de todo ese barullo, Vivien sintió que la sangre le hervía de excitación. Ahora él era suyo, solamente suyo

Cuando las mujeres abandonaron el *vardo* de los padres, de Vivien, un grupo de hombres empujó el carromato hasta que estuvo a cierta distancia del campamento, con el propósito de que los recién casados pudieran tener intimidad. Entre risas y bromas, colocaron un colchón de plumas y un edredón al raso junto al carro. Con sus ojos negros húmedos, Pulika dio a Vivien un abrazo de oso, que ella le devolvió con toda la intensidad de su amor. Entonces presentó la novia al novio, en ese momento le entregaba formalmente su hija a su marido.

Michael cogió las manos de Vivien entre las suyas. Inclinándose hacia ella, le dio un casto beso sobre los labios. Las mujeres suspiraron y los hombres intercambiaron comentarios procaces. Dominados por un espíritu festivo, los gitanos volvieron al campamento, donde las fogatas brillaban a la distancia y los violines comenzaron a tocar una alegre tonada que flotó con el aire de la noche.

Michael miró a su mujer con desconcierto.

-¿Entonces no habrá ninguna ceremonia, ninguna promesa, ningún voto?

Riendo, Vivien sacudió la cabeza.

-Cuando miro dado anunció que habían llegado a un acuerdo, te convertiste en mi marido. Esa es la costumbre gitana.

Una lenta sonrisa se apoderó de su boca y sus ojos se empañaron con rima vehemente ternura.

-Entonces, bésame corno es debido, esposa mía, estoy sediento de ti.

Con un gemido de placer. ella lo abrazó. ofreciéndole su boca. Esta vez, no fue un beso recatado. Fue un beso profundo, carnal. íntimo, un preludio para su noche de amor. Las manos de Michael se deslizaron suavemente a lo largo de su espalda. y la apretó con fuerza contra su cuerpo para que pudiera sentir su deseo. El mundo se desvaneció y solo quedaron ellos dos, dos almas deseando convertirse en una.

Cuando terminó de besarla, se aferró a él mientras la conducía hacía el otro lado del *vardo*, donde el bajo y cuadrado carromato podría protegerlos de las miradas curiosas. Pero ella todavía no estaba preparada para acostarse con él. Primero tenía que incitarlo, provocarlo, encender aún más su deseo.

A pesar de sus protestas, Vivien retrocedió con agilidad y le pidió que se quedara tumbado para observarla.

-En cierta ocasión te prometí que bailaría para ti.

Aquello le interesó. Se deshizo de su chaqueta y se recostó sobre el colchón para mirarla. Al compás de la débil y evocadora melodía que llegaba hasta ellos desde la *kumpania*, comenzó a balancearse, a moverse sinuosamente, expresando todo el amor y el deseo que él le despertaba. Los últimos días había sufrido muchos altibajos emocionales y nada le importaba más que satisfacer el deseo de sus cuerpos.

Los ojos de Michael brillaban en la penumbra. El bosque formaba una solitaria y apartada enramada y las estrellas destellaban a través del dosel que formaban las ramas desnudas del otoño. Una brisa fresca le acarició la piel, pero Vivien no sintió frío. el fuego que ardía en su interior la mantenía abrigada. Mientras bailaba, se acercó cada vez más a él. Se cogió los pechos con las manos, como si fueran una ofrenda, balanceó sus caderas con una eterna expresión de deseo y finalmente se quitó el vestido blanco por encima de la cabeza y luego lo arrojó al suelo Para danzar desnuda a la luz de la luna para su amante.

Su marido.

Con un sonido salvaje, Michael se levantó de la cama y la tumbó sobre su cuerpo. Luego rodó con. ella y la besó intensa y prolongadamente. Su ardiente boca recorrió sus pechos y descendió luego hacia el lugar que más lo deseaba. Los gritos de sorpresa de Vivien se transformaron en gemidos de un placer desenfadado, Arqueó su cuerpo hacia él, sus dedos se enredaron entre sus cabellos mientras se excitaba cada vez más y su deseo la arrojaba al límite de la locura. Incapaz de resistirse, llegó al clímax.

Al tiempo que su salvaje sensación se diluía hasta convertirse en una dulce laxitud, Michael se puso de pie, despojándose de la ropa, consumido por la intensidad de su deseo. La clara luz de la luna iluminaba su figura firme y musculosa y la desenfrenada prueba de su pasión. Volviendo a la cama, la penetró de inmediato. Ella lo recibió con un chillido de placer, rodeándole el cuello con sus brazos y los muslos con sus piernas. La llenaba completamente, la hacía sentir completa. Sus movimientos nuevamente le produjeron una excitación febril, y esta vez él la acompañó al paraíso.

Estaban agotados y jadeantes, con sus piernas y sus brazos entrelazados. La mejilla de Vivien descansaba en el hueco de su hombro y sentía el intenso latido de su corazón contra sus pechos. La palabra surgió de las profundidades de su propio corazón.

-*Vestacho...* te amo.

El no dijo nada, pero con una profunda ternura acarició su cabello y la besó en la frente. Ella suspiró y levantó la cabeza, decidida a evitar que su reticencia estropeara la magia de la noche. En sus brazos, se sentía deseada y segura, y eso por ahora era suficiente. Él la acariciaba suave y cariñosamente, demostrando que la amaba con el cariño que un marido sentía por su esposa.

A la distancia, la música seguía sonando y la fiesta continuaba. Pero aquí, en su cálida y acogedora cama debajo de las estrellas, envueltos en la intimidad que les proporcionaba la oscuridad, ellos disfrutaron de su propia celebración. Michael conocía muchas formas de enardecerla, como pronto podría descubrir. Le susurraba al oído, elogiaba su belleza y su pasión mientras la acariciaba entre los muslos. Y cuando le lamió los pechos, ella estuvo a punto de llorar de deseo.

También Vivien encontró formas de encender su deseo. Descubrió que le gustaba que le besara y acariciara todo el cuerpo. Le gustaba que ella se subiera encima de él, provocándolo hasta conseguir que gimiera de placer. Y le gustaban especialmente -en verdad, le encantaban- los momentos en que ella no escatimaba atenciones a su miembro viril, acariciándolo, frotándolo, apretando suavemente los pequeños sacos aterciopelados que había debajo. Conoció cada parte su cuerpo y Michael del suyo, acariciándola de un modo que le cortó la respiración. Él podía conseguir que su cuerpo volviera a la vida cuando ella pensaba que ya le había arrancado toda su pasión.

La noche pareció estirarse en medio de aquel punzante ardor e infinito placer, con largos y dulces intervalos en los que recuperaban fuerzas, susurrando palabras cariñosas o dormitando. Vivien se preguntó si llegarían a cansarse el uno del otro. A pesar de su profundo agotamiento, él podía lograr que lo deseara una vez más murmurando unas pocas palabras junto a su oído, o con una persuasiva caricia.

Ella se quedó dormida entre sus brazos y, finalmente, se despertó con las primeras luces de la aurora. Estaban acurrucados sobre el colchón, la espalda de Vivien contra el pecho de Michael. Él le rodeaba la cintura con uno de sus pesados brazos. A pesar del aire fresco de la mañana, ella se sintió cómoda y abrigada, adormilada y satisfecha. Al escuchar su respiración profunda y regular, pensó que estaba dormido. Hasta que sintió su excitación. Ella se movió, provocadora, y cuando él la penetró en esa misma posición, le pareció que todo aquello era un maravilloso sueño. La besó ociosamente en el cuello y en la espalda, y sintió cómo la pasión se encendía en ella. Cerró los ojos y saboreó su unión. Sus movimientos eran suaves, lentos, tiernos, como si él tampoco quisiera que se terminara la noche.

Justo en el momento en que ambos habían alcanzado el éxtasis el aire se volvió más luminoso y las ramas de los árboles eran visibles contra el cielo gris pálido. La mano de Michael se movía despreocupadamente sobre la piel desnuda de su espalda. Disfrutando de sus caricias se sintió tentada a empezar de nuevo. Pero en el fervor de su encuentro, el cubrecama se había deslizado hasta más abajo de su cintura y, aunque estaban en una remota parte del bosque, Vivien no deseaba correr el riesgo de que la vieran.

Se estiró para coger el cubrecama.

-Deberíamos entrar en el vardo -susurró-. Todavía hay mucho tiempo para el amor.

Él no respondió. Su mano había abandonado el cautivante masaje y sus dedos estaban rígidos sobre la curva de su cintura. Ella intentaba cubrirse los pechos con el edredón que él empujó hacia abajo.

-¡Michael! -protestó ella, riéndose.

Sonriente, miró a su alrededor, segura de que la estaba provocando nuevamente. Pero Michael tenía la mirada fija en la parte inferior de su espalda, donde una pequeña mancha del tamaño de una guinea se destacaba sobre su piel. Vivien nunca le había dado importancia a esa mancha que tenía el color del oporto. Era parte de sí misma, igual que sus ojos marrones y sus largas piernas.

-Esta marca -dijo Michael con la voz quebrada mientras pasaba su dedo sobre su piel suave-. ¿Cuándo hace que la tienes?

-Según mi madre, desde que nací. -Vivien se detuvo al advertir el horror que reflejaba el rostro de Michael que le produjo una enorme confusión e inquietud.

-¿Tanto te importa? Solo se trata de una pequeña imperfección...

-Dios mío -exclamó con la voz crispada-. No puede ser cierto.

-¿Qué pasa? ¿Acaso no me encuentras digna de tu amor por una pequeña mancha...?

-¡No es eso! -Su rápida y violenta respuesta la hizo callar. Él se sentó en la cama, pasándose los dedos una y otra vez por el cabello. Tenía un aspecto desaliñado.- No, me has entendido mal. Simplemente no puedo creerlo...

Invadida por una extraña ansiedad, Vivien se sentó junto a él. -¿Qué es lo que no puedes creer, Michael? Dímelo.

Su mirada perpleja recorrió sus facciones como si la estuviera viendo por primera vez. Vivien se alarmó.

-Esa marca de nacimiento -murmuró-, Brand Villiers tiene una exactamente igual.

Capítulo 27

Las Cartas Secretas

Durante un momento, Vivien no logró comprender el significado de sus palabras.

-Se trata de una coincidencia, eso es todo.

Michael sacudió con vehemencia la cabeza.

-Esa marca de nacimiento es típica de los Faversham. Algunas veces no aparece en una generación. El padre de Brand no la tenía, aunque sí la tenía el hermano de su abuelo -haciendo una mueca de disgusto continuó-: Su nombre también era Brand. Es una broma familiar que se repite de generación en generación. El primer hijo que naciera con la marca llevaría también su nombre.

Vivien sintió la boca seca y su corazón latió con fuerza contra la jaula de sus costillas.

-Entonces lo que quieres decir... -No consiguió terminar su pensamiento.

-Lo que digo es que el padre de Brand es también tu padre. El viejo conde debe haber tenido una aventura amorosa con Harriet Althorpe.

-No -susurró Vivien. Su mente se negaba a aceptar un descubrimiento tan trascendental. Sin embargo, tenía que aceptarlo-. Eso significa que... que Brand es mi hermano... y que Amy es mi sobrina.

-En efecto. -Michael descargó la palma de su mano contra la cama.- ¡Oh Dios! Tendría que haberme dado cuenta antes. El viejo conde tenía amantes por docenas. Igual que su hijo, era capaz de enamorar a cualquier mujer y convencerla para que lo acompañara hasta su cama.

Vivien, que sujetaba el edredón entre sus manos, se cubrió con él hasta la barbilla. Tenía un hermano y una sobrina. Ellos eran de su misma sangre. Harriet Althorpe no parecía más real que un fantasma, pero Vivien conocía a Brand y a Amy. Ya no le resultaba extraño que se hubiera sentido fascinada por Brand. Como tampoco le extrañaba haberse encariñado con Amy desde el momento en que la vio por primera vez. Su corazón los había reconocido.

De un salto, Michael se puso de pie y se calzó los pantalones con movimientos rígidos y espasmódicos.

Vivien también se levantó, sujetando el cubrecama para ocultar su desnudez.

-¿Adónde vas?

-A la Abadía. Los Pimpollos de Rosa tienen que contestarme algunas preguntas.

Su propósito borró la magia de la noche. Ella intentó aclarar su mente.

-¿Acaso crees... que ellas sabían que el padre de Brand era el hombre que me había concebido?

-Demonios, claro que lo sabían. Probablemente fueron ellas las que falsificaron esa condenada carta.

Su mente se resistió a aceptar sus acusaciones. Los Pimpollos de Rosa no eran capaces de mentirle. En especial Lady Stokeford, con sus sinceros ojos azules y su dulce sonrisa.

-No. Debes estar equivocado.

-Lo dudo. Esta es exactamente la clase de ardides en los que son expertas.

Un poco aturdida. Vivien sacudió la cabeza.

-No podemos ir ahora. Tu abuela estará durmiendo. Además, los otros dos Pimpollos de Rosa no estarán en tu casa.

-Han pasado la noche en la Abadía. Están organizando nuestra boda, ¿recuerdas?

La dureza del tono de su voz la conmocionó. ¿Estaba enfadado con ella porque Brand era su hermano? Por supuesto, pensó con una desgarradora lucidez. Su mujer le había puesto los cuernos con su medio hermano.

Fue entonces cuando comprendió algo más. Sintió un dolor tan agudo en el pecho que se vio obligada a respirar profundamente antes de poder pronunciar una palabra.

-Me has mentido, Michael. Aún sigues mintiéndome. Abrochándose la camisa, la miró con preocupación.

-¿Qué quieres decir? Explícate.

-Me juraste que no había ninguna prueba de que Brand hubiera engendrado a Amy. Pero la hay. Ella también tiene la marca, ¿no es cierto?

El rostro de Michael se endureció hasta parecer de piedra cuando, completamente abatido, descubrió que ella había adivinado la verdad.

Con firmeza Vivien repitió:

-¿No es cierto?

Apartando su mirada, Michael apretó los labios y a continuación hizo un seco movimiento con la cabeza.

-Sí.

-Esa es la razón por la que tardaste algunos meses en descubrir que Amy no era tu hija. No tenía nada que ver con el color de su cabello y de sus ojos.

Él la miró, y un terrible tormento se reflejó en su rostro.

-Grace se las ingenió para evitar que subiera a la habitación de la niña. Pero en cierta ocasión, Amy tenía fiebre y subí a verla. La niñera la estaba desvistiendo y descubrí la mancha oscura en la parte baja de su espada. Supe que ella no era mía y que Grace me había mentido. Su amante no estaba muerto. Era Brand.

Una punzada de desconfianza desvaneció cualquier sentimiento compasivo que Vivien hubiera podido sentir.

-¿Por qué no me lo dijiste?

-No tenías ninguna necesidad de saberlo. -Enfadado, terminó de meterse la camisa dentro de los pantalones.- No debes decir ni una palabra de todo esto a los Pimpollos de Rosa. Ellas no saben que Brand es el padre de Amy, nadie lo sabe, excepto nosotros

Vivien se sintió insultada.

-¿De verdad piensas que sería capaz de traicionarte a ti o a Amy?

Michael levantó la mirada y su expresión irritada se relajó ligeramente.

-No, por supuesto que no. Pero no puedes censurarme por querer proteger a mi hija.

-Puedo y lo haré. -Todavía impresionada por lo que acababa de escuchar, lo cogió por los antebrazos y lo empujó contra el vardo.-Deberías haber confiado en mí, haberme dicho la verdad. ¡*Develesa*! Podría haber descubierto antes quién soy.

Él no hizo el menor intento por liberarse. El edredón se deslizó hacia el suelo y sus dedos se deslizaron sobre la suave mancha de su espalda. Con una voz dulce, le dijo:

-Deberías haberme dejado hacerte el amor en la galería. Si te hubiera visto a plena luz, entonces lo hubiera sabido.

-¿Me hubieras abandonado? -le preguntó con la voz entrecortada-. ¿Te hubieras negado a casarte conmigo si hubieras sabido que tú odiado enemigo es mi hermano?

Michael dudó un momento, un momento demasiado largo para ella. Agonizando de dolor, se dio la vuelta y recogió su vestido blanco. Antes de que pudiera ponérselo por encima de la cabeza, él la cogió por la cintura y la apretó contra su cuerpo. Le rodeó el torso desnudo con los brazos y sus labios cálidos besaron su nuca.

-Vivien -dijo con un tono de voz bajo y áspero-, por supuesto que quiero casarme contigo. Ardo de deseo por ti. Nada en el mundo podría detenerme. Solo quiero que seas mi esposa. Debes saberlo.

Ella se resistió a la dulzura que se abría paso en su interior. Quería de él mucho más que el simple placer carnal. Quería su devoción, su afecto, su amor. Pero ahora esa esperanza parecía más lejana que nunca.

-¿Y si en algún momento me apeteciera invitar a Brand a casa? ¿Qué dirías?

Sus músculos se tensaron.

-Diría que tu conducta es poco razonable y pendenciera. Ya sabes la clase de hombre que es él.

-Es el padre de tu hija y el hermano de tu esposa. Quizás haya llegado el momento de perdonarlo.

La hizo girar entre sus brazos. Y luego la miró de una forma penetrante con sus oscuros ojos azules.

-No hablas en serio.

-Claro que sí. -Ella tragó saliva, luchando por comprender el tumulto que crecía en su interior.- Cuando era una niña, deseaba tener un hermano mayor. Y ahora que lo tengo, no pienso ignorarlo.

Él arrugó todavía más el entrecejo, abandonando los gestos de un novio apasionado.

-Brand es un tipo despreciable. Debes olvidarlo -y recogiendo su corbatín, lo metió en su bolsillo mientras agregaba-. Me voy a la Abadía.

-Nos vamos. -Mientras se ponía su hermoso vestido blanco, Vivien percibió que ya no se sentía como una novia. Hubiera deseado que ambos se ocultaran debajo del edredón para encontrar una vez más la felicidad. Pero era el momento de enfrentarse con los Pimpollos de Rosa.

Y descubrir si ellas también le habían mentido.

-No puedo imaginar por qué motivo nos despiertas al despuntar el día, Michael. -Bostezando, Lady Enid, intentaba arreglarse su gorro de dormir, debajo de cuyos bordes asomaban sus mechones rojizos.- Ni siquiera son las ocho de la mañana.

-¡Es verdad! -Su abuela lo miró con desconfianza-. ¿Por qué no estás con Vivien? ¿Acaso sucedió algo en la boda gitana. Espero que no os hayáis peleado.

-No -respondió lentamente-. Ella ha ido a buscar a Lady Faversham.

Él había llamado a la puerta de Lady Enid y la había traído hasta aquí sin darle ninguna explicación. Quería que los tres Pimpollos de Rosa estuvieran presentes antes de decir nada. Si les daba la oportunidad, comenzarían a tramar otra de sus artimañas.

Dirigiéndose hacia la ventana, corrió las cortinas. La luz del sol iluminó los colores pálidos que abundaban en el aposento de su abuela. Quería ver las expresiones de sus rostros. Estaba harto de falsedades y medias verdades, razones secretas y egoístas traiciones. Él era tan culpable como ellas de haber mentido a Vivien.

Recordando la forma en que ella lo había mirado, con una mezcla de dolor e indignación, sintió la aguda mordedura del miedo. Después de haber vivido la noche más increíble de toda su vida -dos noches si contaba la primera vez que habían estado juntos- se las había arreglado una vez más para debilitar la fe que ella tenía en él. ¿Y si ella lo abandonaba?

Se le heló la sangre de solo pensarlo. Maldita sea, no podía hacerlo, ahora le pertenecía. Nunca se había mostrado tan obsesivo en los romances que había mantenido con las mujeres más bellas de la sociedad. Pero con Vivien el erotismo había cobrado un nuevo significado. Ella le despertaba una ternura salvaje y un deseo inagotable. Tenía que poseerla una y otra vez, su pasión no tenía límites, nunca se saciaba. La necesitaba como el aire que respiraba.

No. Esta debilidad que sentía por ella tenía que ser una locura momentánea. No podía permitir que una mujer gobernara su vida y lo tratara como un perro faldero. Nunca le permitiría que le diera órdenes. Aunque le suplicara, jamás permitiría que invitara a Brand a su casa.

La puerta se abrió. Cubierta hasta la garganta por un camisón verde, Lady Faversham precedió a Vivien al entrar en la habitación. Se dejó caer en una silla, tan sorprendida como los otros dos Pimpollos de Rosa.

-Me gustaría saber de qué se trata todo esto -dijo mientras colocaba sus manos alrededor de su bastón-. Vivien se ha negado a responder a mis preguntas.

-No me he negado, solo le dije que conocería todas las respuestas cuando nos reuniéramos con vosotros.

Alta y esbelta, miró a los Pimpollos de Rosa. Había bailado para Michael con su vestido de raso blanco, una novia vehemente y sensual. Ahora parecía infinitamente cansada: tenía manchas oscuras debajo de los ojos. Sin la menor sensación de arrepentimiento, Michael supo que la había

agotado. Deseaba ardientemente llevarla otra vez a la cama, pero esta vez para rodearla con sus brazos mientras ella dormía. Aquel pensamiento tierno lo alarmó. siempre se había limitado a obtener placer con las mujeres y luego seguir su propio camino.

Retorciendo un pañuelo entre sus dedos regordetes, Lady Enid corrió hacia Vivien.

-Tengo que hablar contigo, querida. Estoy tan avergonzada por la traición de mi nieta. Sé que esto te servirá de poco consuelo, pero Charlotte lamenta amargamente lo que ha hecho. La han desterrado y obligado a instalarse en las propiedades de su tío. -La vieja dama envolvió a Vivien en un abrazo.

Vivien retrocedió.

-Yo también lo siento, milady -respondió en un tono de voz bajo y gutural-. Me hubiera gustado que ella y yo fuéramos amigas.

Abandonando la chaise longue, Lady Stokeford se unió a ellas.

-Hemos reprochado a Charlotte su actitud, aunque en realidad no fue necesario. Brand se ocupó de decirle unas palabras tan duras que consiguió que la muchacha rompiera a llorar.

-¿Brand? -repitió Vivien.

Observando que sus ojos se iluminaban de interés, Michael se puso tenso. Antes de que los Pimpollos de Rosa pudieran comenzar a elogiar a ese canalla, las interrumpió de una forma cortante:

-La noche del baile de máscaras Brand vio a Charlotte salir de tu dormitorio y luego se dio cuenta por qué había estado allí. Por supuesto, él nunca debería haber estado en mi casa, pero esa es otra cuestión.

Lady Faversham frunció los labios.

-No comprendo esta hostilidad que hay entre tú y mi nieto. Hubo un tiempo en que erais como hermanos.

-Él intentó conquistar a muchas de mis mujeres -respondió con presteza-. Ahora haz el favor de sentarte, abuela. Tenemos muchas cosas de qué hablar.

Ignorándolo, Lady Stokeford cogió la mano de Vivien y la condujo hacia un sillón.

-Debes sentarte a mi lado y contarme qué es lo que pasa. ¿Acaso mi nieto ha hecho algo que te ha molestado?

Vivien consiguió soltarse y respondió.

-Prefiero estar de pie, milady.

Con disgusto, Michael se percató de que ella no había negado que él se hubiera comportado mal con ella. Pero con toda certeza, una vez que reflexionara en todo lo sucedido, comprendería que él tenía razón.

-En esta ocasión se trata de ti y de los Pimpollos de Rosa: sois vosotras las que habéis actuado mal, abuela -respiró profundamente y a continuación arrojó su flecha-. Habéis ocultado la verdad sobre el padre de Vivien.

Lady Stokeford se hundió en su asiento. Lady Enid dejó escapar un grito ahogado, mientras se abanicaba con su pañuelo. Lady Faversham se puso tan tiesa como una tabla.

-Vamos a ver, jovencito, ¿qué es lo que quieres decir con esas palabras? Harriet no identificó a su amante en la carta que nos dejó.

-Porque ella no escribió esa carta. Una de vosotras lo hizo.

Los Pimpollos de Rosa intercambiaron una rápida y hermética mirada. Su abuela se apresuró a decir:

-Bah, primero acusaste a Vivien de haber falsificado la carta. ¿Ahora nos acusas a nosotras? Creo que te estás poniendo en ridículo. -Sacudió la cabeza y su cabello del color de la nieve cayó suavemente sobre su delicado rostro.- Ya te lo he dicho antes, no puedes recordar exactamente cómo era la letra de Harriet.

Michael caminó hacia el centro de la habitación y miró a las tres mujeres sentadas cerca de la chimenea, en cuyos rostros se reflejaba una expresión de superioridad moral.

-Hay una cosa que no habéis tenido en cuenta cuando concebisteis vuestro plan. Vivien tiene la marca de los Faversham.

Los Pimpollos de Rosa lo miraron sorprendidas, luego miraron a Vivien. Por una vez, parecían completamente desconcertadas. El almidón abandonó la columna vertebral de su abuela. Un gesto de preocupación se abrió paso entre las facciones regordetas de Lady Enid. Lady Faversham se aferró a la empuñadura de su bastón como si estuviera a punto de caerse en cualquier momento.

De pie junto a la ventana, Vivien observaba a las viejas damas. Algo semejante a la desesperación teñía sus exquisitos rasgos. Se llevó las manos, visiblemente temblorosas, hacia las mejillas. Michael sabía que ella deseaba que los Pimpollos de Rosa fueran inocentes y él hubiera deseado poder protegerla de esta traición final. Pero ella tenía derecho a saber la verdad.

Con tintineantes campanadas, el reloj que estaba sobre la repisa de la chimenea anunció el cuarto de hora. El sonido quebró aquel silencio tan poco natural.

Lady Faversham dejó escapar un suspiro de agotamiento. Levantó la mirada y luego volvió a mirar su regazo.

-Sí, es verdad. Mi hijo Jeffrey, el padre de Brand, también es el padre de Vivien. Pero no debéis culpar a Enid ni a Lucy. Fue idea mía escribir la carta y traer a Vivien aquí.

-Cada una de nosotras tiene su parte de responsabilidad en todo esto -insistió Lady Stokeford, estirándose para dar unas palmadas en la mano de Lady Faversham-. No permitiré que asumas toda la culpa, Olivia.

-Tampoco yo -añadió Lady Enid.

Vivien emitió un pequeño sonido que reveló su angustia. Alarmado por la palidez de su rostro, Michael fue hacia ella y posó su mano en la parte baja de su espalda mientras se dirigía a los Pimpollos de Rosa.

-¿Por qué demonios esperasteis dieciocho años antes de ir a buscar a Vivien?

-Porque no supimos que existía hasta el año pasado -aclaró su abuela-. Oh, si hubiera adivinado que Harriet estaba embarazada cuando se marchó, hubiera estado encantada de cuidarlas a ambas.

-No, hubiera sido yo la que me hubiera encargado de hacerlo - interrumpió Lady Faversham. Enderezando los hombros, miró a Vivien y luego a Michael-. Cuando murió Jeffrey, hace aproximadamente diez años, todos sus efectos personales se regalaron o se guardaron en el desván. Pero el año pasado, decidí colocar su antiguo escritorio en el estudio que había decidido reformar. Fue entonces cuando los obreros encontraron un fajo de cartas escondidas en un compartimento que había detrás de uno de los cajones -se detuvo unos instantes, la luz del sol destacaba cada una de las líneas de su distinguido rostro-. Eran cartas de amor que Harriet Althorpe le había escrito a mi hijo, mientras su esposa aún vivía.

-Presumo que esas cartas mencionaban a Vivien -afirmó Michael.

-Así es. Cuando Harriet se quedó embarazada, Jeffrey le compró una casa, lo suficientemente lejos de aquí como para protegerla del escándalo.

-Lil-engreskey gav -murmuró Vivien-. Oxford.

-¿Cómo lo has sabido? -preguntó Lady Faversham arqueando una de sus cejas grises.

-Se lo ha dicho su madre -contestó Michael con ironía-. Su madre gitana.

-Cuéntales el resto de la historia, Olivia -la urgió Lady Enid-. Vivien no debe pensar que la hemos traicionado, tal como hizo Charlotte.

-Eso mismo. -Con una seria expresión en la mirada, Lady Stokeford, unió sus manos sobre su regazo y se inclinó hacia adelante.- Actuamos con la intención de velar por tus mejores intereses, mi querida.

-Queríamos compensarte por el mal que te había hecho mi hijo - continuó Lady Faversham. Sus ojos grises estaban vidriosos-. No podía descansar sabiendo que Jeffrey había entregado a unos

extraños a su única hija, mi nieta. Entonces les conté a Lucy y a Enid todo lo sucedido y concebimos el plan de encontrarte y traerte de regreso para que pudieras casarte con un caballero.

-Yo escribí la carta -confesó Lady Enid-. Tengo habilidad para copiar la caligrafía.

-Todas contribuimos -continuó Lady Faversham-. Para que pareciera más auténtica, pusimos pistas en la carta que insinuaban tu paradero. Luego, como sabíamos que te habían entregado a un gitano llamado Thorne, contratamos a un hombre para que te encontrara.

-Un agente de Bow Street -murmuró Vivien.

Los Pimpollos de Rosa se miraron. Parecían estar cuestionándose mutuamente en silencio.

Un desagradable presentimiento asaltó a Michael.

-No, necesitabais a alguien que conociera las idas y venidas de los gitanos. De manera que contratasteis a un hombre llamado Janus.

Sus palabras produjeron una evidente conmoción a Vivien.

-¡Janus!

-Caramba, lo conoces, por supuesto -exclamó con tono de disculpa Lady Stokeford-. Un sujeto un poco tosco, pero juró que se encargaría de convencer a tu grupo de gitanos para que viajaran en esta dirección.

-Por una buena cantidad de oro -manifestó agriamente Lady Faversham-. Aún sostengo que ese hombre no es mucho mejor que un ladrón.

-Sin embargo cumplió todo lo que había prometido -añadió Lady Enid-. De modo que, como dice el refrán, bien está lo que bien acaba. Michael se frotó la ceja que aún le dolía.

-Deberíais saber que intentó reclamar a Vivien, pretendía que se casara con él. Me vi obligado a mostrarle con mis puños que estaba equivocado.

-¡Oh, no! -se lamentó Lady Stokeford. Poniéndose de pie de un salto, se dirigió rápidamente hacia Vivien y le cogió las manos-. Ese rufián no te hizo daño. ¿verdad`?

-No. Pero creyó que yo sería capaz de robar para él.

-Mi querida muchacha. ¡Cuánto lo siento! Jamás tuvimos la intención de causarte ningún problema. Me crees, ¿verdad?

Vivien no respondió absolutamente nada durante un momento. Estaba agitada y parecía estar intentando controlar sus intensas emociones. Luego hizo una pregunta.

-¿Qué sucedió con ella?

Lady Stokeford pestañeó con sus ojos azules llenos de lágrimas.

-¿Harriet?

-¿Es verdad que murió el año pasado tal como se afirma en la carta?

Su abuela apartó la mirada durante un momento.

-No -admitió con delicadeza-. Falleció poco tiempo después de dar a luz.

Vivien bajó la cabeza y Michael se preguntó si estaría indignada por la audacia de los Pimpollos de Rosa. Él, en efecto lo estaba. Con su mano apoyada en la espalda de Vivien pudo sentir la tensión que había en su interior. Sin embargo, ella no parecía consciente de su presencia, ni siquiera cuando deslizó su brazo alrededor de su delgada cintura. Respiró profundamente antes de expresar su intención de reprobar la actitud de su abuela. Pero, antes de que pudiera empezar a hablar, Vivien se apartó de él, se dirigió hacia el centro de la alfombra con la mirada fija en los Pimpollos de Rosa.

-De manera que también en eso me habéis mentido. Me habíais dicho que mi padre me había arrancado de los brazos de Harriet, abandonándola sola y enferma y sin ningún medio para encontrarme. Me dejasteis creer que había pasado muchos años de pobreza y dificultades, añorándome.

Lady Faversham suspiró una vez más.

-Me temo que la idea de embellecer la historia ha sido mía. Estaba furiosa con Jeffrey por sus aventuras amorosas y, especialmente, por haberte entregado a los gitanos. Con escándalo o sin él, yo te hubiera aceptado como mi nieta.

-Pero cuando me trajisteis aquí, vine a vivir con Lady Stokeford.

-Pensamos que sería mejor que estuvieras aquí para que no descubrieras la verdad en el caso de que sospecharas algo -le aclaró Lady Enid-. No teníamos la intención de que las cosas se complicaran de este modo.

Vivien no apartaba la mirada de Lady Faversham.

-¿Todavía tiene las cartas de mi madre?

La majestuosa dama sacudió la cabeza.

-Me temo que las quemé. Nunca pensamos que llegaras a descubrir la verdad y quisieras leerlas.

-Queríamos que fueras feliz -manifestó Lady Stokeford, frotándose las manos-. Es todo lo que siempre hemos deseado para ti. Eso, y que te casaras con Michael -deteniéndose un instante, añadió vacilantemente-. ¿Te casarás con mi nieto en una ceremonia inglesa, ¿verdad?

Por primera vez desde que había entrado en aquella habitación, Vivien se dignó a mirarlo. Sus ojos marrones reflejaban su angustia.

-No lo sé -susurró.

Dejándolo sin habla, giró sobre sus talones y abandonó la habitación. Los Pimpollos de Rosa se reunieron alrededor de Michael hablando al mismo tiempo.

-¿Qué ha querido decir con no lo sé? -se inquietó Lady Stokeford-. ¿Qué le has hecho para que diga semejante cosa?

-¿Acaso la noche de bodas no salió bien? -preguntó Lady Enid.

-No, se trata de nosotras -afirmó Lady Faversham, encorvándose de hombros-. Nunca podrá perdonarnos que le hayamos ocultado la verdad. Volverá con los gitanos y jamás volveré a ver a mi nieta otra vez.

No.

Con desesperación, Michael abandonó de inmediato la estancia y corrió por el corredor. Estaba vacío, a excepción de una doncella arrodillada en el suelo, que lustraba los rodapiés. Entonces vio un movimiento de su falda al final del corredor.

Se apresuró a seguirla, sobresaltando a la criada, que dejó caer su caja de trapos y cepillos. Sin prestar atención, corrió a través del pasillo y a punto estuvo de tropezar con una mesa lateral mientras giraba en uno de los recodos del pasillo. La vio delante de él, en lo alto de la enorme escalera, con su mano sobre la barandilla. Su esposa. Con la cabeza inclinada hacia adelante, descendió por las escaleras, el virginal blanco de su vestido le recordó todos sus errores.

-¡Espera! -gritó. Su voz retumbó a través del vestíbulo.

Pero Vivien no lo esperó. Continuó bajando los escalones como si no lo hubiera escuchado. Quizás no lo había escuchado. Quizá lo había desterrado de su corazón y él ya no existía para ella.

Condenado sentimiento. Ella estaba herida, dolida. La estrecharía entre sus brazos e intentaría aliviar el dolor que le había producido el engaño de los Pimpollos de Rosa. Aunque despreciaba las lágrimas femeninas, la dejaría llorar en su hombro.

Saltando imprudentemente los escalones de mármol de dos en dos, mientras sus zapatos producían un ruido sordo, la alcanzó al pie de las escaleras y se interpuso en su camino.

-No te marches, por favor. Tenemos que hablar.

Ella no estaba llorando, gracias a Dios. Pero la desolada expresión de su rostro lo atravesó como una flecha.

-No hay mucho de qué hablar -murmuró-. Excepto que... quizás me he estado engañando a mí misma al pensar que podría vivir aquí. Me sentía mucho más feliz con mi propia gente.

Siguió avanzando, obligándolo a caminar hacia atrás.

-No digas eso -le pidió con aspereza-. Te necesito a mi lado. Nos marcharemos a Londres, lejos de los Pimpollos de Rosa. De todos modos, no puedo permitir que Amy siga viviendo aquí.

Vivien se detuvo, mirándolo fijamente con un gesto de desagrado.

-¿Serías capaz de alejar a Amy de tu abuela? ¿Acaso no te has dado cuenta de lo unidas que están?

Claro que lo había advertido y eso era, precisamente, lo que le preocupaba. Ambas desayunaban Juntas en el dormitorio de su abuela. Salían de paseo a visitar a *Nibbles* y se sentaban juntas en los almuerzos campestres y durante las comidas. Su abuela estaba encantada con Amy y él no tenía la intención de que ninguna de ellas sufriera.

Pero solo era una cuestión de tiempo antes de que su abuela se topara con Amy mientras se vestía o en mitad de un baño.

-Tiene que ser así -afirmó Michael mirando el corredor para asegurarse de que nadie los estaba escuchando. Bajando su voz hasta que solo fue un áspero susurro, añadió-. ¿No lo comprendes? Si mi abuela descubre la verdad, se lo dirá a los Pimpollos de Rosa, y ellas a su vez a Brand.

Vivien sacudió la cabeza, sus largos y negros cabellos brillaron bajo la luz de la mañana.

-No creo que Su Excelencia pudiera hacer nada que hiciera sufrir a Amy. Se daría cuenta de inmediato que tendría que guardar este particular secreto para protegerla. Estoy segura de que lo haría.

-No puedo arriesgarme -respondió Michael con convicción-. Sabes que no puedo hacerlo. Volveremos a vivir en Londres, y no hay nada más que hablar.

-Entonces os marcharéis sin mí -replicó con un temblor en la voz-. Por fin he abierto los ojos, Michael. Ya no puedo tolerar la falta de sinceridad en las personas que amo.

Hablaba de amor Aún lo amaba. Aferrándose a las semillas de la esperanza. deslizó sus brazos alrededor de su cuerpo y la estrechó contra él. Acarició sus mejillas, sus cabellos, su garganta.

-No tengo secretos para ti, Vivien. Juro que jamás los tendré. Seré sincero contigo en todo.

Su mirada no se enterneció. Arqueó una de sus oscuras cejas, revelando su incredulidad.

Entonces podrás contestarme una cosa. ¿Me amas?

Él abrió la boca para decirle lo que deseaba escuchar, pero las palabras se le atragantaron. Vivien no quería escuchar tonterías, tampoco elogios ni falsas declaraciones, ni ninguna de las palabras de amor que él utilizaba para apaciguar a una mujer. Ella deseaba candor, y él todavía no era capaz de definir las confusas emociones que se agitaban en su interior. La deseada, la anhelaba, soñaba con ella... ¿Pero amarla? El amor debilitaba el carácter de un hombre. Después de Grace, se había jurado que jamás volvería a exponerse a semejante dolor y humillación.

Los ojos de Vivien se llenaron de lágrimas y se liberó de sus brazos.

-Nuestra boda gitana no tiene ningún valor para la ley inglesa. Eres libre para ir adonde te plazca.

Paralizado por sus palabras, se quedó mirándola boquiabierto, mientras ella daba un rodeo y continuaba avanzando por el amplio corredor, su figura femenina enmarcada por las altas columnas de piedra. Sus pies descalzos no hacían ningún ruido sobre el suelo de mármol.

Lo abandonaba. Para siempre.

Dejándose llevar por el pánico, fue tras ella. Cogiéndola por un brazo la obligó a girarse para que lo mirara la cara. Respiró rápida y furiosamente.

-No deseo ser libre -dijo con la voz entrecortada por la emoción-. Pretendo honrar nuestro matrimonio. Deberías estar contenta.

-Necesito algo más que honor, Michael. Necesito tu amor: tu amor sincero -su rostro revelaba una dolorosa determinación. Se apartó de él diciendo-. Si alguna vez puedes ofrecerme eso, te estaré esperando.

Capítulo 28

El Nuevo Carromato

Recostada contra el tronco de un roble mientras contemplaba cómo el crepúsculo creaba sombras debajo de los árboles, Vivien escuchó que alguien se aclaraba la garganta. Girándose, encontró a su padre, que se apoyaba cansinamente sobre su nuevo bastón de reluciente caoba.

-Lo siento *dudo.* ¿Hace mucho que estás allí?

-Lo suficiente como para ver tu infelicidad. -Pulika inclinó su cabeza. sus ojos oscuros denotaban preocupación.- ¿Otra vez lamentándote por tu descarriado marido?

Si él supiera hasta qué punto. Era una auténtica locura mirar en dirección a Stokeford Abbey puesto que el bosque impedía ver la casa. Cuántas veces se había debatido ante la idea de presentarse allí para ver a Amy y a los Pimpollos de Rosa... y a Michael. Cada día, cuando visitaba a los campesinos para llevarles medicinas, esperaba escuchar que él y Amy se habían marchado a Londres. Intentó sonreír para deshacer el nudo que sentía en la garganta.

-Esta tierra me recuerda a él, eso es todo -respondió con firmeza-. Michael siempre formará parte de mí, pero en cuanto abandonemos este lugar, estoy segura de que le olvidaré.

Pulika cruzó los brazos sobre su chaqueta bordada de color verde.

-Nos marcharemos en cuanto termine mi trabajo. Quizás dentro de una semana.

-¡Una semana! -exclamó Vivien con consternación. Durante los últimos quince días, a pesar de sus impedimentos, su padre había reemplazado al herrero del pueblo, que se había puesto enfermo. También su madre parecía satisfecha de estar en las tierras de Michael. El día que ella había regresado de la Abadía y les había contado entre lágrimas lo que había sucedido, ellos se habían enfadado mucho; sin embargo ahora su despreocupación confundía a Vivien. ¿Sería posible que ellos no se percataran de lo triste que estaba? ¿De lo desesperada que estaba por marcharse de allí?

Con su pie descalzo, empujó suavemente una bellota que había sobre un lecho de hojas secas.

-¿No hay ningún *gorgio* que pueda hacer ese trabajo? Deberíamos estar en la carretera, buscando un sitio para pasar el invierno.

-En este momento me siento con fuerzas suficientes para trabajar. Además, tu marido solicitó una dote excesiva.

Vivien levantó bruscamente la barbilla.

-¿Qué? Le dije que debía ser él quien te pagara.

-Eso es asunto de hombres, y no tienes derecho a ordenar nada. - Su mirada alegre, la sorprendió.- Pero debo decir, que cuesta mucho persuadir a un pretendiente para que se lleve a una hija que no tiene pelos en la lengua y es un poco insolente.

¿Acaso se habría apropiado de parte de las guineas que ella había ganado con tanto dolor? ¿Y por qué bromeaba su padre sobre el hecho de entregar sus exiguos ahorros a un rico lord?

-Deberías exigirle que te devolviera el dinero. Mejor aún, lo haré yo.

Riéndose, su padre le dijo:

-Guarda tus uñas, pequeña gata. Tu marido no me pidió más de lo que estaba dispuesto a ofrecer.

-Él ni siquiera merece un cuarto de penique de cobre -respondió con la voz vibrando de emoción-. Siento haberte causado a ti y a *miro dye* todos esos problemas.

Pulika le dio un abrazo de oso.

-¿Problemas? ¡Bah! ¿Cómo puede ocasionarme problemas la luz de mi vida? Ese marido tuyo pronto se dará cuenta de lo que ha hecho. Tiene demasiado orgullo, pero al final aprenderá la lección de la humildad.

Deseando poder creerle, Vivien pestañeó para evitar que las lágrimas asomaran a sus ojos.

-Es un lord *gorgio*. No se arrodilla ante nadie, y mucho menos delante de una mujer.

-Ah, pero yo he visto el modo en que te mira -afirmó Pulika-. El hombre está atormentado. Ahora ven, de lo contrario tu madre me regañará.

-¿Regañarte?

-Por retenerte demasiado tiempo. -Sus ojos de color negro azabache destellaron misteriosamente-. Esta noche daremos una pequeña fiesta para alegrarte. Zurka tocará el violín, Shuri contará sus historias y tu madre nos servirá su estofado de pollo.

Colocando su mano en la espalda de Vivien, Pulika la guió a través del círculo de vardos, donde las fogatas brillaban en medio de la creciente oscuridad. Vivien se mordió el labio. No estaba de ánimos para festejos, pero ¿cómo podía desilusionar a sus padres? Les debía demasiado. La habían adoptado cuando era un bebé, la habían criado, la habían cuidado como si fuera un tesoro y le habían brindado todo el amor que había en su corazón.

Reyna se apresuró a salir a su encuentro, sacudiendo su nudoso dedo.

-Conque ahí estás, holgazán ¿Por qué has tardado tanto? Pulika miró a Vivien con una expresión graciosa.

-¿Qué te dije? Me he casado con una gruñona.

-Y yo con un bufón -censuró Reyna-. Un gran oso que siempre está bromeando.

Pero cuando él las envolvió a ambas en un enorme abrazo, ella se rió.

Vivien volvió a sentir un nudo en la garganta. Había algo más que sus padres le habían dado: el ideal de un matrimonio feliz. Su intimidad y su amor eran lo que deseaba para su vida. Lo que tontamente había anhelado con un lord *gorgio*.

Reyna se dirigió hacia ella.

-Tenemos que encontrar alguna ropa más festiva para que lleves en la fiesta, Vivi.

Vivien echó una mirada a su falda verde y a su blusa de color oro. Estaban bastante usadas pero aún servían.

-No pienso ponerme mi vestido *gorgio*.

-No tienes ninguna necesidad de hacerlo. -Como un pequeño torbellino, Reyna la empujó para que subiera los escalones y entrara en el *vardo*, donde un farol iluminaba sus sencillas pertenencias. Un brasero de bronce para calentarse, un armario lleno de platos, cacharros y curiosidades y una cama para las frías noches de invierno cuando no podían dormir al raso. Vivien se sentía más inclinada a acurrucarse en ella que de fingir que estaba alegre.

Sin embargo, estaba dispuesta a hacer un esfuerzo.

-Puedo ponerme mi falda azul, aunque no parece que esté mejor que...

Vivien titubeó al ver a Reyna con su traje blanco de novia entre las manos. El vestido con el que se había convertido en la esposa de Michael. Con el que había bailado para él. Con el que había disfrutado de un placer intenso y de una profunda aflicción.

-No -exclamó-. Ese no.

-Por favor -susurró Reyna-, solo para darle el gusto a tu vieja madre. -Entonces la ayudó a quitarse la ropa.- Con este vestido estarás preciosa. Quizás te ayude a recordar que eras una muchacha feliz.

Ella no necesitaba nada que le hiciera recordar aquel glorioso episodio. Con toda certeza su madre lo sabía. No era propio de ella ser tan insensible. Entonces, la asaltó un pensamiento. A menos que existiera una razón para la sonrisa alegre de su madre. Una razón para el ánimo jovial de su padre. Quizás él había hablado con...

No. No debía albergar ninguna esperanza. No podía siquiera permitirse esos pensamientos tan insensatos.

Desde el exterior, llegó el clamor de los ladridos de los perros. El corazón de Vivien se sobresaltó. Miró a su madre, que tenía entre las manos su traje de novia.

-Rápido -dijo Reyna con los ojos brillantes-. No hay tiempo que perder.

-¿Qué pasa? ¿Quién está aquí?

-Ponte esto y luego saldremos a ver quién es. -Y Reyna no dijo nada más.

Con las manos temblorosas, Vivien se puso el vestido por encima de la cabeza. El raso se deslizó sobre su cuerpo, fresco y suave como la caricia de un hombre. Se le soltó el cabello que, cayendo hasta su cintura, la envolvió como una capa de ébano. En el pequeño espejo cuadrado que colgaba de la pared pintada, pudo ver el brillo de sus ojos, el rubor de sus mejillas. Si solo pudiera estar segura...

Su madre la empujó hacia la puerta, hacia la luz del crepúsculo. Unas pocas estrellas titilaban en el cielo. Se detuvo al llegar a los escalones, paralizada por una inesperada visión.

Junto al borde del campamento, los gitanos se amontonaban alrededor de un extraño *vardo*. El vehículo era enorme y de buena construcción, estaba pintado de un intenso color carmesí y tenía ruedas doradas. Los colores de los Stokeford, observó distraídamente. Varios muchachos gitanos estaban desenganchando del carro a un par de elegantes caballos negros. Un hombre saltó al suelo con gran agilidad desde el amplio asiento que había en la parte delantera del vehículo.

Era Michael.

Sus ojos se encontraron y él se quedó inmóvil, mirándola desde el otro extremo del campamento. Llevaba una camisa blanca y holgada y unos pantalones oscuros, unas botas negras que le llegaban hasta las rodillas y una faja roja alrededor de su cintura. El atuendo típico de los gitanos. Al verlo, el mismo aire pareció resplandecer. Sin apartar ni un momento la mirada de ella, atravesó el grupo de gitanos que admiraban el elegante carromato.

Se detuvo delante de los escalones y le recorrió el cuerpo ansiosamente con la mirada. Entonces, ella se alegró de llevar el vestido blanco. Se sintió salvajemente alegre. Él extendió su mano.

-Milady -dijo con su profunda y sedosa voz- tengo que mostrarle algo.

No debería permitir que ese bribón la enamorara. Probablemente pensaba que podría hacerle perder la cabeza con palabras hermosas. Quizás tuviera razón. Aunque ella no tenía la menor intención de comunicárselo.

Ignorando su mano, bajó los escalones.

-¿De qué se trata? -preguntó, intentando serenar su acelerado corazón-. ¿Dónde has encontrado ese *vardo* tan lujoso?

-No lo he encontrado. Lo he construido con la ayuda de tu padre.

-¿Miro dado? -exclamó-. Pero él ha estado trabajando todos los días en la herrería... -de pronto Vivien guardó silencio. Recorrió el campamento con la mirada hasta encontrar a su padre, que le sonreía. Luego descubrió a Reyna, que sonreía junto a la entrada de su carromato. Ambos estaban implicados en aquel plan.

-Pulika ha venido cada día a la Abadía para dirigir a los carpinteros. -La miró de un modo serio y penetrante.- El engaño ha sido idea mía, y no suyo. Quería que esto fuera una sorpresa.

Ella estaba mucho más que sorprendida. Estaba perpleja, apabullada, intrigada.

-¿Por qué estás vestido como uno de nosotros?

-Lo comprenderás dentro de un momento. -La cogió por el brazo y la condujo hacia el *vardo.*- Antes que nada, quiero que veas el carromato. Tiene las mejores comodidades, lo mejor que puede comprar el dinero. Espero que te guste.

En un ambiente general de excitación, la muchedumbre se apartó para dejarlos pasar, haciendo comentarios de admiración. Pero ella solo podía pensar en el hombre que tenía a su lado. Su marido. Rodearon el *vardo* mientras Michael le mostraba con orgullo todos los detalles. Las ventanas de cristal tallado, el cómodo asiento del conductor con un voladizo para los días de lluvia, los faroles de bronce para iluminar la noche. Los gitanos los seguían, exclamando embelesados.

¿Había hecho todos esos gastos solo por ella? Parecía demasiado bueno para ser verdad. Estaba ansiosa por que le mostrara el interior del carro para tener la oportunidad de preguntarle en privado qué significaba todo eso.

Pero él le pidió que se sentara en los escalones que había debajo de la puerta trasera. Ante su mirada perpleja, se arrodilló sobre la tierra y apoyó una de sus manos sobre sus propios labios, en presencia de sus padres y de todos los gitanos.

-¿Michael? -susurró, su voz titubeó con una mezcla de miedo y vergüenza-. ¿No deberíamos entrar?

-No. -La luz de la lámpara reveló la intensidad de sus ojos azules.- Quiero que todo el mundo escuche lo que tengo que decir. Me he comportado como un asno arrogante. Pero si tú vuelves a mi lado, cada año viajaremos con tu familia durante un tiempo. Amy también podrá venir con nosotros.

Ella se estremeció, temerosa de que todo esto fuera un sueño y de que pudiera despertarse si se animaba a respirar.

-Creí que querías vivir en Londres.

Él apoyó un dedo en sus labios.

-No. Ya no tengo miedo de correr riesgos. Tengo un permiso especial, si quieres podemos casarnos mañana mismo en la capilla de Stokeford Abbey. Los Pimpollos de Rosa se han encargado de todos los preparativos -respirando profundamente, continuó-: También he invitado a Brand.

Había hecho todo eso por ella. Porque Brand era su hermano. No sabía qué decir, cómo agradecerle.

Pulika dio un paso adelante.

-Él me ha pedido como dote solamente lo que gastamos cada invierno contigo, Vivi.

Ella se quedó absolutamente muda. No podía apartar la mirada de Michael, se sentía incapaz de detener la esperanza que se abría paso dulcemente en su pecho.

Él se apresuró a decirle:

-Te ruego que no me rechaces, cariño. Estas últimas semanas han sido un infierno sin ti. Eres un fuego en mi corazón. -No intentó ocultar que sus ojos ardían de deseo. Colocó su mano sobre su pecho para que ella pudiera sentir los fuertes latidos de su corazón.- Te amo, Vivien.

Las mujeres suspiraron. Las esposas se recostaron sobre sus maridos. Pulika y Reyna Thorne estaban de pie, juntos y sonrientes.

-Oh, yo también te amo. Michael.

Aturdida por la inmensa alegría que la embargaba, Vivien se arrojó en sus brazos y a punto estuvo de arrojarlo al suelo. Impidiendo que se cayera, él se incorporó y posó sus labios sobre los de ella.

-¿Esto significa que aceptas que sea tu marido otra vez?

-Sí. Claro que sí. Y ahora, ¿.me muestras el interior?

Sus dientes resplandecieron tras una amplia sonrisa.

-Será un placer.

En medio de las ovaciones de los gitanos, ayudó a Vivien a ponerse de pie. le sacudió el polvo de su falda blanca y la empujó hacia la puerta. Escuchó que su padre espantaba a los curiosos, instándolos a volver junto a las hogueras. Pero ella solo tenía ojos para Michael.

Él llevó el farol de bronce al interior del carro y lo colgó de un gancho que había en la pared. La luz iluminó el elegante y confortable interior del carromato, que hizo suspirar a Vivien de deleite mientras giraba lentamente para poder ver con detenimiento todo lo que allí había. Cerca de la entrada, descubrió un pequeño servicio detrás de un tabique. Del lado opuesto, había armarios llenos de fina porcelana y cubiertos de plata. Contra una pared, vio una mullida chaise longue. Entre dos ventanas con cortinas vio un pequeño escritorio de caoba encima del cual había una caja con el frente de cristal, llena de libros. Pero lo que llamó verdaderamente su atención fue la ancha cama situada en el extremo más distante del carro.

Un cordón dorado servía para correr las cortinas de color carmesí que, al abrirse, dejaron ver un cabecero decorado y coronado por el escudo dorado de los Stokeford. Las almohadas y el

cubrecama de raso parecían hacerle señas. Ella avanzó directamente hacia la cama, la elegante alfombra persa protegió sus pies descalzos.

-Allí hay una mesa plegable -le indicó, mostrándole como funcionaba, evidentemente orgulloso de todos los artilugios que contenía el carromato-. Y esta *chaise longue* se abre y se convierte en una cama donde puede dormir Amy.

-¿Por qué no me muestras como funciona esto -sonriendo sensualmente, Vivien deslizó sus dedos sobre el edredón carmesí.

Él dejó caer el cojín que tenía en la mano, abandonó la *chaise longue* que había empezado a desarmar y se dirigió hacia ella. Oh, cómo había echado de menos su insolente forma de andar, el modo en que ladeaba su boca para pronunciar perversas promesas, la intensidad de esos ojos azul noche. Sin pronunciar una sola palabra, la estrechó contra su cuerpo y la besó larga y apasionadamente. Fue un beso tan intenso que Vivien lo deseó con vehemencia, mientras respiraba con dificultad.

-Ah, sí, la cama, *mi pièce de reistance*. -Se acomodó sobre las almohadas y la estrechó contra la cuna de su cuerpo. El vestido blanco de Vivien la envolvió corno un velo nupcial.

-Es muy cómoda -comentó ella, acurrucándose contra él.- Pero podríamos disfrutarla mejor sin todas estas ropas. -Comenzó a desabrocharle la camisa, besando la piel que quedaba al descubierto, acariciando su musculoso pecho con sus dedos.

Abrazándola, le besó la frente.

-Vivien... Dios mío, cuánto te he echado de menos. Desde el momento en que te vi en el tocador de mi abuela, leyéndole la palma de la mano, no he pensado en ninguna otra mujer.

-Kosko bokht -dijo ella, sonriendo-. La buena fortuna nos ha reunido. Ahora, dame tu mano y te diré lo que te depara el destino.

Él la miró de una forma seductora que le decía que sabía perfectamente lo que le iba a suceder en el futuro inmediato. Pero, de cualquier forma, ella señaló con sus dedos las líneas de la su ancha palma de su mano, admirando la fuerza y la sensibilidad de sus dedos.

-Un amor verdadero -murmuró-. Lo que puedo predecirle, señor marqués, es que disfrutará de una gran felicidad, siempre y cuando complazca a su amada.

Riéndose, apartó su mano y la apoyó sobre su cálida piel, justo por encima de sus pechos.

-Entonces, mi amor, dejemos que empiece el placer.